

BASAJAUN

MANO  
GRANDE

MANO  
PEQUEÑA



Circulo Rojo  
corporal

# **Mano grande, mano pequeña**

BASAJAUN



Primera edición: junio 2017

ISBN: 978-84-9175-322-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Basajaun

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: 123rf - Iryna Denysova  
Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Julián y la Nila;  
para Marino y la Hilaria.*

«Algunas veces, solo la venganza proporciona paz a tu espíritu.»

*Anónimo*

«Es fácil ser bueno; lo difícil es ser justo.»

*Víctor Hugo*

«Nadie se nos montará encima si no doblamos la espalda.»

*Martin Luther King*

# Prólogo

Miraban con miedo a aquellos hombres a caballo. Menudas, sucias y muy vivas, observaban cómo se bajaban de sus monturas. Ninguna de las tres aparentaba los once años que tenían. Parecían más niñas. Cosas de comer poco y mal. A la más pecosa, la pareció que el tiempo se ralentizaba al verlos ya en el suelo. Vieron cómo uno de ellos acariciaba un poco al burro que les acompañaba sumiso, de una cuerda, tras los caballos. Ni siquiera las miraron. Varios perros ladrando, les dieron la bienvenida.

Eran dos. Levantaban algo de polvo al andar en dirección a la entrada de la casa. Sus botas, algo manchadas, hacían juego con los *orinales*, decían jocosas cuando ninguno de ellos estaba en el pueblo, que llevaban sobre sus cabezas. Lo aprendieron de sus mayores. Las capas negras, revoloteando nerviosas tras ellos, las hacían recogerse aún más junto a la pared de adobe del gallinero. La visión de la muerte colgando sobre sus hombros, las hizo unir las manos sin darse cuenta, y trataron de esconderse, la una detrás de la otra, la otra detrás de la de más allá. Eso también lo aprendieron de sus mayores.

Venían a por su vecino, seguro. Habían oído a sus padres decir que no tardarían en apresarlos, que no le importaba pagar el precio de la cárcel por la fechoría de la que le culpaban, no señor. Ni el *garrote*. Cualquier cosa con tal de que aquel hijo de puta acabara muerto, reuniéndose con su jefe. Eso decían, también, los mayores.

Los dos hombres llamaron a la puerta. A los inquilinos de la casa les pareció que los golpes sonaban como los tañidos de las campanas por los difuntos. Tras los golpes, los ladridos de los perros aumentaron, uno se acercó nervioso y con recelo, gruñendo, hasta situarse a tres metros de las capas negras. Un hombre se giró y el perro dejó de gruñir, justo cuando la mujer abrió la puerta. Y es que, uno de aquellos hombres vestidos de aceituna, también era del pueblo. El otro, del de al lado.

—Hola, Herminia..., venimos a por Ginés.

—Sí...

Herminia les abrió la puerta cabizbaja, asintiéndoles apenada, y les indicó dónde estaba su marido. Ginés, muy serio, con su eterna boina sobre la cabeza, pantalón negro y camisa blanca, apuraba el liado de un pitillo, en la cocina, junto a la *hornacha* casi apagada. Le dio tiempo a prenderlo con una ascua que quedaba de la noche anterior, antes de que llegaran a él, así como a apurar el orujo de su copa; su preferida. Una copa que apenas hacía la medida de dos dedos de

costura. Una copa que había tocado con sus labios, más veces que a los de su propia mujer. Con el cigarrillo entre los labios, no les dejó ni hablar:

—Vamos..., cuanto antes se acabe esto, mejor.

Ginés se levantó, les ofreció las manos con las muñecas juntas, le pusieron *las gemelas*, y echó a andar hacia la puerta. Al llegar a ella, dudó de si volverse a mirar a su mujer o no. Fue apenas medio segundo. Medio segundo que llegó a rivalizar con el ocho tumbado. Medio segundo de agonía que se tornó en una más que mera victoria parcial: no la dijo adiós.

«No..., no veréis las lágrimas de mi mujer...», pensó.

Al salir a la calle, le ayudaron a subirse en el burro. Más de medio pueblo miraba la escena, escondidos tras los cuarterones de las ventanas, si bien solo se veía a la viuda de Jacinto, que había salido con el botijo lleno a buscar agua, y a las tres niñas. Ginés las miró y sonrió un poco. Pensó que sería bonito ver crecer a los guajes sin la pegajosa y alargada sombra de Modesto. Una sombra muy oscura. Pensó, también, que muchos de los padres de aquellos *chiguitos*, entre los que se encontrarían, seguro, los de aquellas niñas, se entristecerían al verle marchar así. Pero, y esto era lo que le enorgullecía, más de uno y más de dos, se hubiesen cambiado por él. Al menos, alguno de sus vecinos sí que le demostró que tenía cojones.

Conforme atravesaban el pueblo, despacio, con los cuadrúpedos andando al paso, creyeron ver a un hombre que salía de su casa. No distinguieron quién era. Ni los hombres a caballo ni el montado en el burro. Les pareció ver que se dirigía hacia la carretera, pero era algo difícil de corroborar, ya que solo se vio una pequeña polvareda tras él.

Enfilando ya los tres la calle que daba a la entrada del pueblo, supusieron que tras los cuarterones de las ventanas se encontrarían las mujeres y algún que otro *chiguito*. También algún hombre, por supuesto, pero no a quienes veían ahora apostados en la calle de la entrada, a ambos lados del camino.

Dos docenas de hombres, vecinos todos del propio pueblo y de los pueblos colindantes, permanecían impasibles de pie, con las boinas entre las manos y la cabeza agachada en señal de respeto. Todos con la tez más negra que los cojones de un grillo. Como titos. Alguno, muy joven. Otros, con unas arrugas que parecían hechas con los arados que solían manejar. A Ginés se le encogió el corazón. A los otros dos también, pero estaban allí cumpliendo órdenes, y ni a uno solo de los vecinos del pueblo les pareció mal que los hombres a caballo se llevaran al marido de la Herminia. Al fin y al cabo, fue el propio Ginés quien les dio el aviso de que fueran a buscarle, algo que sabían todos.

Silvano, un vecino de un pueblo cercano, un casi sesentón magullado por el vino, el trabajo y la edad, dio un paso hacia adelante, para que los hombres montados le viesan bien. Los tres. Escupió en el suelo antes de que los caballos llegaran a su altura. Luego elevó su cabeza, con esa cara que parecía una ciruela pasa, alzando la vista orgulloso, mirando desafiante a los dos guardias que iban en cabeza. Los hombres, enfilados a ambos lados del camino, se miraron entre ellos al verle actuar así. Ginés sonrió.

Al llegar a su altura, todos los hombres, situados en los laterales del camino, elevaron la vista y miraron a los ojos del preso. Apretaban sus mandíbulas y sus puños mientras Ginés asentía a todos ellos. Varios, también le asintieron. Dos, incluso lloraban. Siguieron mirando a los tres hombres mientras se alejaban, más de uno de ellos satisfecho, pues había creído ver orgullo en los ojos del hombre montado en el burro. Incluso complicidad en los de los guardias. Silvano volvió a escupir al suelo.

Al perderlos de vista ya, se dirigieron todos al pueblo de al lado, a la cantina. Al lugar donde

comenzó todo. Sin embargo, antes de marchar, se desviaron del camino cogiendo la calle que daba a la casa de Ginés y llamaron a la puerta. La mujer de uno de ellos les abrió; Herminia estaba sentada en la cocina junto a seis mujeres más, todas llorando. Sin decir una palabra, las mujeres salieron dejando que entrasen los hombres. Otra vez con sus boinas entre las manos, y muchos con un nudo en la garganta, de uno en uno entraron en la cocina y abrazaron y besaron a la Herminia, sin decir nada. Cuando terminaron, se marcharon, prefiriendo dejar a las mujeres solas de nuevo. Ya se sabe..., entre ellas siempre se entienden mejor, por mucho y bien que quiera hacerlo un hombre.

Ahora sí que enfilaron, los hombres, la calle que salía del pueblo. Unos a caballo, otros en un carro, otros en burro, se dirigieron hasta la cantina del pueblo de al lado, sin apenas dirigirse la palabra entre ellos. Cuando llegaron, un buen rato después, se colocaron lo mejor que pudieron en la pequeña cocina, para que cupiesen todos. Una vez allí, le sirvieron un vaso de vino a cada uno. En la cocina, que hacía las veces de cantina, apenas se oía el ruido que hacía el cantinero al servir el vino. Alguno, hasta contuvo la respiración. Cuando lo tuvieron en sus manos, alzaron el vino al viento y chocaron el vidrio los unos con los otros mientras brindaban:

—¡Por Ginés!

—Por Ginés... —decían—, por Ginés...

Bebieron el vino de un trago y se dispusieron a marcharse. Nadie dijo ni una sola palabra más. El dueño de la cantina también había estado con ellos en el pueblo de al lado, despidiendo a Ginés. No les dejó pagar el vino; su mujer le miraba orgullosa desde la puerta de la cocina. Menos el cantinero, todos los demás salieron a la calle para marchar a sus casas. Alguno, hasta el pueblo de al lado; otros, se quedaron en el mismo pueblo. Como cuando se acercaron allí, nadie dijo apenas una palabra durante el camino de vuelta. A más de uno y a más de dos, sus mujeres les abrieron las puertas y les abrazaron al llegar. Tristes y abatidos lo agradecieron, pero no les pareció suficiente consuelo. Una hora más tarde del brindis, Ginés estaba en el calabozo del cuartelillo, junto a Gabino.

En la mayoría de las casas, aquella noche, los hombres, fuere por tristeza, por alivio, por cobardía o por una extraña mezcla de las tres, cenaron tabaco, orujo y silencio.



# Capítulo I

Alfonso de la Fuente se había preparado aquella mañana como muchas veces antes lo había hecho. Se había levantado a las seis y media y, tras una breve ducha templada y un rasurado perfecto, se preparó lo que tantos años atrás le hizo su madre con reiterada costumbre, antes de dejar la azada y el trillo: sopas de pan con leche y una buena rebanada de una hogaza de pan de más de una semana, regada con un buen chorretón de orujo. También llenó con él la minúscula copa, similar a un tapón de botella, a la que solía sacar de su armario más veces de las que le gustaría. Meneó la cabeza enfadado consigo mismo, porque se le había derramado un poco sobre la mesa. Apartó la copa con sumo cuidado y la limpió con delicadeza. Se enfadó de nuevo con él mismo, porque esos tembleques, que de vez en cuando le visitaban, habían hecho que dejase un reguerillo de gotitas a la orilla del cuenco de las sopas. Unos tembleques que solo mitigaba ya bebiendo más. Luego se agachó y acercó sus labios a la mesa, sorbiendo con fuerza la bebida derramada. Con el mismo paño que había limpiado la copa, pasó con cuidado la zona de la mesa que acababa de sorber. Conforme ya con su desayuno, se sentó, respiró hondo y se dispuso a dar cuenta de él.

Mientras lo comía todo, no dejaba de mirarse en el pequeño espejo, casi siempre colgado de la pared de la cocina, y ahora posado en la mesa y apoyado sobre la botella de orujo, ante el cual solía afeitarse y arreglarse el bigote hasta dejarlo con una perfección que rayaba la locura. Tan perfecto se lo dejaba, que cuando alguien le veía arreglárselo fuera de casa, decía que no se lo recortaba, que con tanta finura lo hacía, que parecía que picaba el dalle. Siempre le dijeron que no tenía abuela, y ofrecer un porte lo más varonil posible, fue una de sus obsesiones desde que comenzó a pasarse la navaja por la cara con quince años. Un poco tarde, según él, que por aquel entonces miraba con envidia sana a muchachos más jóvenes, y a los pelos feotes que asomaban sobre sus labios superiores. Por eso, cuando por fin le salió la deseada barba, lacia y rala, se esmeró siempre en tratar su bigote como si de una parte vital de su cuerpo se tratase. Esto le llevó a vivir como una grandísima tragedia personal el hecho de que se lo chamuscase un poco con el chisquero, por dos veces, cuando comenzó a fumar, también tarde, según él, con quince años.

Mientras terminaba las sopas, cortaba con unas pequeñas tijeras curvas de costurera los pelos rebeldes. Paraba de masticar el pan, sin tragarlo, y se miraba en el espejo una y otra vez, moviendo la cabeza en varias direcciones. Luego masticaba rápido, tragaba, y se volvía a mirar en el espejo sin la apariencia de tener un flemón.

Cuando terminó, eructó: señal de que el orujo le había sentado bien. Luego lio y fumó un cigarrillo, que le había quedado perfecto, mientras se daba a sí mismo la razón, al haber desayunado lo mismo que cuando sus manos estaban llenas de callos y durezas. Aquellas jornadas eran duras, eternas, insufribles. La que comenzaba aquella mañana, supuso que sería igual. Por ello, creyó oportuno entonar su cuerpo en condiciones, como cuando acarreaba igual que esos pobres hijos de puta que ahora no se atrevían casi ni a mirarle a la cara.

Tras vestirse y volver a pasar por su cara el *afterseif* que le habían regalado, con olor..., no se sabía muy bien a qué, se peinó despacio, pasando con finura y chulería la mano tras el peine, y se colocó el tricornio. Se miró dos veces en el espejo grande, tras la puerta del armario de la ropa, y se dispuso a salir de casa. Sabía que le esperaba un día bastante cabrón.

Para empezar, calor. Mucho calor. Eran las siete y media de la mañana y la temperatura no bajaría de los veinticinco o veintiséis grados. Mejor ni pensar lo que haría a eso de las tres de la tarde. Se subió en su coche, un 1400 nuevo, negro, flamante, impoluto. Un coche, como le gustaba decir a su difunto padre:

«Como esos de *Jolibuz*».

Ser un gran coche, no evitó que llegara al cuartelillo sudando como un gocho, maldiciendo para sus adentros, encabronado con el mundo y resoplando de manera ruidosa por la nariz después de sentarse de mala hostia en la silla, tras su escritorio. No saludó ni a los hombres que se cuadraban a su paso, que lejos de parecerles algo extraño, se miraron y llegaron a la conclusión de que ese día el jefe no estaba para bromas. Lo consideraron como algo bastante normal. Ni había sido el primer día que entraba así, ni sería el último, pero aquella era una jornada un tanto... diferente.

Para calmarse bebió un poco de agua fresca. Fue peor el remedio que la enfermedad, pues pasados unos minutos, el agua le hizo volver a empaparse de sudor. Apartó el agua de un manotazo, casi acaba con la jarra en el suelo, y abrió el segundo cajón de su mesa, el que siempre dejaba cerrado con llave. Apartó la foto de su madre, que tenía allí guardada y enmarcada, y una pistola siempre cargada, «una STAR del 23», como le gustaba decir a él. Su primer arma, modelo del año anterior, pero que acabó en sus manos con posterioridad. Sacó la botellita de menos de dos cuartillos y bebió un poco. Una mistela de buena mañana siempre era bien recibida. Se quedó mirando la etiqueta y volvió a beber otro poco. La guardó y volvió a limpiarse el sudor. Sintió un picotazo en el cuello de órdago a la mayor, y seguido se dio un manotazo de los de arrastrar cuando sabes que la vas a liar. Se hizo daño, se quedó mirando un *finife* despachurrado, del tamaño de un grillo, en la mano.

«Putos días picajosos de tormenta...», pensaba mientras se limpiaba y se secaba el sudor con un pañuelo.

Desde hacía unos días, el tiempo estaba tormentoso, con un sol que achicharraba por las mañanas, y unas nubes muy negras que comenzaban a dejarse ver poco antes de que se levantara el cierzo. Llovía y tronaba durante unos minutos con fuerza, y a la mañana siguiente parecía que no había caído ni una sola gota. Hoy, sin embargo, la tormenta la iba a tener él en el cuartucho de mala muerte donde solían interrogar a los detenidos, uno de ellos, Gabino, de su mismo pueblo.

Se quedó un par de segundos sentado sin hacer nada, tratando de relajarse. Sacó de nuevo la botellita, bebió el último trago de la mañana, dudando de si darle *otro tiento* a la botella antes de guardarla de una vez, y decidió comenzar con sus quehaceres. Puso todo en el cajón, dejándolo tal y como lo había encontrado antes de abrirlo, y volvió a cerrarlo con llave.

Pasado un buen rato, oyó ruido en la calle y miró su reloj: el *polilla* había llegado. Después, y

tras leer unos informes que no le parecieron bien hechos, salió fuera y se dirigió al muchacho que estaba apostado en la entrada:

—Tú, Alicate, vete a ver cómo están esos dos.

—¿Señor...? —El joven se cuadró en cuanto le oyó—. Pero... ¿cuándo ha *entrao*?

—Hace un rato.

—¿Y su coche? No lo he visto y he *pensao* que no había *llegao* aún...

—Ahí abajo..., a la sombra..., por cierto, ya que lo dices..., a las diez me avisas para cambiarlo. El sol hoy va a apretar y, ahí, un poco antes, ya pega.

—Sí, señor. —Hizo chocar con firmeza los tacones de sus botas entre sí, y se dirigió al calabozo.

El muchacho, Fidel, al que le llamaban Alicate, porque decían que era un figura de mucho cuidado con las mozas y si se empeñaba en una, la apretaba y no la soltaba, fue al pequeño calabozo a comprobar cómo estaban aquellos dos. A aquellos que había ido a buscar con un par de horas de diferencia. Los encontró despiertos, serios y mirándole. Antes de abrir la puerta, les saludó con respeto, con la cabeza, sin decirles nada. Conocía a ambos desde siempre.

Gabino y Ginés eran dos hombres que casi podría decirse que eran gemelos, excepto en una cosa: Gabino pesaría setenta kilos, mojado, vestido y con unos buenos cantos en los bolsillos, y Ginés noventa o más. Obviando esto, vestían igual, se comportaban casi de la misma manera y se les veía, la mayor parte del tiempo, juntos. No tenían hijos, entre los dos habían enterrado a tres, y para compensar esa cruz, a la hora de trabajar la tierra se ayudaban el uno al otro. No era nada raro ver en las tierras de uno de ellos a cuatro personas: ellos mismos y sus mujeres. Vivían en dos pueblos diferentes, separados por apenas unos kilómetros en línea recta. Eso, siempre y cuando fuesen por las pistas que unían los diferentes pueblos al margen de la carretera, una carretera que, en honor a la verdad, parecía una de aquellas pistas.

Nunca antes se les había relacionado con ningún tipo de problema, a no ser, los concernientes a las diversas, y algunas veces acaloradas, discusiones que generaban las partidas en la cantina del pueblo de Gabino. Por lo general, por no decir siempre, estas disputas no eran patrimonio exclusivo de ellos. Las partidas a las cartas, sobre una mesa, contaban siempre con los habituales a ese tipo de entretenimiento: los jugadores, el humo de los pitillos, los naipes y una jarra de vino. Y esta última... varias veces vaciada y vuelta a llenar.

Ambos jugaban al tute, como los demás hombres, formando una pareja extraordinaria. Vivir en dos pueblos diferentes, no les amilanaba a la hora de que el uno o el otro, se acercara al pueblo de al lado si se preparaba una partida de cartas. Bien es cierto que quien más se acercaba al pueblo de Gabino, era Ginés. Raro era el día que no ganasen y pasaran un rato agradable, bebiendo un vino que solía salirles por la cara, precisamente por eso, por ganar: dos jarras de dos cuartillas de vino cada una. Blasfemaban con sorna más de una vez, cuando, al terminar alguna partida, decían que ese vino jugado era mejor que disputar unas perras a las mujeres a la brisca. Unas linceas ellas, en el juego del engaño. Alguna parecía que había nacido para eso. Cuanto más viejas, más pellejas. Bromeaban sobre esto, entre ellos. Los demás hombres, también.

—¡Cacho putas..., cómo juegan, *ños* !—solía decir Gabino—. ¡Es más fácil pillar una mosca *pol* rabo que ganarlas!

—Sí, las pones una perra en la punta del dedo, las das en el codo, y no tengas miedo, que no se las cae, no... —solía contestarle Ginés.

Las partidas del tute de los hombres, siempre se disputaban en las mismas mesas cuadradas, cubiertas estas por un hule bastante ajado. Como la mayoría de las cartas. Muchos, casi todos, en realidad, conocían las diversas marcas que quedaban en la parte posterior de los naipes, tras las miles de horas que soportaban aquellas barajas. Este hecho les llevaba a tener enfrentamientos continuos, en las disputas de las diferentes cartas a *robar*, cuando era la brisca el juego elegido, y siempre que hubiese seis hombres, para que todos pudiesen jugar.

Hacía unos días, unas semanas en realidad, tras uno de esos encontronazos, la conversación giró de manera inesperada. Curioso: aquel día en cuestión, jugaron cuatro a la brisca, pues uno de los participantes se había tenido que marchar a casa, y decidieron terminar la partida cuatro de ellos, a pesar de las reiteradas peticiones a Juan, el cantinero, de que se sentase con los cinco que quedaban en la mesa. El bueno de Eugenio, un *calcatrévedes* con menos espíritu que yeso un *estrullón* de la pared, se levantó de la silla, y los cuatro hombres que quedaron continuaron la partida.

—*¡Arregüesque!* —dijo Ginés, al tirar la última carta a la mesa, golpeando con fuerza con los nudillos—. Si hubieseis venido de las Américas con un Potosí..., aquí se habría *quedao*.

—¡Hala...! ¡Qué *aparbadero!*... Caga más un buey, que cien golondrinos... Otro juego para los *Jeje...*, *cagüendios...* Sabías de sobra que era *la copina* antes de robar, ¡cacho cabrón!... ¡y *quentoavía* me quedaba *el espadín!* —le dijo Fernando a Ginés. Fernando era muy mal hablado pero un pedazo de pan. Ginés sonreía sin decir nada.

—¡La culpa es tuya por tirar *el rabudo* a *ná...*, adobe! ¡*Quieres* igual que una acémila! ¡*Sansalío* por tu culpa! ¡Eres más tonto *quel aujero* del joder! ¡Y deja ya de levantarte y dar la vuelta a la silla! ¡No vale *pa ná!* —Miguelillo se enfadaba a menudo con Fernando, su pareja habitual.

—Con o sin el *apartapelos...*, nadar, nadar... y morir a la orilla... —se regodeó Gabino.

—¿Qué quieres que haga si te dejas comer *la orona...*? ¡*Abultón!* No tengo *na* más que *putas...*, *bocarrana*, que *aonde* va, no gana... y ¿los *güevos* de Eulogio...? ¡*Paja...*, *na* más que *paja...*! —le contestó Fernando a Miguelillo—. Y menos mal que no pueden cantar las Chuchas, por estar jugando al *jodecuartos* este de las mujeres... ¡que si no...! Y deja ya de cortar *a media nalga* antes de dar, ¡joder! ¡Qué puta manía, hostia! ¡Tú no chanas bien...! —Del esfuerzo de la bronca que estaba soltando, se le escapó un cuesco...

—¡Ja, ja, ja...! ¡Arrastro y triunfo mierda! ¡Ja, ja, ja...! —dijo, bastante jocosos, Gabino.

—Ja, ja, ja... ¿*Tas flojo...*? Ja, ja, ja... ¿O es que tocas a retreta...? —dijo Miguelillo—. Nos ganan y te cagas..., yo es que me admiro con este...

—¡Ay, qué pedo! ¡Ay, qué pedo, por Dios! ¡Atufa que te cagas! ¡*Cagüensandios!* ¡Qué gocho estás hecho...! ¡Si *mestán* empezando a picar los ojos...! ¡Y a llorar! Ay... ay...

—Oye, tú —le dijo Ginés riéndose—... deja de tirar esos cuescos... ¡que nos vas a desteñir la ropa, joder! *Cagüeneltiolavirgen*, ¡qué mal *güele!* Pero ¿qué comes en casa?

—La brisca entre cuatro... ¡ni es juego ni es *ná...*! —les dijo Eugenio, el hombre que se había levantado de la mesa, tras la marcha de uno de ellos. Intentaba apaciguar un poco a Fernando.

Fernando y Miguel, al que llamaban Miguelillo, porque a sus casi cuarenta años apenas tenía barba, eran dos de los hombres más asiduos en la cocina de la María, la cantina del pueblo. Según terminaban sus quehaceres, quedaban en el camino que subía, por una cuesta bastante *pindia*, hasta la iglesia, y paseaban juntos fumando un pitillo hasta llegar allí. Una cuartilla de clarete para cada uno y unas agujas escabechadas en lata con un poco de pan, era lo que siempre tomaban antes de

esperar a algún otro que, como ellos, jugaba una o dos partidas antes de recogerse en su casa para cenar las mismas sopas de ajo de todos los días, y arrebujarse con su mujer.

Mientras seguían discutiendo entre ellos, los *Jeje*, Ginés y Gabino, a los que denominaban así por andar siempre juntos y tener las mismas iniciales en sus nombres, se frotaban las manos, apuraban el vino de la jarra y pedían por señas a María que les trajese más vino:

—Vamos, hombre, llévalas una jarra, que estoy haciendo la cena... —le azuzó María a su marido, Juan—, y echa un par de palos al fuego, que *sestá* apagando...

Juan, obediente, se acercó a la mesa, cogió la jarra y fue a llenarla en una de las cántaras de la bodega, la que estaba al lado de las carrales. Estaba enfadado y, una vez fuera de la cocina, cerró de golpe la puerta que daba paso, a su izquierda, a una escalera con el primer banzo pequeño y toda ella sin arambol, que subía a las habitaciones. El portazo se oyó en la cocina, pero no hicieron mucho caso. Una vez en la bodega, antes de llenar la jarra, echó el quinto trago largo de la tarde. Luego se pasó el dorso de la mano por los labios, despacio, señal inequívoca que delata a todo aquel al que le gusta el vino más que a un chivo la leche. Cuando volvía a la cocina, casi se *esmorra* sin querer, tropezando, según él, en un tronco que descansaba al lado de la *hornacha*, para ser arrojado a las ascuas en un rato. Por fortuna, no derramó nada de vino. Los hombres sentados a la mesa se miraron entre sí y comenzaron a reírse en silencio. Al final, no pudieron más:

—Vaya... —comenzó a decir Miguelillo—, *paece* que alguno... se mama sin beber...

—Sí, *leofreció* un vaso dos veces... y negaba con la testa... —contestó Gabino.

Ginés, que se había mantenido relativamente serio, y mientras ordenaba las cartas dadas de un nuevo juego, tras esos comentarios, dijo:

—No conozco a nadie que vaya a la fuente... y vuelva con sed...

Cinco de los seis hombres que estaban en la cocina, los cuatro jugando la partida, Juan y Eugenio, que se quedó a verles jugar mientras bebía un vaso de vino, soltaron unas enormes risotadas. Juan no se rio con los demás. No estaba de humor. La María se dejó ver por la puerta de la cocina y, calcada en el marco, cuando se calmaron un poco, les dijo:

—Sí, pero hoy no le culpo yo de que beba...

—¿Pues...? ¿Pasa algo, María...? —preguntó Fernando, calmado ya de su anterior pronto.

—Hijo de puta... —pronunció Juan, en voz baja, mirando al fuego sin verlo, sentado y apretando los puños con rabia.

—Sí, sí que pasa... —les dijo María.

María les contó lo que le pasaba a su marido Juan. Mientras lo hacía, uno a uno, los hombres de la partida posaron sus cartas sobre la mesa y miraron atentos a aquella mujer. También lo hizo Eugenio. Sabía de sobra que podía contar con la discreción de todos ellos, de modo que no escatimó en detalles ni omitió nada de lo sucedido. La atendían mientras, de vez en cuando, alguno meneaba la cabeza con ciertos comentarios de la mujer. Conforme la historia que les contaba avanzaba, los hombres se miraban entre sí y miraban a Juan. Este parecía ausente de la conversación, seguía mirando al fuego, sentado con los codos en las rodillas.

Modesto había llegado hacía unos años al lugar a ejercer, tras la muerte, por la edad, del anterior cura. Adolfo había sido un cura muy querido en la zona, pero le llegó su hora y el Señor lo reclamó junto a él. Entre bromas y no bromas, incluso al cascarrabias de Silvano, muy crítico con la Iglesia, le apenó la partida del viejo cura. Un cura al que ahora echaban de menos todos ellos como no se lo hubiesen podido imaginar jamás.

Modesto oficiaba las misas de varios de los pueblos de los alrededores y aceptaba gustoso las

donaciones que los hombres pudientes le hacían a la Iglesia. Hablaba siempre en sus homilias sobre lo que un hombre de bien debía hacer, y animaba a las mujeres, las ordenaba más bien, a procurar no salirse de sus quehaceres y no abrir la boca. Los hombres se agachaban respetuosos a su paso y le saludaban. Las mujeres le besaban incluso la mano, como si de un obispo se tratase. Los niños le miraban como si fuese el hombre del saco.

Se cuidó muy mucho de hacerles saber a todos, conforme se pronunció ante ellos en las primeras misas que ofició en los diversos pueblos, de que poseía el carné con el yugo y las flechas. Y de que había llegado a estrechar la mano del mismísimo Caudillo. Dos veces. Y que incluso una vez les dio a él mismo y a su mujer la comunión. La mayoría de los feligreses murmuraron durante unos segundos al oír aquello, mientras él sonreía satisfecho.

Continuó un tiempo con aquellos comentarios en las liturgias que oficiaba, hasta que, tras unos meses, los dejó de lado para centrarse en hacer saber a todos que debían agradecer la buena suerte que tenían:

—Gracias a Dios, al Caudillo y al Glorioso Alzamiento Nacional que, sin duda, devolverá a España su histórico orgullo imperial, podemos reunirnos todos sin temor en la casa de Dios para rezar, oremos por ello, hijos míos, oremos por ello, y tengamos presente en nuestras peticiones al enviado de Dios para dirigir los designios de España..., y que la ha despojado de las mentes enfermas que adormecen la fe, quemar santos y convierten todo lo que tocan en sedicioso y malvado...

Modesto hacía hincapié en que era algo que no hubiesen podido hacer los españoles, dar gracias a Dios, si los *rojos* hubiesen ganado la guerra.

—Claro —apostillaba alguno a la salida de misa, procurando que le oyese el cura—, si son comunistas..., no podrán ni rezar..., pobres...

—¡Ná...! Unos cantamañanas es lo que son... —Y seguían con estos comentarios, mirando con disimulo al cura, por encima del hombro, hasta que Modesto se alejaba de su lado, asintiendo y sonriendo para sí con lo que oía. Satisfecho y contento.

Cuando se oficiaban misas en los pueblos, en las fiestas patronales, nunca comía fuera de ellos, pues alguno de los lugareños siempre le ofrecía comer sentado a su mesa. En estas situaciones solía mostrarse bastante comedido en sus palabras, y les daba a todos las gracias por la invitación. La realidad era que siempre le invitaba alguno por miedo, no como al anterior cura. Miedo de que se tomara a mal que no le hubiese invitado nadie. Más de uno y más de dos hablaban en un tono neutro durante la comida. Una situación más que insulsa, ya que era el día grande del pueblo, motivo por el que poder brindar con vino y reír sin parar. Sin embargo, con el cura delante, las comidas eran frías y secas. Un año, incluso se supo que uno de los comensales se levantó de la mesa, se cambió de ropa y pasó el resto de la jornada con las vacas en la cuadra. Aquello no gustó a Modesto, pero se tuvo que morder la lengua al estar sentado a una mesa como invitado, precisamente del hombre que le había dejado plantado. Con el tiempo, se supo que fue su mujer la que le invitó. Una mujer que siempre comentaba ciertas *lindeces* del cura cuando no estaba cerca, comentarios estos que, por fortuna, nunca llegaron a sus oídos.

Modesto, además de ser un hombre políticamente implicado, y cura, también vendía grano de unas tierras que poseía. Se comentó que eran de la herencia de un tío suyo. Ese grano podía ser entero o molido, según la preferencia de quien se lo comprara, y su capacidad económica. Como todas las mujeres de la zona hacían pan en casa, alguno porque lo necesitaba de verdad y otros por mostrarse bien avenidos con él, varios compraban algo de grano al cura. Las mujeres solían hacer pan para una semana, por lo menos, y lo que se hacía de más era repartido entre ellas mismas,

para no tener que hacer pan todos los días. Hoy por ti, mañana por mí. Y algunas veces, aquellos panes, se elaboraban con hurmiento ya preparado y guardado con anterioridad, y con la harina o el trigo del cura. Aunque no lo necesitasen. El miedo es libre.

Resulta que uno de esos hombres que no necesitaban grano, pero que quería apuntarse un tanto a su favor con el cura, le compró un saco de cincuenta kilos para hacer pan. Cincuenta kilos de harina de trigo. La economía en su casa era realmente pésima, como en muchos otros lugares, pero, tras comentarlo con su mujer, decidió que le pediría un poco de grano, aunque fuese solo una vez al año. Además, uno de sus hijos solía acompañarle en las homilias de la iglesia del pueblo como monaguillo. Buscaba también cuidarse así de que al chaval no le hiciera nada más de lo que ya le hacía; pegarle con la llave de la puerta de la iglesia:

«Un *peazo* hierro de la hostia»...

...como alguna vez habían comentado, en la cabeza. Su hijo, el monaguillo, un muchacho con relativa suerte, pues en su casa no eran muy de soltar la mano para abanicar, les decía a sus padres que el cura tenía muy mal humor y que siempre lo pagaba con él, dándole reiterados golpes con la jodida llave en la cabeza. Tal era su tamaño que hubiese valido para arar alguna tierra. Les pegaba con ella a casi todos los chavales, pero parecía tener una especial aversión a aquel *chiguito*. Por si fuera poco, siempre acertaba a darle en el mismo sitio. Raro era el domingo que, durante la comida, el muchacho no se pasase un buen rato rascándose la cabeza donde el cura le había pegado con la llave. Primero se la metía en el dedo, luego la daba vueltas, cual pistolero con su arma en una película del oeste, y luego arreaba los *llavazos*. Cuando arreaba al primero, los demás *chiguitos* agachaban la cabeza como si fuesen condenados a muerte en el patíbulo, mirando con el rabillo del ojo, no les fueren a *llavear* a ellos también. Y pocos lo contaban en casa, pues podían cobrar de segundas:

—¿Que te ha *dao* el cura...? ¿Que te ha *dao* el cura...? Te vas a enterar...

Y luego picaba la cabeza por los *llavazos*, y el *culete* por los *cinturonazos*. Así que... chitón.

Una vez el saco de harina de trigo en casa, y pagado, se comenzó a usar para hacer pan. Pasado un tiempo, la mujer llamó al marido para que viese el saco: una vez gastados, aproximadamente, unos veinte kilos de harina de trigo, el resto era... cebada.

Maldiciendo y despotricando del cura y de toda su puta familia, el hombre se tuvo que contener cuando lo volvió a tener delante, y tragar bilis para no cometer una locura.

Mientras, Modesto seguía con su rutina diaria como si nada hubiese ocurrido. Es más, un par de ocasiones se acercó incluso hasta su casa a decirles que debían de procurar encauzar, de forma lo más correcta posible, el comportamiento del *chiguito*, el monaguillo, pues le había pillado bebiendo un poco de vino del usado para la misa.

Aquel pobre hombre, mientras aguantaba las broncas del cura, prometiéndole que no volvería a ocurrir, tuvo que presenciar cómo su mujer le besaba la mano para que se marchase contento. Las dos veces. Por no hablar del vino que solía beber en su casa y que jamás se dignó a pagar. Un impresentable, por definirlo de una manera bastante benévola. Desde entonces, aquel hombre lo solía nombrar, cuando no estaba delante, por supuesto, y solo ante bocas que sabían callar, acordándose de su madre y relacionándola con el oficio más viejo del mundo.

El hombre ni siquiera castigó al muchacho. Es más, un domingo por la mañana, mientras su mujer peinaba a su hijo con agua con azúcar para que su rebelde flequillo se quedara en su sitio, y a punto de subir a la iglesia a ejercer su labor de monaguillo, le dijo:

—Si hoy, en lugar de beber el vino del cura, te meas en él..., te doy una perra chica.

Casualidades de la vida o no, el caso es que aquel día, era el del patrón del pueblo, y la

iglesia estaba atestada. El hombre vio complacido cómo el cura arrugaba el morro cuando bebía el vino. Qué cara tuvo que poner aquella mañana Modesto, incluso dando alguna arcada, mientras daba la comunión a todos los feligreses, que antes de comer, ya en casa, aquel hombre llamó al *chiguito* a parte de todos los invitados y le dio... ¡dos perras gordas!

—Toma..., esta es mía, y esta... de tu madre.

Aquel hombre era Juan, el marido de María. El dueño de la cantina, al que todos miraban ahora con ganas de darle unas palmadas en la espalda, y conminarle a que olvidase lo ocurrido. Incluso Ginés le calcó un poco con la mano en el hombro.

Después de contarles lo sucedido, los hombres entendieron de sobra el cabreo del cantinero. Seguía mirando al fuego, sin verlo. Musitaba rabioso, apretándose los puños:

—Algún día..., algún día..., algún día...

—Algún día alguien va a limpiar el forro a ese cabrón...

Incluso Juan elevó la vista. Todos miraban ahora a Ginés. Mientras liaba un pitillo, seguía hablando sin mirar a nadie:

—Ya eres el tercero del que sé, que ese hijo de la gran puta, *saprovechao*. Yo ahora estoy en tratos con él, por las tierras del *cárcabo*. Oí que quería venderlas y hablé con él, el domingo, a la salida de misa. Me las deja por dos mil duros..., pero como me la juegue... Huy, como me la juegue...

—Será poco más o menos lo que valen —dijo Fernando.

—Sí —le contestó Ginés—, no me las deja precisamente baratas, pero es un precio justo, dentro de lo que cabe.

—Así que... es por eso que la Herminia sube allí ahora, de vez en cuando... a pasear... —dijo María.

—Sí —volvió a decir Ginés—, tenemos un duro y queremos aprovechar antes de que venga otro y se las quede. Como Gabino me echa una mano, podré hacer unos veranos bastante buenos. Al menos, eso espero a partir del que viene.

—Ándate con cien ojos. —Ahora el que se pronunciaba era Eugenio, que le amenazaba con el dedo índice, subiéndolo y bajándolo mientras le hablaba—. Modesto no tiene dos caras: tiene tres. Por aquí solo se lleva bien con la Bruja —la maestra de la escuela, doña Benigna—... porque también tiene el carné. ¡Hasta los guardias le tienen miedo!

—¿No os dais cuenta? —decía ahora Juan—. Le pagué cincuenta kilos de harina y solo había... ¿veinte...? ¡Vete tú a decir que te ha hecho eso el cura, corre!... *Cagüencristaaaaa*... Ándate con ojo Ginés, ándate con ojo...

—¿Y quién le va a meter mano? Aunque no *fusiese* cura..., ¡tiene el carné, *cagüendios!*... —dijo Fernando.

—Es cierto —contestó Ginés—, pero desde que está aquí, la gente las pasa más putas que en vendimias, y...

—¿Y...? —le interrogó Miguelillo.

—... y todo el mundo está más que harto —acabó Ginés.

Tras una pausa, durante la cual todos le miraban, continuó:

—Que esté en tratos con él no significa que me caiga bien, solo quiero esas tierras porque me convienen. Y si me la juega...

Separó una de las cartas que le habían dado hacía unos minutos, para continuar la partida a la brisca. La cogió con la palma de la mano y la puso en la mesa, golpeando con fuerza. Cuando



quitó la mano, despacio, todos vieron la carta: el cuatro de bastos (Iacajamuertos).

Los demás se comenzaron a mirar entre sí. Ginés prendió su pitillo y le fumó mientras recogía los naipes de la mesa. Miguelillo tragó incluso un poco de saliva. Gabino seguía mirando a Ginés mientras alguno también le miraba a él. Todos, incluida la María, sabían que el marido de la Herminia era un hombre de palabra. Un hombre al que no le temblaría el pulso si alguien le tocaba los cojones. Y menos aún... si le tocaban las tierras.

Dos minutos más tarde, dieron por terminada la partida, sin jugarla, y se retiraron a sus casas. La narración de la María les había quitado a todos las ganas de juerga, y dieron la tarde de asueto y *espiporre* por finiquitada.

Juan y María hablaron por la noche, en la cama:

—No te preocupes, Juan, no vuelvas a cogerle nada y ya está...

—Si tuviese *güevos* y no temiese por vosotros... ¡le arrancarí los cojones a ese cabrón!

—¡Juan! Ni *te se* ocurra volver a decir eso, ¡¿me oyes?! ¿No ves que nos puedes meter a todos en un lío?

—Sí, María, sí..., me cuidaré de decir ciertas cosas..., y espero que ese hijo de puta no se la líe a Ginés. Pero si lo hace..., él sí que tendría cojones de *quitarle los mocos* para toda la puta vida...

—¡Juan! ¡Por favor! ¿Y qué será de la Herminia *entoces*?

—A ella no la faltaría de nada si su marido se lleva por delante a ese cabrón. No le puede ver ni Cristo.

Era verdad. Ni allí, ni en los demás pueblos, donde el cura oficiaba las liturgias, era apreciado. A pocos les importaría que un buen día se enterasen de que al cura le habían dado matarile. Verían más guardias que de costumbre durante un par de meses, les preguntarían a menudo por todo lo que hubiesen visto fuera de lo normal, tal vez a alguno le diesen un par de hostias... o tres..., y se acabó. Juan se dio la vuelta, cerró los ojos y trató de dormir un poco.

Eso es lo que durmió aquella noche: solo un poco.

## Capítulo II

**T**ras una mesa bastante sencilla, sobre la cual solo había una pequeña lámpara con la tulipa rota y media bombilla al aire, esperaban Gabino y Ginés. Fidel les había quitado las esposas. No eran del gusto de Alfonso, cada vez que mantenía una conversación con alguien. No, desde hacía ya un tiempo. Ni siquiera con aquellos que pudieran haber cometido el delito del que ahora les acusaban a los *Jeje*. Un delito que mantenía a toda la comarca en vilo, a la espera de una resolución. Un delito que allí, no era ni medio normal.

Los dos trataban de mirar por la ventana, enrejada, pero sin levantarse de sus asientos. Ginés giró su cuello hasta que encontró con la mirada al joven:

—¿Fumas, Fidel...?

—Sí, señor, no se ofenda..., pero... tal vez deberíamos esperar a que entre Alfonso.

Ginés asintió. Se mantuvo serio, pero no le pareció mal que no le diese la oportunidad de fumar hasta que entrase su superior. Al fin y al cabo, solo llevaba unos meses como guardia civil, y supuso que no buscaba más que caer bien a su jefe. Aquel muchacho y su familia siempre le habían caído bien.

Fidel era vecino de Gabino e hijo de la Jesusa, una viuda de guerra. Una mujer que trabajaba como un hombre o más, y si se dejaba ver alguna vez por la cantina, a jugar con otras mujeres a la brisca, bebía como si vistiese pantalones y mease de pie. Ella y su difunto marido se habían casado y habían ido a vivir al pueblo, donde el *Jeje* se dejaba ver para jugar a las cartas o para ayudar en la tarea a Gabino. Por eso Ginés les conocía bien, desde siempre. Apenas le salieron las palabras cuando enterraron al padre de aquel *chiguito*, siendo él todavía un mozo. Años después, aquel niño se hizo un hombre y, en cuanto pudo, decidió cambiar la boina por el tricornio. Su madre le animó, a pesar de que su difunto padre hubiese preferido que continuase con las tierras de la familia.

La Jesusa, triste, le había contado a Ginés que los compañeros *polillas* no se lo pusieron nada fácil. «Basto», «Rudo», «Pueblerino», «Simple», «Destripaterrones»... Fueron solo unas de las pocas dedicatorias que oyó cuando quiso cambiar de vida. Poco importaba que se presentase ante el primer superior que vio, con la boina entre las manos, y con mucho respeto, dijera:

—Buenos días, señor, me llamo Fidel y sé de cuentas, cumplo veinte *pa* sementera, no me asusta lo que usted ordene y soy de fiar...

Y el superior, mirándole como se mira un jeroglífico imposible, pensó:

«Otro aldeano que *satornilla* la boina..., *talosgüevos* estoy de *sacapatatas*...».

No solo le contó aquello al marido de la Herminia, sino que también le hizo partícipe de un suceso nada agradable que acabó de nuevo con él en el pueblo, y por el cual la Jesusa daba las gracias a Dios todos los días.

Un joven *polilla*, un buen día, pareció volverse loco. Entró en la cantina a la que solían arrimarse todos a beber un poco de vino, en el momento en el que estaban allí dentro unos cinco o seis oficiales. Lo hizo a propósito, eligiendo ese momento, precisamente, porque sabía que había oficiales.

Llevaba apenas unas semanas allí, y no dejaba de decir al resto de los compañeros que tenía que salir de aquel lugar como fuese, que tenía que ver a su novia cuanto antes, porque la echaba tanto de menos que si no la veía en cuanto pudiese, se iba a matar. Un madrileño que les pareció a todos bastante... *señoritingo*. Le llamaban Estanquero, pues los demás siempre le pedían tabaco, y él no dejaba a nadie, que se lo pidiera, sin un pitillo. Aunque un tanto ñoño, siempre babeando por su chica y enseñándole a todo el mundo su foto, no les caía mal, aunque eso no evitó que se burlaran de él. No era más que un pobre muchacho, un poco pánfilo y muy verde.

Como es lógico, no solo los compañeros *polillas* se rieron de él, sino que aquellas historias llegaron a los mandos y le metieron en el calabozo para que se le *pasase* la tontería. Cuando le soltaron, lo primero que hizo fue acercarse a la cantina del cuartel, armado con una pistola. Trató de hacerles ver a todos, bastante cohibidos muchos de ellos, algo normal, que le habían ninguneado. Les dijo también que no era ningún loco, pero, que, por su novia, sí que sería capaz de cometer alguna locura: aseguró que se iría de allí llevándose por delante a cuantos pudiese, que ya estaba un poco harto de bromas sobre su novia, alguna un tanto pesada, como cuando le dijeron que para poder «darla el visto bueno» tenía que catarla el Toro, un compañero con un miembro viril enorme, pero prefería culpar de todo ello a los oficiales, pues ellos, y no sus compañeros, le habían encerrado.

Alguno de los *polillas* se orinó cuando les apuntó con el arma. Uno de los oficiales, también. Hubo quien comentó con sorna, semanas después de aquello, que el sargento se había jiñado encima cuando el Estanquero pegó aquellos tres tiros al aire.

El sargento solía quedarse en la esquina de la barra, solo, al rabo del cantinero, el Estirao, para charlar con él en los momentos en los que no había apenas gente, pues el suboficial que les hacía la vida imposible a varios *polillas*, era visto por todos ellos como un *güeso* de pollo *atravesao*. El Estirao aseguró varias veces, que le había oído perfectamente tirarse un par de cuescos, tras los tiros al aire del madrileño, y que con cada retreta daba un pasito para un lado mientras miraba al techo, y que el olor que había dejado, en la esquina de la barra, era el mismo que había en la letrina del bar después de alguna celebración importante. ¡Qué mal debía de oler, que hasta el mismo sargento arrugó la nariz... y no dejó de hacer esparajismos durante un buen rato!

El caso es que de todos los allí presentes, solo uno tuvo los arrestos de dar un paso al frente y tratar de hacer entrar en razón a aquel muchacho: Fidel. El único, junto con aquel pobre *polilla* enamorado, que pareció no hacer caso al aviso que había en la entrada de la cantina, sobre un cesto de mimbre trenzado, colgado de la pared:

*Antes de entrar,  
deja los huevos aquí.*

Se acercó hasta un par de metros de él y, tras más de media hora hablando, le convenció de que le diese el arma. Dos segundos después, el muchacho tuvo encima a más de doce *polillas*. Para apresarle..., es decir, para darle más hostias de las que puede repartir un obispo en una catedral abarrotada.

La actuación de Fidel, muy lejos, como es lógico, de pasar desapercibida, fue alabada en su justa medida por todos los allí presentes: dejaron de meterse con él y le comenzaron a ver como a uno más. Bueno..., uno más... no: los compañeros se arrimaban ahora a él para tratar de caer bien a los mandos y... a él mismo, pues tres semanas después, le comunicaron que pronto le ascenderían a cabo, le darían una medalla y le dejarían elegir destino, al marcharse de allí. ¡Faltaría más, con lo que había hecho!

El mismo día que le ascendieron, asistió a la ceremonia más contento por el hecho de poder ver allí a su madre, henchida de orgullo y con los ojos enrojecidos, que por poder lucir, a partir de entonces, unos galones. Sin embargo, la alegría le duró poco. Mientras estaba con su madre, una vez terminadas las formalidades, durante las cuales pudo incluso ver alguna estrella que le aplaudía y le asentía con la cabeza, un compañero se le acercó y le dijo que al pobre loco de la cantina le habían llevado a enterrar a su pueblo aquella misma mañana. Su padre y su hermano habían ido a reconocer el cuerpo y reclamarlo. Su pobre madre, la Jesusa, al verle tan triste, por el final de aquel muchacho, dijeron que se había ahorcado, le abrazó y le pidió a Dios delante de su hijo que cuidara de él cuando no estuviese junto a ella. No había de qué preocuparse, pero... una madre, es siempre una madre.

—Esta vida es muy perra, hijo —le dijo la Jesusa—, y no quiero que un día recuerde que *vinon* un par de hombres de uniforme a casa a decirme que me *trajon* el cuerpo de mi hijo *pa* enterrar... junto a su padre...

—No se preocupe, madre, en cuanto salga de aquí no será Dios quien me cuide, seguirá siendo usted. Puedo elegir dónde ejercer... y volveré a casa, no tema...

—Hijo, *tan condecorao*... ¿seguro... seguro que no prefieren... que vayas a otro sitio?

—Mi lugar, de momento, está junto a usted, madre. Volveré al pueblo.

Se fundieron en un abrazo y fueron a comer juntos. Fidel no quería que su madre se fuese de allí sin más, de modo que se puso muy *elegantote*, se acercaron a un restaurante donde sabía que daban muy bien de comer, y la dijo que ese día se pondrían como el quico, que comerían como lo hacían las gentes pudientes: sopa de pescado, chuletillas de cordero y arroz con leche. Ni siquiera pagaron la comida, pues en aquel mismo restaurante se encontraba uno de los oficiales que habían estado en la cantina el día del suceso. Se acercó hasta la mesa a saludar al *polilla* y a presentarle sus respetos a la Jesusa. Les dijo que lo menos que podía hacer, era invitar a la comida a un héroe y a su madre, y se marchó para dejarles que disfrutaran tranquilos del resto del día. Por supuesto, agradecieron el gesto. Tras terminar de comer, pasearon hasta que se hizo tarde, y su madre decidió regresar en el autobús que la llevaría de nuevo al pueblo. Lo pasaron bien, pero no fue un gran día. La muerte del madrileño, el Estanquero, no les había dejado disfrutar de la jornada como se merecía.

Tal y como le dijo a la Jesusa, después de despedirse con cierta pena de los demás *polillas*, al finalizar ya los días que debía pasar junto a ellos, recogió sus cosas y volvió a casa. El cuartelillo estaba solo a unos diez kilómetros de su hogar, y pensó que mejor que allí, en ningún sitio. Con unos dineros que le dio su madre, compró una bicicleta, y con ella se acercaba todos los días hasta su trabajo. No le importó un pimiento que algún compañero, e incluso algún vecino, le dijese que un guardia civil no debía de *arrimarse al tajo* en bicicleta. No dejaría de hacerlo

hasta que no fuese realmente necesario o exigido: se la había comprado gracias a su madre, aunque no le hubiese hecho falta, y él no la iba a quitar aquella ilusión por nada del mundo. Otros padres compraban las bicicletas a sus hijos para poder ir a trabajar, y ella no dejaría de hacer lo mismo con el suyo, pues gustaba más cojones que muchos hombres.

En sus viajes en bicicleta de casa al cuartelillo y al revés, solía encontrarse con varios mozos del pueblo que acudían a su trabajo también a pedales. De su pueblo y de los pueblos vecinos. La guerra había segado la vida de muchos hombres y, en más lugares de los que se pudiesen contar, se necesitaba mano de obra barata y en cantidad. Como en los hogares de todos los pueblos, eran muchos los mozos que vivían allí. Una vez terminadas las faenas que demandasen las tierras o los animales, acudían a pedir trabajo a cualquier patrón que pudiera ofrecérselo. Alegres e ilusionados, hacían incluso polvorientas competiciones por los caminos hasta llegar a sus nuevos quehaceres. Al volver, aparcaban las carreras hasta el día siguiente, pues las obras de la carretera a la que muchos se habían arrimado, no les dejaban el cuerpo como para muchas alegrías. Mal pagados y peor tratados, acudían cada día, pues en casa hacían falta aquellos dineros y ellos no iban a dejar en la cuneta a sus familias. De eso nada.

Muchos de ellos eran bastante jóvenes, de catorce o quince años, y si bien el trabajo era duro y sus jornales necesarios en casa, a los hijos de la postguerra se les afilaban incluso los dientes al saber que tendrían la posibilidad de quedarse, aunque fuese solo un poco, parte de aquel dinero en lugar de entregárselo a sus progenitores si eran lo suficientemente... hábiles, claro. Hablando un día con alguno de ellos, Fidel supo que, en una casa en concreto, había tres hermanos que acudían a trabajar a aquella carretera. Los dos mayores le contaron que *picaban* del sobre del más pequeño, y le decían a su pobre padre que como era el más joven de la obra, cobraba solo el sueldo de un *pinche*. Su buena suerte terminó cuando el padre de los muchachos acudió a hablar con el capataz de la obra. A partir de entonces, debido a la falta de dinero, los pitillos que solían fumar escondidos en la cuadra o bajo el campanario de la iglesia, también terminaron. Hubieron de conformarse, desde ese momento, con las hojas secas de las patatas, machacadas y molidas, envueltas en papel de periódico. Se pasaban más tiempo escupiendo al suelo y quejándose de que les picaba la lengua que de otra cosa. Incluso el mayor, avergonzado, dejó pasar casi un año antes de decirle a su padre que fumaba.

Pero, Fidel, no solo veía montado en su bicicleta a los mozos, camino de sus trabajos, sino también a muchos vecinos que, irguiéndose de manera muy pesada y resoplando al aire, le saludaban cuando pasaba cerca de ellos, con las manos apoyadas en los riñones y de pie, en sus tierras. Los hombres siempre con boina. Las mujeres siempre con unos sombreros de paja bastante hermosos, cubriendo una cabeza sobre la que habían puesto también un pañuelo, cual mortaja, atado bajo la mandíbula. Y es que aquellos trabajos mataban a Cristo. Dicho pañuelo y dicho gorro de paja, las protegía del sol los días de calor, sí, pero no solo evitaban con ello las posibles insolaciones, sino ponerse más negras que los cojones de un grillo, pues consideraban que estar morena, era señal inequívoca de trabajar en el campo... y, por lo tanto, pobres. Hubo alguna mujer que llegó a hacer unas mangas, a parte del vestido, y las cosían al mismo en verano, evitando así que los brazos se pusiesen morenos. Llegaban incluso a envolverse las manos con trozos de tela enrollados. Había que estar blanca y guapa. No para ellas: para los hombres... y para las demás. Y la que se ponga como un tito por no cubrirse, pase o no calor, que se *joribie*.

Los primeros días, los vecinos, sí que miraban un poco extrañados a Fidel mientras pedaleaba camino al trabajo, pero conforme el tiempo pasó, a nadie le pareció fuera de lugar que el Alicate fuese en bicicleta y uniformado al cuartelillo. La carretera, hasta el cuartel, bordeaba unas tierras

bastante grandes, propiedad de Ginés, y saludar a los *Jeje*, muchos días, era algo normal. Saludarles como lo había hecho hacía tan solo cinco minutos, tras las rejas del calabozo, era lo que ese día había estado fuera de lugar, y no el hecho de hacerlo montado en su bicicleta.

Alfonso entró en el cuartucho, y se sentó frente a ellos. Ni siquiera saludó a Fidel. Solo le asintió un poco con la cabeza para que dejara de parecer una estatua. Traía la chaqueta y el tricornio puestos y, por ello, una sudada de campeonato. Una vez frente a los *Jeje*, se les quedó mirando unos segundos con los brazos en jarras, y les habló:

—Buenos días.

—Buenos días, don Alfonso —contestó Gabino.

Alfonso se giró y miró a Fidel.

—Alicate, trae un poco de agua, ¿este calor me mata, joder!

—Sí, señor —contestó el joven.

Mientras esperaban al muchacho, Alfonso respiraba con dificultad y les miraba a los dos con cara de pocos amigos. Chorreaba sudor como un perro, se quitó la chaqueta y el tricornio, posándolos en la mesa. No era muy grande, de modo que empujó la chaqueta para tener más sitio; el orinal forrado de charol dejó una marca redonda y perfecta de humedad en la seca superficie de madera. Se había despeinado un poco y se le notaba incómodo. Aun así, intentó parecer sereno, procurando no moverse mucho y mesando, con el pulgar y el índice, su perfecto bigote desde el centro hasta los bordes.

Desenfundó su arma y la dejó también en la mesa. Aquel gesto hizo que Ginés le mirara a los ojos, algo que todavía no había hecho. En el momento en que Alfonso pareció querer decir algo, entró Fidel con una jarra de agua y una botellita de gaseosa de dos cuartillos. También traía un vaso pequeño y una copita. Posó todo en la mesa y se quedó a la espalda de su superior.

El guardia civil sonrió complacido: el Alicate era un joven muy servicial. Solo le había pedido agua, pero Fidel sabía de sobra que sería bien recibida, por su superior, la botella: era orujo.

Abrió la botella y se sirvió un poco en el vaso. Luego, llenó el vaso hasta arriba de agua. Mientras les miraba a los ojos, lo bebió de un trago y se quedó relamiéndose por la *palomita* ingerida.

A Alfonso no le gustaba comenzar sus interrogatorios de forma que le viesan como a un ser malvado. Sabía, por experiencia, que lo mejor era poder camelarse a quien estuviese sentado a la otra parte de la mesa, pero también había que dejar claro, desde un principio, cuál era, en aquellas situaciones, la posición de cada uno. Por eso sacó su arma y la posó despacio sobre la mesa en cuanto se sentó, de forma muy pausada, para que pudiesen darse cuenta los detenidos, a las claras, de quién mandaba allí. Y por eso sirvió de nuevo un poco de orujo en el vaso y les ofreció, el vaso y la botella, a los *Jeje*.

Gabino miró el orujo. Un trago no le vendría nada mal. Después, miró a Ginés. Luego miró a Alfonso. Seguido, a Fidel, que le indicó por señas, asintiéndole, que bebiese un poco. Alargó la mano despacio y cogió el vaso. Bebió un poco y lo posó en la mesa, ante Ginés. Este miraba todavía a los ojos, a Alfonso. No hizo ni el amago de mirar el vaso.

«Bueno... —pensó Alfonso—, ya veo por dónde vienen los tiros...».

La estrategia de Alfonso, no le había dado el resultado necesario. Podía conducir a Gabino, bastante más sumiso que su amigo, pero le había quedado claro que con Ginés no iba a ser suficiente.

Alfonso había tenido delante de él en aquella mesa a más de cien personas, la mayoría hombres, y si había algo de lo que estaba convencido, era de que un trago solía ser la mejor manera de romper el hielo y tratar de conseguir, aunque fuese en su mínima expresión, la colaboración por parte de los detenidos. Él no estaba allí para acusarlos, ni para absolverlos. Él solo estaba allí para tratar de sacar información. Y por Dios que conseguiría lo que buscaba, por las buenas o por las malas.

La realidad era que varias veces, en el pasado, la fuerza había sido una buena forma de conseguir la información deseada de aquellos animales. Un par de hostias bien dadas en el morro o en la boca del estómago, un golpe seco en los *güevos* o apuntarles directamente a la sien con su pistola, cargada o no, habían solventado muchos problemas años atrás. Sin embargo, un día se encontró con un hombre al que interrogar, el cual, nada más tenerlo delante le pidió, por favor, a ver si le podía dar un poco de agua antes de comenzar. Le pareció uno más de aquellos secos y polvorientos hombres a los que solía apalear, pero lejos de negarse, le dio agua. Para su sorpresa, tras darle el agua y tener lo más parecido que pudo a una conversación, el hombre le dijo lo que necesitaba saber. Fue algo muy nimio, un caso en el que se trataba de saber quién había robado veinte pesetas y un real a la mujer del sastre. Fue aquel mismo hombre al que le había dado agua, y le dijo que era la diferencia de lo que, según su criterio, le había cobrado el sastre de más. Al día siguiente, mandó sentarse en aquella mesa al sastre y, tras volver a actuar como el día anterior, ofreciéndole un poco de agua y conversación, el sastre acabó admitiendo que se había propasado al cobrar por su trabajo. Pagaron los dos una buena multa y a correr. El uno por ladrón y el otro por cabrón. Pero lo que le había llamado la atención a Alfonso, no era haber averiguado la verdad, sino cómo lo había conseguido: confianza.

Si un hombre confía en otro, en una mesa como aquella, el interrogado se abrirá más que si lo hubiesen molido a palos. No siempre daba resultado, pero en aquella zona, plagada de hombres duros que trabajaban la tierra, las hostias no eran el camino. Lo sabía bien: él mismo había arado como un cabrón durante muchos años, y sabía que una ración de golpes podía no ser suficiente para doblegar a muchos de los interrogados. Por ello, comenzó a tratar de ganarse su confianza, tender la mano a los *Jeje*. Y por ello, porque muchos de los que solía tener delante sentados eran capaces de comer piedras, si el agua no era suficiente siempre les ofrecía vino, orujo o lo que se terciase.

Alfonso decidió ampliar su estrategia:

—¿Cómo está el orujo, Gabino?

—Estooo..., bueno, señor, está bueno... —mintió.

El guardia civil soltó un bufido socarrón y continuó hablando:

—No me jodas que te entorno, ¿vale? Es una mierda. Una mierda barata que compramos al puto vinatero de los cojones. —El pobre Gabino no supo qué decir. Para su tranquilidad, Alfonso continuó hablando casi seguido—. Los chavales —miró detrás de él hasta encontrar a Fidel—... me han dicho que cada vez que bajan a comprarle algo se lo vende a granel. Llevan las botellas vacías y se las llena. El hijo de puta no pone ni embudo: agarra la cántara y la báscula hasta arrimarla al hocico de la botella, y echa el orujo. Tira más fuera que dentro. Y luego se lo cobra como orujo, no es *na* más que agua, puto viejo, pero su sobrino es coronel y no le puedo tocar.

Se levantó sin decir nada y salió del pequeño cuarto de interrogatorios. Se acercó hasta su despacho y volvió a abrir el cajón que dejaba cerrado con llave. Sacó de nuevo la botellita, la foto de su madre y la pistola, y metió la mano hasta el fondo. Puso sobre la mesa una caja de

madera tallada. La abrió, dentro había un trapo envolviendo algo, un cuaderno o un libro, y otra botellita. Estaba mediada. Menos esa nueva botellita, metió todo de nuevo en el cajón, lo cerró, y volvió sobre sus pasos a sentarse otra vez ante los *Jeje*. Puso la botella abierta en la mesa mientras miraba a Gabino. Le habló:

—Adelante..., prueba este...

Gabino lo hizo despacio. No quería meter la pata o hacer algo por lo que Alfonso se calentase, de modo que, con mucho cuidado, cogió la nueva botella y echó otra vez un poco de orujo en el vaso. Cuando no habrían caído tres lágrimas, vio que el guardia civil le hacía con la mano el ademán de que ya era bastante, y dejó la botella en la mesa. Probó el orujo.

—Buffff... ¡qué... cofff... cofff..., señor, pero qué cojones... bufff... *malampo!* —Gabino tosía y le costaba respirar—. ¡¿Qué es esto...?! —hablaba con dificultad, casi lloraba, y estuvo tentado de beber un poco de agua—. ¡Joder! ¡Casi *mañurgo!*

Alfonso no le contestó, pero mientras sonreía, pensaba:

«Menudo *ajuaroso* de mierda..., seguro que mea *sentao...*».

Echó un poco más en el vaso y lo puso delante de Ginés. Le habló:

—Ginés, anda, bebe. Solo quiero que mantengamos una conversación entre hombres, nada más.

Ginés seguía sin abrir la boca, de modo que, Alfonso, se le quedó mirando y sonrió de nuevo. No era una sonrisa de desprecio ni de superioridad. Era una sonrisa de complicidad. Casi le guiñó un ojo sin querer. Y esa complicidad iba más allá de los muros de aquel cuarto de mala muerte. Iba más allá de lo que Ginés pudiese haber imaginado. Tras aquella sonrisa, volvió a hablarle, pero soltando un pequeño as que, cual tahúr veterano curtido en mil torneos, tenía guardado en la manga:

—Ginés..., Pruébalo, es como el que compraba tu padre.



## Capítulo III

Alfonso de la Fuente se había criado junto a muchos de aquellos hombres. Hombres que trabajaban la tierra como condenados, desde la salida hasta la puesta del sol. Para hacer frente como Dios manda a unas jornadas así, había que darle al cuerpo y al alma, algo más que descanso al terminar. Había que animarlos como fuera. Silbar una cancioncilla mientras se trabajaba, era una buena forma o, en su defecto, incluso tararearla. Si un hombre trabaja animado, la labor, al finalizar el día, habrá ganado varios enteros. Pero no era suficiente.

Las mujeres y los jóvenes de aquella zona sabían, como cualquier hombre, lo que significaba tener que trabajar duro. Tanto como el varón más perseverante con la labor. Arrimar el hombro, junto a familiares o compañeros, en las tierras, era algo tan habitual como respirar. Incluso más. A ellas, se las veía siempre trabajando cubiertas de ropa de arriba abajo, con el consabido sombrero de ala ancha de paja y con más capas que una cebolla. Ninguna quería parecer pobre, menos aún las jóvenes, que querían ser las más guapas cuando iban al baile. Solo en los hogares en los que se andaba un poquito mejor, las mujeres se quedaban algunas jornadas en casa. Pocas.

Los hombres, cuando estaban solos y entre ellos, se habían habituado desde siempre a tratar de alegrarse el espíritu gastando bromas los unos con los otros. Por lo general, alguna de esas bromas tenía siempre un cabeza de turco, alguno con quien se solían meter con relativa frecuencia. Si les acompañaban las mujeres, las bromas se tornaban más tenues, pues ninguno de ellos tenía ganas de ponerse a discutir con ninguna de ellas: eran batallas perdidas. Preferían una patada en los *güevos* que discutir con una mujer a ver quién tenía o no razón por algo y por qué. Sin duda, la patada era mucho más liviana. De largo.

Si en la labor no les acompañaban, un día en concreto, las mujeres, solo era porque las casas también debían de ser atendidas. A los hombres les ayudaban los más jóvenes, en muchos casos, incluso, sin haber acudido a las clases en las diferentes escuelas de los pueblos. Con estos muchachos, hijos, sobrinos, vecinos..., veían la posibilidad que no veían con las mujeres: los atacaban sin piedad. Eran presas fáciles para hombres curtidos por el sol y las heladas, acostumbrados a trabajar muchas horas más que los chavales, por aquellos andurriales de Dios. Si podían atacar a alguno, genial. Si el atacado era un hijo o un familiar..., mucho mejor.

Hacer ver a cualquier *chiguito*, o a un mozo, que no tenían ni puta idea de trabajar las tierras, era la forma más habitual de evadirse de su propia frustración. Frustración derivada de saberse atrapados en un mundo injusto, según ellos, por tener que arar, sembrar, abonar, cosechar, trillar, beldar..., por tener que hacer infinitas labores para poder tener un plato de comida caliente en la

mesa. Y todavía quedaba atender a los animales en casa, los huertos, la leña para el invierno... Los quehaceres se amontonaban de tal manera, que los cuerpos de aquellos hombres necesitaban algo más para poder sobrellevar tales cargas.

El hombre, desde que es hombre, siempre ha sabido evadirse de ciertas preocupaciones derivadas de sí mismos. Y si para poder sobrellevar el trabajo no era suficiente con hacer ver a los más jóvenes que no sabían ni atarse los zapatos, algo que con anterioridad ellos mismos oyeron de sus mayores, para tratar de aguantar una hora... y luego otra... y luego otra... y al día siguiente otra vez... y al siguiente... y solo tomarse el domingo por la mañana libre en toda la semana, para poder ir a misa, ni ha existido, ni existe, ni existirá nada como... un trago.

La mayoría de ellos ya habían bebido su primer sorbo de vino sin haber cumplido los diez años, de modo que trabajo y vino eran uno solo. Indivisibles. Nadie conocía a ni un solo hombre que no bebiese vino. Aunque fuera solo un poco. Y muchas mujeres, como desempeñaban la misma labor que los hombres, o más, también lo bebían con asiduidad. Las cantinas de los diferentes pueblos nunca estaban vacías. Bueno..., la verdad es que en España, siempre ha sido difícil ver una cantina vacía... o ver una casa sin vino: es más fácil mear contra el viento y no empaparse los pantalones.

Si el vino hace que un hombre pueda acometer mejor su trabajo, el orujo, para muchos de ellos, se había convertido en algo, sencillamente, esencial.

De niños, muchos desayunaban un buen trozo de pan duro, sin llegar a rebojo, mojado en orujo para afrontar el día: como sus mayores. A ello, tal vez, le podían acompañar con un poco de leche en un tazón, o unas sopas. El caso era que si en una casa había cinco personas, el desayuno eran cinco buenos trozos de pan con orujo. A los chavales les venía bien para acometer el día, alimentados y contentos. Para los más mayores, se había convertido en la mejor forma de acojonar al frío, las heladas y las copiosas nevadas de los eternos inviernos. La mejor forma de quitar el relente de encima de uno, y no quedarse pajarito. No era raro levantarse por la mañana, en invierno, y que en la calle hubiese un metro y medio de nieve, cuando la tarde anterior no había caído ni un solo copo.

Por ello, el orujo, les había acompañado desde siempre, al igual que el vino. Y por ello también, un hombre trabajando de sol a sol, lo hará siempre mejor, digan lo que digan los matasanos, si entona el cuerpo y el espíritu con algo más que canciones silbadas o tarareadas, con algo más que chanzas y bromas a los más jóvenes y con algo más que cuidarse de no cabrear a las mujeres, sean las suyas o no. Un trago evita todo eso. O tal vez no del todo, pero las bromas y las canciones sonarán de otra forma.

El padre de Ginés había trabajado, en el pasado, ayudando en las tierras, al progenitor de quien ahora le miraba mesándose el bigote. Ambos lo sabían. Una de las tierras de cada uno lindaba con la del otro, y echarse una mano cuando procedía no había sido algo meramente casual. Se solían pedir ayuda con cierta frecuencia. Y hay algo, el que diga lo contrario miente, que hace que los hombres se animen a echar un trago con otros al finalizar la jornada: haber compartido la misma, sudando ambos como perros, y respirando el mismo polvo. Compartir labor, une. Si la labor compartida es sufrida... más todavía.

La víspera de san Blas de hacía más de treinta años, ambos hombres quedaron para ir juntos a comprar un poco de orujo. Alfonso recordaba lo que le contó su padre sobre aquel día, pero quien estaba ahora delante de él, estuvo allí...

De buena mañana, con el gallo aún dormido, los dos hombres se pusieron en camino a comprar orujo en un pueblo de la provincia de al lado. Al punto de partir, el hijo de uno de ellos que no

había acudido a clase aquella jornada, en realidad, no fue ninguno: «Fiebres de la maestra», dijeron, quiso ir con los dos hombres; les acompañó un pequeño Ginés. Tenía seis años. La helada de la mañana había caído implacable sobre el blanco manto del día anterior, de más de veinte centímetros, que cubría casi todo. La carreta tirada por yeguas avanzaba a trompicones por la maltrecha carretera, dejando roderas de casi dos cuartas. Llegaron a su destino poco antes de la hora de comer. Entraron en la pequeña casa de aquel hombre y, más o menos, la conversación y lo que ocurrió, fue lo siguiente:

—Buenos días... —dijo el padre de Alfonso—, por mera cortesía, hace un frío que pela, pero no apaga la vela...

—Buenos días —contestó Andrés, el hombre que vendía aquel orujo—. ¿Deseaban algo?

Andrés les miraba con cierto recelo, por haber traído a aquel *chiguito* con ellos. No le importaba que estuviese allí, pero sabía de sobra que aquellos hombres no se acercaban precisamente del pueblo vecino a comprarle orujo, y no le pareció oportuno que hubiesen hecho ese viaje, en un día como aquel, con Ginés. De frío que tenía, ni temblaba. Su padre, tras tratar de hacerle entrar en calor frotándole con energía los hombros, se irguió pesadamente y miró a Andrés.

—Quisiéramos lo de siempre, Andrés, pero... ¿le importaría, por favor, darnos algo para poder entrar en calor?

Pedir «algo para entrar en calor» a un hombre que destila orujo, es como pedir cariño y consuelo a una madre: dudar de si lo tiene, es casi un insulto. De modo que Andrés asintió, se alejó de ellos apenas cinco pasos, y abrió un pequeño armario descascarillado que estaba en la pared. Dentro, alineadas de forma perfecta, se encontraban dos docenas de copas. Todas iguales. Todas de cristal tallado a mano y con un tamaño poco menos que irrisorio: no habría cabido dentro una bellota pequeña.

Con la copichuela ya en su mano, Andrés se dirigió a la estancia de al lado, apartando una manta que hacía las veces de puerta. Al quitar la manta, el fuerte olor a rampojo casi les hace soltar un *resgoldo* a los dos hombres, igual que si hubiesen bebido orujo. Andrés bordeó el alambique, y se puso de cuclillas al lado de una botella de dos cuartillos que estaba casi llena. La apartó con cuidado de su sitio, justo donde el destilado licor caía gota a gota, con una frecuencia que haría roncar a una piedra, y estuvo allí sujetándola durante más de cinco minutos. Pasado ese tiempo, dejó la anterior botella de nuevo en su sitio y se giró para darles la copa. Fue el padre de Ginés quien la cogió y, al tenerla en su mano, estuvo tentado de tirarla al suelo.

Si Andrés tenía algo, era orujo. Y orujo de calidad. La voz se había corrido como un fuego de verano en un día ventoso, y eran muchos y de los más diversos lugares, los que se acercaban hasta su casa a por un poco del preciado brebaje. Jamás les escatimó nada en las medidas, y su merecida fama de hombre honrado agrandaba la leyenda de su orujo. Pero al padre de Ginés le pareció poco menos que una broma pesada lo que acababa de suceder: le habían pedido un poco de orujo para poder entrar en calor, y lo que les había dado era poco menos que cuatro o cinco... gotas. Contadas. Apenas llegaban a la tercera parte de aquel proyecto de copa. De modo que, procurando mostrarse sosegado, le habló de nuevo:

—Andrés..., que te lo pagamos si hace falta, ¿eh...?

Por toda contestación, Andrés le miró, se dio la vuelta, bordeó el alambique mientras le daba pequeños golpecitos con el dedo al *acordeón*, y comenzó a llenarles las botellas que habían traído. No era hombre de muchas palabras.

Solos, esperando a que acabase de llenárselas, los dos hombres hablaron:

—Joder, ¡qué miserable...! ¡Esto no llega ni *paun* suspiro!

—La verdad... ¡qué tío cabrón...!

El padre de Ginés se agachó y le comenzó a quitar la bufanda del cuello al *chiguito*. Estaba azul de frío. Se oía un ligero cras, cras, cras... mientras lo hacía: la bufanda se había quedado pegada, literalmente, con la helada, en el tabardo del niño y en su cara. Un minuto después, y ya arrimados a la lumbre que tenía prendida Andrés, los dos hombres miraban de nuevo la copina de orujo que les había dado quien llenaba ahora las botellas.

—Trae un poco *pacá*, habrá que *probalo*... —dijo el padre de Alfonso.

—Sí, ten *cuidao*..., no te vaya a llegar al pico... —le contestó el padre de Ginés.

Ginés no recordaba los primeros improperios que les oyó decir a los dos hombres. Tampoco recordaba cómo demonios se hizo él con la copa y bebió un poco. Lo que sí que recordaba, con una nitidez asombrosa, era el sabor de aquel destilado: fuego. Las *palabrostias* que soltaron después su padre y el de Alfonso mientras el pobre *chiguito* tosía con grandes esparajismos, sí que se grabaron a fuego en su mente. Un fuego diferente al que le había quemado la lengua:

—¡Hostia puta...! ¡Que me *alampo*! —gritó uno de ellos mientras tosía con fuerza varias veces.

—¡La leche puñetera...! ¡Me *quemao* tol cielo la boca, joder! —dijo el otro.

Minutos después, y un poco más calmados, Andrés entró con las botellas llenas y se las entregó. Miraba un tanto socarrón las caras de los tres y apenas podía disimular una sonrisa: había visto la copa que les había dado... y no la habían podido terminar. Tal y como él ya sabía que iba a pasar. Les habló antes de que le abonaran la bebida, señalando la copita:

—Ese..., no os lo cobro...

Ambos hombres pagaron y se fueron, pero no solo se llevaron el orujo de costumbre: también una botella cada uno de aquella lava volcánica. Con el tiempo, mucho tiempo, sus *gallaritas* y *gargüelos* se hicieron a él. Más doloroso era cuando lo digerían que cuando lo bebían, pues al arrimarse a la cuadra a tirar de pantalón, el ojete les escocía a base de bien, haciéndoles sudar la gota gorda para expulsar semejante elixir del cuerpo. Incluso las vacas se arrejuntaban cuando veían que iba alguno de ellos a jiñar, tal era la pestilencia y el hedor que dejaban. Los perros dormían aquella noche en la calle, con frío o sin él. Pero con el tiempo, pensaron que todo orujo que bebiesen, si no era Fuego de Andrés, era como beber un vino aguada. Chis, más bien.

Con el transcurrir de los años, Alfonso y Ginés bebieron también de aquel orujo. Se hizo bastante habitual en sus vidas. Por diferentes motivos, no lo habían vuelto a probar en mucho tiempo: primero Alfonso, porque se marchó de casa para ser guardia civil, y después Ginés, porque posteriormente se murió Andrés. Sus hijos habían seguido con el legado de su padre, pero el éxito de su progenitor siempre se basó en un producto de calidad, y los muchachos, ávidos de dinero fresco, rebajaban la bebida con agua. Tal acto, merecía la excomunió.

Si bien Ginés no pudo volver a hacerse con aquel maravilloso néctar, Alfonso sí que lo había hecho: Andrés había tenido una hija y su marido quiso volver por la senda de su difunto suegro. Al principio le costó, un mundo, además, volver a destilar el Fuego de Andrés, pero un año después de meterse en faena, lo consiguió. Sin embargo, él no era su difunto suegro, y la gente no conocía apenas la existencia del brebaje que, años atrás, hizo tan buenas migas con todo hombre que lo conociese: aquel orujo añadía un testículo a cada hombre que lo bebiese. O dos. Tras pasar por el pasapán, ninguna labor era demasiado dura. Pan, *galufo*, vino y un poco del Fuego de Andrés habían sembrado cientos de hectáreas todos los años. También habían *animado*, a más de uno y a más de dos, a traer algún que otro *chiguito* al mundo.

Ocurre, que no todos los hombres se limitan a beber para poder aguantar un día más al pie del cañón. Ocurre, que muchos de ellos, más de los que ellos mismos creen, sufren de un mismo mal cada vez que *calientan el pico*. Un hombre encabronado con el día que ha tenido, puede perfectamente creer que para poder sobrellevarlo mejor, nada como la sensación de euforia y seguridad que aporta un buen trago. Y el problema de verdad puede venir cuando no es solo un trago de más. Pero no hay por qué asustarse de eso: forma parte de la naturaleza de los hombres. Son los hombres capaces de contener la necesidad de esa euforia, los que cuentan con la gracia divina de poder disfrutar del glorioso regalo celestial que aporta un buen trago. Los que no se someten a él.

Pero euforia aparte, es algo que parece incrustado en el ADN de la mayoría de los hombres en España, y es que... los eruditos en la materia deberían de estudiar cómo es posible que el gesto que hace un *chiguito*, llevarse el dedo a la boca para sentirse bien, evoluciona con el paso de los años en el mismo gesto, no varía, solo que se cambia el dedo por un vaso lleno de lo que sea: ¿será para no llorar, como cuando uno es canijo? ¿Para sentirse bien? Ahí queda eso.

Pues bien, tres años atrás, Alfonso se acercó al pueblo del difunto Andrés para un asunto que tenía que ver con unos documentos. Nada serio. Se acercó hasta el cuartelillo de la zona, despachó el asunto con rapidez y, antes de volver a su casa, se pasó por la cantina a echar un trago con el sargento que le había atendido. Un hombre enorme, de más de cien kilos de peso, que sudaba tanto o más que él mismo.

Aquel sargento le dijo, mirando al cielo y dando las gracias a los ángeles del firmamento, que allí, en aquel pueblo, tenían un orujo que parecía destilado en el mismísimo Infierno: el Fuego de Andrés, lo llamaban. Curioso dar las gracias a los ángeles por algo que viene del Infierno, pero en fin... Cuando Alfonso se enteró, no tardó ni un minuto, tras acabar sus asuntos, en pedir al sargento que le llevase a probarlo sin perder ni un instante.

No pudieron acercarse hasta la pequeña casa de adobe donde vivía el yerno de Andrés, se encontraba fuera y su mujer tampoco estaba, de modo que se dirigieron a la cantina.

Cuando Alfonso volvió a probar aquello...

Decir que a Alfonso le gustaba beber, es quedarse muy corto. Decir que era un borracho, no le hacía justicia, pues se propasaba con la bebida, al menos hasta dejarle los pies redondos, en raras ocasiones. Por lo menos desde que le temblaba todo si no bebía algo. Un buen susto en el pasado le obligó a tener que contenerse con la bebida, desde entonces, luchando con sus vaivenes y su intermitente perlesía. Decir que a Alfonso casi se le escapa una lagrimilla cuando volvió a degustar el licor que tanto había echado de menos, decir que le volvió a parecer que le hacía *cárcabo* por el gznate al tragarlo, decir que le hizo eructar como un buey, un minuto después de beberlo, y que sonreía complacido al degustar su fondo y su regusto a rampojo, decir eso, era apenas una décima parte de lo que aquel pequeño trago le había evocado: el recuerdo de su padre.

Agradecido de manera inmensa y profunda al sargento, se despidió y regresó a casa. Una semana después volvió y le compró unas botellas al yerno de Andrés. Desde entonces, nunca le faltó, ni en casa ni en el cuartelillo. Sí, con *cierta mesura*, pero lo degustaba con relativa frecuencia. A pesar de su estado, estaba convencido de que el recuerdo de su padre bien lo merecía. Que se lo debía.

Ginés cogió el vaso, muy serio y mirando a Alfonso. Lo olió y cerró los ojos. Como le ocurría al hombre del tricornio, al de la boina le vinieron a la mente recuerdos tan bellos y tan lejanos, unos un tanto difuminados, otros no, que no pudo por menos que sonreír un poco mientras

saboreaba el momento anterior a acercar el vaso a sus labios. Alfonso se dio cuenta y también sonrió. Pensó:

«Bueno..., creo que podremos mantener una conversación sin problemas, un tanto para mí...».

Ginés bebió un poco y lo paladeó con deleite. Todavía seguía con los ojos cerrados. Terminó la copa, y la posó en la mesa. Gabino le miraba incrédulo, sin entender cómo cojones el orujo no le había hecho ni siquiera guiñar los ojos, arrugar el morro o toser un poco. Alfonso le volvió a servir y le miró de forma concisa, esperando pacientemente que su jugada terminase como él había previsto. Le salió perfecta.

—De acuerdo —dijo Ginés—, pero no lo hago por ti..., lo hago por tu padre: un hombre con más cojones que tú y yo juntos.

—¡Bien...! —contestó Alfonso. Dio un golpe con la palma de la mano en la mesa—. Comencemos...

Alfonso miraba a los *Jeje* de manera alternativa. Sin apremiar a ninguno de ellos más que al otro, interrogó a ambos a la vez. Lo soltó... como aquel que le pregunta a alguien la hora:

—¿Quién mató a Modesto?

## Capítulo IV

Ginés sonrió y cerró los ojos cuando oyó a Alfonso preguntarles aquello. Gabino, que había comenzado a ponerse un poco nervioso, alternaba miradas al suelo con vistazos rápidos y furtivos al hombre que, un poco más tranquilo ya, se seguía mesando el bigote. La respuesta fue clara y contundente:

—Fui yo —dijo Ginés.

Bueno, quizás..., no fue tan contundente...

—¡No...! ¡Fui yo! —replicó Gabino.

Los *Jeje* se miraban con mutua reprobación a sus respuestas. Alfonso respiró hondo, sabedor de que ese momento llegaría, aunque no tan pronto, y les instó a que se explicaran:

—Bueno..., vamos a ver... Comenzaremos contigo, si te parece bien...

Alfonso miraba a Gabino con atención mientras se pronunciaba. Procuró armarse de paciencia ante el día que corroboraba ya que iba a pasar, y le invitó con las palmas de las manos hacia arriba a que comenzase a contarle lo que sabía.

Gabino le contó que el día anterior a que encontrasen el cadáver de Modesto, se encontraba en la cantina de su pueblo. Era domingo por la tarde, y los que pudieron evadirse de sus tareas, unos cuantos, asqueados ya de tanto agachar el lomo durante toda la semana, se habían reunido para echar unas partidas y un par de tragos. Aún recordaba todo lo sucedido aquella jornada como si lo estuviese viviendo en ese momento. Total, solo habían pasado seis días.

Como no habían ido muy tarde a casa de Juan, tuvieron que pelearse por el sitio con varios *chiguitos* que, más listos que el hambre, se dejaron caer por allí apenas pudieron escaparse de sus casas, después de comer. La cantina del pueblo no solo ofrecía diversión a los mayores, fueren mujeres u hombres, más estos últimos, sino que también lo hacía con los más pequeños. La María procuraba siempre tener una ración de pipas y dulces bastante hermosa. Y los chavales, como de tontos no tenían ni un pelo, sabedores como eran de que la María compraba nuevas *provisiones* todos los sábados por la mañana, tras la comida del domingo y de haber atendido las sabias palabras, un buen tostón según ellos, de alguno de sus mayores después de salir de misa, asentían agradecidos por las perras chicas que les daban para que pudiesen comprar unos caramelos o unas pipas. Perras entregadas por las yayas a los *chiguitos*, como si se las estuviesen pasando de estraperlo. También soltaban, los guajes, algún beso o abrazo para que el benefactor volviese a hacerlo el domingo siguiente, pero con cuidado, porque alguna señora tenía unos alfileres en el rostro que traspasaban la carne. Alguna vez... ¡incluso soltaban una peseta!... si era un día

especial, como su cumpleaños o el día del patrón del pueblo. Una peseta: para los chavales... una auténtica fortuna. ¿Que no? Pues sí. Y como muestra, un botón.

Tiempo atrás, el hijo mayor de la María y Juan, un *chiguito afilao* y nervioso, un buen día intentaba estarse lo más quieto posible mientras su madre le peinaba. Complicado, pero lo intentaba. Los rizos rubios del guaje no se quedaban en su sitio, por lo que la María decidió echar mano del azúcar y lo mezcló con agua. Mientras su madre lo peinaba, el muchacho enredó como solo saben hacer los *chiguitos*, demasiado tiempo quieto, y en el bolsillo delantero del mandil de su madre encontró... el Dorado. Un duro. Un billete de cinco pesetas. Cinco fortunas. Se guardó los cinco Potosís con cautela y, cuando su madre terminó de peinarlo, salió a la calle. Incluso miraba receloso para atrás, al salir, no fuera a ser que alguno de sus hermanos más pequeños hubiesen estado al quite, y se arrimaran ahora a él para chantajearlo: gaseosa fresquita, y dulces a cambio de no abrir la boca. Por fortuna, no le vio nadie.

Fuera de casa, lo primero que hizo fue esconderlo debajo de una lastra, pues si algo tenía claro era que no podía ir con tanta cantidad de caudales en el bolsillo. Para su raciocinio, hubiera sido muy audaz e intrépido por su parte intentar mostrar ese billete al comprar alguna golosina. Seguro que le hubiesen preguntado de dónde lo había sacado. Y decir que se lo habían dado de propina..., no hubiese colado. No señor. Nunca. Una propina del copón eran ya un par de perras gordas, el precio que costaba su bebida favorita: el Orange. Y siempre se tenía que juntar con algún otro para poder comprarlo. Luego se lo bebían a medias. De modo que... ¿qué hacer con aquel duro? Tras dos días, y miles y miles de vueltas a la cabeza, decidió devolvérselo a su madre. Era de género tonto intentar comprar algo con él, por lo que donde mejor estaría de nuevo, sería... en el bolsillo del mandil de la María, que llevaba dos días que no ponía huevo buscando el billete. Era doloroso ser honesto, pero más dolía el corazón si la madre de uno estaba inquieta..., y más el alma y no el estómago, si ese duro era para pan.

Total, que la cantina tenía aquella tarde quince chavales, todos enredados en la cocina y esperando impacientes a que la María pudiese atenderlos. Alguno, gritando. Todos, nerviosos. Las chuches se guardaban en la bodega, bajo llave, pues ni Juan ni María sabrían decir si eran peor los *chiguitos* o los mayores cuando se ponían pesados y reclamaban un caramelo más o una jarra de vino más. La realidad era que, mientras los años pasaban, los que antaño reclamaban con rapidez e ilusión en sus ojos unas golosinas, menos de una década después, reclamaban con la misma ilusión o más, las jarras de dos cuartillas de vino de la cantina.

La María no culpaba a ninguno de ellos. Y mucho menos a los *chiguitos*. Sus propios hijos apenas comían en todo el año unas *mondarinas* y unas nueces cuando venían los Reyes. Algún año, ¡incluso higos! ¡Y peladillas! ¡Un festín de cuidado! De modo que si los domingos, los muchachos se acercaban a gastarse sus dineros a su casa, en un paquete de pipas, ella les atendía gustosa. Por si fuera poco, lo gastaban todo, no guardaban nada: algún día festivo llegó a contar más de tres pesetas limpias de polvo y paja, dentro del bolsillo de su mandil, tras la alborotada visita de los chavales. Muy buenos clientes de dulces, y muy buenos futuros clientes de vino y tute. Alguno ya apuntaba maneras, como uno de sus propios hijos, el monaguillo: prefería merendar pan con vino y azúcar a cualquier otra cosa. Como tonto, oye...

El caso es que en aquella casa había algo más que la propia cantina, había algo más que dulces para los pequeños, y había algo más que vino y tute para los hombres, y refrescos o vino para las mujeres que jugaban a la brisca. En aquella casa, la única en varios kilómetros a la redonda, había un aparato que hacía las delicias de propios y extraños: un televisor.

La María, llegando ya la hora en la que los hombres reclamaban su lugar para jugarse unas



jarras de vino, el café de puchero, algunos incluso el *sol y sombra* de después de comer, bastante pobre de *sol*, abría la puerta que daba al comedor de la vivienda y, allí, por una perra chica, dejaba entrar a disfrutar de aquel mágico aparato a todo el que quisiese. Y pagase, claro, nos ha jodido.

Lo de menos era, sin duda, qué ver, pues tanto niños como adultos se maravillaban de todo lo que acontecía en aquella caja. Por si fuera poco, y por lo cual muchos de los habituales a la cantina de la María sacaban pecho y miraban con ciertas ínfulas a algún foráneo, el televisor era un aparato a color, y no en el triste blanco y negro en el que muchos decían haber visto el resumen de un partido de fútbol del *Madriz* o el *Bilbao*, alguna película o una corrida de toros.

La realidad era que, aquel aparato, aquella caja que contenía tantas y tantas personas dentro hablando, hombres rudos del oeste pegándose tiros en una taberna, o incluso un galán y una fémica de bastante buen ver..., dándose incluso algún beso —¡por Dios santo!—... o incluso, y esto era algo que hacía salir los ojos de su sitio a los hombres, alguna moza a la que, increíble, ¡se le veía la cacha! —¡Gracias Dios por semejante regalo!—, tenía de color lo que una hoja de roble caduca. Una pantalla atornillada en las cuatro esquinas hacía las veces de *colorante*, y las imágenes eran de un sepia oscuro. O sea, magia en estado puro.

La María, una vez abierta la puerta, pudo ver cómo se desvivían los *chiguitos* por pagarla para poder entrar allí a comer las pipas con anterioridad adquiridas, sentados en el frío suelo. ¿Qué consiguió con ello? Más perras chicas en el bolsillo del mandil y la cocina vacía para los hombres. Encendió el televisor, y quince pares de ojos asistieron encandilados a lo que allí acontecía: una película de policías y ladrones. No se movieron de allí en horas.

Mirándoles, la María recordaba la misma ilusión que veía ahora en sus ojos, en los ojos de su hijo mayor, cuando tiempo atrás pusieron luz en casa. Una vez echados los hilos de cobre cubiertos de esparto, que atravesaban el techo de las habitaciones, acababan en una especie de tapón *güeco*, donde se enroscaba una pera transparente. En la pared, el hombre que colocó aquellos hilos, había puesto lo que él llamó «aplique», y que se asemejaba a las palomillas que apretaban las ruedas de algunas bicicletas a la horquilla. Y al girar aquella palomilla..., bueno, lo que ocurría solo podía mentarse como algo maravilloso: de la pera transparente del techo, emergía una luz que lo invadía todo. Algo celestial.

El *chiguito* mayor de la María y Juan miraba aquella luz como si de una aparición divina se tratase, y a pesar de encantarle, la disfrutaba más bien poco, pues sus padres decían que se gastaba y luego había que pagar. Un día, con el *chiguito* desencantado con el hecho de que no le dejaran girar aquella palomilla de la pared, su padre le dijo que no se preocupase, que por la tarde le llevaría a ver algo aún más maravilloso:

—Esta tarde te llevo a casa de Marcial, que ha comprado una *arradio*. Es increíble, es increíble lo que hace ese telar: se oye gente. Como un teléfono, solo que tú no hablas. Cuando la prende y empieza a *furrular*..., hablan *del otro lado*. ¡Qué chisme..., qué chisme! La ciencia avanza que es una barbaridad...

El bueno de Juan cumplió lo prometido y, por la tarde, llevó a su hijo, tras terminar los quehaceres, a casa de Marcial. Por la noche, y ya en casa, el muchacho decía haber visto un aparato grande, como una caja de madera, con una tela con agujeritos por delante, y bajo esa tela, una aguja de color rojo que se encontraba en un sitio lleno de números y rayas más pequeñas... ¡que se movía si girabas una ruedecilla! Maravillado, se separó de su padre un momento para ver la *arradio* por detrás, Marcial había desenchajado la tapa trasera para que la vieses bien, y se quedó pasmado al ver que estaba llena de peras transparentes como la que tenían en casa colgando

del techo, solo que más pequeñas. Pero una vez la hubieron visto, Marcial les dijo que ya se podían ir, que no la iba a poner, porque se le gastaba. La María se pasó un par de horas tratando de consolar al *chiguito* cuando volvieron a casa. Y lo que son las cosas y los giros que puede dar el destino, mira si es caprichoso, que ahora tenían ellos en casa un aparato en el que no solo se oía gente, sino que se les veía. Y también una *arradio* en la cocina, donde con un poco de vino de más, alguno había llegado a bailar un *arrimao* con *el parte* puesto. Romántico o no, cierto. Poderoso influjo ejerce en los hombres el vino y más... si lo unimos a tecnología punta.

Y en todo esto pensaba la María, cuando los muchachos comenzaron a callarse y a mirar aquella pantalla.

Los hombres, tras dejar los *chiguitos* la cocina vacía, se fueron posicionando como de costumbre, y las cartas comenzaron a rular por las mesas. El humo de los pitillos lo invadía todo y el bueno de Juan apenas daba abasto a servir a las tres mesas. La María prefirió aquella tarde seguir con atención las andanzas de los chavales, no fuese a pasar como aquella vez que dos de ellos se pelearon y acabaron el uno sobre el otro, pegándose tantos golpes como fueron capaces. Los demás *chiguitos* animaban al uno o al otro sin ninguna preferencia concreta. Bueno..., sí, al que fuese ganando.

Y en una de las mesas, mientras jugaban al tute y daban buena cuenta de copichuelas de licor..., comenzó una conversación. Una conversación que no tenía nada que ver con el juego.

En aquella mesa en cuestión, se habían posicionado los de costumbre: Miguelillo y Fernando, y los *Jeje*. Tras un rato hablando sobre sus problemas habituales: las tierras, el huerto de Miguelillo que se estaba echando a perder, el chuzo que se le había partido a uno de ellos, y por lo cual acabó el día anterior en casa del herrero con su burra para arreglarlo... y, por ahí, por la visita que le hizo Fernando al herrero, comenzaron a desviarse de conversaciones banales:

—... y me lo apañó en una hora: un fenómeno. El día que me muera yo, no me va a echar nadie de menos, pero el día que falte el herrero..., *cagüendioooooos*... ¡Alguno se va a cagar en Cristo!

Fernando les había contado sus peripecias para poder arreglar el chuzo, pero también les dejó claro, lo hacía por costumbre cada vez que hablaba de él, que el herrero era una persona más que necesaria para todos. No solía cobrar por su trabajo, vivía de sus vacas y de las tierras, pero cada vez que alguno de ellos tenía un problema, no dudaba lo más mínimo en acudir a él, pues si no fuese por ese hombre, muchos hubiesen tenido que tirar gran parte de sus herramientas, rotas y desvencijadas por culpa de una piedra, un tocón o el uso excesivo. Fernando siguió hablando:

—¿Sabéis lo que me dijo? Que le *quison* comprar unos jatos la semana pasada... y que le daban diez duros menos... ¡diez duros...! por cada uno, de lo que le pagaría el carnicero, *cagüendios*... je, je, je... ¡no saben con quién están tratando! ¡Antes de malvender un jato se corta los *güevos*!

—Sí... je, je, je... —continuó Miguelillo—. Quiere a las vacas más que a la mujer...

Continuaron la partida riéndose y, Fernando prosiguió:

—¿Sabéis también qué me dijo?... pues que la Encarnita —la hermana del herrero—... había vuelto a ir a su casa a coger un pollo y a matarlo para dárselo a la hermana de Modesto. Hasta los *güevos* está ya de su hermana y del puto cura de los cojones. ¡Y de su puta madre!

Aquel comentario hizo que alguno de los demás hombres de la cocina se volviesen para mirarlo.

Como algo más que habitual, para nada una mera costumbre, en los pueblos siempre han proliferado unas actuaciones un tanto... curiosas, por no decir otra cosa. Sabido es desde siempre

por el hombre, que si tratas bien a otro hombre o mujer, cuando llegue la hora de que esa persona te pueda devolver el favor, lo hará. Al menos, en la mayoría de los casos. Y si tratar bien al vecino puede hacer que un buen día te eche una mano con las tierras, al tratar bien a alguien con cierto poder, aunque fuese un poder un tanto efímero, era de esperar que su respuesta estuviese a la altura de su situación. Por ello, los hombres y mujeres de aquellos pueblos solían mostrarse lo más benefactores posible para con aquellos que pudiesen tener cierto poder.

Regalarle un pollo al médico para que tuviese a bien atenderte mejor si acudía a tu casa a tratarte alguna enfermedad, y que la próxima vez que le llamasen viniese raudo y veloz; regalar a la pareja de la guardia civil un par de docenas de huevos, por si venían mal dadas, o simplemente para que te mirasen bien; o dar sin miramientos una cántara de leche, unos huevos, unos fréjoles o cualquier otra cosa a la hermana del cura, o al propio Modesto, para que fuese consecuente con ellos llegada una mala situación, era algo tan normal como sudar en verano. A tanto habían llegado esas costumbres, que incluso los *chiguitos* habían asimilado con prontitud y celeridad que comportarse así podía llegar a ser recompensado. Un ejemplo de ello, como cualquier otro:

El hijo mayor de la María y Juan, un trasto de mucho cuidado que dividía los días según las picias hechas, años atrás había sido castigado por doña Benigna por no haber traído unas varas lo suficientemente grandes y gordas para apalearlos si se portaban mal. Los hechos fueron los siguientes, pero antes, habrá que ponerse en situación.

Según se entraba en la escuela cualquier día, y procurando que la Bruja no hubiese descubierto a los culpables de las picias del día anterior, como jiñar y echar la mierda en el fuego bajo de la escuela, preparando unos olores que *pa qué*, colocar las mesas como una barricada y tirarse piedras, piedras ¡sí!, quitarle el lazo para el pelo a alguna niña y escondérselo, con las consiguientes lamentaciones de la *chigueta*, o ponerse en círculo varios niños y mirar a ver quién la tenía más grande, con *chiguitas* intentando verlo también, pues no acababan de entender eso de que un chico pudiese mear lejos, se colocaban todos de pie, extendiendo el brazo derecho en dirección a la pared donde estaba aquel señor de bigote por encima del crucifijo, con la palma hacia abajo, y comenzaban a cantar mientras la Bruja, paseaba entre ellos sin quitar el ojo de encima. Y cuando se paraba quieta de pronto, y miraba a alguno, toda la clase apretaba el *culete*. Siempre iba impoluta, con el mismo uniforme, es decir, moño, gafas, y la regla de madera de la pizarra en la mano derecha, dándose con ella golpecitos en la mano izquierda. Y con la misma cara: parecía que hubiese desayunado sopas de pan con vinagre.

Con las tropas en formación, y la generala pasando revista, comenzaban todas las mañanas igual:

*Cara al Sol con la camisa nueva,  
que tú bordaste en rojo ayer,  
me hallará la muerte si me lleva  
y no te vuelvo a ver.*

*Formaré junto a mis compañeros  
que hacen guardia sobre los luceros,  
impasible el ademán,  
y están presentes en nuestro afán.*

*Si te dicen que caí,  
me fui al puesto que tengo allí.*

*Volverán banderas victoriosas  
al paso alegre de la paz  
y traerán prendidas cinco rosas  
las flechas de mi haz.*

*Volverá a reír la primavera,  
que por cielo, tierra y mar se espera.*

*¡Arriba, escuadras, a vencer  
que en España empieza a amanecer!*

*¡España... una!  
¡España... grande!  
¡España... libre!  
¡Arriba España!*

La Bruja llegaba a sonreír con alguna estrofa, y a mover los labios como si ella la estuviese, más que cantando, sintiendo. Algún año, el uno de abril, hasta se acongojaba al oírla en la escuela, a pesar del nulo sentimiento que ponían sus tropas a aquel himno. Para los *chiguitos* era algo tedioso que tenían que hacer todos los días. Aunque ese tedio lo quitasen golpeando en la cabeza al compañero de delante con la mano extendida, siempre que la generala no mirase, claro...

Luego, se rezaba un padrenuestro, por supuesto, con las manos entrelazadas o con las palmas juntas, como si estuviesen haciendo la primera comunión, lo cual daba pocas posibilidades de volver a dar algún manotazo al que estuviese delante, pocas, que no nulas, solo había que ser hábil, y se procedía con la lección.

A la Bruja no la hacía falta mucho para poder azotar a los muchachos: los mocos debajo de la mesa, orinar en los tiestos de las ventanas, pelearse entre varios de ellos y hacer carreras hasta quedarse alguno colgado, por el jersey, de la escarpia para la maleta que había en un lateral del pupitre, meter un sapo en el vestido de alguna niña, nombrar a Badajoz entre las provincias de Aragón, designar *el Niño* como uno de los afluentes del Guadalquivir, aseverar que el Tajo nacía en los Pirineos, decir que las Canarias eran unas pájaras que estaban en África, que veintiuno más veintiuno eran cuarenta y uno, equivocarse con alguno de los reyes *gordos*, asegurar que Portugal era una provincia de Galicia que lindaba con las Baleares, recitar de un tirón y sin pestañear los nombres de los quince Apóstoles o no saber la tabla del siete, eran siempre motivos mucho más que suficientes para castigar a los *chiguitos*.

Una vez, la maestra vio a un guaje esconderse algo en el bolsillo y, tras pedirle que le enseñara lo que era, y después de las reiteradas negativas del *chiguito*, la Bruja le metió la mano en el bolsillo del pantalón, y consiguió lo que buscaba: un papel, el cual, le había visto esconder perfectamente. Pero lo que la profesora no sabía, era que en ese papel, el *chiguito* se había sonado los mocos, no tenía pañuelo, y la mano de la maestra se llenó de pringue verde y viscoso.

Un buen día se tuvo que ausentar de clase, y el encargado de vigilar a los niños, fue Modesto. Castigó a todos porque uno de ellos se tiró un cuesco descomunal durante el padrenuestro. El muchacho apretó el culo todo lo que pudo durante la oración mañanera, pero tras un sufrimiento inhumano, y debido a haber cenado unos fréjoles que sobraron, y con unos goterones de sudor como alubias de gordos surcándole la cara, al decir «amén», no pudo más, y pasó lo que tenía que pasar. Retumbó en las paredes de la vieja escuela como si se cayese un tabique. Y claro, todos los

demás, pasaron de rezar a reírse de aquel movimiento sísmico que bien podía haber creado tres nuevos *estrullones* en la pared. El cura, semejante *hijoputa*, les obligó a todos a ponerse de rodillas en la escuela, con *cucos* bajo las rótulas, que no estaban cocidos, por supuesto, y cuando vino la Bruja, y vio aquel percal..., se conoce que estaba de buenas y quiso levantarles el castigo: varios de ellos estaban llorando. Modesto la advirtió de que ni se la pasase por la cabeza, que el castigo solo lo levantaba él, y que no se la volviese a ocurrir llevarle la contraria delante de semejantes cerdos, apátridas e impíos. Que había que enderechar su comportamiento, antes de que fuera demasiado tarde y les diese por hacer lo que les diera la gana, que las ramas jóvenes se doman mejor que las viejas. ¡Qué desfachatez! Incluso la acusó de ser demasiado benévola con ellos. Modesto se marchó satisfecho, orgulloso de poder imponer su voluntad y su saber hacer las cosas como Dios manda, a su antojo, y la clase siguió castigada hasta que una niña cayó al suelo sin sentido: se había desmayado, incapaz de soportar semejante tormento. Doña Benigna, asustada, decidió poner fin al castigo, no fuese a ser que el padre de la *chiguita* se presentase en la escuela y la diese una paliza. Era un buen hombre, pero se comentaba de él que había llegado a matar a un lobo a palos... y eso eran palabras mayores. Con un hombre capaz de hacer algo así, mejor no jugar.

Alguna vez, asqueada y desencantada con las tropelías que hacían aquellos endemoniados *chiguitos*, castigaba, ella también, a toda la clase, pero sin llegar a los extremos de Modesto. No la importaba que la culpa hubiese sido de uno de ellos en concreto, y buscaba así, que alguno de los demás *cantase*.

Y tras las picias de los *chiguitos*, a la Bruja la entraba corajina, brincaba en el sitio de pura mala hostia que tenía, se la hinchaba la vena del cuello hasta que parecía una de las cuerdas de atar la burra en el pesebre, llegando a creer, algún *chiguito*, que llegaría a estallar (alguno deseándolo de corazón), y aplacaba el enfado con los alumnos más trastos. Hasta se la desmoñaba el peinado. Algo estaba claro: allí mandaba ella. Y, aun cuidándose de zurrar a alguno de los chavales, a otros los molía a palos. Nada de cachetes para que comprendiesen que la habían liado, hostias de las de verdad. Sin miramientos. Y se empleaba a fondo, sudando como una cerda cuando repartía sin piedad, sonriendo satisfecha cuando los niños rompían a llorar. Toda una profesional de la enseñanza y la educación, como Dios manda.

Doña Benigna mandaba colocarse al condenado a su vera, le hacía juntar las puntas de los dedos hacia arriba y, con la regla de madera de la pizarra, les salpicaba una hostia de espanto. Los muchachos se pasaban horas soplándose las uñas.

Un buen día, preguntó a los alumnos en clase de gramática:

—Bien, ¿quién me dice lo que es... un adjetivo calificativo compuesto?

Por supuesto, ninguno se dio por aludido, de modo que la Bruja señaló a uno al azar, y el pobre *chiguito*, bastante zafio y palurdo, tosco, seco, y con las entendederas justas para pasar el día, no tuvo más remedio que ponerse de pie y contestar. Sereno, muy serio y seguro de sí mismo, dijo:

—Pues..., por ejemplo, *An... ven acá, tonio...*

Tales fueron las risas de los alumnos y tamaño el enfado de la maestra, que le dio tal soberana paliza que se astilló la vara de las zurras.

Una hora antes de acabar las clases, la maestra ordenó a cinco de los *chiguitos* que fueran a cortar unas varas nuevas. Agradecidos por no tener que atender más lecciones por aquel día, fueron bastante contentos a cortarlas. Pero mientras lo hacían, uno de ellos, el hijo mayor de la María, hábil, cuidadoso y precavido, les dijo:

—A ver cuáles lleváis... que luego... estas también las vamos a probar nosotros...

Sopesando las palabras oídas, los demás tomaron buena nota y cortaron unas varas bastante mediocres. Cuando se las llevaron a la maestra, temerosos de que les diese una somanta palos, señalaron con cuatro diminutos dedos acusadores al hijo de la cantinera. El pobre muchacho se tuvo que quedar en el aula, al terminar la jornada lectiva, arrodillado en una esquina y con los brazos en cruz, sosteniendo los dos tomos de *El Quijote*, que eran como dos biblias grandes cada uno, y no paraba de llorar.

Pero mientras lloraba, aquel famélico muchacho, con un cuerpo que bien podría haber sido el del Caballero de la Triste Figura, de puro *escuchimiflaco* que era, y que sudaba horrores para que *El Quijote* y Sancho no acabaran en el suelo, al igual que lo hacían sus mayores, trató de obtener un favor por otro. Trató de convencerse y de convencer a la Bruja, de que si la daba algo, algo que mereciese la pena, le dejaría marcharse. De modo que, entre sollozo y sollozo, pasándolas canutas sujetando aquellos libros del demonio, la decía:

—¡Ande..., snif! ¡Déjeme salir..., snif!... y a la tarde la traigo un conejo...

Cuando el *chiguito* pudo volver al fin a su casa, se lo contó todo a su madre. La María, no tenía ni idea de dónde demonios había cogido un conejo para llevárselo a la maestra, los suyos estaban todos, pero el caso era que si doña Benigna lo había dejado marchar habría sido, sin ninguna duda, a cambio de algo. Y ¿por qué no de un conejo? A la mujer de Juan no la pareció nada fuera de lo normal. ¿No actuaban igual los mayores con el cura, con su hermana, el médico, la Guardia Civil, el alcalde...?

Lo hacían. Lo hacían todos. Pero no por el hecho de ser una costumbre, mala costumbre muy extendida, dejaba por ello de ser algo que gustase a la gente. A los que cada vez gustaba menos eran, desde luego, a los hombres que asentían ahora las palabras de Fernando en la cantina. Dar unas patatas al médico no era algo mal visto. Invitar a un vino en la cantina al alcalde, tampoco. Pero dar algo a Modesto o a su hermana, todos lo tenían asumido como irrenunciable, si no querían tener problemas.

Tras medio minuto de silencio en la cocina, con los hombres mirándose entre sí, tras el comentario sobre Modesto y su hermana, Gabino se pronunció:

—¡Es... ños! Es un cabrón, pero no empecéis con eso... que me jodéis la tarde...

—Sí —dijo otro hombre, en una mesa de al lado—. A mí, oírle solo nombrar..., ya me crea mala sangre...

—Y a mí... —dijo otro.

—Mira a ver este vaso, Juan, que creo que *sarroto*...

Ginés, bastante comedido últimamente con todo lo que tuviese que ver con el cura, a propósito de las tierras que le quería comprar, quiso quitar hierro al asunto. Juan, al que tampoco le hacía gracia que se hablase del, para él, *hijo de la gran puta*, en su casa, asistió las palabras de Ginés y se levantó de nuevo en dirección a la bodega.

Al salir de la cocina, llamaron a la puerta que estaba abierta; la Herminia respiraba con dificultad en el patio de la calle. Prefirió no entrar para que los hombres no la viesan nerviosa y asustada.

—Juan, por favor, ¿puedes decir a Ginés que salga...?

—Pues claro, Herminia, ahora mismo...

Herminia estaba como un flan sobre el *capot* de un Barreiros arrancado, cuando su marido salió a la calle. Le acompañaba Gabino que, posponiendo unos minutos el tute por la falta de

Ginés, salió fuera a fumar un cigarrillo. Sin decirle ni una palabra, la mujer cogió de la mano a su marido y quiso conducirlo hasta su casa. Ginés, extrañado, se paró antes de salir del patio de la casa y la preguntó bastante serio:

—Herminia... ¿pasa algo? *Mestás* acojonando...

—Ginés..., vamos a casa..., allí te lo explico...

## Capítulo V

Alfonso interrumpió un momento el relato de Gabino. Fidel, que desde que trajo la botellita de orujo se había mantenido de manera prudente en un segundo plano, le apremió a su superior a que moviese el coche. Pasaban unos minutos de las diez de la mañana, y el *polilla* no había olvidado la orden anterior, la de avisar a esa hora a Alfonso para poner el automóvil a la sombra.

Cuando Alfonso se levantó de la silla para salir, Ginés le preguntó:

—¿Le importa que eche un pitillo?

—¡Vamos, hombre! ¿Pero cómo no lo has dicho antes? Ten —le ofreció su propio tabaco—, yo mismo fumaré uno al volver.

—Agradecido —le dijo Ginés, asintiendo con la cabeza.

Al pasar al lado de Fidel, le comentó:

—Trae un librito; se me ha acabado el mío.

—¿Y... la pistola, señor?

Alfonso miró primero el arma, y después a los *Jeje*.

—No chaval: no son de esos... a pesar de que la hayan *preparao* antes de estar aquí.

Fidel asintió a su superior, y salieron los dos por la puerta.

Fidel sabía de sobra que no, que no eran de *esos*. Pero en su caso, que aunque con cierta consideración por ser de allí y por los sucesos ocurridos en el pasado con el Estanquero, y por lo cual todos los compañeros y los mandos, le tenían bien mirado, no estaba de más hacer ver a su superior que no se le escapaba ni una. El *polilla* sonrió para sí al escuchar a Alfonso, pues estaba convencido de que ninguno de los dos haría ninguna estupidez. Que a él también se lo pareciese, le agradó.

Alfonso puso el coche a la sombra, sonriendo. Casi sin darse cuenta, la situación se estaba posicionando de manera muy favorable para él. Para él y sus intereses. Si alguno de ellos había matado a Modesto o no, era algo que le traía sin cuidado, pero las órdenes que habían llegado hacía tres días, directas de la capital, le habían dejado muy claro que, fuere como fuere, alguien tenía que quedarse en la cárcel. Alguien tenía que pagar por la muerte del cura.

Por tratar de cumplir esas órdenes con celeridad, decidió meter mano al asunto de la forma que mejores resultados le había dado en el pasado: ganarse a los sentados en la otra parte de la mesa, y obtener una confesión.

El Fuego de Andrés le había ayudado, sin duda, a comenzar aquello, pero tras la petición de Ginés de poder fumar un pitillo, llevaba ya dos tantos a su favor. Si la cosa seguía por los mismos



cauces durante toda la jornada, la necesaria y ordenada, por sus superiores, confesión de culpabilidad, sería el premio al finalizar el día. Estaba seguro. Su sonrisa se volvió por un momento hasta maliciosa, pues si bien era algo que les pensaba ofrecer a ambos, fumar, durante el interrogatorio, el habérselo pedido uno de ellos, y no cualquiera de ellos, sino Ginés, le hacía frotarse las manos ante el momento en que fuera el más grande de los *Jeje* quien le contara su versión de los hechos. Contrastaría ambas declaraciones, sí, pero la de Ginés le era especialmente necesaria: conocía pocos hombres, además de él mismo, cuya veracidad a la hora de decir algo fuese casi sagrada. Mentir era algo que odiaba, y sabía de sobra que a Ginés también le parecía poco menos que una aberración. Si se es un hombre, se es con todas las consecuencias. Y si se es miente..., bueno, pues, sencillamente, no se es un hombre.

Fidel entró antes que su superior y se encaminó hasta la mesa. Les dejó el librito de papel mientras guiñaba un ojo a Ginés. Este, le asintió con una media sonrisa. Sacó un papelillo, se lo colocó en el labio por una punta, y abrió el fardillo de tabaco de Alfonso. Tras apropiarse de la ración de un pitillo, se lo pasó a Gabino. Ambos hombres liaban sus cigarrillos mientras Fidel los observaba. Les habló:

—Eso... es una bomba para el pecho —dijo, señalando una botellita.

—Con un poco de eso —Ginés señaló también el Fuego de Andrés—... y uno de estos —le mostró el pitillo terminado—... lo que hace el pecho es aumentar el pelo, y en los *güevos*..., ya ni te digo...

Gabino sonrió un poco al oír la conversación. Fidel también lo hizo tras la contestación. Ginés pidió fuego al *polilla*, y este les dejó el chisquero. Mientras fumaban, los *Jeje* se sirvieron otro poco de licor: uno bebió orujo y el otro magma volcánico. Medio pitillo después, entró Alfonso.

A pesar del sofocante calor que hacía ya en la calle, Alfonso entró de nuevo en el cuarto de los interrogatorios tratando de contener su repentino entusiasmo. Sudoroso o no, tenía muy buen humor, acrecentado al ver que no solo fumaban, sino que, además, habían vuelto a servirse orujo. De poco importó que no quedase resquicio alguno en el vaso: Ginés había eructado y el olor al Fuego de Andrés era algo imposible de esconder.

—Espero... que hayáis prendido el cigarro antes de beber... Con esa botella abierta —señaló el licor que le recordaba a su padre—... una chispa haría que saltásemos todos por los aires...

A Fidel y a Gabino les hizo gracia el comentario, pese a lo cual, Ginés se mantuvo serio, pero con un punto de accesibilidad que el guardia civil notaba en su mirada. Él mismo se sirvió un poco de licor, una miaja, tapó la botella, la apartó hacia un lado, y comenzó a prepararse un pitillo mientras miraba y hablaba a Gabino:

—Bien... ¿por dónde estábamos...?

—La Herminia y Ginés se fueron a su casa, señor...

—Sí, es cierto. Hummm... continúa...

—Sí, señor.

Y Gabino continuó su relato donde lo había dejado.

Pasada ya más de media hora desde la marcha de Ginés y la Herminia, Gabino se dispuso a andar hasta la casa del mayor de los *Jeje*. Había oído la corta conversación que mantuvo el matrimonio antes de irse, y no acababa de quitarse la mosca de detrás de la oreja. Pensó que no irían hasta su casa, en el pueblo de al lado, y que lo que tuviese que decirle a Ginés, la Herminia, se lo diría en cuanto se hubiesen alejado un poco.

A pesar de los insistentes comentarios que le llegaban desde la cocina, Fernando y Miguelillo le apremiaban para poder continuar el tute, Gabino pudo hacerles comprender que esperar un rato la vuelta de Ginés, era lo correcto. La primera partida de la tarde se encontraba en ese punto en el que todos quieren terminar, para bien o para mal, para poder comenzar otra: a siete iguales.

No obstante, no fueron las prisas de los contrincantes habituales las que le hicieron encaminarse a la casa de Ginés, sino la continuada ausencia de este de la cantina. Media hora se le antojaba demasiado tiempo como para salir un momento a atender a la parienta, por lo que, temeroso de que hubiese ocurrido algo, tres minutos después de pedir por quinta vez paciencia a los contrincantes del tute, se encaminó él mismo hasta la casa de Ginés. Además, no le inspiró mucha confianza el estado de la Herminia al acercarse a la cantina a buscar a su marido. Si no salió él antes, hasta la altura en la que veía ya el *majón*, donde supuso que estarían hablando, había sido solo por no querer meter las narices donde no le llamaban.

Cuando Gabino entró en la casa, un buen rato después, lo que vio incluso le asustó un poco: la Herminia estaba llorando y Ginés se mesaba los cabellos de bastante mala hostia de pie, en la cocina. Paseaba rápido y despotricando, sin casi entenderse nada, de un lado al otro. Por si fuera poco, había una botella de orujo abierta en la mesa, y la inseparable copita de Ginés estaba al lado. Cada tres o cuatro idas y venidas por la cocina, daba un puñetazo en la mesa que no hacía sino estremecer aún más a una aterrada Herminia. La verdad sea dicha, la mujer se alegró bastante al verle, tras abrirle ella misma la puerta. La boina de su marido estaba en la entrada, en el suelo, por lo que le pareció que en algún arrebató de cólera habría acabado allí. Y en la posición en la que en España se presume alguna fatalidad en la faena.

Ginés era un hombre bastante comedido, mucho en realidad, y encontrarle de esa guisa en la cocina y, por supuesto, con la Herminia llorando a moco tendido, le afianzó en sus temores: allí había ocurrido algo. Y algo muy gordo además. La mujer le miraba, suplicándole con los ojos rojos, para que hablara, por lo que más quisiera, con su marido. Tras observar todo el panorama durante un minuto, Gabino decidió actuar:

—Ginés... ¿qué pasa...?

—¿Que qué pasa...? ¿Que qué pasa...? ¡Me cago en Dios y hasta en su puta madre!... —seguía soltando improperios sin dejar de ir de un lado para otro.

—¡Ginés, joder...! ¡Dime qué pasa, la hostia...!

—Hijo de la gran puta..., me cago en toda su puta estirpe de hijos de siete padres, juro por Dios que le voy a arrancar los cojones a ese cabrón... ¡cagüendios! —Volvió a dar un puñetazo tremendo en la mesa—. ¡Lo mato...! ¡A ese hijo de puta... lo mato! ¡Lo mato, lo mato, lo mato, lo mato! —Golpeó otra vez en la mesa, con furia.

—¡Ginés, joder...! ¡¿Vas a decirme qué coño pasa o qué?!

Pero Ginés no estaba por la labor de contestarle. No, al menos de momento. La Herminia se abrazaba sola, sentada, inconsolable, mientras Gabino no sabía qué podía hacer para que su amigo le hiciese caso.

Cuando Ginés se enfadaba, muy pocas veces, los cabreos que tenía le hacían temblar incluso a él mismo. Gabino sabía que cuando estaba así, intratable, era la única persona que podía hacerle entrar en razón. Ni siquiera su mujer podía consolarle. Incluso la Herminia lo sabía. En el pasado tuvo un par de cabreos considerables, cuando murieron sus dos hijos: el uno por no brotarle el sarampión, eso dijo el médico, con un añito, y el otro al nacer. Poco consuelo se le puede ofrecer a un padre cuando pasa por algo así, pero el mismo Gabino había enterrado también a un hijo, antes que el primero de Ginés, y eso le acercó a su amigo en aquellas dos tremendas situaciones.

Sin embargo, Ginés estaba mucho peor que aquellas dos veces, con todo y haber enterrado en ambas a sendos hijos. Contó a Gabino poco después de dar tierra al segundo, que se lo había tomado como algo muy poco común, no en vano habían sido dos niños, sus niños, pero que tampoco era del todo desconocido para los habitantes de los alrededores: los cementerios de los pueblos estaban plagados de pequeños retoños enterrados. Bastante había ya que hacer, y dar las gracias a Dios por la pronta recuperación de la Herminia, tras la muerte de su segundo hijo. Cuando alguien se moría, algún vecino o amigo se brindaba a hacer la fosa para el fallecido, y no era nada raro remover con la pala huesos de niños, pequeños y astillados, si se cavaba cerca de la tapia del camposanto. Y a pesar de los pesares, aun habiendo estado tan mal aquellas dos veces, Gabino no lo había visto así jamás.

Le dijo a la Herminia que esperase un rato, que volvería lo más rápido que pudiese, y salió corriendo de allí en dirección al pueblo de al lado, a la cantina. Cuando llegó, contó a todos que Ginés se había vuelto loco y que fuesen con él para tratar de calmarlo. Todas las partidas quedaron a medias. Las copas, no: las apuraron en un abrir y cerrar de ojos, y una docena de hombres, los que jugaban al tute y el cantinero, fueron a toda prisa a casa de Ginés. Al llegar, Gabino pidió a Fernando y a Miguelillo que entrasen con él, solicitando a los demás que esperasen fuera, que ya les llamaría si les necesitaba. Poco le importó aquello a Juan, que entró el primero.

La cocina estaba tal y como la había dejado Gabino: Ginés como un perro encerrado y rabioso, y la Herminia sentada y llorando. Todo igual. Poco importaba que hubiese pasado más de una hora desde que se fue hasta que llegó con los demás.

Tras un buen rato en el que quien más habló, por supuesto, fue Gabino, consiguieron convencerle de que se sentara y procurase calmarse. Sentarse... sí que se sentó, pero cambió los paseos de la cocina por apretar los puños de mala hostia, y los improperios por orujo. Respiraba de manera bastante ruidosa, y cada nada se servía otra copa de orujo, y la vaciaba por la *gallarita*.

La Herminia, que seguía muy mal, se fue secando las lágrimas, poco a poco. Unos minutos después, Juan la pidió que les contase qué demonios pasaba allí. Mientras, Gabino no dejaba de intentar hacer ver a Ginés que estaban con él, que estaban para apoyarle en lo que fuese.

Y la Herminia, comenzó a hablar:

—Le dije que no era buena idea..., que no se podía fiar uno de él, pero le cegaron las tierras...

—Herminia —Juan intentaba consolarla—... ¿qué es lo que ha pasado, mujer?

La esposa de Ginés continuó:

—Hace meses que anda detrás de ellas..., tú lo sabes —miraba ahora a Gabino—... y hace solo un par de semanas que lo sabéis los demás —miraba ahora a los otros tres—... que andaba detrás de las tierras del *cárcabo*, las del cura.

—Sí —contestó Juan—... nos lo comentó en la cantina.

—Sí..., me lo dijo...

—Sigue, mujer...

—Esta semana llegaron a un acuerdo... y, a pesar de que al cura le parecía poco, accedió a dejárselas por los dos mil duros que hablaron en su momento, pues para nada era tan poco, al fin y al cabo...

—Continúa...

—Hicieron un contrato y solo había que firmarlo..., estaba bien... lo ponía todo muy claro,

sin trampa ni cartón... y después de firmarlo Ginés, Modesto... vino esta tarde a traerle una de las dos copias... No se la dio cuando lo firmaron, porque le dijo que tenía que asentar los contratos, sellarlos..., cosas de leyes... para hacerlo todo bien. Como no estaba en casa, le dije que podía dejármelo a mí, y ya se lo daría yo a Ginés por la noche... Fregué los cacharros y me senté en la mesa, cogí el papel y me puse a leerlo... A él no le importa que mire esas cosas, hasta me suele decir que lo haga a menudo..., por si a él le pasa algo...

Ginés la oyó decir aquello y la miró. A pesar de su monumental cabreo, la ojeó con cierta pena.

—Y ¿qué ponía en el papel...? ¿No has dicho que estaba bien...? —continuó esta vez Gabino.

—Sí, todo como se suponía que debía de estar, pero... —contestó la Herminia.

—Pero... ¿qué?

—Pero en la cifra de compra de las tierras...

La mujer cerró los ojos y los hombres se miraron entre sí. Ya sabían por dónde iba caminando todo aquello, pero no tenían aún ni idea de lo descomunal de las proporciones. Miguelillo incluso tragó saliva haciendo un poco de ruido. Los gritos de hacía tan solo unos diez minutos, habían dejado paso a un silencio tan profundo, que se podía oír rascarse las alas a una mosca. La Herminia abrió de nuevo los ojos, y terminó:

—... ha añadido un cero.

¿Qué?! ¿Un cero? Pero ¿cómo... cómo que un cero? ¿Un cero... en una cifra? ¿Un cero en una cifra de compra? ¿Un cero en una cifra de compra de unas tierras? ¿Veinte mil duros por unas tierras que ya estarían bien pagadas por dos mil? ¡Veinte mil duros! ¡Cien mil pesetas!

Cien mil pesetas.

Nadie había visto jamás, en toda su miserable vida, tamaña cantidad de dinero. Cien mil pesetas; para muchos, el salario de más de una vida.

El contrato de compraventa había sido escrito de manera muy sencilla sobre un papel. Dos en realidad, pues se quedaría uno cada una de las partes. Hacía referencia a las tierras en cuestión, su situación exacta según mojones, y sus dimensiones, en hectáreas y áreas, los nombres bien claros del comprador y el vendedor, especificando quién compraba y quién vendía, y la cifra del acuerdo. Nada más. Todo muy simple. Tan simple, que fue el mismo Modesto quien se encargó de redactarlo, y no alguien entendido en leyes.

En el contrato, si bien los hombres solían referirse a cualquier tema monetario en duros, la cifra estaba definida en pesetas. Algo normal. Diez mil pesetas. Un número bastante redondo. A todos los hombres que habían acudido a la cocina de la Herminia, les estaba quedando claro que el cura quiso... *redondearlo* más. A pesar de su inicial desconfianza sobre lo que acababan de oír.

—¿Estás —a Juan le costaba hasta hablar—... estás segura de eso...?

—Sí, míralo tú...

La Herminia le enseñó el papel, mientras miraba también a Gabino para que le echase después una ojeada. Pero el cantinero no llegó a cogerlo.

—¡Cagüendios y la puta Virgen!...

Ginés se le adelantó y lo cogió. Lo arrugó un poco con la mano y lo arrojó a la *hornacha* encendida. No llegó a su destino, el fuego, por haber dado en el borde de una *tajina* de al lado, de modo que se levantó tirando casi la silla al suelo, volvió a coger el gurrño de papel, y lo tiró otra vez al fuego. Esta vez, acertó. De pie, miraba con ira en dirección a las llamas.

—¡Putas que te parió... ! ¡Ojalá, amén, ardas igual..., cabrón!

Tras el nuevo arrebató de Ginés, volvió a llegar un pequeño *impasse* de relativo sosiego. El

marido de la Herminia se sentó de nuevo y llenó otra vez la copita. A pesar de que los demás no le quitaban el ojo de encima, y seguían tratando de calmarle, él seguía igual: no les miraba. No les atendía. No les escuchaba. En su cabeza solo había sitio para un pensamiento. Una idea.

Una locura.

## Capítulo VI

—Espera un momento... —dijo Alfonso.

—¿Señor...? —contestó Gabino.

Alfonso había escuchado con mucha atención el relato de Gabino hasta ese instante. Casi todo lo que le había contado se lo había tomado como una forma de establecer el comienzo de los hechos. Un domingo por la tarde en la que los hombres se habían juntado para echar unas partidas a las cartas, y uno de ellos que se tuvo que marchar de la cantina porque le reclamaba su mujer. Este en concreto, Ginés, había ido hasta su casa, en el pueblo de al lado, y se estaba poniendo ciego de orujo porque le había comprado unas tierras al cura, al difunto Modesto, y se suponía que las tierras pasarían de uno a otro por dos mil duros..., y el *Jeje* estaba de muy mala hostia porque algo no había salido como se esperaba.

Hasta el momento de entrar Gabino en casa de su amigo, a Alfonso le había parecido un relato bastante inocuo. Había pasado un buen rato escuchando, durante el cual, lo que más le había llamado la atención había sido la conversación que mantuvieron los hombres en la cantina, a propósito del chuzo roto de Fernando. Pero llegados a este punto, Alfonso se sorprendió mucho de lo que Gabino había narrado. El guardia civil le mandó detener el soliloquio un momento, pues no quería dejar pasar aquello por alto. Le parecía que estaba comenzando a ser algo más que un relato de lo que Gabino había vivido, y que se le estaba llenando la boca por momentos. Alfonso se encimó en la mesa:

—¿Cien mil pesetas? —Alfonso levantó la voz—. *Mestás* diciendo... que Modesto le quiso vender a Ginés las tierras del *cárcabo*... ¿por diez veces su valor?!

—Así... así es, señor... —Gabino hablaba despacio, temeroso, pero sus ojos no mentían.

—Sé que nadie estimaba a Modesto —continuó el guardia civil—... y sé también que se propasaba algunas veces, pero eso que dices...

—Señor, le juro que es la verdad...

—¿Juras? ¿Me dices que juras? ¿No acabas de decir que no llegaste a ver el documento firmado? ¿No has dicho que Ginés lo arrojó al fuego antes de que nadie, a parte de él y de su mujer, lo *hubon* visto?

—Me temo..., señor, que nadie, a parte de ellos dos y del difunto Modesto, *pudon* verlo.

—Y aun así... ¿aseguras que en ese documento la cifra de compra era de cien mil pesetas, y no diez mil?

—No... no espero que me crea, señor, pero lo que le digo es cierto, y no necesito verlo con mis ojos para confirmarlo. Me basta con la palabra de Ginés. Más aún... con la palabra de su

mujer, la Herminia: si ella lo dijo, la creo.

Alfonso no creía que Gabino fuese un mentiroso. Tampoco podía decir lo contrario, pues no se trataba casi con él, pero lo que le había contado en referencia a cambiar la cifra del contrato... *añadir un cero*... En fin, pensó que lo mejor que podía hacer era seguir oyendo lo que tenía que decirle, y esperar a escuchar la posterior confesión de Ginés. Decidió no volver a sopesar nada de lo que oyese hasta que no terminasen ambos. No pudo cumplirlo.

Miró su reloj: las once y cuarto de la mañana. Miró a Ginés, que le miraba sin saber muy bien qué le quería decir con aquella mirada. Miró a Gabino, cuyos ojos seguían el borde de la mesa hasta encontrar a la orilla la pistola, y luego volvían hacia atrás. Le habló a este último:

—Está bien, no seré yo quien ponga en duda, al menos de momento, si lo que dices es verdad o no... o... si lo que dijo la Herminia es cierto o no. Aunque no me lo trague. Prosigue.

—Sí, señor...

Y Gabino, continuó contando lo ocurrido...

Tras acabar el papel en el fuego, se abrió un poco la puerta de la cocina. Los hombres que habían esperado en la calle, con más paciencia que el santo Job, empezaron a dejarse ver. Lo hicieron despacio, no por miedo, sino porque no querían ser causantes de ninguna molestia. Gabino les indicó con la mano que se fuesen quedando a un lado y que no despegaran los labios. Al ver a Ginés, incluso alguno, aparte de no ocurrírsele por nada del mundo abrir la boca, contuvo la respiración. Una vez dentro, escucharon atentamente y en voz baja lo que había pasado. Miguelillo les contó todo. Unos minutos después atendieron lo que dijo Ginés mientras miraba al vacío. Se les heló la sangre:

—Voy a matarlo.

Seguido, ahuecó de nuevo su copita. Los hombres se miraban los unos a los otros sin atreverse a decir nada. La Herminia volvió a llorar. Tampoco dijo nada. Daba igual. Si su marido había tomado una decisión, aquella precisamente, ni ella, ni Gabino, ni siquiera los dos juntos... ni con los demás hombres de la cocina, podrían detenerle. Además..., algo, en su interior, algo que no la gustaba, pero que no podía expulsar de sí misma, comenzó a crecer... y a crecer...

No fue la única que sintió aquello.

El viejo Silvano se adelantó un paso. Aun canijo, tan flaco que solían decirle que siempre estaba engordando *pa* dentro, o que la carne le echaba los huesos *pa* fuera, cincuenta kilos mal contados, y con ese eterno malestar interno hacia todo lo que hablase en nombre de Dios, tuvo *güevos* de mirar a todos con cierto desprecio, y echar un escupitajo en las ascuas. Alguno incluso le miró extrañado, al atreverse a romper el silencio en un momento así, y de aquellas maneras. Luego, mirando el escupitajo hervir sobre las ascuas, dijo:

—¡Pero qué panda de *nenazas*! Me apunto.

—*Cagüendiossss* —Fernando le increpó de forma tímida—, debajo de la chorra siempre has tenido algo más que pellejo, pero bajo la boina... ¡pelo *na* más...!

—Cuenta conmigo. —Ahora el que hablaba era Juan, el cantinero.

—Sigo contigo, Ginés... —Gabino habló ahora.

—Pero ¿es que os habéis vuelto locos? —Martín, uno de los hombres, trataba de poner un poco de cordura—. ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

—Sí —dijo Miguelillo—, vamos a *afeitar* a ese *hijoputa*.

—¡A vosotros sí que os van a *afeitar*! ¿No lo veis? ¡Os darán *garrote*! —Martín seguía en sus trece.

—Mientras no nos den *polculo*... —dijo otro—, *afeitar* no se me dio mal en la guerra...

—¿Se puede saber a qué viene eso ahora?

Martín se había tomado a mal aquel último comentario. Sabido era por todos los reunidos allí, que a él le llamaban el Desviao, pues existía un rumor sobre él. Se decía... que habían visto hacía varios años a dos hombres en el callejón de detrás de la cantina, y que uno estaba de pie y el otro de rodillas..., y el que estaba de pie gemía de gusto..., mientras el que estaba arrodillado movía la cabeza con un vaivén, adelante y atrás. La moza que aseguró verles, contó que se asustó tanto que se quedó inmóvil, tras un tajo gordo, junto al potro para herrar animales, y que cuando terminaron, uno, el que estaba arrodillado, pasó junto a ella sin verla. Pero ella sí que le vio la cara, a pesar de ser de noche, y aseguró una y mil veces que lo que vio fue el rostro de Martín.

—Os lo juro —solía decir la muchacha—... vi como se la *lamizcaba*...

Desde que se comenzó a extender aquel rumor, verdadero o no, lo que sí que era cierto, era que a Martín se le rebautizó como el Desviao. Un rumor que tardó bien poco en ocupar las conversaciones de allí, y de los demás pueblos de los alrededores, pues buenas ovejas son los hombres. Fue motivo de risas y cachondeo en todas las cantinas de los pueblos de la comarca. Y también fue el motivo de llegar casi a descoyuntar a alguna mujer, cuando alborozadas y entusiasmadas con un chisme de tales dimensiones, lo comentaban regocijándose en los detalles, mientras lavaban la ropa en las fuentes o en la orilla del río.

—A mí me *dijon* que había cinco... ¡todos con el rabo fuera!

—¡Ja, ja, ja...! No... no eran cinco, exagerada... solo eran cuatro...

—*Pos* yo he oído que tres estaban amontonaos, ¡mientras otro se purgaba mirándoles!

—¡Ja, ja, ja...! ¡Calla, calla..., bandida!

—¡Ja, ja, ja...!

—Y ¿quiénes eran los otros?

—No se sabe..., la *chiguita* solo conoció a Martín...

—Martín, menudo baldragas..., pobre *afeminao*..., que entre todos esos brutos, parece siempre un *amanerao*, si es que no se le ha visto nunca *oreao*, tan fino siempre él, ni una *pintina* de macho tiene, pobre...

—Claro... ¡ya dijo la *chiguita* que bien que chupaba!

—Ja, ja, ja..., joder con el Desviao...

—Ja, ja, ja..., quien le puso confite... que se lo quite...

—Ja, ja, ja... *dejail* de decir bobadas... ¡que os chapuzo! ¡Lumias!

—¡Calla, zanguanga! Yo me acuerdo... que en la boda de la Filapiana..., mientras los demás mozos preparaban la enramada, ¡él se pasó la tarde hablando con las mujeres!

—Si es que... se veía venir...

—Ja, ja, ja...

—Ja, ja, ja... *ná*... un soseras, le falta hurmiento...

—No... si cuando dicen los hombres que no bebe vino porque le sabe amargo... ¡¿quieres más, *relocha*?!

—¡Pos déjale que beba leche, mujer...!

—¡Ja, ja, ja..., no jeringues!

—Ja, ja, ja...

Tiempo después se dejó ese tema un poco de lado, pero siempre que salía algún comentario despectivo en ese sentido, fuese o no destinado a él, Martín se encabronaba. Y mucho. Como



ahora, que miraba con ganas de partir la crisma al que soltó aquel comentario, tan fuera de lugar en aquella cocina, al menos para el Desviao.

—¿Va a callarse *la moza*? No estamos *pa* hostias... ni *pa meonas*... ni *pa* tus cabreos de puta estrecha...

Silvano miró a Martín y le soltó aquellas palabras, dejándole claro que si no quería tomar parte, que no lo hiciese, pero que se callase la boca. Martín, que se solía enfadar cada vez que le hablaban así, algo normal, por supuesto, se giró y se marchó de la cocina sin mirar a nadie. Los demás hombres siguieron comentando la situación:

—*Tas pasao* con Martín, Silvano, solo dice que esto no le parece bien... —dijo otro.

—¡Va que chuta! —contestó Silvano—. *¡Que le den polculo!*

—No me parece buena idea, no es que no quiera que ese cabrón se pudra, pero no me gusta..., no me gusta... —dijo otro hombre, cabizbajo y tratando de no mirar de manera directa a nadie a los ojos.

Los hombres de la cocina seguían con la discusión, mientras Ginés permanecía ausente. Cada poco tiempo, alguno de ellos le miraba con el rabillo del ojo para ver si elevaba la vista, se pronunciaba o algo. Dos copinas de orujo después, habló:

—No. *Marchail* todos a vuestras casas.

—Ginés... —comenzó a decir Miguelillo.

—He dicho que os larguéis. Lo que tenga que ser, será. Y no dejaré que ninguno de vosotros vaya a la cárcel o acabe dejando a la parienta y a los hijos solos por culpa del *garrote*.

Poco a poco, los hombres fueron saliendo de la cocina. Algunos, bastante aliviados. Otros, como Fernando o Miguelillo, con mal cuerpo por dejar así a Ginés. Los dos últimos en marcharse se volvieron sobre sus pasos a la altura de la puerta de la cocina. Silvano y Juan se acercaron a la mesa, donde aún estaban los *Jeje* sentados. Herminia se sorbía los mocos, pero ya no lloraba.

—Ginés —dijo el cantinero—, tú no vas a *jumpiar* a ese *hijoputa* sin mí, yo voy.

—Juan —le contestó Ginés—, vete a casa, anda, si de verdad quieres echarme un capote, vete con la María y con los *chiguitos*...

—¡No! He dicho...

—Juan, vete a casa, no me hagas echarte de mi cocina, por favor...

Apesadumbrado, Juan se dio la vuelta y se quedó a esperar a Silvano en la puerta de la cocina. El viejo se acercó un poco más a la mesa y miró a Ginés a los ojos.

—A mí no me tocas tú los cojones..., yo voy contigo.

Sonriéndole, la primera sonrisa en toda la tarde de Ginés, le invitó con la mano a sentarse un momento y le sirvió un poco de orujo.

—Silvano, por favor, hile *pa* casa, ande..., se lo ruego. —Le miraba como si fuese su propio padre.

—¡He dicho que no me toques los cojones! ¿Qué hacemos...? ¿Lo metemos un tiro... o le damos un *tochazo* en la cabeza?...

—Silvaaaaano...

—... luego lo metemos en un saco y lo tiramos a un pozo..., no, a un pozo no... que luego alguno se lo bebe y se muere..., *pos nos* malo ni *na* el cabrón...

—¡Silvano! ¡Joder! ¡Que se vaya a casa! ¡Hágame el favor, hostia!

—¿Por qué...?! ¿Es porque soy un viejo?!

El viejo se calló y se le quedó mirando. Siempre le gustó aquel muchacho. Bueno, ahora ya, y desde hacía mucho... un hombre. Hasta ahora, la primera vez que le había levantado la voz en su

vida, veía en él a un hombre que intentaba hacer siempre lo correcto. Siempre. Y nunca le oyó levantar la voz, ni nada mínimamente semejante, a ningún anciano. Es más, parecía desvivirse por ayudarles en lo que pudiese, o incluso en charlar con ellos durante varias horas. Ginés decía que hablar con los mayores era una de las mejores cosas que un hombre podía hacer para aprender lo que esta vida era en realidad. De modo que, si algo, en la relación que mantuvo siempre Ginés con los ancianos y ancianas, merecía la pena ser destacado, era respeto. Los respetaba mucho, pues una larga vida solo puede ser vista de ese modo, desde el respeto.

Pero... si además de respeto existe cariño, afecto, aprecio, cierta cordialidad..., y se pasan alguna que otra hora compartiendo vino y tute en la cantina..., tras unas cartas, el contrario, nunca es visto de otra manera a como un igual. Y Ginés no solo veía a Silvano como a un igual, sino que también lo hacía con cierta estima: le recordaba a su padre. Y Silvano lo sabía.

Y si a un anciano se le tiene cierta devoción, por el mero hecho de ser lo que es, qué no sentir por uno que te recuerda a tu progenitor. Y a un progenitor se le cuida, se le atiende, se le asiste, se le defiende... y se vela por él.

Silvano entendió al momento lo que quería Ginés: preservarlo de todo mal. De modo que cogió la copa de orujo, la bebió de un trago y la posó en la mesa. Lo hizo mirando a los ojos de Ginés. Despacio, se levantó con media sonrisa desdentada en el rostro, se encaminó de forma pesada hasta la puerta de la cocina y se paró. Se dio la vuelta y volvió a mirarle a los ojos. Desvió un momento la mirada, posándola esta vez en la Herminia, y luego en Gabino. Luego se miró las manos, callosas y arrugadas, y volvió a mirar a Ginés.

—Sí, es verdad, soy casi un viejo... casi sesenta —escupió otra vez en el fuego—, pero quiero que sepas que aun así... si me lo hubieses *sujetao*... lo habría *circuncidao* a la altura del cuello...

Hasta a la Herminia la hizo un poco de gracia aquello. Gabino también sonreía un poco. Incluso Ginés, una mínima mueca que no dejaba lugar a dudas. Dio gracias a Dios de que Silvano hubiese recapacitado. Y le contestó:

—Lo sé, Silvano, lo sé...

El viejo miró al suelo y se juntó con Juan, que le esperaba en la puerta de la cocina. Se fue maldiciendo para sí, por no tener veinte años menos.

Silvano y Juan se dirigieron a su pueblo, mientras que en aquella cocina ya solo estaban los *Jeje* y la Herminia. Durante un rato más, mostrándose todo lo comedido que pudo, Gabino trató de hacer entrar en razón a Ginés, pero dejando muy claro que si al final iba a matarlo, él le acompañaría, tanto si le gustaba como si no.

—Yo no soy como los demás, Ginés, lo que ese perro te haya hecho a ti, a mí también me lo ha hecho, que te quede claro.

—Gabino, por favor, llevo toda la tarde pidiéndoos que os vayáis a casa...

—¡Ginés, joder...! O voy contigo o voy yo solo, *mecagüendios*, pero tú solo no vas... ¡te pongas como te pongas! —Golpeó la mesa con fuerza, como antes lo había hecho el marido de la Herminia.

Ya no había marcha atrás. Hiciese lo que hiciese Ginés, le había quedado claro que si se iba a *encargar* del cura no lo iba a hacer solo. Gabino entrecruzó los dedos frente a Ginés, sentado en la mesa. Le miró y le preguntó:

—¿Y... bien...? Tú dirás... ¿por dónde empezamos...? ¿Qué tienes en mente, eh...? Vamos, dime...

Sopesando cómo hacerlo, Ginés accedió al fin a dejar que le acompañase Gabino. Lo hacían

todo juntos, por lo que aquello... también.

La Herminia les dijo que si querían que les preparase algo de cena, pero ninguno de los dos tenía hambre. Tampoco sed: el orujo ya no estaba en la botella. Envalentonados por el alcohol, rabiosos por lo sucedido, y esperando prudencialmente a que se hiciera de noche, hablaron durante un buen rato sobre cómo entrar en la casa del cura y no sobre cómo iban a matarle, pues no tenían ni idea de *finiquitar* a nadie: no eran unos asesinos.

De noche ya, entraron en la cuadra y apañaron alguna de las herramientas de Ginés: una hoz, un cortafríos, un martillo, un pedazo de cadena bastante gorda con diez o doce eslabones que mediría unos treinta centímetros, el cuchillo de matar el gocho..., cogieron lo que pillaron y entraron un momento en la cocina antes de encaminarse a casa del cura.

A la Herminia, la entró una angustia tan enorme al verlos preparados ya para marchar, que no podía ni llorar. Besó y abrazó a su marido, y escuchó a Gabino.

—Herminia... ¿podrías avisar a mi mujer de que esta noche llegaré tarde, por favor?

—No te preocupes, se lo diré a la Jesusa. Ha venido aquí al lado a tomar café, donde la Inés. Viene algún domingo, y luego su hijo la pasa a buscar, porque se la hace de noche. El chico suyo irá hasta tu casa y la dará el aviso.

A Alfonso le pilló bebiendo un poco de agua. El calor se había vuelto insoportable, y promediaba un trago de agua con media copita de orujo, cada veinte minutos. Escupió todo al suelo pensando por un momento que aquello se acababa de salir de madre.

—¿Qué...?! Pero ¿qué cojones...?! —Se dio la vuelta y miró cabreado a Fidel—. ¿Es eso cierto?! ¿Fuiste tú a dar el aviso a la mujer de Gabino? ¡Alicate...! ¡No me jodas! ¡¿Cómo coño no me habías dicho eso?! —

—Señor —Fidel tragaba saliva—, no sabía nada..., yo solo sabía que el Gabino llegaría tarde a casa, y que la Herminia estuvo en *ca* la Inés *pa* darle el *recao* a mi madre..., pero nada más...

Alfonso se levantó de su asiento y comenzó a andar de un sitio para otro por el cuartucho. Hablaba con aspavientos y les pareció a los otros tres un molino de viento. La cordura y el sosiego que le habían caracterizado, sentado en aquella mesa, durante toda la mañana, estaba dando paso, conforme el relato avanzaba, a un cabreo y a una mala hostia del copón.

—¡Un cura que es un *hijoputa*!... ¡Un hombre que quiere matarlo!... ¡Medio pueblo que quiere unirse a él!... ¡Y un guardia civil *mezclao* en todo este embrollo! ¡Mecagüentoo! ¡Joder...!

Tras un minuto de cólera, intentó serenarse un poco. Volvió a sentarse y comenzó a liar un pitillo. Cuando lo prendió, se sirvió de nuevo un poco del néctar de la botellita y, con la copa en una mano, y el cigarrillo en la otra, se giró hasta Fidel. Parecía que sudaba incluso por parpadear. Le habló en un tono gutural, y muy despacio, para que no quedase lugar a la duda:

—Alicate..., tú y yo vamos a tener luego una conversación...

El pobre Fidel no se atrevió ni a hablarle a su superior. Él mismo se acababa de enterar de que, sin quererlo ni buscarlo, había tenido algo que ver con la muerte del cura. Al menos, de manera indirecta. Realmente no era nada, pues solo hizo que llevar un recado a una mujer que conocía del pueblo, recado que le había pedido además su madre, pero si se mezclaba el uniforme con cualquier cosa que no fuese haber arrestado e inculpado a algún sospechoso..., bueno, no quería ni pensarlo. Así como tampoco quería ni pensar en la conversación que después mantendría con Alfonso. Pensar en ella, le hacía apretar el culo hasta que no hubiese cabido ni un pelo del coño de una mosca.

Alfonso volvió a dirigirse a Gabino:

—Dime... ¿tienes alguna sorpresa más...? ¿Algo que rice el rizo?... Joder, sigue, anda..., sigue...

Gabino tragó saliva, dudando, mientras continuó hablando.

Después de pedir a la Herminia que avisara a su mujer, ambos hombres se santiguaron ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que presidía la entrada a la casa. Sí, lo que iban a hacer estaba mal..., pero, para ellos, Modesto era un ser que no debía de seguir en este mundo, atormentando a todo aquel que tuviese a tiro.

Cazaban. Ambos hombres cazaban. Y si no fuese porque pretendían ser lo más sigilosos posible, hubiesen llevado consigo *la de los ojos negros*, la vieja paralela de Ginés, con la que toda la vida cazó también su padre. Ambos la vieron, en la pared, colgada encima de la puerta de la entrada, donde siempre la tenía. A mano, por si algún buscavidas y amigo de lo ajeno entraba allí de sopetón, y sin ser invitado.

Rezaron. Pidieron a Dios y a Jesús, que no fuesen muy estrictos juzgándoles mientras evitaban pensar que iban a matar a un cura. Nada más y nada menos que a un cura. Al terminar, se santiguaron de nuevo y salieron a la calle, al patio exterior. Una vez fuera, y ya de noche, los hombres miraron la entrada de la casa. La Herminia no había salido a despedirlos. Ambos se miraron y elevaron la vista al cielo, a la luna.

—¿Sabes una cosa...? —dijo Gabino.

—¿Qué?

—Ayer baló la Cabra...

—Sí, lo sé, yo también la oí...

## Capítulo VII

Alfonso se quedó mirando a Gabino con cara de circunstancias. Desde que el *Jeje* había comenzado su relato, el guardia civil creía haber tenido todo bajo control. Bueno..., al menos, hasta que se enteró, solo unos minutos antes, de la aparición del *polilla* en los hechos que salían de boca del narrador. Que la madre del muchacho hubiese salido en la historia le había desconcertado, por supuesto, pero ya lo hablaría luego con él, con más calma. Seguramente no pasaría de una buena bronca por no haberle dicho nada... y poco más. Tal vez, incluso la citara para declarar. Tal vez. Siempre mejor eso, que mezclar el uniforme en todo aquel asunto. Pero lo que, según Gabino, se dijeron los *Jeje*, al punto de salir de casa para matar al cura...

Alfonso se sirvió orujo. Y solo orujo: esa vez no lo rebajó con agua. Lo bebió y se removió un poco en el asiento. Miró a Ginés y observó que le estaba traspasando con esos ojos marrones que tenía. Se incomodó algo, y miró a Gabino. Se quedó con el índice apuntándole, aunque lo hizo como si no le estuviese viendo, y con la boca abierta como para decir algo. Unos diez segundos después, como si estuviese ausente, le preguntó:

—¿Puedes... puedes repetir... eso?

Gabino repitió lo último que había dicho:

—¿Sabes una cosa...?

—¿Qué?

—Ayer baló la Cabra...

—Sí, lo sé, yo también la oí...

Alfonso respiró hondo, se acercó a la mesa y puso los codos sobre ella. Con la mano derecha se sujetaba la cabeza por la frente, mientras miraba al vacío.

La Cabra.

Si hay algo que desde siempre ha distinguido al hombre, es su capacidad de poder asemejar las cosas. De poder cambiarlas, y dejarlas, siempre que no las comprenda, de forma que pueda entenderlas. De tratar de asimilar lo incomprensible usando cosas que estén a la altura de su juicio, un juicio este, bastante menguado según qué hombres.

Para el entendimiento de todas las cosas que no comprende, el hombre usa símiles que sí que pueda entender. Y de todas las cosas que el hombre no comprende, y teme, pues lo no comprendido suele ser temido, la que más le ha atormentado desde siempre ha sido el miedo.

Existen muchas clases de miedo. Podría decirse que tantas como hombres. De entre todas ellas, el miedo a lo *no conocido* suele ser la que más le acongoja. Y para muchos de ellos, el

miedo de los miedos, el miedo más cerval, es el miedo a algo que no conocen..., a algo que temen y odian... y que saben que llegará: la muerte.

Para algunos es la consecuencia de vivir: si se nace, algún día habrá que morir. Para otros, en las mentes de los hombres creyentes, es una puerta que se abre para poder llegar a otro sitio mejor. Más de uno de aquellos hombres que solían frecuentar la cantina de la María y Juan, recordaban las palabras que, allí, en la cantina, el viejo Silvano había dicho más de una vez:

—*Pooosss...* no sé si morir se será del *too güeno...* porque por más que dice el cura de los cojones que vamos al cielo..., de *toos* los que están allá ahora..., no sé de ninguno que escriba, a mí *po* lo menos...

Lo que ningún hombre podrá jamás eludir, jamás, es que la muerte es la única certeza incuestionable de la vida. Por lo tanto, el hombre ha tenido que aprender a convivir con ella. Le guste o no. ¡Qué remedio!

Pero a pesar de convivir con ella y aceptarla, se la sigue teniendo miedo. Y como el hombre siempre ha tratado de asimilar lo que no comprende, asemejándolo con cosas que sí que entiende, a la muerte se la ha comparado con un ser despiadado que arrebatara vidas armado con un dalle. ¿Por qué una guadaña y no otra cosa? Porque hace cientos o miles de años, no había pistolas o escopetas. Así de simple. Además, un tajo con un dalle acojona bastante más que un tajo con un cuchillo, o una hostia con un palo.

También es muy simple la forma del mal para el malo de los malos, el demonio: un macho cabrío negro armado con un par de cuernos descomunales. Bueno..., esta imagen tiene más que ver con la idea de la Iglesia de acabar con toda creencia anterior a ella, pero aun así, ha sido una imagen asimilada y comprendida por los hombres como la estampa de Satanás. Y en algunos lugares, estas imágenes han sido deformadas con el paso del tiempo, y el miedo a la muerte puede ser representado de otras formas, así como la imagen del mal en sí, personificado, por supuesto, en el diablo.

Sin embargo, en aquel lugar, las viejas leyendas y las certidumbres que conformaban los miedos de los hombres a lo que no comprendían, no solo se habían deformado algo, sino que al hacerlo, se habían arraigado tanto en sus credos, que al haber oído de nuevo la corta conversación que mantuvieron los *Jeje*, al salir de casa, esas pocas palabras habían hecho incluso sudar, un sudor muy frío esta vez, a Alfonso.

Lo recordaba. Alfonso recordaba como si lo hubiese vivido hacía una semana, todo lo que había asociado durante su vida con el miedo y la muerte. Y como él, muchos hombres del campo y de aquella zona, sabían desde que apenas dejaron de gatear, que con ciertas cosas no se jugaba. Habían conseguido sobrellevar el miedo a lo que no comprendían, y lo habían adaptado hasta simbolizarlo. ¿Con qué...? Por difícil que pueda parecer, para cualquiera que extrañe sus costumbres y creencias, lo habían hecho en la forma de una cabra. De una simple cabra. Bueno..., tal vez, no... *tan simple*.

Si nos atenemos al hecho de tratar de comprender el miedo a algo, y con ciertas variaciones propiciadas por sus propios temores y el paso del tiempo, el Mal debe tener la forma que los hombres han asociado al diablo. Comprendido esto, tampoco es tan descabellado pensar en que el Mal, según ellos, tendría así la forma de una cabra. Y menos aún, si se oye, se vive y se mama, la forma de entender el Mal para aquellos hombres.

¿Cómo era posible que aquellos varones, muchos de ellos nacidos con algún testículo más que en cualquier otra zona, tuviesen miedo, más que miedo, pavor, de una simple cabra?

Para comprender esto, nada mejor que retrotraerse a lo que Alfonso había vivido años atrás.

Cuando era un niño, un guaje de poco más de veinticinco kilos de peso, sumada la mierda que tenía siempre encima, acudía a la escuela de su pueblo todos los días. Después de haber sido de bien niño un adorable gordito, al medrar se había *afilao* tanto como los demás *chiguitos*. Aunque pueda parecer algo normal el acudir a la escuela, crecer en una familia y en aquella tierra, donde una mano siempre era bien recibida a la hora de trabajar, pues lo que faltaban eran siempre más manos para desempeñar la labor, no era algo tan habitual. Recordaba incluso el nombre de la maestra.

¿Quién no se acuerda del nombre de su primera maestra? ¿Quién no recuerda el nombre, y las maneras, de la primera persona que, sin ser allegado suyo, le castigó, pegó y ordenó a todas horas? O si no se comportó así la educadora, ¿quién no se acuerda de la primera persona que te mandaba hacer algo, los puñeteros deberes, cuando en casa siempre había otras cosas más importantes que hacer?... Como cazar renacuajos en un pozo, reunirse para una batalla de piúcas o tirar un puñado de paja dentro del balde de agua de alguna niña que volviese de la fuente. ¿Quién no se acuerda de su nombre?

La maestra de Alfonso había sido doña Pilar.

Doña Pilar había llegado en 1914 a ejercer en una escuela donde no habría un par de docenas de *chiguitos*. Y uno de ellos, un enano torpe, un poco miedica y bastante tímido, solía comenzar las clases más dormido que despierto. Un pobre muchacho que había llegado a asimilar todo lo que le habían contado sus mayores, mejor que la lección más sencilla de la maestra. Y a tomárselo como algo tan normal, que algunas veces no pasaron para él de simples comentarios. Fue luego, un poco más mayor, cuando los recuerdos y las vivencias de las, para los foráneos, supercherías, hicieron tanta mella en él, como para dejarle obnubilado muchos años después, sentado en una mesa con dos hombres arrestados por orden suya.

—Alfonsito —dijo doña Pilar—, a ver si despabilamos un poco... que no te veo yo con ganas hoy...

—Señorita —contestó Alfonsito—, es que esta noche..., la Cabra, no me dejó dormir...

—Vaaaaamos, vaaaaamooooosss, despierta ya, que vamos a hacer un dictaaaaado... ¿Enrique...? ¿Tampoco tú dormiste anoche?... , deja ya de bostezaaaar...

—Es que a mí —Enrique la contestó—... tampoco me dejó dormir la Cabra...

—Ni a mí... —siguió, una niña esta vez.

—A mí tampoco... —dijo otro *chiguito*.

—Vaaaaamos, niños..., vaaaaamooooosss...

Cuando los niños se desperezaron un poco más, sin dejar los bostezos, doña Pilar comenzó el dictado. Cuando terminó, recogió los trabajos para corregirlos, y les mandó hacer unas cuentas mientras. Si hubiese tenido que evaluar el trabajo de los *chiguitos*, ni uno solo hubiese aprobado. Uno, incluso entregó una hoja llena de garabatos hechos con el lápiz, donde parecía distinguirse la figura de una cabeza de un perro, un bichejo o algo. Con cuernos y dientes bastante grandes. Pilar resopló al verlo, desencantada con el resultado del ejercicio, guardó todos los trabajos y siguió con las clases.

Al día siguiente, volvió a encontrarse con los *chiguitos* muy cansados, medio dormidos y somnolientos. Incluso Pepín, siempre el primero en llegar a la puerta de la escuela, había llegado tarde a clase. Cuando les preguntó por lo que les ocurría, todos, del primero al último, la dijeron lo mismo que el día anterior: la Cabra no les había dejado dormir.

Sin ser algo que la quitara el sueño a ella, harta de que los niños se pasasen más tiempo abriendo la boca y dando cabezadas en el pupitre, y tras varios días oyendo las quejas de los

alumnos con la dichosa cabra, decidió buscarla y meterla de una vez en el corral de su dueño.

Tres días seguidos, fue ella la que bostezó ahora en la escuela, los tres días posteriores a su infructuosa búsqueda del bicho. Y como alguno de los *chiguitos* se reía de ella, ahora que todos parecían algo más despiertos y atentos, se disculpó ante sus alumnos:

—Veréis..., hoy no dormí bien... porque me pasé la noche buscando la cabra que tanto os molesta, pero siento decir que no la encontré.

Si la maestra hubiese tenido que apostar por una continuación a sus palabras, por parte de sus alumnos, desde luego no hubiese sido por lo que le dijo Alfonsito:

—¡Tate, la leche...! Pero ¡¿cómo va a verla usted, señorita?!... ¡si la Cabra es un alma en pena...!

Doña Pilar no esperaba aquello. Y menos aún la confirmación de los demás niños, que asentían convencidos las palabras de Alfonso. Pero a pesar de tragar saliva y apretar el *culete*, la maestra se propuso saber más de aquella famosa cabra y buscó respuestas entre los vecinos del propio pueblo. A la salida de las clases, pidió a Alfonso acompañarle a casa de sus padres.

Unos diez minutos después de acabar la jornada lectiva, doña Pilar asistía, entre asombrada e incrédula, a la locución del padre de Alfonso.

Hacía unos años, en los comienzos del siglo, una mujer que vivía a más de treinta kilómetros de allí, había sido encontrada muerta en su casa, colgada de una de las vigas de madera del techo. Cuando la encontraron, meses después de haberse quitado la vida, su cuerpo parecía un trapo mojado en el río, retorcido, y dejado a secar al sol hasta que se cuartease.

La mujer, que según decían era una bruja, una hechicera o una curandera con ciertas habilidades, se ganaba la vida vendiendo remedios para las migrañas, el mal de amores y las picaduras de culebra. Pero según decían también, era capaz de solucionar *ciertos problemas* derivados de un amor más carnal que otra cosa: se ocupaba de evitar los alumbramientos no deseados de ciertas mozas. Y de algunas... que pasaban de mozas. Muchas veces fueron los propios padres de aquellas *inocentes* criaturas, a tratar con la mujer el aborto del retoño no deseado, y formalizaban el trato a base de dinero. Siempre fue mejor esa solución, aquella curandera, que tratar de remediar el mal de la forma que alguna había tenido por costumbre: meter perejil por donde hacía poco había entrado el miembro viril que la había dejado preñada para, precisamente, acabar con la preñez. Terrible y cierto: alguna casi se muere desangrada.

Contaban también, y esto era algo que solo sabían en aquel pueblo, que una familia no acabó precisamente contenta con las artes y las formas de la supuesta bruja, por lo que juraron hacerla cosas atroces. Ante la perspectiva de un sufrimiento inhumano y, la cada vez mayor, persecución a la que sometieron a la mujer, por parte de vecinos e incluso autoridades, harta, asqueada y enfadada con el mundo, decidió ahorcarse en su propia casa.

Y años después, el alma errante de aquella mujer se dejaba oír por las callejuelas del pueblo donde juraron matarla. Y sus lamentos parecían los de... una cabra.

La maestra no estaba muy convencida de aquel cuento chino. ¿Una curandera muerta? Aquella historia que había oído por la boca del padre de Alfonso, no acababa de convencer a la buena de doña Pilar. Al menos, no relacionado con un... ¿alma en pena...? No es que no creyese en mujeres que curaban, de hecho, sabía que existían.

Una mujer que vivía en un pueblo de al lado, el de *los grullos*, era más que conocida por sus artes y sus maneras para con la gente enferma, y no fueron pocos los hombres y *chiguitos* a los que ayudó. Y más aún se prodigó su saber con las mujeres, pues era la comadrona más demandada en toda la comarca. Imposible calcular la gente que ayudó a traer al mundo. Como buena comadrona,



sabía perfectamente todo lo relacionado con el hecho de que una mujer pasase ciertas penalidades, solo por ser mujer. Muchas fueron a verla para que las aliviase los dichos dolores y malestares del período. Las solía decir que lo que mejor podían hacer era evitar trabajar duro mientras esos dolores persistieran, y como no la hacían caso, el trabajo era ineludible, intentaba menguar sus malestares. Aquí, no entraba en juego la medicina convencional, sino el saber hacer de muchas otras antes que ella, y que ella misma había aprendido de sus mayores. El remedio que propuso muchas veces era uno tan sencillo, tanto, que casi todas dudaban. Hasta que lo probaban. Las mandaba comer lentejas los días de sangrado. Limpias. A lo mejor, con un poco de verdura, pero nada más. Con poco pan y medio vasito de vino. Y después, que tomasen manzanilla. Bien caliente y con un poco de miel. Y tuviesen que ir a realizar labores o no, que reposaran la comida. Una hora como mínimo. Más no, porque sabía que no la harían caso. Sin discusión. Los dolores nunca se reducían del todo, pero se notaba una barbaridad lo que menguaban. Y, tras dejar de sangrar, carne poco hecha. Dos días por lo menos. Algún médico, receloso de esta mujer, al principio, llegó a aplaudir un remedio tan casero, fácil y sencillo, y con resultados, si no totales, sí tan apabullantes.

En cierta ocasión, unos gitanos se acercaron al pueblo de aquella buena mujer; una madre desesperada fue hasta su casa a verla. Solía dejarse caer por aquellos lares de vez en cuando, y a hacer ciertos tratos con los vecinos de los pueblos. No era raro que cambiasen el pelo largo de alguna joven, por algún cazo nuevo para cocinar. Pero aquella vez no buscaba, la gitana, una frondosa melena. Llevó con ella a su hijo pequeño y enfermo, y le rogó a la curandera que le eliminase el mal, tuviese el que tuviese. El niño gitano se curó y, durante muchos años, la gitana se arrimaba cada vez que volvía por allí cerca hasta la casa de la curandera, y llevaba con ella a su hijo, para poder darle de nuevo las gracias por haberle salvado la vida:

—Mírale, aquí le tienes... ¿ves lo grande que se ha hecho? ¿Ves lo bien que está? Gracias a ti... que tú fuiste la que le curó..., y gracias a ti sigue con vida. Que Nuestra Señora de Las Angustias sepa agradecerte el bien que le has hecho a mi familia... y que Dios vele siempre por ti, buena mujer...

Doña Pilar, desencantada con la explicación del padre de Alfonso, volvió a preguntar, esta vez, a su madre, a la Ceci. Negaba con la cabeza la explicación de su marido, y lo que la contó fue, más o menos, lo siguiente:

Unos cuantos años atrás, una mujer del pueblo falleció de la noche a la mañana. Nadie sabía que estuviese enferma, de modo que cogió a todos los vecinos bastante desprevenidos. Como siempre que se produce una muerte natural; de golpe.

Esta mujer, bastante mayor, aunque con muy buena salud, tanto en lo físico como en el tamaño de su enorme bolsillo, había fallecido tras una vida llena de desmanes y groserías hacia todos los vecinos del pueblo. Por ello, y a pesar de su bolsa..., había muerto en su casa, sola y apartada de cualquier clase de cariño o afecto por parte de los moradores de aquel poblado.

Se decía que lo que se oía por las noches era el alma de aquella cicatera, arrepentida, gimoteando por las calles del pueblo. Pensaron, en un principio, que se la oía porque quería pedir perdón por sus maneras cuando estaba viva. Como los espectrales balidos no cesaban, pasaron a creer que la vieja, furiosa y rabiosa, lo hacía para atormentar los sueños de los vecinos, pues comentaban y afirmaban también, que ninguno de ellos sintió el más mínimo arrepentimiento tras llegar la hora suprema de la anciana.

Alfonsito había escuchado esas historias en su casa más de una vez, y no le parecieron, para nada, algo de lo que preocuparse. Había crecido con los balidos de la Cabra, y los había asumido

como algo de lo más normal. Sin embargo, conforme fue creciendo, Alfonso supo de otra historia, anterior en el tiempo a aquellas otras que se contaban en el pueblo, que sí que le había llamado algo la atención, sobre todo, después de acordarse de aquello, ahora, sentado en aquella mesa con los *Jeje*, y por el delito que tenía que esclarecer. Algo horrible también.

Según aquella historia, uno de esos cuentos para no dormir que los padres procuran no contar a los *chiguitos*, antes de los hipotéticos sucesos con las dos mujeres, la supuesta bruja y la anciana avara e hipócrita, ocurrió algo en aquel pueblo. Algo que no tardaron en asimilar como directamente relacionado con los balidos nocturnos...

En la zona que los habitantes del pueblo denominaban *Valdejuelo*, encontraron a finales del siglo XIX el cuerpo de un hombre muerto. Putrefacto y roído por los gusanos y las alimañas, las fuerzas del orden público trataron de saber de quién se podía tratar, y qué había pasado allí. Complicado, pues debía de llevar varios meses en ese estado.

Varias semanas después de encontrar el cuerpo, desistieron de seguir buscando al posible asesino, pues esa era una de las dos cosas que los representantes de la ley habían sacado en claro: lo habían matado. ¿Quién? Nunca se supo. Pero lo que sí se supo era la identidad del muerto. Bueno..., de la identidad, muchos años después, ya nadie se acordaba, pero sí de su oficio. Y ahí estaba la cuestión que tanto incomodaba a Alfonso, la segunda cosa que sí que se había esclarecido tras la aparición del cadáver:

El muerto era un cura, desaparecido tiempo atrás.

Alguno de los habitantes del pueblo aseguraba que los balidos noctámbulos pertenecían al alma de aquel cura, clamando justicia por haber quedado impune el criminal que le arrebató la vida. Y que si solo se oían en aquel pueblo, solo en aquel y no en otros, era porque el asesino había sido de allí, sin duda.

Hasta ese momento no se había percatado. Hasta que Gabino comentó la conversación de los *Jeje* al salir de casa, Alfonso no había caído en la cuenta. Fue después de la última copa de orujo sin agua cuando, absorto en los recuerdos de su niñez, empezaba, o eso pensaba él, a atar cabos. Si es que se le puede llamar así a creer que los curas no habían salido siempre bien parados en la zona.

Elevó la vista. Gabino parecía algo nervioso. Más de lo que lo había estado durante la mañana. La cara de Ginés parecía una pila bautismal: dura y fría, pero con una mirada serena. Alfonso comenzó a hablar a Gabino mientras se frotaba los ojos con el índice y el pulgar de la mano que no tenía sobre su frente, aún con los codos apoyados en la mesa, y tratando de medir sus palabras:

—Bueno, vamos a ver, Gabino...

Terminó de frotarse los ojos, se inclinó sobre la silla, y continuó con un tono neutro. Sus ojos parecían nerviosos y un poco enrojecidos tras frotárselos. Delataban que estaba incómodo.

—... entiendo... que creas en esas cosas —miró a Ginés—... y tú también, pero..., bueno, pues que no me parece que a Modesto lo matase ninguna cabra...

—Señor, yo —quiso contestar Gabino—... solo...

—No, espera, no he acabado...

Gabino se calló e hizo el ademán de acercarse a la botella de orujo mientras ojeaba a Alfonso. Este asintió y se sirvió un poco. El guardia civil carraspeó, y prosiguió:

—Esto, que no salga de esta habitación.

Los *Jeje* se miraron y después a Alfonso. Asintieron. Fidel también asintió cuando se volvió su superior. Alfonso se giró de nuevo, tomó aire despacio y continuó:

—Creo en la Cabra..., aunque a mi modo... ¡como todos, joder!..., pero una cabra no deja a Modesto como lo encontramos... y no quiero que la gente piense que el pueblo se toma la justicia por su mano, que crean que aquí se mata a los curas...

—A todo aquel que se pase de listo, como debe ser: no se trata de curas.

Los tres hombres se quedaron un poco sorprendidos por las palabras de Ginés. Alfonso lo miraba sin saber muy bien qué contestarle a eso. Su cabeza comenzaba a dolerle algo y no sabía si era por el orujo ingerido o porque la declaración de Gabino le estaba dejando menguado... o por ambas cosas a la vez. Sopesó un momento qué contestarle.

Matar estaba mal, sí, pero un hombre nunca dejaría que otro le pisase la cabeza si podía evitarlo. Si dos hombres tienen un problema entre ellos, siempre hay uno que, de mejor o peor manera, tratará de solucionarlo. Y si los razonamientos no valían nada para uno de los dos... el hombre siempre se ha distinguido por ser un tanto... práctico. Sobre todo si las cosas se salían de contexto y, por lo que sabía Alfonso, siempre y cuando Gabino no le hubiese mentido, las cosas habían pasado a mayores. Más que a mayores a enormes: de diez mil, a cien mil pesetas.

—Ginés —prosiguió Alfonso—, sabes tan bien como yo que a Modesto no lo *limpió* un fantasma... y que la Cabra no ha tenido nada que ver...

—Lo sé, yo lo maté...

Gabino quiso protestar, pero no lo hizo al ver a Ginés levantarle la mano tratando de calmarlo. El marido de la Herminia continuó:

—... pero *ella* sabía que algo iba a pasar, por eso avisó.

Un escalofrío tremendo cruzó la espalda de Alfonso. Hasta la silla crujió cuando apretó el culo. Miró su reloj. Casi la hora de jalar. Se levantó despacio, y decidió que ya estaba bien por el momento, que lo mejor sería que se fueran todos a comer.

—Alicate, llévalos al calabozo y avisa a la Angelines. Procura que coman algo.

«Sí, señor...», pensó Fidel.

Mientras Fidel sacaba a los *Jeje* para llevarlos al calabozo, Alfonso se quedó pensativo en el cuarto de los interrogatorios, solo y dándole vueltas y más vueltas a la cabeza. El *polilla* los llevaba de nuevo a la diminuta celda y, al llegar a la altura de la Angelines, la mujer que les preparaba la comida a los que pasaran el día en el cuartelillo, se paró un momento. Apostada en la puerta del pequeño comedor para unas diez personas, no más habrían cabido allí, esperaba paciente a que los guardias, los que ese día estuviesen en el cuartel, fuesen entrando a por el rancho.

—Ange... ¿puedes llevarles un par de raciones, por favor?

La Angelines no habló. Miró a los *Jeje* a los ojos y asintió. Luego torció la cabeza, mirando a Fidel, y si bien lo consideraba un muchacho prudente y obediente, y por el que incluso sentía cierto aprecio, no en vano era amiga de su madre, bufó con una mezcla de sorna y desprecio. Se giró y desapareció tras la puerta. Se la oía *marmiar* mientras se alejaba. Solo se la oyeron palabras sueltas, cosas en apariencia inconexas. Solo en apariencia, pues terminó con algo que tanto Fidel como los *Jeje* entendieron a la perfección, a pesar de la distancia...:

—... os vais a enterar, cabrones de mierda...

Cuando, veinte minutos más tarde, los demás guardias civiles comían las patatas con puerro y cebolla que había hecho para comer, la Angelines entraba en el calabozo llevándoles la comida a los presos. Allí, oían los *Jeje* ciertos desacuerdos que les llegaban por el pasillo, desde el

comedor. Los guardias protestaban por las patatas con conejo que decía Ange que iba a cocinar ese día, y las patatas estaban sosas y del conejo... ni rastro.

La Angelines les acercó a los *Jeje* dos platos de metal y un cestillo con el pan y las *cuchares*. Dentro también había una botella de clarete y dos vasos pequeños. Sonrió maliciosa, descarada y empática, y les señaló una cazuela tapada con una rodea.

—Para los que mataron al cura, hoy toca... carne.

## Capítulo VIII

Alfonso salió a la calle. Dejó la chaqueta, el tricornio y la pistola en la mesa, y se dejó ver con una camisa empapada de sudor. Al igual que cuando entró por la mañana, ninguno de los hombres con los que se cruzó mientras caminaba por el pasillo del cuartel, recibió contestación al saludo que le hicieron. No le dieron mucha importancia: solo era uno de los atropellos de Alfonso para con ellos, que, aunque muchas veces sin maldad, comenzaban a ser cada vez más continuados. Además, era la hora de comer y tenían hambre... y las patatas con conejo de la Angelines eran famosas.

Fuera, el calor había dejado de ser picajoso por el sol, pero seguía siendo sofocante. Una brisa, que sabía que no traería nada bueno, se levantó. Miró al cielo y vio cómo las nubes comenzaban a llegar. En una hora o menos, la tormenta llegaría con fuerza. Con tanta como los días pasados, pero más pronto.

Comenzó a caminar y trató de despejar un poco la cabeza. Oyó un canto. Aquel sonido no parecía venir de muy lejos, y siguió caminando en dirección a la alegre tonadilla que oía. Tonadilla que le sonaba, pero... no acababa de acertar con ella. Distinguía a unos niños cantar y supuso que estaban jugando. El día estaba siendo complicado, por lo que oír cantar a unos *chiguitos* y verlos jugar un poco, pensó que sería una buena forma de hacer volver a su raciocinio, pues algo le decía que por la tarde necesitaría de toda su capacidad. Siguió caminando, esta vez, guiado por la canción.

El calor no le dejó despejarse y aclarar su mente, pero menos aun lo que oyó: seis niñas jugaban en un patio abierto, justo al lado del cuartel, y cantaban alegres mientras saltaban a la comba.

Fue eso, lo que cantaban, lo que le hizo volver a retrotraerse a su niñez:

*Moraíta toca la gaita,  
Chivero toca el tambor,  
el Chato toca los platos,  
Quincallero el director.*

*Veinticinco de noviembre  
y el pelado Otero escalan,  
y en la casa de la ermita,  
resuenan las aldabadas.*

*El Quincallero, el Moraíta,  
el Chato y el Chivero  
mataron al ermitaño  
en el Cristo del Otero.*

*Dicen que esos cuatro hombres  
cuando su mal hecho hicieron,  
a las once de la noche,  
después de cenar, se fueron.*

Las pequeñas cantaban esa coplilla sin prestar mucha atención a la letra. No había casi ningún *chiguito* que no la supiera, y era más que normal oírse la cantar a las niñas cuando saltaban alegres a la comba. Antes de comenzar a jugar, se repartían los nombres que salían en la cancioncilla y, una vez en faena, trataban de no tropezar y caerse al oír el nombre que las indicaba el turno de entrar a atacar la cuerda.

Cuando Alfonso las oyó cantar eso, tragó saliva. Se quedó inmóvil viéndolas jugar y reír, mientras él volvía a resudar lo sudado. Ni siquiera la incomodidad de una camisa bastante empapada, repugnante y olorosa, con lo *elegantote* y fino que siempre le gustó parecer, le hicieron moverse de allí. Tampoco cuando un par de mujeres, una de ellas la madre de uno de los guardias que tenía bajo sus órdenes en el cuartel, se le acercaron extrañadas de verle tan desaliñado. Sin hacerlas el más mínimo caso, cuando le hablaron, se giró y se volvió a su recinto, pensando en el día que llevaba, en todo lo que había oído sentado en la mesa de los interrogatorios, y... hasta en la canción de esas niñas:

«Esto... se me está escapando de las manos por momentos...».

Desde que el hombre es hombre, siempre ha querido tapar sus miserias, esconder sus vergüenzas y sus pecados más atroces, pues sea uno bueno o malo, siempre quiere que le vean como bueno. Y que quede clara una cosa: si los hombres tratan de ocultar algún hecho maquiavélico, con ellos involucrados, harán lo imposible para conseguirlo.

Siempre ha existido el hombre que comete vilezas, y siempre ha habido quien las ha tratado de ocultar. Unas veces se ocultan para que el hombre no se vea afectado, y otras veces para que no se vea perjudicado el lugar donde se cometió la fechoría en cuestión.

Estos lugares pueden ser protegidos para evitar que se hablen mal de ellos, como, por ejemplo, evitar comentar que un hombre se ha quitado la vida en una casa, si quieres venderla y que no haya reparos por parte de nadie al comprarla. El que no sabe, es como el que no ve. Otras veces pueden ser protegidos tratando de camuflar el propio lugar, cambiándole por completo o añadiéndole algo que haga que la atención no se centre en él.

Sea como sea, el caso es que por mucho que se quiera ocultar algo, algo malo, claro, pues lo bueno no deseamos ocultarlo, siempre hay alguien que sabe lo que ha ocurrido y por qué. Y hubo unos hechos..., algo deleznable y atroz, que ocurrieron no muy lejos de allí. Tal vez en el resto de España no se supiera en su totalidad... o ni siquiera se supiera, pero, allí, quien más o quien menos, lo sabía.

Mediado el siglo V, y siempre según la Iglesia, santo Toribio se dejó caer por aquella tierra para luchar contra un mal terrible; la herejía. Los habitantes de aquel lugar, *Pallantia*, lo corrieron a hostias y pedradas hasta que lo echaron. Se refugió como pudo en una cueva, al final de un camino muy *pindio*, en un alto y, desde allí, dolido por el trato recibido, hizo desbordar las aguas

del río Carrión hasta inundar la ciudad. Temerosos y supersticiosos, los habitantes fueron a rogar a Toribio que devolviese las aguas a su cauce, y el santo lo hizo. Desde entonces, en aquella cueva en la cual se refugió, ha existido un lugar de oración, culto y recogimiento.

Supersticioso o no, el caso es que fue siempre un pueblo muy devoto y las peregrinaciones a lo alto del cerro donde se cobijó santo Toribio, llevaron a construir en la cueva una ermita. Fueron tantas las peregrinaciones y tanta gente la que se reunía cada vez que subían allí, que no tuvieron más remedio que adecentarla la cueva.

A esta misma cueva, habían acudido con reiteración los fieles que solicitaban alguna clase de favor, desde una buena cosecha hasta que se eliminara la peste de una vez. Nunca se quedaban cortos para pedir, como en otros lugares. Como en todos los lugares. Como todos los hombres. Y es que, se saca más pidiendo, que dando.

Como Silvano solía decir:

«Los hombres piden con una mano, los reyes con dos: una abierta *pa* que la colmes mientras que con la otra te ahogan, y la Iglesia..., bueno, estoy harto de ver curas, monjas y obispos que piden con las dos manos: en una sujetan la cruz, en otra la Biblia... y te dan una bolsa *pa* que la llenes...».

Un milenio más tarde de las andanzas del santo, ahí es nada el *cachopan*, y no le cabía en la boca, en el lugar se encontraba siempre un ermitaño que cuidaba el paraje y los alrededores. Y como no solo de Dios vive el hombre, el ermitaño de turno que cuidase el sitio solía llevarse con él, si la tenía, a su familia.

Vivía, en aquel entonces, allí un ermitaño con su mujer y sus dos hijas, unas niñas. Buena ayuda para tratar de mantener decente aquello, con tantas visitas y peticiones como hacían los devotos. Y a tantos recibían, y tantas ofrendas, que una noche entraron al lugar dos hombres con ganas de hacer suyo lo que no lo era. Y no había poco, pues hasta aquel día, la Nochevieja de 1468, los innumerables peregrinos y devotos que se acercaban hasta allí para realizar sus agradecimientos y peticiones, donaban regalos a base de bien.

¿Quiénes fueron aquellos dos hombres? No ha trascendido, pero sí lo que ocurrió. Debían de ser conocidos de la familia, pues una niña reconoció a uno de ellos y dijo su nombre en voz alta, y ante el temor de que los delatasen..., aquel par de hijos de puta se llevaron algo más que dinero:

Degollaron a toda la familia.

Medio siglo después, ahí es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano, volvió a ocurrir un suceso similar.

En 1907, el ermitaño era un tal Mariano Rey del Río. Guardaba el lugar con devoción y fe, y guardaba también, con más devoción y más fe, los dineros que los peregrinos y fieles le procuraban. Vivía con una criada, Isabel Arroyo Pérez, que, aunque con 72 años ya, veinte más que el ermitaño, atendía la ermita como si fuese su propia casa, como se merecía el lugar. Es de suponer, que a Mariano... también. Y bien atendido o no, tenía el avaro de Mariano una fama muy bien merecida y, esa fama, llegó de nuevo a oídos de amigos de lo ajeno. Y de nuevo de noche, pues los sucesos macabros de los hombres no se prodigan de día, se dejaron caer por allí. El 25 de noviembre, los hechos, siempre según la criada, pues salió viva de allí, y según lo que se encontraron en la ermita los guardianes del orden, fueron los siguientes:

De noche ya, por supuesto, cuatro hombres llamaron a la puerta de la ermita y solicitaron de buenas maneras que se les diese un poco de agua. Mariano, aunque desconfiado, mandó abrir la puerta a Isabel, pues tampoco sería la primera vez que atendían a algún peregrino que llegase tarde. Tal vez podría incluso haber sido alguno de los *hacejeros* que solían dejarse caer por allí

con la leña a cuestras, pues les había comprado aquellos palos alguna vez, y buenas trifulcas que tuvieron para dirimir el precio final del haz, pues según Mariano, allí se iba a donar, no a vender. Pero no, no eran *hacejeros*, pues estos pobres hombres que hacían valer el derecho secular a cortar leña en el monte y venderla sin impedimentos legales, siempre y cuando no se usara un animal o cualquier otra cosa para llevarse del monte la leña cortada, no podían ser los que estaban en la entrada solicitando agua. Se oía algún cuadrúpedo fuera. Les abrieron la puerta. Maldita, una y mil veces, fue la hora.

Los cuatro hombres entraron cual horda y ataron a la mujer a una columna, donde pudo ver todo lo que hicieron: apalearon al pobre Mariano para que les dijera dónde tenía escondidos los dineros. Pero el ermitaño era duro, más que el currusco de un rebojo de más de un mes, y se mantuvo firme. No les dijo nada... y como no cascó, siguieron tratando de hacerle parlero.

Le desnudaron y le ataron. Le obligaron a sentarse de esa guisa en el brasero y, mientras el culo y las nalgas le ardían, le pinchaban una y otra vez con navajas y astillas de madera. El *perolo* que había puesto durante la tarde Isabel al fuego, también les sirvió para atormentarle, pues le echaron el agua hirviendo por encima. Para acabar de hacerle volver la memoria, con unas tenazas de herrar animales le retorcieron los testículos hasta que habló: sobre el quicio de una ventana había una lata, y dentro estaba lo que habían venido a buscar los canallas.

Los cuatro hombres, contentos con el botín, nada más y nada menos que mil doscientas pesetas en duros de plata, alguno ya azul de puro viejo, asaron unos chorizos sobre el brasero en el que habían torturado al pobre Mariano, al cual, dejaron atado en el suelo, con un colchón sobre la cabeza y boca abajo. El malogrado ermitaño tenía las carnes de las posaderas alampadas, los *güevos restorcidos* y un cirio prendido, metido por donde amargan los pepinos. Debió de parecerles romántica la escena, pues en lugar de marcharse, cenaron el chorizo con unos buenos trozos de pan, alumbrados por aquel cirio. Mientras comían el embutido, regodeándose por su buena suerte teñida de azul, Mariano moría, oyendo a aquellos hijos de cuatro pajas mal hechas brindar con su querido vino, mientras les alumbraba él mismo la cena, y en su casa, con una vela en el culo.

Pero aquella fechoría no quedó impune, al menos, no toda ella.

Lo ocurrido en el cerro se esparció más rápido que un puñado de harina estornudado. De ello se encargó Isabel, que, como buena chismosa, no guardaba nada dentro cada vez que se arrimaba a la fuente a lavar la ropa con las vecinas. Como las mujeres cuando están juntas, y sin hombres, hablan de todo y de todos sin tapujos, y cada palabra que guardan dentro es un clavo que alampa en el *gargüelo*, las vecinas de Isabel se encargaron de hacer saber a todo el mundo lo que había pasado.

La ley se puso nerviosa y, apremiando a todos los agentes que pudo, no paró hasta hacer que se detuviese a los culpables. La molesta *geripundia* les increpaba cada nada, para que resolviesen el asunto cuanto antes, pues a nadie gustó que hubiesen matado al ermitaño.

Con la investigación en curso, incluso a Isabel la llegaron a ver como sospechosa, pues afirmaban que los maleantes debían de haber tenido algún cómplice dentro, y como solo se encontraban allí dos, y uno acabó muerto, no se repartieron entre más los recelos.

Apremiados por el miedo de los hombres de bien, pronto cayó el primero de los culpables, Santos Collado Ortega, el Quincallero, detenido por el sargento Castrillo de la Guardia Civil de Frechilla, y poco después, sus compañeros: Mariano Monzón de la Rúa, el Moraíta, Cipriano González Fraile, el Chato, y Gervasio Abia Brizuela, el Chivero.

Una vez detenidos todos ellos, la Guardia Civil les hizo mantener un careo con Isabel en el



cuartel de Carabazanos, y el 11 de marzo de 1909 fueron juzgados en la Audiencia de Palencia y encontrados culpables de robo y homicidio, con los agravantes de ensañamiento, sacrilegio, cuadrilla, nocturnidad y despoblado. La sentencia no pudo ser otra: *garrote*.

Gervasio estaba reclamado con anterioridad por el robo de una gallina, y cuando lo trasladaron a la cárcel Modelo de Madrid para juzgarlo por el hurto de la *picasuelos*, huyó. Dijeron que a la Argentina. El resto esperó la muerte en la prisión de Palencia, mientras los abogados comenzaron un recurso de la sentencia. Recurso que debía prosperar sin duda, ya que, según afirmaron:

«... la justicia no tiene nada que ver con la venganza...».

Quién les iba a decir a los reos, que las creencias del mismo lugar que saquearon, pues con los duros de plata se llevaron un rosario, dos cálices y una corona, servirían también para hacer prosperar el recurso de los abogados.

El 26 de marzo de 1910, Alfonso XIII, rey de España, les conmutó la pena de muerte por prisión. Y lo hizo para conmemorar el Viernes Santo. ¿Irónico? No menos que el alcalde de Palencia, Tomás Alonso, que les llevó la noticia a los tres malnacidos que seguían en prisión, y con ella unos puros habanos para celebrar con ellos el gesto del rey y compartir su buena fortuna. También se llevó a la cárcel un fotógrafo, para inmortalizar el momento, pues siempre queda bien un alcalde repartiendo bondad y perdón. Y puros.

Una vez todo el asunto solucionado, el populacho recordó durante mucho tiempo la fechoría. Los periódicos de la época reflejaron el proceso desde el inicio, y las páginas pasaban de manos a manos con avidez, para saber más. El que no se enteró por el periódico, lo hizo por boca de las mujeres. Y los que quedaron por saber, pocos, lo hicieron por boca de los cieguitos que pregonaban en los festejos de los pueblos.

Montaban un atril cochambroso en la plaza, acompañados de algún joven buscavidas que necesitase que no se le pegasen las tripas, y con el fiel perro lazarillo al lado. Sobre el atril colocaban diversos panfletos, donde había escenas dibujadas de los relatos que iban a contar y cantar, similar a un cómic. Señalaban la escena, que en ese momento contaban, con un pequeño palito, y cuando cambiaban de estrofa, cambiaban de escena. Solían subirse un poco las gafas oscuras para hacerlo.

Los niños se sentaban todos delante como una media luna, y los mayores se quedaban detrás, algunos sentados y otros de pie. Y el cieguito, por un duro, tarifa de amigo, se ponía en la piel de los antiguos juglares y trovadores, y los vecinos eran atentos y villanos. Y durante varios años, el Moraíta, el Chato, el Quincallero y el Chivero, fueron los principales protagonistas de sus canciones y panfletos. La más reclamada, por la audiencia, fue esta:

*Reparen con atención  
en la lista de sucesos  
y vean lo que ha pasado  
en el Cristo del Otero.*

*En la ermita de su nombre  
un crimen se cometió,  
que ha causado en toda España  
tristeza y gran conmoción.*

*A un pobrecito ermitaño*

*que vivía santamente,  
entre cuatro criminales  
le prepararon la muerte.*

*A la vieja la han dejado  
en una columna atada  
y la dicen que no chille,  
pa que no se sienta nada.*

*Isabel que era la vieja  
cuando pudo desatarse  
abrió la puerta enseguida,  
bajó la cuesta a dar parte.*

*En las primeras viviendas  
se detiene a referir...  
la muerte del ermitaño  
a lo que ella pudo oír.*

*Al bueno del ermitaño  
cuando más tranquilo estaba,  
aquellos cuatro ladrones  
a la puerta ya llamaban.*

*A la puerta dieron golpes  
y Mariano respondió,  
y al tiempo de abrir la puerta  
cuatro enmascarados vio.*

*Al tiempo de abrir la puerta  
al ermitaño atropellan  
y los cuatro forajidos  
sus pistolas le presentan.*

*Preguntan en el portal  
con sus palabras serenas  
y en seguida le amarraron,  
y otro se llevó a la vieja.*

*Le pidieron el dinero  
y al ver que aquel no lo daba,  
le tumbaron boca abajo  
y grandes palos le daban.*

*Y ¿qué queréis que tengamos  
si no hay más que las ofrendas  
que traen fieles devotos,  
y todo es mera promesa?*

*Al ver que Mariano calla,  
más adentro le metieron  
y lumbre en un calderillo  
para quemarle encendieron.*

*Por fin el pobre ermitaño dijo:  
«En aquella ventana tengo  
en un bote escondido  
los dineros que almaceno».*

*Al instante van por ello  
y a donde dijo, allí estaba,  
tenía unas mil pesetas  
en un bote de hojalata.*

En esta parte, con el relato avanzado y sin terminar, a pesar de haber cobrado ya, algunos cieguitos paraban y los pilluelos que le acompañaban pasaban la gorra. Sonreían a las mozas y las llamaban *guaponas*, y los hombres que las acompañaban soltaban un buen pellizco: nunca menos de una perra gorda, no fuere a ser que la moza en cuestión se viese desairada. Con el pilluelo satisfecho por la perra, la moza contenta por guapa y valorada, y el mozo por galán, el cieguito proseguía, callando así las voces de *chiguitos* reclamando que continuase. Carraspeo, dedo índice en los labios... y fin de su locución:

*Empezaron a quemarle  
por ver si más declaraba,  
y una vez quedó muerto  
la ermita la registraban.*

*Rompieron todos los cofres,  
las imágenes tiraron,  
se llevaron el dinero,  
cálices y relicarios.*

*Luego, para Almazán se dirigen  
montados en una yegua,  
el Quincallero y su amante  
y un hermano iba con ella.*

*Ya cogieron al Moraíta,  
al Chato, también al Chivero,  
a los que hicieron la muerte  
en el Cristo del Otero.*

Y, sí, ahí es donde ocurrió: en el cerro del Otero. Allí se encuentra la ermita donde se escondió santo Toribio, y allí encontraron la muerte varios inocentes.

Por si fueran pocos los hechos, las coplillas que corrían de boca en boca eran alfileres candentes en los oídos de la Iglesia y de todo aquel que se sintiese señalado, por lo general, los protectores del orden. Mucha gente les culpó de no saber guardar el lugar en condiciones. De

modo que con la excusa de honrar el cerro como se merecía, se levantó en la cima el Cristo del Otero, sobre la antigua cueva, ahora ermita, de Nuestra Señora del Otero.

Tal vez no solo fuese una excusa. Tal vez se levantó el Cristo como una verdadera muestra de fe y devoción hacia el Altísimo. No en vano es enorme, imponente y gigantesco. Y no en vano es Cristo, la figura a quien todos los hombres del mundo se quisieran parecer. Nos quisiéramos parecer. Pero... habida cuenta de los tremendos y horribles sucesos ocurridos en la ermita... ¿no será el Cristo una forma de ocultar a los hombres la propia ermita, y con ella su pasado? ¿No será una forma de ocultar una serie de crímenes, incómodos para la Iglesia por donde se han producido? ¿Acaso la gente, los fieles y devotos, o simples visitantes, no se asombran y se quedan mirando con la boca abierta el Cristo, mientras que apenas hacen caso a la ermita bajo él?

Es posible. Tal vez no cierto, pero sí posible. Lo que sí que es cierto es que en los primeros años treinta de la vigésima centuria se erigió el Cristo allí, sobre un lugar que lleva más de un siglo sin un ermitaño que lo cuide, no vaya a ser el siguiente que vea a Cristo antes de tiempo. Y no de piedra.

Cuando Alfonso fue ya un hombre, y guardia civil, no pasó nunca por alto lo sucedido en el cerro. Y su cabeza, ahora, no dejaba de darle vueltas a la conversación que había mantenido con los *Jeje*, a la canción que cantaban las niñas jugando a la comba... y a lo que su padre le contó sobre ello cuando era niño.

Su padre le dijo, una noche de ventisca y pedrisco, arrimados y acurrucados junto a la *hornacha*, que la Cabra era algo más que un ser malvado que atormentaba con sus lamentos los sueños del pueblo. Que la Cabra era algo más que el alma errante de alguna desafortunada curandera, de una desalmada vieja o de un cura asesinado. Y cuando le preguntó qué más podía ser, su padre le contestó:

—Hijo, no me hagas caso cuando hablo de ello a gentes de fuera. El verdadero motivo de la Cabra es avisarnos de que el mal se cierne sobre nosotros. Cada vez que la oímos, ocurre algo malo. Y no hay discusión sobre este tema. Estate atento cuando vuelvas a oírla, y procura estar alerta: es el canto del mal regodeándose por su próxima victoria.

Y años después, siendo ya un hombre, visitó con sus padres el enorme Cristo de piedra. Fue poco después de colocarlo allí, sobre la ermita. Ermita a la que seguían acudiendo los lugareños. Algunos por devoción, y otros por la reunión: la romería.

Y cuando después de comer caracoles, su padre miraba absorto la ermita y no el Cristo, Alfonso ya sabía que lo hacía porque estaba al corriente de los asesinatos ocurridos allí. Lo que hasta entonces no supo, fue lo que le comentó su progenitor, aquello que ahora martirizaba su cabeza sin parar:

—Tú eras muy *chiguito*, Alfonso... y no te acordarás, pero cuando tú tenías tres años, te caíste en el *majón* por querer salir corriendo a montar en la carreta para ir a ver a los dulzaineros. Fue el día del santo de tu madre, Cecilia, y la pobre creyó que había sido porque oyó balar a la Cabra la noche anterior.

—Padre —contestó Alfonso—, no le entiendo...

—Hijo, la Cabra baló durante horas, y no a ratos —señaló con la cabeza en dirección a la ermita—, pero no supimos entenderla.

—¿Entenderla...?

Su padre le miró a los ojos.

—Sí, hijo, sí: nunca lo hemos hecho del todo.

## Capítulo IX

El sudor de las sobaqueras de Alfonso le llegaba casi hasta el cinturón. Tenía la camisa pegada a la espalda y se notaban en su pecho algunos pelos cual garabatos de *chiguitos*. Se la quitó quedándose con la camiseta interior, y se miró en el espejo de cómoda que tenía en su despacho. Se quitó también la camiseta y volvió a mirarse, mientras que con la camisa se secaba los sobacos. La imagen del espejo, salvo por sus kilillos de más, le recordaba a Poblet, Bahamontes y Loroño, y su cara morena, casi negra, resaltando sobre el resto de su torso, con los antebrazos también morenos hasta los codos. Pero desde que termina el codo hasta el cuello, y hacia abajo, el resto de su cuerpo parecía blanco sobre blanco.

Por un momento, se quedó mirándose en el espejo y sonrió un poco. Pensar en que estaba como un tito, pero a trozos, le hacía reírse. Pensaba en las carreras ciclistas que tanto le habían gustado desde siempre, y las concebía como una continuación al trabajo que los hombres habían desempeñado toda la vida: al igual que los hombres que trabajaban la tierra de sol a sol, ellos también competían, a golpe de riñón, y se ayudaban entre ellos. Y también estaban morenos a trozos. Pero no se detuvo a pensar en esa competición, sino en unas palabras que le dijo un tío suyo cuando de mozo le ayudó un verano en el que hizo tanto calor que hasta las moscas buscaban la sombra y se quedaban quietas, sin revolotear por todos lados tocando los cojones:

—No te quites la camisa cuando pines grano en la era, Alfonso... Yo, una vez, lo hice. Y me quemé *toa* la espalda... y el cuello... y las orejas... Me decía tu tía que parecía un húngaro, por lo *quemao* a cachos y eso... *común* tito, vamos, un desastre. Pero lo peor vino por la noche, en la cama..., no podía parar quieto, daba vueltas y más vueltas en el catre... Como no paraba y la cama *rosnaba* igual que la puerta de la cuadra, tu tía hasta se enfadó conmigo... Yo la decía que no podía evitarlo... que me *urlaba* la espalda que no veas... y las pasé más putas que Caín y el que *cagón* las trébedes, juntos.

O como esa vez tomando uno de los vinos que le ofrecían en la cocina de Juan, cocina que conocía muy bien.

Un día de tormenta, tres vecinos llegaron hasta allí empapados. Les pilló la nube al punto de encaminarse hasta la cantina, y aparecieron más mojados que las perras que los *chiguitos* sacaban con la boca del fondo de palanganas llenas de agua, en los juegos para los guajes en las fiestas. Parecían chapuzaos. La María les dijo que se quitaran un poco la ropa para secarla, y él mismo, con los demás hombres reunidos allí, se rieron un poco al verlos: antebrazos y cara negros, y torso

más blanco que el papel de liar los pitillos de caldo. Y sin mediar casi una palabra, no le dieron más importancia..., pues todos estaban igual. A cachos.

Toc, toc, toc...

Los toques en la puerta le sacaron de su ensimismamiento.

—¿Sí...?

—¿Señor...?

—Pasa, Alicate, pasa...

Fidel entró en el despacho de su superior. Le vio acabando de ponerse otra camisa, esta vez sin la camiseta interior debajo, y se quedó mirándole. Intentaba *embraguetarse*, y no podía. Se le había enganchado la lengüetilla, con la bajera de la camisa.

—Tire hacia abajo despacio, señor...

—Alicate...

—... no, hombre, más despacio...

—Alicateee...

—¡Alfonso! —El superior elevó incluso la vista al ver que le había levantado la voz—. Señor, que... que... que se va a *peñiscar* un *güevo*, y no vea lo que jode eso...

Alfonso no pudo por menos que sonreír un poco, por lo que se relajó algo, y al tirar de la lengüetilla hacia abajo, se deslizó sin problemas. Luego se compuso en un momento y la bragueta subió como si se hubiese engrasado, sola y de una vez. Un poco más serio, no del todo, miró a Fidel de nuevo y le preguntó:

—¿Y bien...?

—Señor, ¿puedo hablar con usted un momento?

—¿Qué quieres, eh? ¿Salir hoy un poco antes para que vuelvas a llevar al pajar a la hija de Antonio? ¿O... a la del Satur...?

Alfonso sabía de sobra las andanzas del *polilla* con las mozas. Desde que llegó al cuartel a ejercer, le había tenido entre ojo y ojo. Nada raro si tenemos en cuenta que ambos eran del mismo pueblo.

No le importaba que sus hombres se prodigasen con las mujeres. Con distintas mujeres. Él mismo había sido una especie de galán de joven. Algo nada raro si nos ponemos en la piel de alguna de las mozas del lugar. ¿Quién se hubiera resistido a un joven mozo, bien plantado y con uniforme? ¿Quién se hubiese resistido a un joven integrante de la ley, en un lugar plagado de hombres con pantalón de pana, camisa blanca y boina? El primero daba la posibilidad de poder salir de allí, o si no era así, vivir allí de otra forma. El segundo no daba más posibilidades que acarrear y trabajar toda la puta vida sin descanso, y cuidando de que no faltasen cama y comida calientes.

Si bien Alfonso no se había casado nunca, su amiga la botella le había jugado malas pasadas, sabía de sobra el poder que un uniforme puede tener en las mentes de los hombres. Y, sobre todo, de las mujeres. Las mismas putas que solía visitar para quitarle el dolor de *güevos*, dejaban si hacía falta a algún otro cliente para atenderle a él, y a su dolor. Aunque con buena planta, no era un Adonis. Aquel trato que recibía no era por él como hombre: era por el uniforme y lo que significaba, sin duda.

Y con los jóvenes guardias un tanto de lo mismo, solo que en lugar de irse de putas, camelaban sin esfuerzo a las mozas. Todos menos Fidel, al principio, pues el joven *polilla* intentaba mostrarse bastante respetuoso con las mujeres, hasta que una tarde tuvo una conversación con un

compañero de su edad. Este compañero, le intentó convencer de que no utilizar el uniforme para camelar a las mozas, era como si un goloso se intentara contener de comer un caramelo que tuviese en el bolsillo; tarea casi imposible. Y le llegó a preguntar que con cuántas mozas había retozado en el pajar:

—*Amos* a ver, Fidel, sé... que esos de ahí atrás —se giró y le señaló con la cabeza a un par de guardias, jóvenes como el Alicate—... *entoavía* no han *tocao* pelo. ¿Y tú...?

Fidel le asintió, un poco cohibido.

—Bien... y... ¿cuántas veces has *consumao*?

—¿Cómo...?

—Vamos, Fidel, vamos...

—Solo con una..., con la hija del Eustaquio, la del pelo largo...

—¿También tú...? —preguntó el compañero. Fidel se encogió de hombros—. ¿Y con ninguna más...? —Fidel negó con la cabeza—. Fidel, Fidel, Fidel..., pero qué poquitos horizontes... A ver..., que no digo yo que hagas o deshagas, pero que un hombre necesita meterla de vez en cuando... y ¡a ellas también las gusta, hostia!

—Y... y... ¿qué tengo que hacer...?

—Es fácil. Muéstrate seguro, un poco gracioso... y ataca. Que no *tengañen*. Digan ellas lo que digan, las gusta que las ataques, joder... y que las sueltes un...: «¡Vaya galga!», por ejemplo... o un...: «¡Hostia que par de cachabas!», y el uniforme hará el resto. Hazme caso; se mean cuando ven galones.

Y Fidel le hizo caso... y con el tiempo llegó a ser un mozo pretendido por varias mozas... y más de una se tiró de los pelos en público por saber que otra había estado con Fidel en el pajar. Incluso una vez, el propio Fidel presenció una de esas disputas y quiso separar a las dos mozas de la pelea. Terminó con una patada en los cojones, un ojo morado, y más de diez viejas riéndose de él. ¿A quién coño se le ocurre meterse en una pelea entre dos mujeres? Pero ¿por qué leches no le dijo nadie que intervenir en algo tan dantesco, puede llevar a que el universo *implosione*?

El *polilla* contestó a Alfonso:

—Señor, Alfonso, no vengo por nada de eso...

—¡Vaya...! ¿No...? ¿Vas a dejar de ser el Alicate y vas a sentar la cabeza...? No me lo trago.

Fidel sonrió un poco.

—No, verá..., sé que me llama así porque me gustan las faldas más que a un *chiguito* un caramelo de piñones, pero no vengo por eso...

—¡Seguro!... Pero ¿cómo que te gustan las faldas...? ¡Dirás que *tencantan*, cabrón! Te pasarías más tiempo entrando y saliendo de la chirla de una mujer, que respirando... je, je, je... ¡como yo...!

—Sí, bueno...

Alfonso se puso un poco más serio y, como le notó incómodo, le dijo:

—Bueno..., vamos a dejarlo..., no vaya a venir la Angelines con la comida y nos oiga... y no quiero saber nada de tener que llamarte la atención porque la Jesusa venga a verme, y me pida que te tire de las orejas... Dime, ¿qué querías?

—Señor, verá, de ella precisamente quería hablarle. De mi madre y de la visita que le hice a la mujer de Gabino.

La cara de Alfonso volvió a reflejar mala hostia. Habían pasado apenas quince minutos desde que salió a la calle, y de esos quince minutos solo se había evadido de las preocupaciones del día apenas tres, los tres minutos que había estado en su despacho mirándose al espejo, y la posterior

conversación con Fidel sobre lo que cualquier hombre quiere. De nuevo, el cura muerto y todo lo que le rodeaba, llenaban su cabeza.

—De acuerdo, habla.

—Señor, ¿nos sentamos...?

Vaya..., Alfonso, se le quedó mirando intrigado. Que Fidel le propusiera sentarse era algo que no se lo había pedido nadie. Ni siquiera algún guardia cincuentón como él. Bueno, sí, cuando se sentaban a una mesa con una botella delante, pero no para que le hablasen de algo considerado importante. Se sentó suspicaz señalando la silla enfrente a Fidel. Sentados ya, hablaron:

—¿Qué ocurre...?

—Verá, señor..., no quiero que piense que no le dije nada para ocultar algo. Solo lo callé por ignorancia, más que otra cosa.

—Bueno..., ignorancia, ignorancia...

—Se lo juro, Alfonso. Si hubiese sabido... que el hecho de ir a dar un *recao* a la mujer del Gabino era algo a mentar, se lo habría *contao* sin dudar...

Alfonso le miraba con cara de pocos amigos. Sin embargo, lo que le dijo no fue con cierta altanería, como bien podría haberlo hecho, sino que fue medio echándole la bronca y medio felicitándole:

—¿*Testás* quedando conmigo? ¿Me crees tan *abulto* como para pensar que no me dijiste nada porque se te pasó...?

—Don Alfonso... yo...

—¡Ni don Alfonso, ni hostias..., joder! ¡Cerraste el pico porque sabías que tu madre estaba involucrada!

—Es que mi madre...

—¡Es que tu madre es tu madre, cabrón! ¿O quieres hacerme creer que te importa más el uniforme que tu madre?

Fidel se levantó de golpe, tumbando la silla, sobre la que estaba sentado, en el suelo. Serio, y en posición de firmes, habló de muy mala hostia:

—Con todos mis respetos, señor, y con todo el amor y devoción que siento hacia mi uniforme... ¡eso nunca!

Alfonso se le quedó mirando con media sonrisa. Y sin dejarle sentarse, le habló de nuevo:

—No... si ya sabía yo que las mozas que andan detrás de ti... van por lo que tienes entre las piernas, Alicate..., por lo que te cuelga bajo el badajo. No hay que ser muy hombre para decir lo que has dicho; defender a capa y espada a tu madre, pero... ¿gritarme...? ¿A mí...?

—Si le he ofendido le pido disculpas, pero no pienso retractarme. Y no la defiendo a capa y espada, lo hago a sangre y fuego si hace falta. No conocí apenas a mi padre, pero sí a mi madre. El Cosme —un guardia treintañero del cuartel—... suele decir que por su padre moriría, pero que por su madre, mata. Lo suscribo.

—Siéntate. —Fidel lo hizo—. ¿Qué tal está tu madre, Alicate?

—Bien, señor, bien. No hace mucho que me comentó que apenas... apenas sabe ya nada de usted. Que ya casi ni sube al pueblo a dejarse ver. —Fidel pasó de cabreado a sumiso en un momento.

—Sí..., bueno..., el trabajo —Alfonso quiso llevar la conversación hacia un terreno un poco más barrido—... me ocupa casi todo el tiempo... y cuando salgo de aquí me dejo caer algunos días por la bodega de Jesús. Un poco chorizo, un poco pan, algunos días tienen lomo de olla,



je, je, je... y luego un par de partidas con los viejos. Y los no tan viejos. Me distrae un poco de los quehaceres...

—¿Sí? —Fidel se había metido en la conversación de Alfonso y trató de mostrar empatía con él—. ¿Y de qué hablan...? Me refiero... a cuando juega a las cartas con ellos.

—Pues de todo un poco, chaval, el otro día me hizo gracia el padre de Saturnino —el *polilla* se revolvió un poco inquieto—... sí, sí, el abuelo de esa moza con la que llevas algún tiempo... je, je, je... y me preguntó por ti, y por mí. Me dijo también, je, je, je..., viejo verde..., que hace ya mucho que no suben los mozos a mi pueblo a cazar, porque dicen que el conejo se ha puesto un poco caro...

La Faraona, una solterona de mediado buen ver, recibía atenta a los hombres de otros pueblos que se presentasen en su casa. Les invitaba a comer, les daba de postre orejuelas con chocolate... y después se cobraba el *repostre* en la cama con ellos. Las demás mujeres del pueblo, cuando hablaban en el centro neurálgico de los chismes de la región, la fuente, decían de ella que...:

—Las gallinas de Corinto... en comparación con esa... ¡una balsa de aceite, oye! ¡Monjas de clausura con el coño cosido!

—Sí... ja, ja, ja... ¡se moja en cuanto ve pantalonessss...!

—¡Ja, ja, ja...! ¡Sí... les quita a *toos* el cuajo *los güevos*...!

—¡Ja, ja, ja...! ¡Y dicen que los recibe *toa* corita cuando les abre la puerta...!

—¡¿Corita?! ¡¿No amueles?!

—¡Ja, ja, ja...! ¡*Pa* no perder tiempo...! ¡Ja, ja, ja...!

Si bien la Faraona no era una prostituta, corría el rumor de que depende de lo que hiciera a los hombres, y de su edad, pues no era pícara ni *ná* la lumia de ella, a la que decían que la habían visto relamerse con los mozos, les invitaba a regalarla algo por sus servicios. Bastante jocosos eran, sobre todo para las mujeres cuando iban a la fuente para hacer la colada, que en la cuerda de tender la ropa del patio de la Faraona había muchos días una ración de bragas bastante hermosa, todas en *rislera*. Y algún día, calzones de hombre. ¿Qué raro...? Si no había ninguno viviendo allí...

El *polilla* había atendido bien a la conversación, y vio una oportunidad de oro para poder poner en jaque a su superior. La posibilidad de blindar así a su madre, ante las pesquisas de la investigación por la muerte de Modesto, se puso sin haberlo buscado a su alcance...

—Sí, señor... je, je, je... y... bueno, pues si eso..., fornicio aparte, veo que come lomo de olla siempre que puede, ¿eh?

—Bueno, chaval..., se hace lo que se puede... je, je, je...

—Sí... je, je, je... y ¿cuál está mejor... el de la bodega... o..., bueno..., el de la cantina del pueblo...?

Fidel miraba a Alfonso como no hubiese creído nunca que lo hubiese podido hacer. Una mirada dura. Fría. Una mirada de las que convierten vino en agua.

Tendría Fidel ocho años, cuando un buen día se dejaron caer por el pueblo una veintena de guardias civiles. Él ya los miraba como si fuesen seres inalcanzables, y el hecho de que le soliesen empujar para apartarlo de su camino cada vez que se cruzaba con uno, no hacía en su cabeza más que corroborar lo que quería ser de mayor: uno de esos hombres de verde con un orinal en la cabeza. ¿No se podían haber puesto un gorro? Ante cuya sola presencia, las calles de los pueblos se vaciaban. Aquello le llamaba la atención. ¿Cómo no, con ocho años?

Los guardias se habían pasado toda la mañana, desde el amanecer, buscando a un hombre. Ni siquiera el hecho de ser tantos hombres para buscar a uno dio sus frutos, pues a pesar de haberse separado para husmear mejor la zona, no pudieron dar con él. Lo buscaron en el *Valdejuelo*, lo buscaron en el monte, lo buscaron camino de la Cañada Real..., incluso una pareja de guardias fueron hasta el Barracón de Corea, nombre curioso sacado de la guerra con el mismo nombre, y dijeron que volvieron dando un rodeo por el Sendero del Lobo y no se encontraron con nadie. El propio Alfonso, teniente ya a pesar de su juventud, y con todos aquellos hombres al mando, no quiso ser menos que los demás y se dejó ver en la iglesia, rebuscando incluso entre los escombros que habían quedado tras derribar un rayo el campanario. Nada. Absolutamente, nada. Parecía que se lo había tragado la tierra.

El caso es que, tras pasar varias horas caminando, se arrimaron a la cantina del pueblo para comer. Con más hambre que Dios talento, no les importó lo más mínimo que los entonces jóvenes cantineros, la María y Juan, no estuviesen en casa. Ni siquiera alguno de los tres hermanos mayores. Estaban todos trabajando. En la casa se encontraban solo los dos hijos pequeños de la María y Juan, y a pesar de tener seis y nueve años, seis la pequeña y nueve el cuarto de los hermanos, tuvieron que dar de comer a todos aquellos hombres que habían entrado en la cantina con orinales en la cabeza.

La cuestión es que, si con menos de diez años, tienes que preparar la comida para veinte hombres... Pero los *chiguitos* echaron mano de su ingenio, más bien de lo que tenían, y les llenaron la tripa a los guardias a base de huevos fritos y chorizo y lomo de la olla. Se gastaron todos los huevos disponibles y se menguó la perola del cerdo hasta la mitad. Y estaba casi *acomulgada*. Y como en una cantina, si tiene por qué sobrar algo, es vino, terminaron con una cántara y media. Al marchar, ni dieron las gracias a los *chiguitos*, ni les pagaron.

Cuando la María y Juan volvieron a casa, antes que cualquiera de los tres hijos mayores, se encontraron con un percal de mucho cuidado: los huevos habían sido lo de menos, pues las gallinas ya pondrían otra vez, pero la cazuela sesgada de carne les obligó a tener que cobrar la comida al pueblo, pues ellos solos no hubiesen podido ser capaces de poder aguantar tras aquello. ¿Cómo cojones iban a hacerlo si el pobre Juan compraba una vaca con cuatro putas perras que ahorra... y como no podía ser un gran bicho por poco dinero, se moría al poco tiempo de flacucha y huesuda que era? ¿Cómo, si no levantaban casi cabeza a pesar de tener la cantina?

Los padres ayudaron a los pequeños a limpiar todo lo que habían manchado los guardias, semejantes cerdos, que dejaron todo hecho una puta pocilga, y la María se trató de esmerar en limpiar una buena vomitona que había en la entrada, pues de vino fueron hartos. No quería que el hijo mayor la viese al volver, pues aunque era solo un mozo, gastaba unos cojones más gordos que los de un carretero, y les recordaba a sus padres, una y otra vez, la ocasión en la que Alfonso, junto con otro guardia, habían bebido hasta que se comenzaron a tratar entre ellos dos de usted.

Lo que ocurrió aquella ocasión sería de lo más pintoresco si lo representaran unos actores de teatro. Pero aquellos guardias, aquel día, de pintorescos y teatreros tenían bien poco.

Marchaba Alfonso por el patio, saliendo de la cantina, apoyado sobre los hombros de un guardia, que iba con los mocos colgando de puro *guto* que había sido con el vino, cuando el mayor de la María y Juan salió detrás de su padre como alma que se lleva el diablo. Resulta, que Alfonso se había dejado el fusil, y Juan, inocente él, se lo llevaba queriéndoselo dar apuntándole con él. Cuando Alfonso se dio la vuelta y le vio, lo primero que hizo fue el amago de coger su fusil para meterle dos tiros, pero como no lo tenía encima, porque se lo llevaba Juan, se quedó todo en un gesto de duelo de película del oeste.

A pesar del enfado de Alfonso, que juraba en un idioma más complicado que el arameo algo *arrastrao*, y al cual parecía que le iba a estallar la cabeza de roja y enrabiada que tenía la cara, el guardia que lo había sacado de la cantina, un tipo pellejudo al que le venía grande el uniforme, y *desembraguetao*, descuido este tras orinar en la cuadra, pudo aplacarlo haciéndole ver que lo que mejor podían hacer era marcharse de allí, pues el cantinero era un buen hombre... y si las cosas se hubiesen ido de las manos, el mozo mayor de Juan no le inspiraba precisamente confianza.

—¿Lo ve... lo ve, padre? —le dijo el mayor de sus hijos a Juan, tras la marcha de los guardias —. Si lo tiene encima le acribilla..., hijo de puta...

—Sí, pero si se lo llevamos mañana al cuartelillo, no nos lo hubiese perdonado. Si se enteran los demás guardias de que perdieron un arma en la cantina..., les aspan.

Los continuos desmanes de Alfonso, se arrimase donde se arrimase a beber, habían hecho de él un hombre respetado por su uniforme entre la gente, pero odiado por su mal beber si se llegaba al extremo. Los vecinos de todos los pueblos de los alrededores lo sabían, y sabían también, que sus mayores despropósitos habían sido, para más inri, en su propio pueblo.

Alguna vez intentó comportarse como un buen hombre, siempre y cuando todavía no hubiese catado aún el néctar del mosto fermentado, pero fueron pocas veces. Y si lo que bebía era orujo, de joven, no había quien se arrimara a él si no era con un paraguas. Babeaba y ponía a todos los de alrededor perdidos, soltando perdigones de saliva por doquier. Gastaba mal comer, y peor beber.

Sin embargo, si antes de beber se encontraba con algún *chiguito*, intentaba encauzarlo de la manera que él suponía que debería de hacerlo un padre. Hablaba con él, y le trataba de enseñar algo.

Tres días después de haberse marchado de la cantina con los veinte hombres con los que comió y bebió hasta reventar, se dejó caer de nuevo por allí, con la esperanza de que le diesen un poco de lomo de la olla, otra vez, pues le había parecido hecho por los ángeles en el mismísimo cielo. ¿Qué lomo de olla un poco bien hecho no está bueno? Y en la entrada, coincidió con un pequeño de ocho años que no salía casi de allí, pues acudía a buscar al cuarto de los hijos de Juan, para jugar: era Fidel.

—*Chiguito*... ¿qué miras...? —le dijo Alfonso.

—Nada, señor, nada... —Fidel no quitaba ojo del uniforme.

Alfonso comenzó a pasarse las manos por los hombros y los brazos, acariciando la tela del uniforme que tanto admiraba aquel guaje. Luego pasó una despacio por el pecho, bajando hasta la altura de la tripa. Sonreía al ver al niño con los ojos abiertos hasta tal punto, que parecía que no tenía párpados. Cuando quiso volver a pasar la mano, sobre un botón, juguetona y graciosa, una mariquita parecía querer abrir sus alas para echar a volar, y no podía. Alfonso pensó en dar un pequeño consejo al niño y, con suma delicadeza, cogió la mariquita y la posó en el suelo, a tres grandes *abancones* de él. Se volvió sobre esos tres pasos, y se puso de cuclillas ante el niño:

—No se pueden matar las mariquitas... lo sabes, ¿no?

Fidel asintió. Sabía de sobra que no se podía matar ninguna, pues si lo hacías, se te moría el cerdo en casa... y luego, el resto del año comías hostias. Y entonces fue él quien le preguntó a Alfonso:

—¿Van a venir otra vez a comer el lomo de la olla...? Es que... es que...

El pobre Fidel, de forma más inocente no pudo hacer esa pregunta. Pero Alfonso resopló muy a disgusto con aquel comentario, se puso de pie, y empujó de malas maneras al *chiguito* para

entrar en la cantina. Muy a su pesar, el guaje volvió a hablar:

—...estaban muy graciosos el otro día... bailando entre ustedes los unos con los otros con los orinales del revés...

El solo comentario que hizo el Alicate para saber qué lomo de olla le gustaba más a su superior, trajo de golpe aquellos sucesos a la cabeza de ambos. Si se empezaba a correr entre los guardias los desmanes que Alfonso hizo en su juventud por la zona, atropellos que muchos no habían olvidado, y poco a poco llegaban a oídos de los mandos, Alfonso tendría, como mínimo, que dar explicaciones. Por mucha mierda que se guarden entre los que cometen tropelías por el hecho de vestir un uniforme igual. Alfonso, sabiendo lo que buscaba, quiso dejarle claro que no le iba a torear:

—Alicate, no te pases... ¿eh?

Por fin, tras unos segundos donde a duras penas aguantó la mirada de Fidel, Alfonso había contestado. Alcohólico o no, de tonto tenía bien poco, por lo que quiso tratar de hacer entrar en razón al joven guardia. No dio resultado.

—Señor, nada hay por encima de mi madre. Y si no lo está el uniforme, menos lo está usted. Le pido que considere las consecuencias si llama a mi madre a declarar.

—Chaval —Alfonso le miraba furioso—, si me hundo..., tú te hundes conmigo... o lo que es peor, podría hacer que metieran a tu madre en el calabozo, ¿te gustaría?

—Mi madre, aquí, viviría bien. Debería de saber ya que tiene más cojones que un buey sin capar. Y conmigo al lado y con la Angelines haciéndola la comida estaría mejor que en casa. ¿Qué pensaría la suya si se enterara de esto? ¿Qué sería lo que dirían de usted las mujeres del pueblo, cuando vayan a lavar la ropa a la Chorca?

Alfonso se puso de pie con un cabreo de aúpa.

—¡Fuera de mi vista, cabrón!

—¡Sí, señor!

Fidel le saludó, chocando los tacones con bastante fuerza. Su cara tenía una mueca entre irónica y seria, muy seria. Se giró y se dirigió hacia la puerta. Justo cuando la abrió, su superior volvió a gritarle:

—¡Y dile a la Angelines que me traiga el conejo de una puta vez, joder!

## Capítulo X

Fidel dio a la Angelines el recado de Alfonso. Luego se dirigió al comedor y esperó con impaciencia la comida para él, los demás ya habían llenado la tripa, y comió con apetito las sosas patatas de la cocinera. Cuando oyó blasfemar de nuevo a su superior, a pesar de estar las puertas cerradas, corroboró que estaba comiendo lo mismo que él: patatas con conejo, sin conejo. Sonrió, y las patatas pasaron de sosas a divinas en un parpadeo.

Luego miró el reloj, y se dijo a sí mismo que una pequeña siesta le vendría de perlas. Era la una y media, aquel día habían comido pronto, y hasta las dos o dos y cuarto no tendría que hacer acto de presencia en el calabozo para volver a llevar a los *Jeje* al cuartucho de los interrogatorios.

En estas estaba, cuando la Angelines se dejó ver por el pasillo volviendo de recoger el cestillo y los platos del calabozo. Se la quedó mirando, y ella a él también. La mujer se acercó y se sentó a su lado.

—Ange..., no tienes porqué comprobar siempre si como bien o no para que se lo digas a mi madre... ¡pareces tú la policía y no yo...! —la dijo, entre serio y gracioso, Fidel.

Pero la Angelines no estaba para bromas.

Aquella mujer se había criado muy cerca del pueblo de Fidel, y cuando de joven acudían en masa los mozos de varios pueblos hasta el lugar donde hubiese baile, conoció a la Jesusa. Eran de la edad, y compartieron algo más que chismes y amoríos desde los quince años.

Acudían las mozas al baile, por lo general, con una bolsa donde llevaban los zapatos. Cubiertas con un tabardo bastante hermoso y con esa bolsa, quedaban en un sitio concreto: una vieja cuadra justo al lado del camino asfaltado, donde ya se podían componer para la fiesta. Se quitaban el tabardo y aparecía un vestido. Alguna casi pisaba el abrigo al andar, y es que preferían cubrir bien sus ropas de los domingos, para poder estar así presentables ante cualquier mozo que las sacara a bailar. Y así, y con unas botas de trabajar, evitaban manchar de barro las ropas y los zapatos. Metían luego el tabardo en la bolsa junto con las botas y lo dejaban a cubierto en la cuadra, tapadas con lo que pillaran.

Un buen día, una de las mozas dejó su ropa junto a otra con la que ya había coincidido en más de una ocasión, y si bien no se llevaban mal, desde aquel día se llevaron mejor: la Angelines y la Jesusa.

Caminando juntas y hablando de cualquier cosa, por la carretera asfaltada, la Jesusa sacó del bolsillo una pequeña botellita de licor. Lo hizo como si nada, y eso que si algo debía de tener una

mujer era cierto decoro. ¿Qué hubiese pensado el mozo de turno si hubiese visto beber a una moza? ¡Beber una moza! ¡*Santocristomisericordioso!* Eso solo lo hacían las mujeres de cierta edad, que para eso eran más mayores... o las habituadas a ciertos... libertinajes.

—Toma, bebe un poco... —la dijo la Jesusa.

—No... no bebo... —contestó la Angelines.

La pobre Angelines se quedó un poco cortada, no quería que su compañera se sintiese desairada ni nada por el estilo, pero prefirió no beber. Además, no lo había hecho nunca. Pero la Jesusa insistió. Y no fue una insistencia con maldad, como queriéndola *encisgar* algo, sino que lo fue siendo muy consciente de la situación de ambas:

—Aaaanda..., bebe un poco, te va a gustar...

—Que no... que no, gracias...

—Vamos, Angelines..., que solo es un poco de vino de curas y *preñás*...

Bueno..., si era el vino que bebían las mujeres cuando estaban en cinta, no podía ser muy malo... Y la Angelines lo probó.

—¡Vaya...! ¡*Pos* esto no está ni malo, tú!

Ambas rieron con ganas las palabras de la Angelines, y la Jesusa le confió que se lo había cogido a su madre del *estaribel* de especias de la cocina. Era, supuestamente, vino para condimentar el *perolo*..., pero la Jesusa no había visto jamás echar algo de esa botellita a ningún caldero. Eso sí, menguaba todos los días un poco. Y cuando el vidrio ya no tenía qué contener, acababa en la basura y una nueva botellita ocupaba su lugar. Nunca vio ninguna llena. ¡Qué curioso!

Las dos mozas llegaron bastante contentas esa tarde al baile. El vinillo las había sentado bien y, lejos de hacerlas pasar un mal rato por la ingesta, no pudieron beber mucho pues la botellita estaba por la mitad, cogieron un puntillo gracioso y rieron todo el baile sin parar, un poco piri-piri. Aquel baile, fue el primero de muchos a los que acudieron juntas, quedando ya con antelación.

Llegados los diecisiete, y con más de un pretendiente tras sus faldas, y lo que tapaban, la Jesusa le dio un tortazo al que llamaban el Rubio, por buscar un beso de la Angelines con tanta insistencia, que las pareció más pesado que tener que matar un gocho a eso, a besos. Docenas de mozos y mozas rieron aquello con ganas.

Tenía, el Rubio, una fama bien merecida de tener la picha siempre más fuera que dentro del pantalón, fama que traspasaba los comentarios de las mujeres cuando se juntaban a despellejar a alguien. Un mozo contó que cuando era solo un niño y el Rubio también, fueron varios *chiguitos* a bañarse al río. El Rubio no se quitó los calzones, y los demás *chiguitos*, todos de entre diez y doce años, miraban asombrados lo que sus ojos veían: de los calzones, a ambos lados de la *güevera*, le colgaban sendas pelambreras casi hasta las rodillas, rubias también. Los guajes no podían dar crédito a lo que veían. ¡Una mata de pelo descomunal en los *güevos*! Y tenía que ser suya, a la fuerza... ¡pues era del mismo color que el pelo de la cabeza!

Los pobres muchachos contaron aquello a sus mayores, entristecidos porque ellos no tenían ni un solo pelo bajo el arco del triunfo, y conforme fueron cumpliendo años, se fueron dando cuenta de que los pelos de los cojones del Rubio..., habían sido solo un par de puñados hermosos de los hilachos que tiene el cereal en las tierras.

Pero enseñar los dorados pelos a los demás niños en el río, dio paso, conforme se hizo mozo, a enseñar el morcillo a cualquiera que se pusiese delante. No le daba el más mínimo pudor. Alguno dijo que lo hacía porque le faltaba un verano... y el siguiente no era para él. Lo cierto era

que sentían cierta envidia de un tío poco *espabilao*, *abultón* y zanguango como el que más... y con una polla que le llegaba casi hasta la rodilla.

Cascaban de él, sobre todo los mozos, con mala leche, y peor pelusa:

—Dios le da pan al que no tiene dientes...

—Si es que es normal que sea tonto, joder, que *pa* empinar eso...

—Y siempre va *mu* despacio a *toos* laos..., será porque va arando...

—¡*Queeeehiiiiijodeputaaa...*, la tiene más grande que mi burro, joder!

Y los mozos, ansiosos de un bufón con el que poder asustar a las mozas, le invitaban a beber un poco de su misma jarra de vino, para pedirle después que enseñara a alguna cómo se tiraba del pellejo *patrás*. Y la tarde que le dijeron que en vez de enseñar la chorra a ninguna moza, la pidiera un beso, le tocó la china a la Angelines.

Aquel día en cuestión, el baile parecía un campo de nabos. Apenas una docena de mozas por tres, o más, de mozos. Y entre los nabos... el *nabón*, el Rubio, caliente de vino y con los oídos llenos de malas ideas.

—Y... y... y si me da un beso... ¿me daréis *tool* vino que quiera?

—Tanto como seas capaz de tragar —contestó un cabronazo al Rubio.

Por suerte para Angelines, la Jesusa siempre estaba a su vera y, tras el tortazo de marras, el Rubio se cuidó muy mucho de volver a acercarse a ninguna de las dos. Aquello acojonó un poco a muchos mozos para con ellas, pero alguno no se amilanó. Dos vecinos del pueblo se envalentonaron con vino y las atacaron. Bueno..., atacar, atacar..., no. Se presentaron tratando de parecer lo más corteses y formales posible y, a pesar de ser unos desastres y con las dos riéndose sin parar por lo torpes y *aberolados* que les parecieron, bailaron con ellas varios bailes después de aquel. Incluso intentaban bailar con ellas de verdad, y no frotarse en un vaivén sin sentido, como hacían otros mozos, buscando terminar el baile en el pajar más cercano. Eran buenos hombres, un poco pánfilos intentando mostrarse amables, y muy torpes queriendo ser corteses, pero no tenían maldad. No les culparon. Divina juventud.

Salían siempre que podían los cuatro juntos y, tras muchos bailes, llegaron las bodas. Y, tras ellas, los hijos, la guerra, la viudez de ambas... y, si algo, de todo lo que habían pasado juntas había medrado de verdad, había sido, sin duda, su amistad. Y por aquella sincera amistad, la Angelines, a pesar de no querer tener nada que ver con los guardias, les hacía la comida porque necesitaba comer ella también, acabó cuidando en la sombra, petición expresa de la Jesusa, a Fidel. Y sí, solía fijarse muy mucho en el plato del Alicate, para dar los correspondientes partes de guerra a su amiga. Fidel comenzó a sospechar cuando los días que no comía del todo bien, su madre le preparaba una cena de escándalo: sopas de ajo, un cuenco *acomulgado* de *titos*, patatas fritas con chorizo y un par de *tutos* y algo de fruta. Y ni hablar de dejar algo en el plato.

—Fidel, no vengo a ver si lo comes todo o no... —le dijo la Angelines.

El muchacho terminó el último *traguete* de vino, el de después de la fruta, el que los viejos aseguraban que era el mejor de la comida, mientras se limpiaban el *morrete* despacio, con el dorso de la mano.

«El vino con la miel... sabe mal pero hace bien...», decían los mayores.

Fidel estuvo dudando entre un buen trozo de melón o unas peras de su pueblo. Eran de las que llamaban *peras de Jesús que me ahogo*, unas peras que, al pelarlas para comerlas, parecía que tenían una especie de arenilla en la propia pulpa, y que se quedaba agarrada como cemento en la *gallarita*. Y todo el mundo había sufrido alguna vez esas peras en el pasapán, de modo que quien

más quien menos, había pasado por toser como un viejo fumador, *estranquillándose* vivo mientras tosía sin apenas poder hablar:

—¡Cofff... cofff...! Jjjjj... ¡Cofff...! Jjjjj..., trae un poco vino..., jjjj... que *mañurgo*, ¡joder..., cofff... cofff...! ¡Ay, Jesús..., jjjj..., ay, Jesús..., que *maogo*...!

Después de atragantamientos por el estilo, por culpa de las putas peras de los *güevos*..., bueno, pues eso... *peras de Jesús que me ahogo*. Lo más hilarante de todo es que estaban cojonudas.

Y Fidel, comió melón en vez de peras de su pueblo, y el melón que comió de postre, aunque un poco tardío, estaba más dulce que la miel. Normal: era *melona*.

—Dime, Ange... ¿qué quieres? —le contestó Fidel.

—Quiero... quiero saber... qué les va a pasar a esos dos —contestó la cocinera.

—Ange, no lo sé, pero me temo que alguno de ellos, o los dos... pueden acabar entre rejas. Eso... si no les dan el estoque.

—Vaya... —La Angelines parecía triste.

—Yo no quiero que les pase nada —Fidel comenzó a liar un pitillo—, pero hay un hombre muerto, Ange, y alguien tiene que pagar por ello.

—Sí..., lo sé, pero no me parece justo. ¡Vosotros, y no esos pobres desgraciados, teníais que haber hecho antes algo con ese cabrón!

Fidel se puso en alerta al oírla hablar así, y se giró en dirección a la puerta para saber si había alguien por el pasillo. Estaban solos.

—No se te ocurra volver a decir eso, ¿me oyes? Bastantes problemas tengo ya con Alfonso... ¡como para tener que ocuparme de ti también!

—¿Ocuparte?... ¿de mí... también? Huyuyuyyyy... ¿qué está pasando en ese cuarto, niño? —La Angelines se estaba oliendo algo.

Los desmanes de la Angelines para con él, siempre habían sido cuando había alguien delante. Odiaba todo lo que fuera vestido de verde con un orinal en la cabeza y, cada vez que le hacía un desplante, le dejaba claro que no la había gustado que se metiese guardia civil. Pero claro..., había tenido a ese muchacho en sus brazos desde el día que nació, y le tenía un cariño que vencía al odio de su uniforme. ¡Cómo no tenérselo, por Dios santo... si era el hijo de la Chucha! Y por ese cariño que le tenía, había estado tan encima de él durante toda la vida; le conocía casi mejor que él mismo.

—Ange, por favor, no me pidas que te cuente nada..., no puedo abrir la boca...

—¡Niño!... que te cruzo la cara, ¿eh? —La Angelines, más veces de las que ella misma quisiera, le trataba como si todavía tuviese diez años—. ¡¿Te crees que soy tonta, o qué?!

—Aaaange...

—¡Tu madre me contó que te mandó a casa de la mujer del Gabino la noche que mataron a ese cabrón! ¿Es eso, verdad...? Ese *borrachuzo* del bigote *escayolao* quiere llamarla a ella por eso, ¿a que sí? ¡No manchará el uniforme, no...! No te llamará a ti en el juicio, ¡sino a tu madre!..., puto *aceituna* de los cojones... ¿por qué hostias no se hizo una paja su padre antes de montar a su madre? ¡Joder...!

La cocinera estaba cabreada de verdad. En un arrebato de mala hostia empujó con el dorso de la mano algunas cosas de la mesa, y dos *cuchares* y un plato, acabaron rodando por el suelo. El plato se puso a dar vueltas sobre sí mismo, como si fuese una moneda, hasta que se cansó y se paró en el suelo boca arriba. Fidel estaba sorprendido.

—¡Ange!... pero ¿tú desde cuando hablas así?



—Mira, niño, entiendo que tengáis que hacer vuestro trabajo, pero te puedo asegurar que Modesto, donde mejor está, es con los gusanos.

—Bueno, Ange, me consta que no era muy querido...

—«Me consta que no era muy querido...» —la Angelines repitió las últimas palabras de Fidel con sorna y desprecio—. ¡Era un cabrón! ¡Y el gusano que lo coma se va a morir!

—No... no entiendo a dónde quieres llegar a parar... ¿qué te pasa?

La cocinera se le acercó, le atusó el pelo como una madre, y le dijo en voz baja, al oído:

—Deja que te cuente algo...

Fidel se la acercó más todavía. Sacó todas las antenas y no perdió detalle de lo que le dijo. Mientras le hablaba, le quitaba alguna pelusilla de la camisa, y alguna *pintina* de pan.

Para todo aquel que hubiese conocido a Modesto en vida, el cura era devoto y fiel de la Virgen del Puño. Si se arrimaba a alguna cantina, no pagaba un vino ni a la de tres. Alguno llegó a comentar que le habían visto beber un poco de vino en la sacristía, terminada la misa, para no detenerse camino a casa por ninguna tasca. Vivía con su hermana para no tener que pagar un alojamiento, y así no tener que costear a una sirvienta para hacer la comida y las faenas del hogar. Iba de un pueblo a otro, en los que oficiaba las liturgias, montado en un burro, y no le temblaba el pulso a la hora de arrimar el burro a cualquier tierra y, mientras pasaba a la orilla de ella, alargaba la mano y arrancaba todas las espigas que podía, granadas, por supuesto, para dar de comer a sus gallinas y pollos en casa.

Si bien era el más roñoso de los tacaños, con su hermana era la persona más desprendida que se podía uno echar a la cara. Se la llegó a ver con un abrigo de visón, con *el pelo* que tenía esa pelliza: la única en muchos kilómetros a la redonda. ¿Quién cojones podía comprarse algo así, cuando a duras penas llenaban el plato a todas las horas pertinentes? Había, incluso, mujeres que no tenían ni bragas que ponerse bajo el vestido, y las pobres, por pura vergüenza, decían que así se refrescaban un poco la bajera del agobio del calor del verano.

El caso era que, a pesar de ser capaz de estirar una perra chica hasta convertirla en un alambre, Modesto siempre recibía con los brazos abiertos a cualquiera que le pidiese parte de sus caudales, pues los réditos se los cobraba a base de bien. Alguno al que le prestó dinero en el pasado llegó a decir de él que parecía un judío. Un judío con las uñas muy largas. Unas uñas que cuando contaban dinero a repartir, siempre se equivocaban en un solo sentido. Unas uñas entre las que siempre se quedaba algo más de lo debido.

Casualidades de la vida o no, la Angelines volvía a casa un día después de terminar su trabajo en el cuartel, y como había acabado pronto, decidió subir a tomarse un café con su buena amiga la Chucha. Y en el *majón* del pueblo, vio hablando a dos hombres. Dos hombres que conocía de sobra: Modesto y Ginés. Era una de las primeras tomas de contacto, sobre el tema de la compra de las tierras del *cárcabo* y les oyó decir poco, pues apenas saludó y pasó de largo: no la gustaba el párroco.

De entre lo poco que oyó, si algo tenía más claro que un cielo despejado, era la cifra que escuchó: diez mil pesetas. Ver a esos dos hablando y haber oído lo que oyó, llenó toda la tarde de conjeturas frente al café que le puso la Jesusa. Un buen chisme, un café, una buena amiga con la que compartir todo eso, pero las faltaba algo a ambas: no estaban seguras de qué se podía tratar, y se pasaron tres horas divagando sobre el posible destino de esos dos mil duros.

Pocos días después se acercó de nuevo al pueblo, y la suerte se puso de su lado: volvía de nuevo a ver a la Jesusa y estaba en casa con la Herminia, que había venido desde su pueblo a

pasar la tarde. Aquel café lo disfrutó de lo lindo. La Herminia las dijo que era su marido el que había quedado de acuerdo con Modesto, y con aquella cifra. No podía hacerse la tonta pues la contaron lo que ya ambas sabían y las dijo además para lo que era: la compra de aquellas tierras.

Tanto la Jesusa como la Angelines se dieron de bruces con la realidad, pobres, y no pudieron dar rienda suelta a sus lenguas de mujer: Ginés ya había contado en la cantina todo a varios hombres. La gente, quien más, quien menos, ya lo sabía. Muerto ya el cura, la Angelines había oído decir que se quemó uno de los contratos de compra, y que del otro no se sabía nada. Y que en ambas copias la cifra que apareció había sido de cien mil pesetas. Pero ¿cómo que cien mil pesetas? ¿Cómo que veinte mil duros, si ella había oído de los labios de la propia Herminia el montante total de la operación? ¿Cómo esa barbaridad de dinero por aquellas tierras? Y lo que más la avinagraba: ¿cómo que cien mil pesetas... si ella misma, sin quererlo y, por pura casualidad, había oído también por boca de Modesto la cantidad de diez mil pesetas? Ella sabía que el cura gastaba uñas largas y taba a partes iguales, pero aquello era demasiado.

—Te lo he dicho antes, niño, te lo he dicho antes, ese cabrón donde mejor está es con su jefe.  
—La cocinera terminó lo que tenía que contarle asintiendo convencida.

—Ange, espero que esto que me has *contao* no se lo hayas *cascao* a nadie por aquí...

—¿Por qué...? ¿Acaso crees que voy a dejar que ese putero, *guto* y lamerón, me llame a declarar? ¡Se puede ir a tomar *pol culo*!

—Ange, por favor, no le cuentes a nadie nada de esto... y cuando vuelvas por casa..., a ver si convences tú a mi madre de que haga lo mismo, que te hace más caso a ti que a mí.

—Descuida, niño. —Le dio un beso en la frente y se levantó—. Sabemos cuidarnos, y no te crees mala sangre por nosotras, no tendrás que sacarnos la cara.

Fidel se levantó también y la devolvió el beso. La sonrió, y ambos salieron de allí a seguir con sus cosas: la Angelines a fregar, y el Alicate a dormir un poco la siesta. Antes de quedarse dormido, pensó en las palabras de la Angelines y... sí que había tenido que intervenir por su madre. Respiró hondo y deseó no tener que hacerlo por la cocinera, ya que Alfonso no tendría piedad con ella si sabía lo mismo que la Jesusa. Un minuto después, estaba roncando.

## Capítulo XI

Alfonso, tras comer, se tumbó en un pequeño camastro. Lo hizo sin la camisa puesta, para que no se le arrugase. Comprobó con rabia que, al haberse sentado, se la había arrebujado un poco a la altura de los riñones. Le había durado planchada nueve días y cuarenta y cinco minutos: nueve días desde que la trajo y la colgó perfecta en el armario de su despacho, y cuarenta y cinco minutos desde que se la había puesto.

Dormir y descansar un poco, tal y como estaba en ese momento, no era lo que conseguiría. Sí lo que buscaba, pero no lo alcanzó. Daba vueltas y más vueltas tratando de serenarse y relajarse un poco, pero no hubo manera. Sudaba, se quitaba un poco el sudor con la mano, y volvía a sudar. Todo lo ocurrido durante la mañana le atacaba la cabeza sin piedad.

Vio a Modesto montado en su burro, tirando de una cuerda que terminaba en un yugo, mal uncido este y con los *acornales* medio sueltos, sobre dos cabras que parecían dos lobos con el pelo blanco. Las cabras llevaban unas flechas en la boca y las patas manchadas de sangre. Le vio entrando así en su pueblo, pasando al lado de la escuela, mientras los aterrados vecinos le recibían con espigas enormes de avena y esparto. Y no solo los vecinos de su pueblo, sino los de varios de los alrededores, delimitaban en dos filas, con espigas en las manos, el camino de subida a la iglesia.

Modesto sonreía a todos. Una sonrisa hueca y falsa que no parecía querer esconder, a pesar de que le hubiesen salido a recibir como si del Mesías se tratase. Al pasar delante del corral de las ovejas de un hombre del pueblo de abajo, Serapio, que había acabado viviendo allí por haberse casado con una moza del propio pueblo, las ovejas comenzaron a ponerse nerviosas. Balaban y se revolvían inquietas. Todas se quedaron mudas, como por arte de magia, cuando las cabras uncidas balaron. Unos balidos que parecían venir del inframundo y tan profundos, que algún *chiguito* rompió a llorar.

Al llegar a la minúscula explanada de entrada a la iglesia, le esperaban unos hombres con muy malas pintas. Tres hombres que habrían sido capaces de vender a sus madres por un vaso de vino. Alfonso los reconoció. Tardó un momento, pero no había duda: el Chato, el Moraíta y el Quincallero. Entre los tres ayudaron al cura a bajarse del burro. A cambio, Modesto hizo unas cruces en el aire frente a cada uno de ellos. Le ataron el burro en la estructura de maderos que sostenían las campanas en la pared de la iglesia, a solo unos metros de la entrada al camposanto, cuya sencilla puerta de hierro, rematada en una cruz aún más sencilla, se abría y cerraba sin parar ante la proximidad de la nube.

El cura invitó a todos a entrar en el pequeño templo. A los que cupieron, claro, pues muchos hubieron de quedarse fuera ante la falta de espacio. Y a todos los que accedieron se les heló la sangre ante lo que contemplaron:

Ni rastro de los santos de la iglesia. En su lugar, los tres hombres, con cara de pocos amigos, ayudaban a subirse a las cabras en el pie principal que sobresalía de la pared, en el centro, tras el altar, el lugar reservado al santo patrón del pueblo: san Cristóbal. Una vez allí, se sentaron y observaron a los demás. Sobre tres de los otros cuatro pies que sobresalían de la pared para colocar los santos, se sentaron también aquellos tres hombres.

La tormenta llegó y se dejó oír con fuerza. Una risa estridente y aterradora de mujer apareció junto con la tormenta. Con un relámpago más fuerte aún, entró una mujer en la iglesia. Volando, riéndose a carcajadas, y enseñando sus afilados dientes a todos los vecinos. Muchos, ya no sabían qué hacer. Al que quiso marcharse, la mujer le agarraba en la entrada y le tiraba por el aire hasta dar con sus huesos en la esquina donde descansaba el pendón del pueblo. Con todos los vecinos temblando, y con pavor a moverse de allí, la mujer voladora, no la bruja, ocupó el sitio destinado a santa Bárbara. Cuando se sentó, se oyó el trueno más fuerte de los que se habían dejado sentir durante la tormenta. Fue largo y aterrador.

Sonrió con malicia a todos los reunidos. No necesitaba presentación. No *ella*. No en aquel pueblo. Era... la Chorca.

Ni los más ancianos del lugar recordaban, de manera exacta, cuándo ni cómo había sido. Ni los padres de aquellos ancianos, ni sus abuelos... ni los abuelos de estos... tenían una noción real, en el tiempo, de cuándo se produjeron aquellos sucesos. Si es que se habían producido, por supuesto, porque varios de los vecinos negaban con la cabeza ante la posibilidad de que algo similar hubiese ocurrido allí. No al menos de ese modo. O... quizá eso es lo quisieron pensar... para borrar del imaginario colectivo algo así. El caso era que la mayoría sabía de aquello. ¡Faltaría más...! ¡Con las cosas que se decían que habían pasado...!

Hacía muchos años, se decía que más de un par de centurias, pero que bien podrían ser muchos abriles más, vivía en el pueblo una joven muy guapa y hermosa. Dicha joven vivía sola en una pequeña casita de adobe con medio tejado derruido. Cuidaba sus gallinas, cuidaba sus siete ovejas, su vaca, su pequeño huerto..., y se sacaba unos cuartos arreglando las ropas de los hombres que vivían allí, en el pueblo. Sin ser una costurera consumada pintaba buenas maneras, y como los acabados de sus cosidos complacían a los hombres, pronto fueron varios a los que les remendaba la ropa. Lo hacían a hurtadillas, al menos los casados, pues no querían que se supiera que visitaban a una mujer soltera, joven y guapa. Ninguna mujer la tenía aprecio.

Por aquel entonces las labores de los hombres eran aún más que las actuales, pues si bien se ocupaban de las tierras y de los animales, además de cualquier cosa que hiciese falta en casa, y sin tocar la cocina, pues eso era coto privado de las mujeres, intentaban llevar algo más de sustento a las bocas que proliferaban entre los muros de adobe de cualquier hogar, haciendo carbón.

Faena muy gorda esa de hacer carbón, pues además de atender todo lo que les reclamase, al hacer carbón tenían que cortar más leña de la que ya tronzaban para calentarse, acarrearlo hasta el lugar elegido para trabajarlo, y quedarse cuidándolo hasta que se terminara de hacer. Procuraban que no se apagase el fuego y abrían varios agujeros entre la montonera tapada de roble para el tiro. Uno de los lugares más demandados y disputados, por los vecinos, era bajo la iglesia, pues cerca del templo los santos les echaban un capote en la labor. Eso decía el cura de turno, claro, pues una vez hecho el carbón, los hombres lo recogían; nunca faltaba el párroco que les daba la

enhorabuena por el carbón conseguido, sin duda, con ayuda de san Cristóbal. ¿Quién era el guapo, hombre o mozo, que no le daba un poco de carbón al cura tras oír algo así? Pero no les importaba: su querido patrón bien lo merecía.

Atendían esa labor cubiertos con unos pañuelos mojados, para evitar el humo, y sus pobres cuerpos acababan más *resquemados* que el carbón que trabajaban. Como es lógico, sus ropas también sufrían de lo lindo: pequeñas quemaduras, hollín por doquier, rozaduras y rotos por engancharse alguna parte en los troncos con los que fabricaban el carbón vegetal... Una mina para la joven que les arreglaba la ropa. Una mina de carbón.

Y se decía..., se comentaba..., se hablaba en *petit comité*, los días de tormenta y nube, arrimados al fuego del hogar, que al atardecer de una jornada cualquiera fue uno de los más habituales a llevarla sus pantalones, para que les hiciese unos buenos remiendos. Los años, que no una veracidad corroborada, le habían bautizado como Juan. Un nombre fácil de recordar por todos, al no poder asegurar no ya el nombre del susodicho, sino la misma historia que se contaba de él. De él y de la joven remendadora.

Joven y guapa, o no, hacía tan bien su trabajo que Juan la llevaba diversos ropajes al menos una vez al mes. Le encantaba el resultado. Una vez, hasta le apañó un bolsillo con un trozo que le había cortado de la propia pernera del pantalón. Juan, soltero, encontraba así la solución a sus maltrechos ropajes, y una tarde en cuestión, Juan la llevó su ropa como siempre que lo había necesitado. Lo hizo al finalizar la jornada. Las campanas ya habían dado la señal de que terminaba la faena por ese día, y como le pilló acabando de meter las últimas ovejas en su cuadra, el perro pastor de Juan le acompañó contento y meneando el rabo con alegría.

Juan llamó a la puerta de la casita de aquella joven con los pantalones rotos en su mano, y el perro dejó de jugar con cualquier cosa que viese y comenzó a gruñir. Siguió haciéndolo a pesar de que le llamase la atención dos veces.

Siempre que la muchacha le abría la puerta, le sonreía y le invitaba a pasar a tomar una infusión de té o manzanilla y a que se sentase unos minutos. Solía mostrarse cortés y amable. Pero aquella tarde, casi de noche ya, la muchacha le abrió la puerta visiblemente molesta y con un vestido largo de lino bastante ceñido al cuerpo, y su pelo largo y negro, por lo general recogido en una coleta, suelto. Además, le hablaba con evasivas y parecía que había estado comiendo pan y que todavía lo tenía en la boca, pues vocalizaba fatal. A todo esto, el perro pastor dejó de gruñir y pareció volverse loco: sin llegar a entrar dentro, desde fuera la llamaba y la decía de todo, babeando rabioso, en el lenguaje perruno.

Juan, alarmado por el estado de su perro, se fijó un poco más en la joven... y lo que parecía que era comida, sin acabar de tragar, eran en realidad sus... dientes, que habían medrado hasta casi no caberla en la boca. Juan la trató de coger de la mandíbula para verlo mejor, era un hombre bastante *echao palante* y, de entre sus nuevos y enormes dientes, pudo distinguir unos caninos tan grandes como los que mostraba su enfurecido chucho. Apenas un segundo más tarde, el valor de Juan se esfumó en el tiempo de un estornudo.

La joven se deshizo de Juan y comenzó a volar por su pequeña casita y, mientras fuera el perro no dejaba de ladrar, le decía a Juan que por qué, de entre todos los hombres del pueblo, había tenido que ser precisamente él, uno de los que mejor la había tratado, quien la hubiese descubierto. Y le dijo quién era: la Chorca. Juan no se orinó de misericordia.

La Chorca llevaba varios años escondida en aquel humilde pueblo, en aquella más humilde aún casita mal techada, para poder seguir cometiendo sus fechorías donde se la antojase, pues al llegar la noche podría llegar volando desde allí hasta cualquier lugar del mundo en el tiempo de

decir amén. Y ¿quién la iba a buscar en un pueblo tan alejado y pequeño como aquel? Se jactó ante Juan de haber acabado con la vida de miles de niños por todo el mundo, niños no bautizados, a los que chupaba la sangre por la cabeza, aun estando en el regazo de sus madres. Pero ¿por qué niños no bautizados? Porque tras el sagrado sacramento, la sangre de cualquier hombre, mujer o niño, se volvía ponzoñosa para ella.

El pobre Juan se marchó corriendo de allí, tras entrar su perro como si estuviese embebido de Satanás, y saliendo de rodillas y a duras penas corrió como si no le pudiese faltar nunca el aliento. Pudo escucharla reír mientras le gritaba que en ese pueblo también se había alimentado. Las ovejas de la Chorca se habían desbandado, y casualidades de la vida o no, tropezó con todas y cada una de ellas hasta que llegó extenuado y tembloroso a su casa. Pasó la noche despierto y con un viejo mosquetón cargado, de rodillas, ante una pequeña imagen del Sagrado Corazón de Jesús y aferrado a la santa Biblia, doliéndole las múltiples magulladuras recibidas durante su huida.

Juan no sabía leer. Juan no sabía escribir. Juan apenas sabía de números. Los justos para poder defenderse. Pero Juan sabía lo que era trabajar. Sabía lo que era intentar ser un buen hombre, con sus pequeñas y, a veces no tan pequeñas, faltas, como todos. Era un hombre temeroso de Dios y creyente convencido. Y cuando las campanas del pueblo avisaban de que era la hora de subir a la iglesia, no faltaba casi nunca. Atendía las homilias del cura, como si aquellos discursos hubiesen salido por boca del Altísimo. Con fe y devoción.

Hacia apenas unas semanas, en el sermón, el cura dijo unas palabras que le habían calado hondo. Palabras que aún resonaban en su cabeza:

«Malvado..., no espíes en la casa del justo, no perturbes su hogar. Porque el justo, aunque caiga siete veces, se levanta..., mientras que los malvados se hunden en su adversidad».

Y mientras las palabras se repetían una y otra vez en su cabeza, pensó que lo mejor que podía hacer él, un hombre justo, o eso pensaba, era tratar de espantar al mal de su pueblo. Y porque a pesar de haberse tropezado siete veces con las ovejas de aquel ser, se había levantado de nuevo y había llegado hasta su casa. Y si él y solo él, de todos los vecinos de aquel pequeño y humilde lugar, sabía de la existencia de la Chorca, su deber era acabar con ella. Fuere como fuere. Aunque cayese y no se pudiese volver a levantar.

Dolorido y con una tiritera de aúpa, sonrió con sorna al ver sus ropas rotas por la anterior carrera. A partir de ese día tendría que remendarlas él. Dejó la Biblia encima de una mesa y salió de casa con el mosquetón y un hacha, el que siempre solía llevar cuando cortaba la leña para el carbón y para casa. Subió hasta la iglesia y roció con agua bendita el mosquete y la hoja de abrir la madera. Amanecía ya cuando llegó de nuevo a la casa de la Chorca.

Parece ser que el mal no medraba en el cuerpo de aquella muchacha durante el día, de modo que cuando quiso matarla, la joven salió corriendo de allí, y no volando. Juan la persiguió. Pero era rápida, muy rápida, y la carrera se alargó más de la cuenta. Solo gracias a su perro pastor pudo cogerla: la tenía agarrada con las mandíbulas del tobillo, a la orilla misma donde las mujeres se habían acercado desde siempre a lavar la ropa.

La muchacha miraba furiosa al perro y a Juan, pero no parecía ser capaz de convertirse, de modo que Juan la disparó con el mosquete y la joven dejó de moverse: cayó sobre el agua, boca abajo. El perro se quedó en la orilla, gruñendo mientras no la quitaba ojo. Cuando Juan quiso sacarla del agua para cortarla la cabeza, la Chorca se revolvió y le mordió en el cuello. Tras beber un poco de la sangre de Juan, se quedó sentada en el agua, dolorida y tratando de vomitar sin poder hacerlo. Juan, bastante débil pero furioso, la cortó la cabeza de un tajo con el hacha. La

muchacha, por fin, murió y Juan se sentó sabiendo que a él le esperaba lo mismo. Sin embargo, para él no sería tan rápido. Sí, a pesar de todo, mucho más bonito.

Tumbado en el suelo, vio un montón de hermosas lucecitas que se le acercaban, juguetonas y traviesas, y que se reían con una gracia que invitaba al optimismo. Sabía que no eran ángeles, pues eran diminutas, y con los ojos casi cerrados pudo distinguir a las anjanas. Sonrió. Le cogieron entre muchas, muchísimas, y le llevaron volando en un precioso baile de luces hasta donde se encontraban algunos vecinos del pueblo, varios haciendo algo de carbón. Le posaron en el suelo, y las anjanas les contaron a los demás lo que había pasado. Luego, Juan murió.

Decían los más viejos del lugar, que el trayecto por donde las anjanas habían llevado a Juan a dar la noticia de la muerte de la Chorca, había sido también la tumba de aquellas diminutas hadas. Y que tristes por el fallecimiento del hombre que había salvado la vida a tantos y tantos niños en el mundo, decidieron unirse a él: el camino y el lugar donde murió Juan, el carbonero, fue ya para siempre el lugar donde se quedarían las anjanas, convirtiéndose en unas preciosas campanillas blancas, como recuerdo al valiente carbonero.

Años más tarde, el lugar donde murió el pobre Juan, fue ya conocido para siempre, y por todos, como Juan Carbón, y la fuente donde las mujeres lavaban la ropa desde siempre, el lugar donde acabó con aquel ser, la Chorca.

Cuando un hombre que peina canas, o una mujer de también cierta edad, cuenta alguna historia a un niño, lo que busca siempre, aunque ni siquiera se dé cuenta, es poder ver brillar los ojos de los guajes de ilusión y entusiasmo por lo que les está contando. Y los *chiguitos*, si les gusta lo que oyen, no pueden reprimir ese entusiasmo. Tal vez por ello, la historia del valiente carbonero y la remendadora que se convertía en un ser despiadado, acabara mal, pero con un final que hacía que los ojos de los niños brillaran como las estrellas, desde la era de aquel pueblo, en una noche despejada de verano.

Pero lo que los mayores creían, y lo que les atormentaba, era que la historia de la Chorca no estaba tan lejos de ser verdad.

Las casas de aquel pueblo estaban hechas de adobe. Todas. Ardua tarea hacer tabiques y paredes de adobe, pues los bloques que conseguían para construir sus viviendas habían de ser, por fuerza, de varios tamaños.

Una vez conseguido el barro más limpio que podían recoger, por lo general, de la orilla de riachuelos o de algún otro lugar donde ya lo hubiesen extraído con anterioridad, y mezclado con agua hasta hacer una pasta homogénea, a los bloques de adobe se les echaban unos puñados de paja, para poder ligar así mejor la mezcla. Si necesitaban que fuesen más fuertes y resistentes, lo que echaban eran cantos rodados recogidos también en las orillas de los riachuelos. Esta tarea solía ser encargada a los más pequeños, pues coger piedras y meterlas en un saco o en un carro, en la parte de atrás, era algo que podían hacer sin que los más mayores tuviesen que andar siempre detrás de ellos. Y además... con premio, ya que muchas veces no solo recogían cantos, sino que, al levantar alguna lastra de cerca de la orilla, encontraban algún cangrejo, y los mayores no les iban a decir que no los cogiesen, ni mucho menos: con unos cuantos se prepararía la comida o la cena del día siguiente. Hubo quien llegó a su casa con más de una docena bajo el gorro o boina que llevase puesto, con varios pares de pinzas que sobresalían amenazadoras por la frente, las orejas y la nuca. ¿Raro? ¿Peligroso? Más raro era el comer, y más peligroso el que se prodigase en el tiempo el no hacerlo. Además... ¡qué cojones!... en algún sitio había que meterlos si tenían que llegar a casa cargados por otros menesteres.

Una vez preparados los bloques de adobe se comenzaban a levantar los tabiques y las paredes.

Unas gruesas vigas de roble atravesaban la mayoría de las estancias para que la estructura no se viniese abajo. Tras esto, el tejado.

Los hombres solían contar con la ayuda de quien supiese más que ellos, algo normal, y que se enfrentase a la tarea de levantar tabiques con la actitud, la firmeza y la seguridad que solo da la experiencia. Algún albañil, por esa experiencia, no necesitaba nada para levantar una pared derecha. Ni siquiera una plomada. Y uno de ellos, confiando en su saber hacer, comprobó que toda ayuda a la hora de hacer una labor, sea la que sea, siempre debe ser bienvenida. Lo siguiente ocurrió en el patio exterior de la cantina del pueblo.

Uno de esos albañiles se encontraba levantando un tabique de adobe. Sin plomada y sin nada. Y cuando lo estaba terminando, Juan, el cantinero, le dijo:

—Oye, parece que ese tabique... está un poco torcido, ¿no?

—Ay, Juan... Juan —replicó el albañil—... ¡mi ojo es cuerda!

A la mañana siguiente, el tabique estaba en el suelo.

En fin, que experiencias aparte, una vez terminada la estructura de cualquier casa, y finalizado también el tejado, solo quedaba por hacer las divisiones de las plantas: abajo la cocina, la entrada, alguna sala si se lo podían permitir... y arriba las habitaciones. Por encima de estas se encontraba el desván o el pajar, según la necesidad del dueño. Y para poder dividir la vivienda usaban tablones colocados sobre pequeñas viguetas más delgadas que las principales. Y por las rendijas que quedaban entre aquellos tablones... atacaba la Chorca.

Se acercaba a las casas donde hubiesen tenido hacía muy poco un retoño, y se colaba en el desván o el pajar por el bocarón. Y sobre el suelo del desván, que era a su vez el techo de las habitaciones, se arrodillaba sobre los tablones, y a la altura del recién nacido, arrimaba su hocico a una de las rendijas del suelo. Entonces, de su boca salía una babilla muy fina que bajaba hasta la nuca de los niños y se clavaba en ella. Esa baba se convertía en cristal y se hacía hueca. Y por ese pequeño orificio, la Chorca, sorbía la sangre de los niños. Sus pobres madres se encontraban al día siguiente el cadáver sin saber qué había pasado.

Estas historias descansaban en lo más profundo de la mente de los habitantes del pueblo. En ese lugar donde nadie quiere abrir la puerta, para no encontrar cosas desagradables que se sabe que están ahí. Al menos, en las mentes de los hombres y mujeres de hacía dos centurias o más, porque en las de los actuales vecinos del pueblo, aquellas historias daban paso a una manera de entenderlas... de forma más... terrenal. De forma más práctica. Y no por ello dejaban de ser historias terribles. Historias que también descansaban en aquel recóndito lugar de la mente.

Las ganas de poder formar una familia, con todo lo que ello conlleva, habían animado a casi todos los hombres y mujeres del pueblo a tener hijos. Algo lógico. Tal vez, en un principio, fuese una putada tener que alimentar tantas bocas. No fue nada raro que al hijo o la hija mayor de alguno de ellos, lo enviasen con los abuelos del niño o niña en cuestión, para poder sobrellevar mejor la carga que era alimentar a tantos tragaderas, y con tan pocos recursos. Más de un pobre hombre llegó a echarse migas de pan duro en las barbas, y salir de casa sin haber podido comer, pero limpiándose los dientes con un palillo, para que todos viesan que en su casa se comía en abundancia. Más de una pobre mujer llegó a no lavar alguna prenda manchada de grasa, de alguna comida anterior, para que las demás viesan que comía todos los días, y siempre de lo bueno lo mejor. Toda la vida importó más el parecer, que el ser. Pero el tiempo, a los que habían tenido varios hijos y habían mandado a alguno con otros familiares, les daba la razón: en unos diez o doce años, ya podían ayudar en las tareas de la casa, fuese en el campo si era un niño, o en la propia casa si era una niña. Y era muy tarde esa edad, pues no era raro ver a dos mocosos



llevando entre dos, con un palo sobre los hombros, un balde lleno de agua desde la fuente hasta casa.

Habida cuenta de la cantidad de bocas que llegaba a poder existir en una misma vivienda, se antoja sencillo entender que, por las noches, en la cama, los cabeza de familia se dedicaban a algo más que a dormir. Afortunados ellos y afortunados todos, pues gracias a Dios no hace falta ser rico para acceder a los placeres de la carne. Y hete aquí, que como el hecho de ser pobre no significa que sea uno tonto, muchas mujeres parecían más conejas que eso, mujeres. Y preñaban cada dos por tres. Y en aquellas humildes moradas en las que vivían, conforme aumentaba el número de hijos, disminuía proporcionalmente el sitio para los demás. Alguno llegó al matrimonio, teniendo hermanos sin destetar.

Durante el buen tiempo, dormir por las noches, a falta de sitio, nunca fue un problema. Los padres en la cama, durmiendo... o haciendo vete tú a saber qué, y los *chiguitos* espatarrados por cualquier rincón de la vivienda. Pero en las frías, heladoras y largas noches de invierno, no podía uno tumbarse donde le diera la gana. Había entonces que buscar la manera de poder dormir lo más a gusto posible y... calentito. ¿Cómo conseguían esto? ¿De qué forma se las arreglaban con los mermados recursos de los que disponían? De la manera más sencilla imaginable: tumbándose en la trébede, sobre la *hornacha* con unas buenas ascuas, para poder aprovechar así el calor de los restos del fuego, y darse calor entre ellos mismos.

Y aquí es donde se produjeron más de una y más de dos desgracias, que acabaron de manera muy real con algunas pobres criaturas.

En alguna que otra casa, y con el transcurrir de los años, se había repetido el infortunio, maldito infortunio, de tener que enterrar a alguno de los más pequeños, y no por el revés en forma de enfermedad o cualquier otro disgusto parecido. En las noches frías, tumbados como podían, pues ni cabían a veces, sobre la trébede calentita trataban de dormir varios hermanos a la vez. Y los más mayores, sin querer ni buscar el mal, sino todo lo contrario, tras poner los ropones a los *chiguitos* más pequeños para evitar que se mojaran, y que mojaran a los demás, dormían sobre alguno de sus hermanitos..., y alguna de estas pobres criaturitas, amanecía muerta. Asfixiada. Por alguno de sus propios hermanos, por tratar precisamente de darles calor a los más pequeños, pues ellos eran los mayores...

... y alguno de aquellos pobres padres y hermanos trataron de buscar un culpable en la muerte de sus pequeñines... como, por ejemplo, en la Chorca, pues se les avinagraba el alma al pensar en que aquella desgracia se podría haber evitado con un bolsillo un poco más lleno...

Maldita sean, una y mil veces, las penalidades que debe de soportar un hombre en este puto mundo, por ser pobre. Un mundo plagado de santos Jobs, donde Dios no aparece a última hora para evitar la desgracia. ¿Dónde coño se mete cuando pasan cosas así? Si está en todas partes y lo ve todo... ¿por qué cojones no hace nada en estos casos? ¿Acaso dentro de su omnipotencia y misericordia, con todo su poder, con esa ilimitada bondad que se supone que posee y que copa todo el universo..., acaso deja que pasen estas cosas, estas putas y malditas desgracias, para poner a prueba a los hombres? ¿O es desidia?

No. No es nada de eso. Solo es falta de dinero. Eso es todo.

Dan ganas de vomitar bilis, jiñar sangre y gritar hasta toser y esputar la garganta por la boca.

Alfonso se despertó sobresaltado, justo en el momento en el que Modesto, con la Chorca a su vera, quiso dirigirse a los feligreses en la iglesia. Sudaba y resudaba como un cerdo, más por la pesadilla que por el calor de la inminente tormenta.

Miró la hora: las tres menos cuarto. Se sentó y trató de serenarse un poco. No pudo.

Se levantó y se refrescó la cara con agua, y cuando quiso beber algo con las manos, le vinieron dos arcadas. Vomitó en la palangana las patatas de la Angelines y, cuando las desembuchó todas, se limpió con una toalla.

Sentado de nuevo sobre el camastro, recapitulando la pesadilla, sin duda propiciada por todo lo que había escuchado y recordado durante la mañana, y esforzándose en respirar de forma pausada, pensó que lo único que le podía ayudar en ese momento era un buen trago.

Se puso de nuevo su camisa y entró al cuartucho de los interrogatorios. Estaba solo. Ni Fidel ni los *Jeje* habían llegado aún.

Cogió el Fuego de Andrés y le metió un tute a la botella, a morro, que hizo temblar el misterio. También a él. No importó: siguió bebiendo.

## Capítulo XII

Menos de diez minutos después, Alfonso oyó ruido en la puerta. Levantó la cabeza y vio entrar al Joseluisto, un guardia de casi su misma edad. Tantos años llevaban juntos, y tantas cosas habían pasado, que sabían de sobra, con una sola mirada, lo que le pasaba al otro. El Joseluisto se sentó frente a él en la mesa, le miró a los ojos. Ni siquiera le saludó al entrar. Compartir trabajo, borracheras, comilonas, haberla clavado en los mismos agujeros y haberse sacado tantas veces el uno al otro las castañas del fuego, hacía que cuando estaban solos, los galones no contasen para nada.

El Joseluisto era un hombre venido de la capital hacía mucho tiempo. Por ser de allí, de la urbe, creía sabérselas todas y no dejaba pasar ni una cuando alguno decía o hacía algo un tanto... de pueblo. Consideraba a la mayoría unos palurdos, unos incultos, unos simples, poco o nada dados a la lectura. Y menos aún, al estudio.

No andaba del todo equivocado el José Luis, al que le habían apodado, por sus finas maneras y por su *sabidurencia*, Joseluisto. La gente pronto vio que sí que era un hombre despabilado y con un cerebro despierto, pero no soportaba nadie que se las diera de intelectual ante ellos. Como él sí que había estudiado algo, aunque no llegó a acabar la carrera, dijeron que estudió Arquitectura, caminaba por la calle haciendo la ronda pertinente más chulo que un ocho, parándose aquí y allá, y mirando con interés cualquier cosa. Incluso piedras. ¿Qué vería en ellas? Miraba con ínfulas a los demás, y se sabía más ilustrado que la mayoría. Ello no evitó, o tal vez ayudó, a que tuviera un percance con un pastor, con el que a partir de entonces se llevaba bastante bien. Este hombre, el pastor, tenía ya cierta edad y callo en la garganta de beber y fumar. Su encontronazo con José Luis, Joseluisto a partir de aquel día, fue el siguiente:

Tenía el pastor un rebaño de ovejas considerable, más de quinientas, y entre ellas varias docenas de cabras. Con tal cantidad de animales, el pobre se las veía y se las deseaba para poder llevarlas de un sitio a otro. A Dios gracias, tres perros y su saber hacer, le ayudaban en la labor.

Coincidió una vez José Luis con él, recién venido de la capital, y le quiso dar una lección a aquel hombre. Le pareció más rústico que el as de bastos, *abultón* y palurdo. Se acercó hasta él y le comenzó a hablar de un montón de cosas. Pobre Adán...

Intentando llevar la conversación a su terreno, el guardia observó que el pastor era un hombre bastante sumiso, por lo que se creció y le terminó dando una soberana lección sobre la mejor manera de poder hacer negocio con el ganado. Le explicó que cuanto más dinero, más ganado podría llegar a tener y podría llegar un día en el que pudiese pagar a alguien por hacer su trabajo.

Y mientras, el pastor podría entretenerse en cualquier tasca bebiendo vino, echando un pitillo y contando el dinero. Le quiso hacer ver que trabajar daba cansancio, no dinero. Le intentó hacer comprender que el capital podría medrar, aun sin sudar. Un tío listo. O demasiado listo.

Al pastor le pareció bien que un hombre culto le enseñase cosas que él no sabía, y le quiso agradecer el gesto invitándole a tomar un vino en una taberna cercana, habida cuenta de que ya había cercado a las ovejas y las cabras. Sin cambiarse siquiera, llevó a José Luis hasta la barra y le invitó a beber lo que quisiera por sus buenos consejos. El guardia aceptó encantado: un hombre que sabía apreciar su saber y sus, aún mejores, lecciones. Poderoso influjo ejerce el alumno sobre el maestro, cuando lo pondera.

Dos horas más tarde, habiendo bebido vino hasta que a José Luis le parecía distinguir tres pastores, le ofreció un pitillo. José Luis accedió y cogió el cigarrillo..., pero aquel hombre fumaba tabaco mezclado con hojas de patatas y tallos secos de nabos. Un pequeño vestigio de haber hecho el servicio militar en África, donde tantas penurias pasó, que llegó a tener que comer caracoles vivos, llegando a darse de hostias con compañeros que creían tener más hambre que él, por hacerse con algo para llevarse al estómago. Allí llegó a coincidir con Juan, el cantinero, de mozos y sin prisa por casarse. Como para haberla tenido: tres años de servicio militar. Y sin pisar el pueblo. Aquello era mili y lo demás, tonterías. De allí solo volvían hombres, no guiñapos. Les llegaron a dar una botella de coñac por cada dos hombres, para pasar una noche en la que *los moros* habían jurado proteger su tierra hasta la última gota de su sangre. Y cosas así hacen que uno no quiera olvidar, que uno no pueda olvidar. Juan regresó de África con un tatuaje azul en el antebrazo donde se leía perfectamente «Melilla», y con el presagio de una *mora*, la mujer más guapa que había visto en su vida, que le echó las cartas y le aseguró que se casaría y tendría seis hijos. Acertó: cinco vivos y uno en el camposanto. El pastor volvió y siguió fumando toda su vida lo mismo. Hasta el tabaco solo, le sabía mal. Incluso un quinto de ellos del pueblo, José, lucía en sus brazos, en los dos, el busto de una moza, tatuado también de azul, que recordaba vagamente el de Juan. Y todos eran capaces de fumar cosas que harían vomitar al mayor *hombrón*, como al Joseluisto. Y es que los cojones de aquellos hombres, traspasaban sus *güevos*: salían de la bolsa escrotal, subían por los intestinos y sonaban en sus gargantas, mientras te miraban bajo cejas como cepillos para el polvo.

Con solo media calada, José Luis vomitó el vino, el que bebió aquella tarde y el que bebió el día que se casó, y cuando agachado abría la boca con unas horrendas arcadas, soltando tropezones de la comida del día, mezclados con hilillos de babas y bilis, le pareció oír decir a aquel hombre, con una voz que retumbaba en sus oídos como si fuesen aldabonazos, algo como...:

—Je, je, je..., *chiguitos* de *ciudad* con *garnacho* de meonas... ¿cómo lo llevamos...? ¿Te llamo mañana *pa* que vengas conmigo a cuidar las ovejas?... si aprendes bien... a lo mejor puedes poner algún día a alguien *pa* que haga lo tuyo... mientras tú bebes un vino y *techas* un pitillo en el bar... ¿de qué arte te has *pimplao*...? ¡Listo! ¡*Quieres* un listo! —Señaló la barra, con unas monedas sueltas como cambio por la bebida ingerida—. Te vas a mear de piripi... ¿quieres *contalas*?... o... ¿quieres otro vino, Joseluisto?

José Luis dijo que no sin mirarlas. Para mirarlas estaba él, con la melopea que tenía encima. Pero tras la lección del pastor se llevó bien con él, y le llegó a parecer que ponerle aquel mote, que no apreciaba demasiado, era una buena manera de recordar que no se debe juzgar a ningún hombre. No sin antes, al menos, conocerlo un poco. Fuere de donde fuere.

Alfonso no pudo aguantar la mirada del Joseluisto y la perdió entre las rendijas de la pared. Volvió a elevar la vista cuando le oyó hablar:

—Un mal día, ¿eh?

El Joseluisto miraba ahora a la botella de orujo. Alfonso le contestó de mala gana:

—Malo, no, ¡peor!... *talosgiuevos* estoy hoy de *too*... ¡joder!

—Bueno, pues antes de que sigas con tus cosas..., ha venido Conradín. Dice que tiene que hablar contigo.

—Joder..., es verdad, se me había *olvidao*... Dile que pase, anda, a ver si lo despacho antes de que llegue el Alicate con los *Jeje*.

—Ahora mismo le digo que entre.

El Joseluisto se levantó y salió del cuartucho. Apenas medio minuto después, entró con Conradín. Les dejó solos, no sin antes echarle a Alfonso una mirada nada aprobadora mientras veía cómo se volvía a llenar la copa. Alfonso le vio, y le increpó:

—¡Que no eres mi madre, joder! ¡No me cuentes los vinos, hostia!

El Joseluisto bufó y salió del despacho.

Conradín era un hombre del pueblo de abajo muy conocido por todos. Más flaco que un fideo *chupao* por siete gatos, y con una nariz que rivalizaría con cualquier gancho de colgar los gochos. Negro como los cojones de un grillo, pequeño como un gorrión y más duro y basto que lamer hormigón.

Sin importarle para nada si era verano o invierno, llevaba todo el año una boina, algo normal, y un tabardo enorme que llegaba a pisar si no tenía cuidado. Iba en su inseparable bicicleta de aquí para allá, y no era raro verle sobre la misma, con un paraguas abierto, que siempre llevaba atado sobre el manillar del velocípedo, tanto si hacía mucho sol como si llovía. Por los contornos, llegó a ser tan conocido que si se le veía de lejos, inconfundible en la bicicleta, con el tabardo y el paraguas, ya sabía todo el mundo que era él.

Conradín, al cual alguno, con cierta confianza, le llamaba Conri, vivía de una manera... ¿cómo decirlo?... un tanto... peculiar: se arrimaba a las casas, le era indiferente el pueblo, en las que hubiese trabajo y, por cuatro perras y la comida, curraba como un cabrón, sin desmayo. A algunos les parecía casi imposible creer la labor que era capaz de desempeñar ese montón de pellejo negro.

El cobrar no le era del todo indispensable. Si le daban algo, mucho mejor, claro, pero si lo que le faltaba era la comida..., podía hacer como aquella vez en la que al llegar *las diez*, y viéndose solo y sin almuerzo, dejó clavada la azada en la tierra donde se encontraba y se marchó montado en su bicicleta.

Tan poco importante le era el cobrar, y tanto el poder comer, que cuando le invitaron en una ocasión a comer en una casa, aceptó gustoso. Al terminar se marchó, dando las gracias a todos por el trato recibido y por los alimentos, y como camino a su morada se encontró con un conocido..., cuando este conocido suyo le preguntó si había comido ya, le contestó que no:

—Le engañé..., volví a comer... je, je, je... —comentaba jocoso, cuando le preguntaban sobre aquello.

Lo que casi nadie sabía, era que Conradín había comido dos veces seguidas, sí..., pero tras haber comido antes en casa del cantinero.

La Cuadrada, una de las vacas de Juan, había parido un jato. Y con Conradín en la cantina de visita..., la María le ofreció los calostros: los comió con las ansias de la que pudiera ser la última

vez que llenaba la tripa. Un hombre con buche, panza, redecilla, libro, cuajar y estómago. Increíble.

En más de una casa le invitaban a acercarse en días festivos, pues siempre llevaba en el bolsillo una *filarmónica*, que aunque no tocaba muy bien que digamos, y entre bromas y no bromas, podía llegar a ser bastante locuaz si estaba a gusto. En una de ellas en cuestión, en la cantina, se le solía tratar bien, y llegaba a arrimarse aunque no le hubiesen invitado, pues hacía buenas migas con uno de los hijos. Y como este muchacho tenía y tocaba un acordeón, todos se pasaban horas y más horas riendo con las canciones de aquellos dos, pues tocaban aquellos instrumentos tan bien como podía dar misa un renegado de Dios. Además, en esta casa le solían dar incluso algún dulce, con lo que a Conradín le gustaban y, aunque fuese un trozo de turrón más duro que una piedra, lo chupaba con deleite, pues la falta de dientes no le permitían hacer otra cosa con el turrón de marras.

Comentada, aunque no sabida por muchos, le ocurrió en una ocasión una anécdota bastante curiosa. A pesar de no cobrar mucho por sus trabajos, además de la comida le solían dar el salario también en base a esto. Llegó a ahorrar un poco de dinero y se compró un pequeño frigorífico. Había llegado a preparar un cajón de madera en la parte de atrás de su bicicleta donde nunca faltaban un trozo de pan, algo de queso, un poco de chorizo... Algo que poder llevarse a la boca, vamos. Conocidos ya este par de detalles, la anécdota en cuestión, fue la siguiente:

El día de san Cristóbal, festividad en el pueblo, durante la sobremesa se dejó caer por la cantina. Sabía que allí no le faltarían un par de bocados que llevarse al cinto ni un poco de vino. Y menos en un día tan especial. La María y Juan se sentaron en la entrada de la casa con él, el comedor estaba lleno de familiares e invitados, y charlaron con Conradín hasta que el vino, la *filarmónica* y una cháchara llena de jolgorio, le llevaron a contar muy dicharachero lo que le había pasado una semana atrás:

En una de las casas de los pueblos de alrededor a las que iba en busca de trabajo, la mujer había hecho flanes de postre. Muchos. Tantos, como para decirle a Conradín que le iba a preparar unos cuantos para que se los llevase hasta casa. Bien puestos en el cajón de su bicicleta, llegaron todos sanos y salvos hasta que pudo guardarlos en su reciente adquisición, el pequeño frigorífico. Pero no cerró la puerta. Los miraba... y salivaba. Diez flanes, diez.

Lógico que, a pesar de haber comido bien en aquella casa en la que estuvo, y como tenía las tripas rotas, decidiese comer alguno de aquellos flanes que le miraban desde dentro del pequeño electrodoméstico. De modo que comió uno. Luego otro... y luego otro...

—Y ¿cuántos *comistes*? —le preguntó la María, sin poder dejar de reír.

—¡Ocho!... comí ocho de una *sentá*... ja, ja, ja... —Conradín se mondaba de risa.

—Y ¿qué *hicistes* luego...? —preguntó, ahora Juan.

—Pues —contestó el Conri—... como solo quedaban dos..., me dije..., ya que solo quedan estos... ¡*pal* cinto... ja, ja, ja...!

—Ja, ja, ja... pues... pues —Juan apenas podía hablar—... si los *comistes* todos... ¡menuda fiesta tendrías por dentro luego... ja, ja, ja...!

—Sí... je, je, je... —le contestó Conradín—, cuando tiraba de pantalón..., lo más negro, ¡como *gasiosa*... ja, ja, ja...!

Pero no todo habían sido alegrías y jolgorio en la vida de Conri. En una ocasión casi no lo cuenta. Estuvo mucho tiempo en la cama con bastante mal cuerpo, sin apenas poder levantarse de ella. Es fácil de comprender que por la vida que llevaba, currando de sol a sol por poco dinero y un poco de comida, al no poder trabajar durante varias semanas se quedó más *afilao* que un

arañazo, y le entró una anemia de caballo. Contaba, después de salir de aquella, que el médico le había dado unos medicamentos. Y decía que sí, que se los habría dado con buena intención, seguro, pero que lo que a él le había quitado la anemia, habían sido unas cabezas de gocho que le habían llevado las monjas.

Alfonso miraba a Conri, que se había quedado de pie frente a la mesa. Se había quitado la boina y arrastraba el tabardo por el suelo casi una cuarta y media. Como poco. El guardia casi se marea al verle con él puesto a pesar del sofocante calor, pero sabía de sobra que solo se lo quitaba para dormir, ¿o no?

—Te pido disculpas por haberme olvidado de que venías..., he estado un poco liado hoy... y, de hecho, tengo una tarde por delante bastante atareada. Sé breve, Conri, tengo mucho por hacer...

Para cualquiera que no le conociese, Conradín, a pesar de su aspecto y de su manera de afrontar la vida, era un hombre con una conversación que dejaba ver su pequeña tal vez, pero no nula, educación, y también respeto por la autoridad. Y por aquellos que le hubiesen tratado bien, como cuando se murió Manuel, un hombre del pueblo aquejado toda la vida de problemas con los bronquios.

Manuel murió rodeado de los suyos, en su casa, antes de tiempo, pese a su edad, por culpa de la pobreza. Por culpa de la miseria que le hizo cuidar vacas desde niño en el monte, solo, vigilando que no se las comiese el lobo. Y cuando llegaba el invierno, con brillantes heladas que harían palidecer al mismísimo sol, heladas que hacían crujir el alma y entumecer el corazón, dormía en el suelo con las vacas. Y el frío se instaló en su cuerpo para siempre. Y las toses y los ahogos le recordaron cada día hasta morir, y a toda su familia, que de niño no fue a la escuela para aprender lecciones de una maestra, que cambió los libros por la vara de avellano, y que con frío o sin él, tuvo cojones de tener siete hijos y morir de viejo en su cama. No fue un hombre: fue una fuerza de la naturaleza. Algo colosal. De los que ya no quedan.

Media hora antes de que los nietos le llevaran desde su casa hasta la iglesia, andando por todo el pueblo con el ataúd, Conradín entró apesadumbrado y triste en aquella casa con unas botas de goma llenas de mierda, pero dando el pésame con respeto, y visiblemente acongojado, a todos y cada uno de los familiares. No marchó hasta que no estrechó la mano a todos los reunidos, con alguna mujer limpiándose con disimulo la mano tras habérsela estrechado a Conradín. Luego salió fuera y esperó al margen de los demás vecinos la salida del féretro con el cuerpo del bueno de Manuel. Aquel día no se cupo en la iglesia. Ni fuera.

—No se preocupe, don Alfonso..., sé que está *atareao*..., no le molestaré mucho. Vengo de *Gajinos*, *entodavía* me queda labor, pero quise pasar por aquí para darle el aviso...

—Bien. Ayer me dieron el recado de que querías verme. ¿Qué ocurre?

—Como ya le he dicho antes..., siento importunarle, don Alfonso, pero tengo que hablar con usted...

—Tú dirás...

—Sí..., bien, ¿recuerda usted lo que le pasó al Serapio?

Serapio había pasado un mes entero en la cama. Las juergas que los mozos se traen en cualquier sitio, pueden dar paso a que a esos mismos mozos, que solo han salido de casa a divertirse y beber un poco de vino, se les vayan de las manos.

Sabido era por todos los habitantes de los pueblos de alrededor, que entre los del pueblo de Alfonso y los del pueblo de Serapio habían tenido varias grescas del copón. En la última de estas, bastante pasaditos, y pesaditos, ya los muchachos con el vino, decidieron quedar los dos bandos de mozos, los de un pueblo y otro, para zurrarse. ¿Por qué? Pues porque si hay alguna disputa en cuestión, siempre ha gustado a los mozos hacer ver que tienen tres cojones bajo la chorra. Es evidente que quedar para meterse unas hostias demuestra coraje y bravuconería a partes iguales... y... cierta demencia y un cerebro de mosquito, también.

A pesar de dar o recibir una ración de cachetes sin duelo, los mozos siempre tenían que soportar de la mejor manera posible las chanzas y regocijo de sus mayores, escuchando muchas veces algo parecido a...:

—Si ni se han *pegao* ni *ná...*, en mis tiempos sí que nos dábamos con *rompetocones* subiendo hasta aquí a tocar los *güevos* día sí... y día también..., *joé...* ¡aquello sí que eran hostias!

Que no sea de listos buscar una hora y un sitio concreto para darse unos palos, no implica que no ocurra. Como tampoco implica que, tal vez, y solo tal vez, si las diferencias en cuestión son graves, sea una posible solución. Posible. Quizá no correcta, pero sí posible. Algo así le ocurrió al Serapio.

Juan, el cantinero, y un primo suyo, un cuñado de Conradín, habían madrugado durante bastantes días para poder terminar un trabajo que tenían pendiente. Y durante dos días vieron al Serapio llegar con unos fardos de paja, que no era suya, hasta su casa. Como no era la primera vez que sabían de la amistad, cuidado y cariño que tenía el Serapio con todo aquello que no fuese suyo, y como la reiteración hace que al final se rompa el cántaro, en una de aquellas grescas de palos acordadas le dejaron solo. Y fue a coincidir, además, con un día en el que los que le pillaron le tenían más ganas que picores un sarnoso. A la batalla de palos no fueron solo Juan y su primo, junto con Serapio, sino que lo hizo medio pueblo. Y todos le dejaron solo. Un buen escarmiento para un hombre con tres manos, y encima del pueblo de abajo. O sea, que le apalearon los suyos. O los que habían sido suyos hasta que se casó y crió ovejas en aquel pueblo. Pero la cosa ya venía de atrás.

Los mozos de aquel pueblo nunca vieron bien que los mozos de los pueblos de al lado subiesen a cortejar a *sus mozas*. Normal. A nadie le gusta que le vengan a quitar *lo suyo*. Así que un día recibieron a los mozos itinerantes en la cantina y les dieron vino hasta reventar. El caso era que no solo les dieron vino...

Luego del tejemaneje bien urdido, y con varios mozos armados con palos, sentados muy cómodamente sobre herradas del revés, les mandaban salir de la cantina, se *pinaron* con los garrotos bien afianzados, y con el estómago lleno de vino ellos también, se formó en la calle un turullo del copón: les salpicaron garrotazos, patadas y lapos, hasta en los calcetines. Por tarugos. Después de semejante trato era lógico que buscasen venganza, y la vez que quedaron para saludarse de nuevo con madera, fue en la que el Serapio recibió una zaina de esas que hacen historia, pero no aparece en los libros.

Tal fue la *palotina* que recibió Serapio, que cuando después se daba la vuelta en la cama, se le pegaban las sábanas. Alguno dijo que solo le dejaron sano el lóbulo de una oreja. Y que si cerraba los ojos en la cama, le dolía el dedo pequeño del pie. ¡Cuánto no le *sascudirían*!

—Sí, Conradín, lo recuerdo.

—Pues ya está *recuperao*... y fui a verle, como me dijo..., no dirá quién le apaleó.

—Vaya..., lo suponía...



—Compréndalo, don Alfonso, tendrá miedo de que le vuelvan a zurrar... si habla...

—De acuerdo, Conri, gracias por el aviso.

Alfonso no tenía ninguna gana de entrar en las disputas de un pueblo con otro: esas cosas, mejor que las dirimieran entre ellos. Pero él era la autoridad allí, y encima era de uno de los dos pueblos en cuestión, por lo que debía de asomar un poco el hocico para que los vecinos viesen que actuaba.

En una zurra anterior a la que acabó con Serapio en la cama, albardándose con las sábanas, las cosas pasaron a mayores. Cuando quedaban para abanicarse, los mozos podían llevar algún palo y tirarse, antes de empezar, unas piedras. La mayoría de los mamporros se los daban con las manos y los pies. Pero no hacía mucho, cambiaron los puñetazos y las patadas por navajas. Y un navajazo no es un golpe en los *güevos*. Un golpe en los más queridos te hace perder el aliento mientras no puedes ni quejarte; un navajazo te puede hacer perder la vida. Son dos cosas muy distintas.

Por eso Alfonso había empezado a meter las narices en aquellas disputas entre pueblos. Por eso pidió como un favor a Conradín, que le preguntase a Serapio en cuanto mejorase, si en la gresca en la que le aplaudieron, hubo navajas.

Conri se fue de allí agachando un poco la cabeza, y con un modélico...

«Don Alfonso, hasta la vista...».

... y contento y satisfecho por poder hacerle un favor a alguien. Pero antes de llegar a la puerta del despacho, el guardia le preguntó:

—Conri... ¿estás bien? Te noto un poco... *estranquillao*...

—Sí..., veré, tengo un golpe tremendo en las costillas, aquí atrás —se señaló la espalda con la mano—, aunque ya parece que *sestá* pasando...

—Y ¿cómo te has hecho eso?

—Me caí... escavando patatas.

—Ya..., bueno, hasta la vista, Conradín...

Conri agachó la cabeza de nuevo al irse, mientras Alfonso le sonreía. Una sonrisa que mantuvo un minuto por lo menos. Un minuto, en el que pensaba:

«¿Quién cojones se puede caer de espaldas escavando patatas?... je, je, je..., Conri..., solo Conri es capaz de algo así... je, je, je...».

Sí, solo Conri era capaz de algo así. Alfonso se reía para sí con aquello, y le vino a la cabeza lo que le contó una vez a cuenta de haber tenido que ir a declarar ante el juez por culpa de una disputa, una gresca más de tantas, entre vecinos de ambos pueblos. El juez le preguntó a Conri, teórico testigo, sobre lo que había visto, y cuando se lo comentó a Alfonso, le dijo:

—*Ná*, don Alfonso..., ya sabe *usté* cómo son estas cosas, te andan con arrodeos y no sabes por dónde salir, me dice el juez... que haber si yo le he *provocao*... *estooo*... lesiones..., y le digo... que como no sé qué es esa palabra, que no contesto...

Alfonso se quedó mirando la copita de orujo, sin verla, jugueteando con ella con la mano, y pensando en la corta conversación que mantuvo con su visita anterior. Pensó que si pillara a alguno sacudiéndose, él sí que lo iba a sacudir después. Pensó en que si pillara a alguno metiéndose unas hostias con palos, él sí que les iba a dar madera. Y pensó que si llegara a coger a alguno de los mozos blandiendo una navaja en medio de una pelea, se la haría tragar. Y luego, que cague hierro dos días si hace falta.

Metió la mano al bolsillo del pantalón y sacó su navaja. No muy grande, algo gastada y deslucida ya. La abrió y pasó el pulgar por el filo. Arrugó el morro. Se dijo a sí mismo que la

tenía que dar una pasada al llegar a casa. Luego se la quedó mirando, abriéndola y cerrándola un par de veces, y pensando en el día que esa navaja había llegado hasta él. Uno de los días más especiales de su vida.

Con doce años cumplidos ya, Alfonso asistió, como todos los años, y como era ancestral costumbre, a la Rogativa de los Veinticinco Lugares. Aquel día no lo olvidaría jamás: su padre había sido el elegido para portar el pendón del pueblo.

El padre de Alfonso bajó con el pendón y con todos los vecinos, hasta llegar al lugar donde se reunían todos para la rogativa: la Virgen del Valle. Veinticinco pendones, seguidos de otros tantos pueblos, amén de varias cruces, y algún que otro santo, en procesión y porteados por los vecinos de todos esos pueblos, acudían hasta la milenaria ermita para dar las gracias a la Virgen. Algunos decían que comenzó aquello por la victoria en una batalla. Otros que se inició como una manera de agradecer a la Virgen la cosecha o para que no se echase a perder. Otros, para pedir una buena sementera, llegado el momento. Nadie sabía con certeza cómo comenzó la rogativa, costumbre perdida en los anales de la historia de la comarca. El caso era que, los veinticinco, se reunían por mayo, y todos los años, en un día memorable. Para muchos, el día más grande del año. Un día donde, tras la formal reunión eucarística, la alegría y la fiesta invadían la explanada exterior de la ermita.

Alfonso miraba a su padre, al punto de llegar casi ya, cuando este se giró y le miró. Al *chiguito* le pareció estar observando a un auténtico gigante. Enorme, sujetando como podía un inmenso paño grana, oro y verde, tratando de que la suave brisa no acabase con él y con el pendón en el suelo, sudando como si hubiese estado cavando en las tierras durante horas. Y le guiñó un ojo.

—Algún día, Alfonso, tú lo llevarás...

—Sí... sí, padre...

Alfonso siguió caminando al lado de su progenitor, como temiendo que alguien le pudiese arrebatarse a su padre el protagonismo en un día tan especial. Y cuando vio frente a la ermita toda aquella gente reunida, y muchos otros pendones y cruces, se apresuró en ponerse delante de él para abrirle camino entre el gentío. Y pudo ver cómo todos se apartaban para dejar pasar a su padre, con el pendón de su pueblo. Y sudoroso o no, sabía que su padre estaba más ancho que un perro sin pulgas.

Tras la misa, la comida y la romería, volvieron a casa. Pero, ahora, Alfonso llevaba en su bolsillo algo más importante aún que el pendón del pueblo. Aquello que le daba a cualquier *chiguito* la posibilidad de saltar de eso, de *chiguito*, a mozo: una navaja. Una navaja que le había regalado su padre mientras comían. Una navaja que cogió entre sus manos como si del mismísimo Santo Grial se tratase. No era para menos. Si su padre consideraba que ya tenía edad, y cabeza, para poder llevar una navaja, significaba que estaba comenzando a dar los primeros pasos para ser lo que todo niño quiere: un hombre.

Tener tu propia navaja te colocaba por encima de los que aún no la tuviesen. Pero no por el hecho de poder tenerla en sí, sino por lo que significaba. Las niñas nunca entendieron el porqué de tanta historia por un pequeño cuchillo que podía cerrarse y meterse en el bolsillo. Con doce o trece años, algunos, antes, se pegaban a ella como el polvo en una frente sudorosa. Y se las enseñaban los unos a los otros, con orgullo, para que los demás viesen que ya poseían una. Se usaba para todo: para jugar, para comer, para quitarse la mierda de debajo de las uñas, para pelar algún palo, para trabajar..., no existía mejor aliado en un joven mozo que su chaira. Y como se

hacían con una, por lo general, regalos de sus mayores, en la época en que las niñas de su misma edad tenían el primer *periódico*, comenzaban a sacar pecho ante ellas, con sus afiladas amigas en el bolsillo, con más chulería que uno de Bilbao, mientras las ya no tan niñas les miraban como las vacas al tren. Ellas nunca llegaron a entender del todo cómo era posible que se comportasen todavía como unos auténticos críos, cuando ellas ya podían, precisamente, tener críos. ¡Aaaayyyy, Dios...! ¡Aaaayyyy, diosito santo...! Bendita inocencia. Maldito el día que se perdió.

Si al cabo de los años, un hombre cualquiera comía aún ayudado por su primera navaja, siempre despertaba la admiración y la envidia, algunas veces sana, otras no, de los demás comensales masculinos. Poder enseñar aún con orgullo la primera navaja, muchas veces con la hoja más fina que un estilete tras las miles de pasadas para afilarla, les hacía a muchos retrotraerse a su niñez, y a ese maravilloso momento en el que, aún sin pelos en los *güevos*, habían dejado por fin de ser unos mocosos. Al menos entre sus iguales.

Otros maldecían para sus adentros, tras recordar que su primera navaja les había durado menos que un vaso de gaseosa fresca el día de la fiesta del pueblo.

La fiesta del pueblo.

La gente comenzaba la jornada levantándose con desgana, pues era costumbre, la víspera de san Cristóbal, invitar a panceta y chorizo a todos los reunidos. Y a vino. Y si bien no todos bebían vino, alguna mujer empujaba un chorizo con otro en la boca para no perder tiempo, tiempo considerado perdido si la tripa se llenaba de vino y no de comida, la posibilidad de cenar, pimplarse... y no soltar una perra, acababa con muchos bastante perjudicados bien entrada la madrugada. También se acercaba algún vecino de otros lares, pues era costumbre que quien apareciese por cualquier pueblo, el día de la *pancetada* del pueblo en cuestión, estaba invitado también al convite. Se hacía en todos los pueblos, y varios vecinos los recorrían con ganas de fiesta. Y esa fiesta... y aquel vino tan rico..., tan fresquito..., y sobre todo... gratis, acababa con muchos estómagos apaleados de beber.

La desgana mañanera del día de san Cristóbal no se quitaba con fruslerías: se quitaba con *galufo*... y más vino, pues había que estar en condiciones para poder asistir a la misa del santo. Las campanas sonaban una vez, y la gente comenzaba a prepararse: las mejores vestimentas salían aquel día del armario, y no las habituales de un domingo cualquiera. Había que estar encopetado, *elegantote* y deslumbrante, para el santo... y para que te vieses los demás. Con el segundo volteo de campanas, la gente se arremolinaba en las entradas de las casas, vestidos ya y metiendo prisa a alguna moza que se estaba retrasando más de la cuenta. Con todos ya fuera de casa y preparados, se subía a la iglesia. Con el tercer volteo de campanas, se entraba en el templo.

El santo, san Cristóbal, todo el año descansando en el pie principal tras el altar, había sido bajado unos días antes y colocado en una mesa con cuatro brazos para poder portearlo. Lucía más hermoso que ningún otro día del año, pues se adornaba con espigas y flores. Incluso el cura aparecía espectacular, pues nunca faltaba alguna mujer del pueblo que se ofreciese a lavar y planchar las ropas de los oficios divinos. ¿Y la iglesia? ¡Por supuesto! Cuando se preparaba al santo para la procesión por las callejuelas del pueblo, también se adecentaba y limpiaba el templo entre todos los vecinos. Bueno..., entre todos, es un decir... o más bien... mucho decir: siempre subían los mismos... o siendo más justos, las mismas. El corrillo de santurronas del pueblo, que si bien despellejaban a quien se pusiera por delante y de las que siempre había algo que contar, eran quienes, en realidad, se ocupaban de limpiar todo hasta que pareciese pulido. La verdad sea dicha, nunca se las agradeció del todo lo que hacían, llegando a bordar a mano telas y demás abalorios para que la iglesia estuviese magnífica el día del santo, escupiendo en la plata y

frotándola una y otra vez, hasta que su reflejo era más nítido que un espejo, y siendo casi siempre las únicas que seguían con cánticos, y bien alto, la homilía del cura.

Costumbre era, por alguna santurrona, llegar siempre tarde a la misa. Y nunca a tiempo para limpiar la iglesia. Entraban con el cura oficiando, y medio pueblo mirándolas y murmurando...:

—... míralas, las de siempre...

—... qué poca vergüenza, siempre las mismas...

—... el año que viene cierro las puertas...

... y sentándose en algún *güeco* de los que quedaban en los bancos de delante, los ocupados por las mujeres, pues algo casi mágico ocurría siempre en la iglesia el día de oficio: todas las mujeres se sentaban delante... y todos los hombres se quedaban detrás, en los últimos bancos, y como no había sitio para todos, muchos mozos y hombres seguían la liturgia de pie, mientras observaban a aquellas dos, que siempre llegaban tarde, abrirse paso con aquellos culos que tenían que tirar pedos de dos yemas. Y nunca mejor dicho, pues como la abundancia de carnes de las susodichas las hacía tener que esforzarse cada vez que la misa exigía ponerse de pie, al hacerlo, solían regalar a quien estuviese detrás unos efluvios sibilinos que no se oían..., pero que se sentían de cojones. ¡Y que no hubiese que arrodillarse! Un recado hediondo por genuflexión. Y como eran dos... pues a pares. Otras veces, las menos, al llegar los mencionados efluvios, hasta los penitentes del banco trasero, casi mártires, arrugaban el morro por las ventosidades anales, y aseguraban, murmurando entre ellos e incluso tapándose la boca por las arcadas, que alguna se tenía que haber hecho hasta sangre al soltar tremendo *cuescazo*. Pobres bragas. De poco valía que se quejasen las santurronas de que las dolía el zancajo, la corva o la cadera, tratando de quitar hierro al asunto. Hierro podrido, seguro, al igual que las tripas de las susodichas. Semejante pestilencia hacía que hasta las moscas se cayeran redondas al suelo y revoloteasen en círculos como locas. Era letal de necesidad. Por ganas, el cura habría dado misa con máscara antigás, y hasta Cristo habría brincado al suelo desde el hombro de san Cristóbal, saliendo por la puerta de su propia casa bufando, dando *abancones* de dos metros, y sin esperar a que el santo le siguiese. Un horror. Bueno, que eran dos...: dos horrores.

Terminada la misa, la procesión y el posterior convite del pueblo, convite para los vecinos y foráneos, en el que se conoce que alguno no tendría nada de comida esperándole en casa, y menos aún bebida, se retiraban a sus casas a comer. Era entonces, cuando se retiraban a sus casas, cuando solían ver al cura camino de alguna de ellas, al lugar donde se le había invitado a comer en un día tan especial. Una vez en casa, alguno comía por cuarta vez desde que se había levantado por la mañana. Y se cuasi mamaba por tercera vez. Si se puede... ¡será por comer y beber!

La sobremesa era más bien corta, a pesar de las ganas de cháchara de muchos de ellos, pues a media tarde llegaba algo que a muchos les encandilaba como si fuesen unos *chiguitos*: el juego de bolos. Con un cordero como premio para el ganador, el juego de bolos era con diferencia lo que más foráneos agrupaba en las fiestas de cualquier pueblo, mientras que algún vecino con algo más de dos dedos de frente se encargaba de los juegos para los guajes: carreras de sacos, carreras con una *cuchare* con un huevo encima, el juego del pañuelo..., pero no había nada, absolutamente nada, como chapuzarse para sacar unas perras del fondo de una palancana llena de agua, con la boca. Aquello no se lo perdía ningún guaje. Diversión a cambio de dinero para chuches. ¿Quién daba más?

Claro... que los juegos no solo gustaban a los *chiguitos*..., de modo que según se terminaba el juego de bolos, los mayores se cuadraban alrededor de una mesa para jugar a las cartas. Y si los

guajes chinchaban al perdedor, en el juego que fuese, los mayores también hacían lo mismo, solo que de una manera peculiar...

Un perdedor siempre ha sido considerado alguien inferior a uno mismo, por lo que tratarlo, aunque solo fuera durante un par de minutos, como tal, era algo más que una costumbre arraigada. Si el perdedor era inferior al ganador, compararlo con este, sería como comparar a una persona bien puesta y bien *plantá*, con alguien que no lo era tanto. Y alguien bien puesto, bien *planta*o y bien *cuida*o, no dejaría de estar siempre pulcro, limpio y vistoso. Vamos, un ganador. Al menos para sus ojos. Y una persona que dejase un poco de lado su aseo personal, no era del todo bien vista: ni allí, ni en ningún otro lugar. Ello, no evitaba que más de una mujer se asombrase de alguna otra que hiciese la colada en la fuente varias veces por semana, con el gasto innecesario de jabón de sebo que acarrearaba esa costumbre. ¡Menudas *gastaperras*! Vamos, que andar por ahí con más mierda que el palo de un gallinero, no estaba tampoco mal visto del todo, excepto los domingos y el día del santo. Pero no asearse podía traer consigo ciertos problemas, como, por ejemplo, criar liendres y piojos. Y hete aquí, que precisamente esto era lo que llamaban los ganadores a los perdedores cuando jugaban a las cartas: piojosos. Pero no lo hacían con la lengua, sino... con la uña del pulgar.

La manera más fácil de matar un piojo es tenerlo sobre una mesa y aplastarlo con la uña. Bien, pues de la misma manera que se aplasta a un piojo se gana una partida a las cartas, por lo que los perdedores en el juego de naipes tenían que soportar como los ganadores les chinchaban, como si fuesen *chiguitos*, haciendo como que aplastaban a un piojo sobre la mesa. El perdedor tenía que soportar aquello, la señal inequívoca de que había perdido, teniendo que esperar a una próxima partida para devolver el *saludo* a los contrincantes.

Pasadas unas horas solía montarse la fiesta en la era, incluso con algunas luces para cuando llegasen la noche y el baile. Los *mocitos* no dejaban la oportunidad de subir si querían divertirse, pero... si hacía viento, era genial: festejo asegurado.

*Chiguitos* y *mocitos* deambulaban sin rumbo entre sus mayores, pero procurando estar bien cerca del hombre que venía con aquel tenderete de golosinas y juguetes: caramelos, barquillos, pipas, carracas, *chiflitos*... Y claro, si el cierzo era fuerte, algunas veces le tiraba la pequeña mesa plegable en la que hacía su negocio el *golosinero*, enredándose en un santiamén entre sus piernas docenas de manos hurtando el regalo del viento. Alguna, de mujeres muy encorvadas y vestidas de negro, pues ni la edad ni el luto impiden pecar de gula, y no es robar coger algo tirado en el suelo cuando el dueño corre tras algún *chiguito*, camino de la tapia del camposanto. Total..., también faltaban más gallinas de los corrales del pueblo cuando venían los gitanos, que las que robaban los propios gitanos. Y cuando regresaba de su carrera, aquel pobre hombre, todas las golosinas las habían cogido siempre los niños..., del mismo modo que la falta de todas las gallinas, era siempre obra de los gitanos. Curiosos hombres y mujeres, los gitanos, que parecían tener un olfato especial para aparecer por el pueblo cuando el veterinario había dado la orden de enterrar a algún gocho con triquinosis: enfermo, el porcino, o no, lo desenterraban, lo limpiaban, lo asaban, y se lo comían. Y nunca les pasaba nada. Estómagos de acero los de esos *calcatrêbedes* y maleantes, según los *aceitunas*. *Aceitunas* que también se dejaban caer por el pueblo el día de la fiesta, para evitar, decían, que alguno se propasase. Para eso ya estaban ellos allí, pues se quitaban los orinales y comían y bebían como si hubiesen cambiado a la Pilarica por san Cristóbal, cumpliendo a rajatabla la ley del pueblo, la ley del pobre: reventar antes que sobre. Es normal que luego, alguno se *gomitase* por zampón, haciendo poco caso a si la gente se propasaba o no. No se puede estar en misa y repicando.

Con los bolsillos llenos de confites y peladillas, los *mocitos* dejaban la fiesta a un lado y se escondían de sus mayores, pues ya casi lo eran, y del mismo modo que los mozos de verdad ahuecaban el ala con alguna moza, con la esperanza de hacer algo más que tocar... pelo, ellos apretaban también el *culete* de impaciencia, pero para poder sacar pecho entre sus semejantes, y no para jurar amor eterno y efímero a una moza.

Los *mocitos* quedaban, con sus nuevas y deslumbrantes navajas, y se las enseñaban a los demás. Algunas más bonitas que otras. Algunas más grandes que otras. Todas con dueños que creían tener los cojones más gordos que el de al lado. Aunque los tuviesen la mayoría del tiempo metidos aún en la tripa, y no bajo la chorra. Por ello, envalentonados, ya que las gaseosas solas habían dado paso a vino con, precisamente, gaseosa, decidían jugar con sus nuevas y relucientes adquisiciones.

Jugaban los, hasta hacía nada, niños, con sus navajas, tirándolas al suelo y tratando de clavarlas. Por turnos. Y el juego consistía en clavar tu propia perica en el suelo, intentando desclavar alguna de los demás. Incluso llegaron a jugarse sus tesoros, acabando con algún nuevo mozo, llorando como un bebé al perder la preciada talega que se recogía sobre sí misma. Pero se cuidaban muy mucho de encontrarse para estos juegos, cuando no los vieses los guardias, pues si les pescaban, todas las hojas acababan capadas. Quedaban cuando los *aceitunas* ya estaban pidiendo más vino en arameo, y hablaban entre ellos tartamudeando, como si arrastrasen el portugués y el inglés a la vez. Hombres cultos estos *aceitunas* bebidos, sí señor.

Pero no todos los *aceitunas* se emborrachaban, para desgracia de los *mocitos*. Uno que no hablaba mucho, y que bebía algo menos que los demás, solía andar al loro, y como siempre llevaba unas tenazas en el bolsillo, si veía a alguien haciendo el tonto con las navajas, las cogía como si nada, sesgaba la punta a unos dos centímetros, y se las devolvía *esquilabradas* a los dueños, que sentían que les habían cortado también una parte del alma. ¿Por qué cojones no se mamaba ese cabrón? Malo, listo y zorro como el que más. El mismo que si veía a algún *chiguito* luciendo su habilidad con la bicicleta, pedaleando sin aferrar el manillar con las manos, les daba el alto, desmontaba el manillar con *la inglesa*, y les decía:

—¡Ale!... ya puedes seguir andando. ¡Hila! ¡Cuidao con las curvas!

Alfonso sonreía mientras recordaba todas aquellas cosas en su mente. De manera bastante clara, a pesar del orujo. Vivencias como las de cualquier otro que se hubiese criado en su pueblo.

Pasó de sonreír, a reírse abiertamente a carcajadas. Una risa que no tenía maldad, sino que sonaba envuelta en nostalgia. ¿Quién no puede llegar a sentir algo así, cuando recuerda las cosas vividas en los momentos pasados, momentos buenos, que se agolpan en la mente de los hombres? ¿Quién?

La risa se le cortó de cuajo cuando entró Fidel con los *Jeje*. Por su mente, un pensamiento:

«Por la mañana..., un infierno. Por la tarde, el calvario».

Sin saberlo aún, su pensamiento había dado en el clavo.

## Capítulo XIII

Alfonso se bebió la copichuela de un trago, y esperó que la tarde le deparase un poco de sosiego, un sosiego que no llegaría. Como previniéndole de lo que se le venía encima, un par de granizos, duros como *cucos* a medio cocer, golpearon en el alféizar de la ventana y entraron dentro del cuarto de los interrogatorios. Rebotaron por el suelo, mientras Fidel se apresuraba a *volver* los cuarterones.

«¡Joderrr..., lo que faltaba...! ¡Con el bochorno que hace!», pensó Alfonso.

Apenas se desmenuzaron un poco tras pegar en el suelo. Con la ventana cerrada ya, y los *Jeje* sentados de nuevo frente a su superior, Fidel miró a Alfonso. A este le pareció que le habían golpeado dos de los granizos en los ojos. Y cuando le quiso increpar por ello, la puerta se abrió y la Angelines se dejó ver:

—Don Alfonso, que si no me requiere para nada más... me voy a acercar a *ca* mi hermana, que tiene al pequeño algo pachucho...

—Sí, está bien..., puedes irte —contestó el guardia.

—Con su permiso —respondió la cocinera.

Antes de cerrar la puerta, la Angelines se dirigió a Fidel:

—¿Algún *recao pa* tu madre?

—No, Ange, gracias...

Pero mientras esperaba la respuesta del *polilla*, la cocinera miraba a Alfonso. Y este, a pesar del orujo ingerido, y de que no se encontraba precisamente de buen humor, tuvo que soportar que la Angelines se marchase cerrando la puerta con media sonrisa en la cara. Una sonrisa que conocía bien. Una sonrisa de desprecio, maquillada con una leve inclinación de cabeza. Ginés también lo vio, y le dijo a Gabino en voz baja:

—Es capaz de bajarse las bragas a pedos —miró hacia la puerta entreabierta—, no tiene cojones la Angelines ni *ná*...

Las palabras de Ginés hicieron volverse a Alfonso. Por un momento, le pareció que todo el mundo se estaba confabulando contra él. Bueno..., no le importó mucho: ya se ocuparía de ella al día siguiente. La diría que habían encontrado a otra cocinera, mejor y más joven, y todo solucionado. Y mientras pensaba en lo cacho puta que era la jodida Angelines y mascullaba lo que disfrutaría al día siguiente mandándola a paseo, lejos del cuartel, pensó que de quien se tenía que ocupar ahora era del Gabino y de su narración. El pequeño de los *Jeje* continuó donde lo había dejado por la mañana, sin que Alfonso le apremiase a ello.

Un buen rato después de la pequeña conversación entre Gabino y Ginés, donde ambos aseguraban haber oído la noche anterior balar a la Cabra, llegaron a la casa de Modesto. No entraron. Se quedaron mirándole por una ventana mientras el cura se dirigía de un sitio a otro, dentro de la vivienda. Doblaba algo de ropa y la guardaba, *arrampaba* con unos rebojos que metía en una bolsa para darle a la burra o a alguna vaca, ordenaba unos libros, quitaba unos santos alamares y chismes de curas del *estaribel* de la pared, los pasaba un trapo y los volvía a colocar, comprobaba algunos quiciales de las ventanas (se conoce que confianzas en la gente, las justas), nada fuera de lo normal. Y, tras un rato observándole, y sin haber pensado siquiera si estaba su hermana con él dentro o no, los *Jeje* llamaron a la puerta, tras mirarse y asentirse, no sin antes quedar de acuerdo en que le abordarían de manera lo más amable posible. No querían que un angustiado Modesto gritase asustado creando un turullo del copón, y que esas voces alarmaran a algún vecino o transeúnte. Por pocos que pudiesen haber allí.

El primero que entró fue Gabino. Al cura, aun pareciéndole una hora muy poco ortodoxa para una visita, tampoco le extrañó del todo: otro polvoriento *zanguán* que le iría a pedir dinero, seguro. Pero antes de cerrar la puerta, un pie le impidió hacerlo y, al abrirla de nuevo, se le cuajó la leche de los testículos al ver a Ginés.

Ginés entró en la casa despacio, mientras Modesto le miraba con cierta chulería, apretando el *culete*, y esforzándose en parecer amable. ¡Como *pa* no hacerlo...! ¡Con la cantidad de dinero que le tenía que pagar Ginés! Pero le recibió con cierto recelo, pues esa misma tarde había estado en su casa y le había dado a su mujer el contrato de compra de las tierras del *cárcabo*. *Redondeo* incluido.

El cura les animó a que se sentaran y a que le dijeran a qué habían venido. Los *Jeje* actuaban como unos actores profesionales, asintiendo todo lo que les decía el párroco, y mientras hablaban con él de cosas mundanas, giraban la cabeza con disimulo y trataban de situarse dentro de la vivienda. Incluso de forma casual, durante la conversación, mientras Modesto les sacaba un poco de orujo, del malo, del que se usaba para hacer orejuelas, les comentó que estaba solo en casa y que su querida hermana no vendría hasta el día siguiente. Perfecto.

La pequeña cháchara se alargó en el tiempo durante más de media hora: que qué bueno estaba aquel orujo..., que se lo habían dado unas monjas, benditas ellas, porque como eran mujeres no lo podían beber, que si ya que le daban ese orujo también podrían darle algo para poder ofrecer a su querida hermana..., que las dio las gracias porque le habían dado unos dulces también... para ella..., que un *chiguito*, un pordiosero, le había pedido limosna por la mañana, y que le había dicho que lo que tenía que hacer era trabajar y dar él algo de limosna a la Iglesia... A Modesto le gustaba hablar y tratar de llevar la conversación hacia su tema favorito, y al de casi todos los hombres: él mismo. Y terminó intentando hacerles ver a los *Jeje*, que si hubiesen estudiado y hubiesen procurado cultivar la mente, además de las tierras, ahora estarían tan bien posicionados como él. O, bueno..., quizá no tanto, pero seguro que mejor de lo que estaban ahora.

Aquello, por supuesto, les exasperó. Gabino y Ginés se miraron y decidieron que ya estaba bien de mostrarse amables. Sin pasar a las manos, no era el momento aún, y todavía sentados, fueron poco a poco elevando la voz hasta que la sala parecía una tasca de pueblo.

Intentaron hacer ver al cura que ellos no habían estudiado porque ni pudieron, ni quisieron. Pero dejándole claro también, que aunque hubiesen podido escoger estudiar o no, ellos habrían elegido trabajar las tierras. Pero, Modesto, lo que insinuaba de verdad con aquellas palabras, era meter a todos los demás hombres de los pueblos dentro del mismo saco: no habían estudiado por



dejadez, vagancia, falta de entusiasmo y criterio..., y que se podía convivir haciendo las dos cosas, es decir, trabajar y estudiar.

Si bien no estaban en total desacuerdo con los razonamientos del cura, sí que lo estaban al querer convencerles de que todos eran iguales. Gabino le dijo que aquello estaba muy bien, sí, pero que en cualquier casa de cualquier pueblo donde se arrimase, desde el más mayor hasta el más pequeño de los *chiguitos* le harían ver que lo que de verdad importaba, el pensamiento primigenio que tenía cualquiera allí, era poder llenar el plato a las horas de las comidas. Y si para hacerlo había que escavar patatas durante horas, y esas horas, evidentemente, habría que quitárselas al estudio, habría que peinar la zona diez veces antes de encontrar a alguien que pudiese estudiar, y no trabajar. Que pudiese... no que quisiese.

Nada, absolutamente nada hacía a cualquier padre o madre mirar a sus hijos más orgullosos que poder ver cómo crecían sanos y fuertes. Sanos y fuertes... y convertidos en unos hombres de bien. O mujeres de bien.

Para las féminas solía ser algo más sencillo, solo algo, pues bastaba con encontrar a un hombre, a un buen hombre, y formar una familia. Los hombres solían delegar, los consejos que se les daban a las hijas, a las madres, que para eso las habían parido, y nada mejor que una madre para hacer ver a una hija lo que tiene que hacer para ser una buena mujer. Y una buena madre. Y no estaban solas en esto, pues las abuelas tenían siempre algo que decir también.

Los hombres, sin embargo, debían demostrar que eran eso: hombres. Y para demostrarlo no valía con intentar ser uno bueno entre ellos: tenían que medrar con cabeza, tenían que trabajar sin desmayo, no es que las mujeres no lo hiciesen, ni mucho menos, y tenían que apretar las tripas cada día si querían sustentar a la mujer y a la prole como fuere. Es decir, comportarse como un hombre se supone que debe hacerlo. Sin quejas. Sin historias. Sin oír de su boca lamentos ni bobadas. Mascullando su mala baba para sí, día tras día, en forma de *palabrostias* mezcladas con polvo de las tierras, solo tragadas con orujo, vino y sudor. Sin esperar nada a cambio, nada, excepto el respeto que se suponía que su familia debía de tenerle por lo que hacía:

Llenar el plato. Casi nada.

Un milagro diario sin estar beatificados. Un milagro de tripas y coraje. Un milagro que exigía un precio a cambio. Un precio que estaban dispuestos a pagar por lo que traía con los años: orgullo en los ojos de tu padre. Orgullo en los ojos de tu madre. Orgullo en los ojos de tus hijos. Orgullo en los ojos de tu marido. Orgullo en los ojos de tu mujer. Orgullo, sea hombre o mujer, de haber tenido cojones de sacar una familia adelante.

Y el precio..., ese maldito precio... había sido para muchos tener que olvidarse de estudiar, o lo que era peor, olvidarse de dar estudios a sus hijos porque la situación no lo permitía. Con los supuestos beneficios que ello le traería en el futuro, pues... ¿a qué padre o madre no le gustaría tener entre sus hijos un médico, un abogado, un arquitecto, un político de peso, un educador o un militar de cierto renombre? Y a lo que muchos renunciaron, no todos, pero sí muchos, con pena, por darse de bruces con la apremiante, cruda y dura realidad: trabajar para poder comer. Para comer ese día, y no al siguiente. Olvidándose de que trabajar las tierras no daba dinero, no al menos el suficiente, y dejaba a cambio un cuerpo molido y despedazado. Pero también... una patata en el plato. Una patata que bien podría haber presidido todas las plazas de todos los pueblos del mundo, todas, pues ningún alimento eliminó, jamás, tanto el hambre en los hombres. En los hombres y en sus hijos. Bien merecería este pobre y humilde tubérculo, muchas veces menospreciado y vilipendiado por los ignorantes, un monumento en cada lugar en el que se vanagloriase y recordase algún logro conseguido por los hombres. ¿O merecen ponderarse por

encima suyo los generales y reyes que llenan de monumentos ecuestres las plazas de los pueblos? La pobre y mediocre patata había conseguido mucho más que cientos de victorias en batallas sin sentido: había vencido al hambre... ¡al hambre, por Dios santo!, junto con el sudor de la frente de muchos y, eso... eso, sí que es una victoria.

Y para conseguir esa patata, sin importar una mierda si merecían ser immortalizados sobre un caballo, los hombres se deslomaban para ganarle al hambre otra jornada. Para ganarle al hambre un día más. Para mirar al cielo y sonreír de placer, por el deber cumplido. Para llegar a casa por la noche y poder ver a los hijos cenando, aunque fuese poco. Para sentirse hombres. Hombres de verdad. Para poder mirar a Dios a la cara y hacerle ver que eran mejores que él, pues los milagros de Dios nacen de su poder, y los milagros de los hombres nacen... en sus cojones. Y todo, pobres. Con un par. O dos.

Y sí. Había que sudar y trabajar como un perro para poder comer. Para que tus hijos pudieran hacerlo. Para que ellos pudieran un día hacer lo mismo: dar de comer a tus nietos. Olvidando sueños de juventud a cambio de hacer lo que un hombre se supone que tiene que hacer. ¿Hombres... o milagro? Cojones. Punto.

La acalorada discusión, dentro de unos cauces relativamente formales, acabó con Modesto enfadado por tener delante a unos feligreses que le llevaban la contraria. Irritado, se calló. Y los *Jeje*, más Gabino que Ginés, al ser él quien estaba en ese momento llevando la voz cantante, también lo hicieron.

Miraron entonces al cura, que más resentido que otra cosa por no haberles hecho callar, y más aún por estar en su casa, les miraba con ganas de excomulgarlos. Y no pudo más. Al fin, estalló: lo que los *Jeje* buscaban. Y tratando de parecer sereno, difícil, pues cada vez que, al hablarles, cerraba los párpados, a Gabino y Ginés les parecía que un martillo golpeaba en un yunque, les preguntó que a ver a qué cojones habían venido:

—Creo que debemos volver a discutir el precio de las tierras del *cárcabo*.

Las palabras de Ginés hicieron que Modesto apretase el culo. Si no fuese por estar vestido, las nalgas hubiesen parecido piedras, más prieta la una contra la otra que si las juntara un remache de un submarino.

Gabino continuó contándole a Alfonso que, tras la discusión posterior sobre ese tema, pasaron a insultarse. De los insultos pasaron a las manos. Y que mataron al cura en un arrebato de rabia que, propiciado por el orujo ingerido durante toda la tarde en casa de Ginés y en la casa del cura, hizo que se propasaran a la hora de darle un buen golpe... y acabar así con él de una vez.

Alfonso miraba a Gabino. Lo hacía como un padre o una madre espera a que un *chiguito* confiese que ha sido él, y no su hermano, quien se ha comido a cucharadas el bote entero de miel que dejó encima de la trébede. Intentando hacerle sentir culpable, pero esperando que madurase lo suficiente como para que cayera del árbol de una vez. Él solo. Y no es que no creyese la versión de Gabino, pero llegados a este punto, levantó la mano para hacerle callar:

—No me lo trago.

—¿Cómo dice..., señor...? —contestó Gabino.

—Que no me lo trago. Aquí hay algo que me *güele* a chamusquina.

—Don Alfonso, le aseguro que...

—¡Calla la boca, hostia! *Tol* puto día explicándome con pelos y señales lo que pasó... y ahora despachas la muerte del cura como quien saca al perro de casa. ¡Llevamos horas pelando la pava,

joder! ¡Mírame, hostia! ¡No *tagas* el *aberolao*, cabrón! ¡Y cierra la boca, que pareces un puto papamoscas!

Gabino no supo qué contestarle, y cerró la boca. Es cierto, la había tenido abierta como una cosa tonta desde que le cortó Alfonso. Se giró un poco y miró a Ginés. Y el mayor de los *Jeje*, mirando al suelo en vez de a los ojos de su amigo, le habló:

—Erre que erre. Te dije que no saldría bien.

—Sí, pero tenía que *intentalo*... —contestó Gabino, que miraba ahora también al suelo.

—Lo sé... —le contestó Ginés.

Alfonso echó un poco de orujo a Gabino y le acercó la copa. Le asintió. Procurando mostrarse cabreado, apenas pudo disimular que la jugada le había salido de perlas.

Durante todo el día, el pequeño de los *Jeje* había relatado lo ocurrido haciendo hincapié en detalles irrisorios. Detalles nimios. Muy poca cosa, pero que él, a pesar de encontrarse un poco menguado, no había pasado por alto: que Juan, el cantinero, había sido quien había entrado a buscar en la cantina a Ginés cuando vino su mujer; que la partida del tute estaba a punto de terminar, dando incluso el número de juegos de cada pareja; el escupitajo que tiró Silvano a las ascuas, antes de ser el primero que se uniría a Ginés para matar al cura; el enfado del vecino, el Desviao, conversación incluida...

... y todos estos pequeños detalles se habían sucedido en el relato, intercalándose, entre otros no tan nimios: que la cantina estaba ese día atestada de *chiguitos* a primera hora; que las partidas de cartas quedaron a medias por acudir todos a casa de Ginés; que se discutió la posibilidad de que más de uno acompañara al mayor de los *Jeje* a matar al cura, pero que fueron solos...

Estos últimos, más que detalles, eran sucesos ocurridos sin discusión: Alfonso lo sabía. Lo sabía, porque desde que mataron al cura, y se encontró su cuerpo, y hasta que se entregaron los *Jeje*, indagó en el pueblo.

Los vecinos, recelosos, se mostraban lo suficientemente imparciales cuando narraban los sucesos. Al menos, lo suficiente como para que Alfonso no dudara de ellos. Sí, con cierto recato y queriendo atender a las vacas antes que atenderle a él, y eso que se suponía que a la Guardia Civil se la tenía pavor, pero varios le contaron lo que aquel día ocurrió. O su versión, al menos. Y en las versiones de varios de ellos, los detalles no tan pequeños se habían repetido, uno tras otro. Y vecino tras vecino. De modo que cuando Gabino hablaba, y lo que le decía coincidía con lo que ya sabía Alfonso que había pasado, corroboraba que le estaba contando la verdad. Estaba convencido de ello.

Además, Alfonso estuvo presente el día del levantamiento del cadáver, y aprovechó la ocasión para comenzar las pesquisas. Y fue allí donde anotó mentalmente datos para su investigación, como las supuestas herramientas que habían llevado como armas para acometer el *curicidio*.

Pero cuando entre los sucesos narrados, Gabino intercalaba aquellos pequeños detalles, no le quedó ninguna duda de que lo que relataba, el pequeño de los *Jeje*, era cierto. Y contado además, por uno de los que estuvieron allí. De los que estuvieron allí... y le mataron, ¿o no?

Despachar la muerte, aquella muerte, además, por cómo encontraron el cadáver, y de aquel cura precisamente, con lo que le odiaban todos, de aquella manera..., obviando detalles y queriendo pasar página cuanto antes, no contando siquiera cómo lo mataron... No. Alfonso había pasado jornadas interminables en aquella mesa. Tantas como para saber si un hombre le mentía o no. Al menos con bastante certeza. Y desde después de la acalorada conversación con Modesto sobre el estudiar y trabajar..., Alfonso creyó ver diluirse la veracidad del relato de Gabino. Y

como el cabrón se las sabía todas, le atacó. Y Gabino..., bueno, pues se acojonó... y se lo puso en bandeja al guardia.

Mientras Gabino bebía el orujo que le había servido Alfonso, este miraba a Ginés, que sonreía con condescendencia a su amigo y se giró para mirar al guardia de la mesa. Y seguía con la sonrisa en la boca cuando le habló. Lo hizo muy seguro de sí mismo:

—Te dije... que yo maté a ese puto cantamisas de los cojones...

—Bien —contestó Alfonso—, pues necesito que me cuentes qué es exactamente lo que pasó.

—Lo haré —Ginés borró la sonrisa de su cara—, pero con una condición: Gabino se va a casa a la noche... y sin cargos.

—¡Já...! No me toques los cojones, ¿eh?... y si no... ¡¿qué?!

—Si no... explicarás al juez que la Cabra mató al cura.

—¿Testás quedando conmigo? —Alfonso le dijo esto, más contrariado que enfadado.

—No. No te miento...

Ginés miraba al guardia, muy serio y dejando claro que no estaba tirándose un farol.

—... y para que veas que confío en que lo harás, no necesito que redactes ningún documento. Dejas que se vaya y ya está. A cambio... me tendrás a mí.

Fidel miraba a los hombres de la mesa mientras sonreía para sus adentros. Uno de ellos había conseguido lo que casi nadie, nadie al menos que él supiese, se habría atrevido a hacer jamás: chantajear a Alfonso. Es cierto que el propio *polilla* lo había hecho hacía tan solo un rato, pero tener los arrestos de hablarle así a su superior, sin un uniforme puesto, solo estaba al alcance de los hombres de verdad. De los hombres de verdad... y de aquel que fuese el portador de la veracidad de los hechos. Ya no tenía ninguna duda: Ginés mató a Modesto. ¿Y Gabino...? Parte de los pensamientos de Fidel moraban también en la cabeza de Alfonso.

Saber que Ginés le contaría la verdad, era un dulce demasiado sabroso como para dejarlo caer de la boca. Y sentirse como un títere durante unas horas, a cambio de poder sacar pecho, redactando un informe exhaustivo y pormenorizado de los hechos acontecidos, le hizo ablandarse un poco. Sin embargo, no quería que el *Jeje* creyese que le podía torear, de modo que le contestó:

—¡Tira, habla de una vez y ya veré si dejas que se vaya o no...!

—Lo harás —le contestó Ginés—... lo harás...

—Jé... ¿tan seguro estás...?

Alfonso vio cómo Ginés le miraba, con decisión y serenidad, ahora un poco encimado en la mesa. Casi le acojonó.

—Tan seguro como de que mañana vuelve a salir el sol. Puedes apostar por ello.

## Capítulo XIV

Ginés cogió el tabaco de Alfonso sin pedirselo. Tampoco hubiera hecho falta. Tras liar un pitillo, se sirvió media copita del Fuego de Andrés. De nuevo, tampoco tenía que pedirle aquello al guardia. Fidel, sin darse cuenta, se arrimó dos pasos para poder oír mejor al mayor de los *Jeje*. Dos caladas, un sorbo que apenas le llegó a mojar los labios, era un hombre que sabía beber orujo..., y comenzó.

Comentó, sin extenderse demasiado, todo lo que había contado Gabino hasta que llegaron a la casa de Modesto. Apenas veinte minutos de narración, en los que no hizo falta que se explayase en detalles. Ya lo había hecho Gabino por él. Dejaba apagarse el cigarrillo mientras hablaba, y volvía a encenderlo, cuasidistraído, dando así muestras de que lo que le contaba no era del todo importante. Solo se detuvo un momento, para hacerle ver al guardia que la cifra de compra de las tierras del *cárcabo* era cierta. Y la *pequeña* modificación del cura. El resto: esto fue así..., aquello fue *asao*... y terminó el pitillo cuando se suponía que habían comenzado a discutir con Modesto. Aquí sí que se calló y miró al guardia. Le sostuvo la mirada sin pestañear, hasta que lo que le soltó, casi podría decirse que sonó como un bofetón en el aire:

—¿Has ido últimamente a ver a tu padre?

Alfonso miró extrañado a Ginés, tras una pregunta tan fuera de lugar en esa conversación, y justo, además, cuando se suponía que le continuaría contando la verdad, donde lo había dejado Gabino.

—¿Cómo dices...? —le preguntó.

—Pues... pues eso —volvió a interrogarle Ginés—... si has ido a ver a tu padre. Yo, sí.

El guardia tragó saliva y quiso que la tierra se lo tragase. No tenía ni repajolera idea del porqué de aquella pregunta, pero si Ginés buscaba incomodarle, más aún, lo había conseguido. Y lo había hecho, además, con maneras formales, pues no le notó irónico ni nada por el estilo, pero si le preguntaba por su padre en una conversación tan fuera de lugar, tenía claro que Ginés buscaba *envolverle*. Buscaba llevarlo a su terreno. Un terreno muy resbaladizo para el guardia, y una oportunidad de oro para Ginés de apuntarse, ahora él, un tanto con Alfonso. ¿O era ya el segundo tras hacerle tragar que si le contaba lo ocurrido, Gabino sería libre?

—No... hace un par de meses... o más, que no voy. —Alfonso no mintió. Tal vez podría haberlo hecho, pero mentir sobre la tumba de su padre... no.

—Yo, sí. Subo a menudo.

—Ginés, ¿podrías dejar *eso* y seguir con lo nuestro..., por favor?

Fidel y Gabino se miraron sorprendidos. ¿Alfonso pidiéndole algo *por favor* a Ginés? Es más, ¿pidiéndole algo *por favor*... a alguien?

Sabían ambos, tanto Fidel como Gabino, que las tumbas de los padres de Alfonso y Ginés estaban juntas. Sabían los dos, que aquellos hombres habían muerto hacía unos cuantos años ya. Y sabían también, como mucha gente, que los mataron en la guerra. Pero lo que no sabían, era la historia que encerraban aquellas dos tumbas juntas: una historia capaz de hacer aflojar el lazo que une las flechas sobre el yugo. Capaz de cambiar la hoz y el martillo por pan y vino.

La política nunca importó en demasía a los hombres del campo. Solo perjuraban si esa política sacaba leyes que les hacían aflojar el bolsillo. Si no era así... les daba igual tronchos que berzas. Seguro que a los de *ciudadá*, también, sí..., pero... en la España del águila sobre la *rojigüalda*, la política *formal* había dado paso a una bota que aplastaba el cuello a cualquiera que se saliese de la línea marcada. Una bota que trataba a los hombres, según su pie, de forma desigual: podías calzarla, y podías andar con ella. Si te la ponías con gusto, sentaba la mar de bien. Si te obligaban a ponértela, apretaba hasta que ya no podías andar.

Esa política, vestigio putrefacto del mayor sinsentido creado por los hombres, obligaba a estos a andar más derechos que la chorra de un recién casado. O, mejor dicho, a posicionarse como ella, pues los *miembros* de los hombres siempre tienden a *torcerse* hacia un lado. Como su cabeza. Y si por su cabeza no pasaba la idea de calzarse aquella bota, significaba que se la tendrían que poner. Y si apretaba, a joderse.

Al término de la guerra civil española, una carrera por implantar qué calzarse uno, España calzaba aquella bota. Hombres, mujeres y niños. Una bota reluciente y brillante que había aplastado a una alpargata rota y vieja. Con ninguna de las dos se hubiese sentido a gusto la mitad del país, de modo que aquellos que ganaron la carrera, obligaron a los otros a calzar como ellos. Justo o no, algo lógico.

Un día, en aquella *carrera*, tuvo lugar una *etapa* dentro de la misma. Una *etapa* que marcaría un antes y un después en aquella *carrera*. Una *etapa* llena de gloria para unos, y de palmaditas en la espalda sin laureles para otros. La mayor vergüenza de España en todo el siglo:

La batalla del Ebro.

Nadie ganó aquella *etapa*. Nadie ganó al final la *carrera*: todos perdieron. Todos perdimos. Incluso los nonatos.

Desde el día de Santiago, del treinta y ocho, y durante meses, media España se batió el cobre con la otra mitad, para sonrojo de las milenarias aguas, en uno de los mayores símbolos del país: el Ebro. Seguro que si hubiese podido, se habría largado de allí, antes de verse encarnado con la sangre de miles de inocentes. Inocentes, sí, pues los que dirimen realmente sus disputas en una guerra, siempre, no casi siempre... ¡siempre!, indicando a los demás cómo tienen que actuar según qué, suelen tener el estómago lleno... y discuten estrategias ahumadas entre puros y bañadas en brandy. Que se maten los pobres, total, es para lo que valen. Y si al final a ti te quedan más pobres que a mí, tú ganas.

Pero, ocurre, que esos hombres sentados en un cómodo sofá, hombres... ¡já!... fumando y bebiendo, saben hacer bien su trabajo. ¡Joder si saben! E inculcan, a fuego y sangre si hace falta, sus ideas en los demás.

Y ocurre también, que el pobre que no tiene muy claro si calzar una alpargata o una bota, suele tener también la cabeza, alpargatada y embotada. Y según en qué círculos suela andar, con quién se suela relacionar, y según lo vacía que tenga la cabeza, está dispuesto a calzarse una alpargata o

una bota, siempre y cuando crea que la ha elegido él. Y no se da cuenta de que lo que mejor podría hacer sería balar y pacer, pues solo es un miembro, uno, de un rebaño. Y al igual que las ovejas, balan y se asustan en cuanto aparece el lobo, vista este botas o alpargatas. Y una vez los hombres del sofá han dado unas botas o unas alpargatas a las ovejas, estas se las ponen, ¡faltaría más! Y a todo aquel que no calce como ellos, *cachabazo*. Y en el grandioso Ebro, orgullo nacional como pocos, se juntaron muchas ovejas calzadas con alpargatas para descalzar a las que llevaban botas. Y aunque descalzaron unas cuantas, meses después eran las ovejas con botas las que se llevaron el gato al agua... o, mejor dicho, las que hicieron que los señores del sofá volviesen a llenarse el vaso de brandy. Al menos, los dueños de las botas de las ovejas. Sí, es cierto, España siempre ha sido un país donde la oveja que más razón tiene es aquella que bala más fuerte. El portal de un edificio enorme donde hay una portera por piso, muy lumia, ávida de hacer ver a las demás que la que allí manda es ella. Un portal donde cualquier portera cree que puede abrir la puerta principal, esté o no el sereno. Un país, donde las ideologías enfrentadas pueden hacer matar a los hombres. Matarse entre sí. Media España a la otra mitad. No es vergonzoso: es lamentable, patético e infumable. Una mierda.

Pero de entre esa mierda, cual ave Fénix, puede y debe surgir la naturaleza humana que todos los hombres poseen. La cualidad que hace que un hombre pueda diferenciarse de una oveja. Incluso del lobo. Y, por supuesto, de nuestros amigos del sofá. Y, por suerte o por desgracia, para bien o para mal, esa naturaleza surgió también en el Ebro, en el treinta y ocho.

Se dice, que con dos gotas de sangre, y un rayo de sol, hizo Dios una bandera y se la dio a un español. Pero también, que con dos *güevos* enormes, y un poco de cabeza, pueden y deben los buenos hombres actuar sin vileza. Y en el Ebro hubo de todo: sangre, sol, españoles, cojones, cabeza, buenos hombres, sí, buenos, y actos de bondad. Aunque no parezca creíble.

El padre de Ginés siempre se distinguió por ser un hombre con unos cojones a prueba de ladrillazos, pero el de Alfonso no le iba a la zaga. Aun pasando de los cuarenta, tuvieron *güevos* de hacer lo que debe hacer un hombre, atender a la familia y dejar las disputas sobre quién debería de dirigir España, a los que quisiesen hacerlo. No alistarse como voluntarios al comienzo de la contienda no quería decir que no tuviesen que formar parte de la misma, por lo que cuando se llevaban casi dos años de algo más que despropósito y vergüenza, al padre de Alfonso le *invitaron* a hacerlo. Fue rápido. Una charla con dos hombres, en la que se le comunicó que si no acudía le darían *el paseo*, y tres días después estaba en el frente. Ni mención a aquellos hombres de que su hijo era guardia civil, por supuesto, pues si le obligaban a ir al frente demostraría que cojones le sobran, y mezclar a Alfonso en aquello no hubiese sido prudente, no fueran a torearle a él también.

Aquellos mismos dos hombres se acercaron a casa del padre de Ginés, y como ambos estaban atareados, y lejos de casa, no pudieron llevarlo. Pero dieron recado a su mujer de que se lo dijese cuanto antes. Incluso la preguntaron por Ginés. La madre de este, hábil, se las ingenió para hacerles ver a aquellos hombres que Ginés era un poco... *retrasao*, enseñándoles unos garabatos que había hecho un *chiguito* en el cuerpo de un hombre, Ginés, en la pared, y que no eran más que los resultados de unas copas de orujo en san Cristóbal, y untar la cola de un gato con un poco de cernada mojada.

Ginés quiso acompañar a su padre a toda costa, pero el progenitor le convenció de que lo mejor era que se quedara en casa. ¿Quién iba a cuidar de su madre si se iban los dos? A regañadientes, el mayor de los *Jeje* aceptó. Se hizo pasar por *tontito* cuando volvieron aquellos hombres a casa, buscando de nuevo a su padre y diciéndoles que *los verdaderos españoles*

acabarían con él en cuanto le viesen: se había alistado, sí, pero sus ideas siempre fueron un poco... *encarnadas*.

Lo triste de una guerra civil, obviando la guerra *per se*, es que es una guerra donde hermanos pueden enfrentarse a hermanos. Y el padre de Alfonso con los *fachas*, y el de Ginés con los *rojos*, con ambos vomitando de pura mala hostia a diario, por tener que matar a otros pobres desgraciados como ellos, se encontraron en el Ebro. Y mientras el padre de Alfonso aguantaba como podía, el de Ginés se buscó la vida para no tener que matar a diario. Buscaban y necesitaban gente en Ingenieros y se apuntó de los primeros: lo pusieron de pontonero.

Grande y fuerte como el que más, pronto demostró su valía tirando de aquella sogá hora tras hora. Durante un par de semanas incluso se vio transportado muy lejos de allí, a su pueblo, a sus tierras, donde el trabajo duro nunca lo amilanó, y los compañeros lo valoraron como se merecía por ser capaz de *pontonear* como dos hombres. Lo llamaron Cuatrogüevos. Y encantado de trabajar y no tener que matar, incluso llegó a silbar mientras tiraba de la sogá, con gotas de sudor que ni temblaban con cada *arreón*.

—Vamos..., Cuatrogüevos... ¡canta algo! —le solía decir alguno cuando le oían silbar.

Y el padre de Ginés, sintiéndose el centro de atención, y queriendo hacer algo más llevadero el día, comenzaba una canción que se sabían todos:

*El Ejército del Ebro,  
rumba la rumba la rumba la.  
El Ejército del Ebro,  
rumba la rumba la rumba la...*

Y los demás le seguían, importándoles bien poco que los del *otro lado*, no fueran gabachos. Aquella tonadilla era perfecta para ellos. Y más allí:

*... una noche el río pasó,  
¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!  
una noche el río pasó,  
¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!*

*Pero nada pueden bombas,  
rumba la rumba la rumba la.  
Pero nada pueden bombas,  
rumba la rumba la rumba la,  
donde sobra corazón.  
¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!  
donde sobra corazón.  
¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!*

*Contraataques muy rabiosos,  
rumba la rumba la rumba la.  
Contraataques muy rabiosos,  
rumba la rumba la rumba la  
deberemos resistir.  
¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!  
deberemos resistir.*



*¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!*

*Pero igual que combatimos,  
rumba la rumba la rumba la.*

*Pero igual que combatimos,  
rumba la rumba la rumba la  
prometemos resistir.*

*¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!  
prometemos resistir.*

*¡Ay, Carmela! ¡Ay, Carmela!*

Luego, volvían a repetir todas las estrofas y se quedaban mirando al padre de Ginés, que no pudiendo evitar acordarse de su mujer y de su anterior vida, volvía a tirar con fuerza de aquella sogá. Satisfecho y triste a la vez, por estar *pontoneando* en aquel lugar. Contento por la canción, y triste por el recuerdo de su mujer.

Por las noches, en la soledad de los pensamientos de cada hombre, y mientras intentaban conciliar el sueño, alguno lloraba en silencio. Al raso, mirando las estrellas y buscando entre ellas el resplandor de algún compañero caído, se dejaba oír algún pequeño suspiro ahogado. Y mientras algunos se lamentaban de la pérdida de aquel que cayó en la lucha, otros no podían dejar de pensar en la *Carmela* que cada uno había dejado en casa. Incluso los oficiales. Y, seguro que también, los del *otro lado*.

El padre de Ginés se incorporaba al oír los débiles gimoteos de algunos hombres. Dos le llegaron a parecer más verdes que el joven Ginés. Y tratando de calmarlos y evitar que durmieran otra noche pensando en que no volverían a abrazar a sus *Carmelas*, comenzaba una tonadilla distinta de la que cantaban mientras arreaban con la sogá. Otra canción que también se sabían todos como si se hubiese cincelado con un cortafrío, dentro de su cerebro. Aquella canción les llevaba a la cama con sus mujeres, muy lejos de allí, y les hacía mirar al de al lado como a un hermano nacido de la misma madre:

*Si me quieres escribiir...  
ya sabes mi paraderooo...*

La mayoría le seguían desde aquí:

*Si me quieres escribir...  
ya sabes mi paradero,  
Tercera Brigada Mixta,  
primeraaa... línea de fuego...  
Tercera Brigada Mixta,  
primera línea de fueee... gooo...*

*Aunque me tiren el puente,  
y también la pasarelaaa...  
Aunque me tiren el puente,  
y también la pasarela,  
me verás pasar el Ebro,  
en un barquito de vela.*

*Me verás pasar el Ebro,  
en un barquito de veee... laaa...*

*Diez mil veces que los tiren,  
diez mil veces los haremooos...  
Diez mil veces que los tiren,  
diez mil veces los haremos,  
tenemos cabeza dura,  
los del Cueeer... po de Ingenieros.  
Tenemos cabeza dura,  
los del Cuerpo de Ingenieeee... rooos...*

*En la venta de Gandesa,  
hay un moro mojamééé...  
En la venta de Gandesa,  
hay un moro mojamé,  
que te dice: «Paisa, paisa,  
¿qué quieres... para comeeer...?».  
Que te dice: «Paisa, paisa,  
¿qué quieres para comeeer...?».*

*El primer plato que dan,  
son granadas rompedoraaas...  
El primer plato que dan,  
son granadas rompedoras,  
y el segundo de metralla,  
pa recooo... brar la memoria.  
Y el segundo de metralla,  
pa recobrar la memooo... riaaa...*

*Si me quieres escribir,  
ya sabes mi paraderooo...  
Si me quieres escribir,  
ya sabes mi paradero,  
Tercera Brigada Mixta,  
primeraaa... línea de fuego.  
Tercera Brigada Mixta,  
primera línea de fueee... gooo.*

Y aunque contentos por notar el calor de hermanos a su lado en la noche, sentían que las estrellas no eran suficiente manto para cubrirlos. Un lecho sin *Carmela* era un lecho muy frío, aunque lo ocupasen cientos de hombres a la vez. Y el Ebro, lloriqueando como alguno de ellos en su imparable marcha al mar, se ponía de su lado. No estaban solos, aún con *Carmela* muy lejos de allí.

Durante semanas, el padre de Ginés ejerció su labor de pontonero. Conforme la batalla avanzaba en el tiempo, muchos hombres de retaguardia fueron enviados a primera línea, ya que las tropas franquistas les estaban dando *pal pelo* a base de bien. Cualquier ayuda era poca.

Cuatrogüevos conoció a un barcelonés, un tal Xavier, Savi para él, que le ayudó a sobrellevar algo mejor aquella carnicería. Y en una trinchera, un agujero lleno de gusanos y mierda, agazapados como gatos miedosos, intentaban repeler a los *nacionales* que se estaban cebando con la retirada de los *rojos*. Vieron caer a varios hombres a apenas unos metros de ellos, alguno retorciéndose en el suelo hasta que dejaban de moverse, convirtiendo La Fatarella en un campo sembrado de cadáveres. *La ochenta y dos Navarra*, con tíos con *güevos* como puños, les estaban haciendo comer barro y cagar hiel.

Lo único que podían seguir haciendo era disparar a todo *facha* que se menease, de modo que el padre de Ginés y Savi, ambos con bastante buena puntería, limpiaron los mocos a más de uno y a más de dos. Sus Mosinas les ayudaban a ello, si bien el padre de Ginés siempre prefirió disparar con su paralela a las liebres. Y el blanco en aquel lugar, en la línea defensiva republicana de Raïmat, había dejado de ser para él un pequeño animal de orejas grandes para convertirse en otros animales, de dos patas y zigzagueando cual liebre. Un blanco mayor y que se movía más despacio: el deseo de cualquier cazador.

En los pequeños intervalos que había entre tiro y tiro, más efímeros que el aleteo de un colibrí, llegaron a ver en una loma a un hombre que no dejaba de mover los brazos, para pasar luego a mirar lo que acontecía con unos prismáticos. Las Mosinas llevaban telescópica, y Savi le miró y pudo observar que estaba apuntando con los gemelos hacia su posición. Y vio también cómo aquel hombre se encolerizaba cada vez que una avanzadilla trataba de aniquilar aquella maldita línea de defensa, y no acababan de lograrlo. Los disparos cesaron y, un minuto después, comenzaron de nuevo, arrojando con las balas, esta vez, granadas de mano.

Las granadas dejaban unos cráteres enormes en el suelo. Varios *rojos* cayeron allí en su retirada, y otra granada que estallaba al lado los acababa de sepultar. Otros quedaron para siempre en la misma trinchera que defendían, enterrados, sin un mísero responso del cura de turno, aunque no fuesen los clérigos los mejores amigos de los republicanos. Pero, en fin, era un aprecio... mutuo.

Los dos hombres intentaban repeler aquellas granadas como podían, y cogían las que caían dentro de la trinchera y se las devolvían a sus legítimos dueños antes de que explotaran, pues no eran de esos que se quedaban lo que no era suyo. Pero mientras la batalla continuaba tenían cada vez más claro que aquello no iba a acabar bien, de modo que al bueno de Savi se le ocurrió una idea: sembrar un poco de caos en los *fachas*, unos minutos podían valer, hasta que los compañeros pudiesen poner tierra y Ebro de por medio.

—Cuatrogüevos, desde allí *alante* —le señalaba un lugar con cierto parapeto a unos trescientos metros—... ¿tú crees que podrás *limpiar* a aquel cabrón de los catalejos?... al comandante, digo.

—Si puedo llegar allí... y me da unos segundos, ese puto grajo, cae.

—Sal, intenta llegar... y tal vez podamos salir todos de aquí, yo te cubro... y esos tres de ahí, también. —Señalaba con la cabeza tres muertos, uno encima de otro, que había hacia la mitad de lo que tenía que recorrer hasta llegar al parapeto.

Al padre de Ginés no le importó jugársela por intentar sacar a todos aquellos hombres de allí, por lo que salió corriendo tan pronto acabó de hablar Savi. Ni siquiera se paró en los cadáveres del camino. Al llegar esperó un par de minutos, apuntó al hombre de la loma... y se lo cargó de un disparo: un grajo menos, pues pensaba que solo los *fachas* podían ser tan magnánimos consigo mismos como para creerse que el águila de su bandera se podía asemejar a cualquier hombre. A cualquiera de ellos. El águila era un animal que mataba para comer, el verdadero rey de las

alturas por derecho propio, y que hubiesen elegido ese símbolo le había parecido poco menos que grotesco, como otros autoproclamados imperios, siempre por la fuerza, antes que los *nacionales*. Para el padre de Ginés, el águila de los *fachas* bien podría haber sido un grajo gordo, picudo, brillante y con los ojos de un sapo. Con las alas extendidas no para abrazar España, sino para apropiársela. Para que los de las herramientas, hoz y martillo, trabajen por todos. Y desde hacía ya dos años largos, el águila y las herramientas se disputaban qué hacer con España. Y hete aquí que eso precisamente era lo que enervaba al padre de Ginés; que las águilas, grajos para él, y las herramientas, creían que España era suya. Y él estaba convencido de una cosa: que España pertenecía a cualquier hijo de puta, fuese de donde fuese, que la amase de verdad. Punto. El resto solo eran *picasuelos* desplumados y mangos rotos.

Cuando volvió a la trinchera, Savi estaba muerto: una granada le había explotado en la mano al intentar tirarla de nuevo. Mientras se agachaba para cogerle, dos *fachas* llegaron hasta la trinchera y uno de ellos le disparó. El tiro le hizo caer de lado y mirar hacia arriba, buscando al canalla que le había disparado por la espalda, y cuando amartillaba su arma para darle el tiro de gracia, el otro *facha* le disparó en la cabeza al primero: era el padre de Alfonso.

No se dijeron nada. Ni puta falta que hacía. Aun pesando veinte kilos menos que Cuatrogüevos, el padre de Alfonso le cogió como pudo y cargó con él hasta que llegaron al río.

Doce kilómetros. Doce. Ni dos ni tres: doce. Doce kilómetros cargando con aquel que era para él como un hermano. Doce kilómetros llenos de ovejas que se mataban las unas a las otras.

Durante los primeros ningún *nacional* le disparó. Sí que le llegó a estallar cerca alguna granada, pero tras una lluvia de tierra y alguna que otra víscera, todo se quedaba en ruido.

Durante los demás, tampoco le disparó ningún *rojo*. Todos contemplaban a Cuatrogüevos a sus espaldas y decidieron dejarle seguir. Cargando, nada más y nada menos, que con Cuatrogüevos... ¿tendría aquel cabrón cinco o seis? Además, más de uno tenía también a algún conocido, o incluso familiar, en *el otro lado*, por lo que le dejaron seguir mientras ellos mismos dudaban de si ir tras ellos o no. Pudieron subirse a un camión, y varias horas después de cargar con su amigo, eternas, insufribles, agónicas..., llegaron a la orilla del Ebro. Bajo la consigna de sálvese quien pueda, los hombres del camión comenzaron a cruzar el río a nado. Al padre de Alfonso le cubría el agua casi hasta la altura de los sobacos. El río se le clavaba en la piel, en la carne y en los huesos. Y milagro o suerte, más bien cojones, llegó hasta la otra orilla con el padre de Ginés. La conversación fue corta:

—Ya estamos... ya estamos...

—No —contestó Cuatrogüevos—... ya estás..., yo me bajo aquí...

Y de las dos piedras que tenía el padre de Alfonso bajo las cejas, comenzaron a brotar lágrimas.

—Nos... nos —el padre de Ginés se apagaba por momentos—... nos vemos luego...

—Sí..., en el cielo me esperes...

De tal magnitud había sido la hazaña del padre de Alfonso, que los mismos *rojos* le acompañaron a coger un tren, que se llevara a casa a los dos. Qué menos por el hombre que había intentado salvar al que se cargó a Trippe, *de la Cóndor*. Solo un día después del entierro de Cuatrogüevos, la neumonía le marchitó hasta dejarlo encamado. El resultado de cruzar el Ebro a nado en noviembre. Se le enterró junto a su amigo. Ginés no faltó al sepelio. Alfonso no apareció por el pueblo, hasta acabada la guerra.

—De acuerdo —dijo Ginés—, dejemos... *eso*... y sigamos con lo nuestro...

## Capítulo XV

Para Alfonso la tarde había empezado muy bien, pero se le estaba haciendo más cuesta arriba de lo que suponía. Y apenas habían comenzado. Eran casi las cuatro, y aunque sabía que acabaría conociendo los hechos reales de la muerte de Modesto, ese cabrón que tenía delante le estaba haciendo cagar alambre por momentos. Y además, de espinas.

No, no era como Gabino: sumiso y obediente. Ginés era un cabrón duro de roer y se lo estaba dejando claro. Y si sus huesos acababan en la cárcel o su cuello a merced del verdugo y el as de bastos, le importaba lo mismo que dar una patada a una piedra. Pero... ¿y si esa piedra acababa impactando en la cabeza de Alfonso? ¿Al final iba a tener que ceder ante la petición de dejar a Gabino libre? Desde luego, no era su intención, pero empezaba a no tenerlas todas consigo tras el recuerdo de la tumba de su padre. Un hombre al que todos admiraban, *zurdos* o *diestros*, y por el que alguno llegó a sentir una verdadera devoción.

La Juliana, vieja, arisca y con un carácter más parecido a una cántara de vinagre que al de una mujer de ya cierta edad, le miraba siempre como si de un sapo asqueroso se tratase. La había sorprendido, varias veces en el pasado, hablando formal y educadamente, con su propia madre, pero lo que le había llamado la atención de verdad sobre ella, eran las veces que la había visto visitando las dos tumbas juntas. Incluso la vio más de una vez subir al cementerio con flores; al día siguiente comprobaba que las flores estaban puestas en ambas tumbas por igual.

Cuando llegaba la Guardia Civil al pueblo, incluso lo suficientemente cerca de ellos como para que la oyeran, gritaba con el puño izquierdo en alto:

—¡Algún día llegarán los míos!...

De sobra eran conocidas por todos las *zurdas* ideas de aquella mujer. Y nadie se lo reprochaba. Ni *diestros* ni *siniestros*. Como para haberlo hecho: la mataron dos hijos en la guerra.

Y en toda guerra o enfrentamiento que se precie, como en el ajedrez, la estrategia es primordial.

La partida comenzada con Gabino, había sido un enroque desde el principio; oculto, mal hecho y a destiempo por parte del pequeño de los *Jeje*, pero la que comenzaba ahora con Ginés, era un jaque en toda regla nada más empezar. Aquel cabrón quería ganar la partida y Alfonso apenas pudo ponerse a cubierto. Mala estrategia por su parte haber subestimado al mayor de los *Jeje*. Error fatal que podría llevarle a la derrota.

Aunque, tal vez... tal vez, a pesar de perder algunas piezas valiosas, pudiera ganar la partida de forma brillante, como los grandes. Ninguna victoria es grande de verdad si se ha obtenido sin

esfuerzo, de modo que, durante lo que quedara de tarde en aquella mesa, Alfonso bebería menos orujo y trataría de tragar algo más de agua. Si alcanzaba cierta lucidez, podría contraatacar incluso ante un jaque como el lanzado por Ginés: Gabino puesto en libertad a cambio de él, y sin cargos.

El guardia decidió no incitar a Ginés a que continuara hablando, mirando a la mesa y a sus ojos con la cadencia del segundero de un reloj. Solo abrió un poco las manos y enarcó las cejas, haciéndole saber al *Jeje* que podía continuar cuando lo considerase oportuno, sin prisas.

Ginés volvió a sorber una miaja de orujo. Le miró, y dijo:

—Un gran orujo, sí señor —Alfonso sonrió al ver que Ginés cedía un poco—, sienta de cojones después del conejo...

Alfonso apretó tanto la mandíbula que se le desgastaron los molares, rabioso por querer mantener la compostura y seguir con lo que le importaba de verdad: la confesión. Eso no evitó que pensara que menudo cacho cabrón que era Ginés. Incluso se le oyeron un poco las tripas, vacías tras vomitar las patatas, y salivó con ganas. Estaba algo mareado y le echó la culpa al día que estaba teniendo, a sus recuerdos y vergüenzas. No al orujo.

—...bien, Alfonso, esto es lo que pasó... y —Ginés sonrió un poco—... casi mejor que tengas las tripas vacías...

Sin esperar a que el guardia le dijese algo o no, el mayor de los *Jeje* continuó, por fin, haciendo que Alfonso escuchase como si le fuera la vida en ello. Arduo trabajo, pues el orujo estaba empezando a revolverse por dentro.

La discusión se generó, cómo no, por el dinero de las tierras del *cárcabo*.

Modesto había elevado bastante el tono de voz, y lo hizo, además, señalando que lo hacía porque estaba en su casa, soltando impropiedades varios y haciendo gala de su desmesurada altanería. Pero como hablar más alto suele significar que quien lo hace, se comporta así, ante la falta de argumentos o por pura debilidad, no consiguió acallar a Ginés. El grandullón también elevó algo la voz, pero más por zambullirse en la gresca que porque necesitase que el cura oyese su opinión: sabía que era tiempo perdido.

Pero, Modesto, erre que erre..., vuelta la burra al trigo, seguía en sus trece, y no había quien le bajara del burro: si en el contrato ponía cien mil pesetas, Ginés tenía que abonar esa cantidad. Las leyes estaban de su lado, humanas y divinas, pues si bien no cumplir con lo pactado en un contrato, lo escrito se lee, podía acabar con el *Jeje* en la cárcel, también el Altísimo le estaría esperando a su muerte, por siquiera mentar que un cura le había estafado. Era como... si el piripi de turno culpase al tabernero de haber marchado a casa beodo y sin dinero, y al día siguiente le echase también la culpa por tener mal cuerpo y la parienta en casa con un cabreo de aúpa.

Ginés, incrédulo ante lo que oía, sentía cómo la rabia comenzaba en los dedos de los pies, encogidos bajo las alpargatas, subía tensándole los músculos de las piernas hasta llegar al ano, prieto como una gorda en un corsé, y seguía subiendo hasta llegar a las tripas, revueltas de mala hostia biliar y de orujo. Pero de las tripas a la boca subió casi sin pasar por el pasapán:

—¡*Hijolagranputa!*... ¡Me cago en la sangre que le sobró a tu madre al parirte! ¡*Ojalamén* te hubieses azulado con el cordón, cabrón! ¡¿Cómo cojones quieres que te pague noventa mil pesetas?! ¡¿Me las saco de los güevos, eh?!...

—¡¿No se te ocurra volver a hablarme así, me oyes?!... —contestó Modesto, bastante enfurecido por lo que acababa de oír.

—... sí te oigo..., sí...

—... o me veré obligado a... —El cura sacó de un cajón el carné con el yugo y las flechas. Justo encima tenía la otra copia del contrato, mal doblada, y la sacó con él.

—¿A qué?!... ¡Sarnoso! —Ginés se le encimó—. ¿Crees que me acojona esta puta mierda, eh?! —Le dio un manotazo a los papeles y acabaron cerca del fuego bajo.

—¡*Testás* pasando, chaval —el cura le increpó con el dedo índice, mientras retrocedía ante la masa de músculos encolerizados que tenía delante—, largo de aquí antes de que...!

—¿Antes de qué...?! ¡Me cago en Dios y hasta en tu puta madre...!

Ginés se le echó encima antes de que le diese tiempo a salir por la puerta. Le metió semejante hostia en los morros que parecía un gocho el día de matanza. Con Modesto ya en el suelo, la rabia dejó de salir de boca de Ginés, y comenzó a sacarla con los puños cerrados. Sin saber ni dónde estaba, el cura se pudo poner de rodillas y agarrarse al marco de la puerta. Apenas dos segundos después, volvió al suelo ante la lluvia de golpes, dejando sangre en el marco, en la puerta y en la pared. Ginés, ciego, le siguió pegando.

—¡Yo te mato!... ¡yo te mato!... ¡te mato!... ¡te mato!...

Cada vez que decía «mato», hostia que le caía al cura. Sin consagrar. Cuando lo tuvo casi sin sentido, lo arrastró hasta la sala, dejando unas sinuosas y macabras roderas de sangre en el suelo, y salió fuera. Metió dentro una escalera de madera que vio apoyada en la pared de la calle, y el saco con las herramientas que habían llevado para matarle. Puso todo en el suelo. Tumbó en la escalera, boca arriba, a Modesto, y le ató a la altura de los codos, de la tripa y de las rodillas. *Pinó* la escalera, el cura parecía crucificado con los brazos, desde el hombro hasta el codo, perpendiculares al cuerpo, y con los antebrazos colgando hacia abajo.

Mocos, babas y sangre caían de la boca de Modesto cuando se despertó. Tenía los dos labios partidos y el costillar bastante dolorido. Un ojo casi cerrado y la nariz rota. Respiraba muy mal y notó frío: estaba semidesnudo.

Se había meado y había vomitado un poco. Girando la cabeza pudo ver a su verdugo, de cuclillas sobre la *hornacha*, fumando un pitillo mientras veía arder el fuego. Modesto también miró hacia las llamas. En ellas, ardían el contrato y el carné. Al cuartearse el carné, distinguió las flechas retorcerse y le pareció ver que le apuntaban a él. Lo que él era, sus actos y sus fechorías, alimentadas por su posición y sus ideales, se volvían en su contra. Se recoge lo que se siembra. Tal vez algo menos, pero nunca... más.

Ginés se le acercó. No le miraba con rabia, ni con ira o desprecio. Más bien, le miraba como se mira a una mosca bien gorda recién espachurrada con la mano: con asco. Modesto quiso decirle algo, pero no podía ni hablar. El que sí que habló fue Ginés. Lo hizo mientras le miraba con media sonrisa la *güevera*.

—Vaya mierda de polla... —se la cogió con la mano y se la estiró hacia arriba, sin hacerle daño. No, al menos, daño físico—, un *pellejín* de *ná* —le tocó con la otra mano, con cierto repelús, los testículos—... sobre otro poco pellejo —los soltó con un bufido—, *vámierda güevos*...

Modesto, muy *malón* ya, empezó a gruñir de rabia cuando Ginés le soltó los más queridos. El *Jeje* se acercó a su cara y le habló:

—¿Te purgas..., cabrón?... ¿eh? —El cura quiso contestarle, estaba furioso, muy furioso, pero solo se le oía toser sin fuerza—. Dime... ¿cada cuánto te haces pajas? ¿Al día...? ¿A la semana...? ¿Dios os deja hacer eso?... ¿eh...? ¿Los curas... os quedáis ciegos si os tocáis? Vamos, dime, porque sé de alguno que moja cada vez que puede, y cuando bebe... se le escapa que no se la machaca, porque se monta a un par de viudas..., los curas estáis *pa* consolar, ¿no?

Modesto intentó mover los brazos, apretando todo lo que podía, pero las cuerdas no cedieron nada. Solo podía moverlos a partir de los codos, y la conversación le estaba enrabiando tanto, que braceaba sin sentido, con los dos antebrazos a destiempo. Apretaba los puños y los volvía a abrir. Ginés quiso reírse de él, pero no pudo. La situación no le hacía gracia. Modesto dejó de moverse y empezó a llorar.

—No sé... si te purgas o no, no sé... si te follas a alguna viuda tú también, sé que la Seca se deja caer por aquí de vez en cuando... Sí... sí, ya sabes de quién te hablo, esa que siempre anda *a toro*... —Modesto le miraba con rabia—, no *tagas* el loco, la que llora si se queda algo fuera..., esa que dicen que pide que se la saquen *padentro*...

Mientras hablaba de nuevo, Ginés parecía distraído andando por la habitación. Con las manos a la espalda y mirando las paredes como si estuviese en un museo. Modesto comenzó a temblar de miedo, no de frío. El *Jeje* se detuvo a la altura del saco de las herramientas y comenzó a rebuscar. Lo hizo despacio, sacando cada cosa que había dentro de manera que Modesto pudiera verlas bien. Recreándose con el sufrimiento del cura.

—... lo que sí sé, *hijolagranputa*..., es... que venga la Seca o no, te gusta joder... Bueno, bueno, bueno... ¿sabes lo que se hace con los bichos que te están jodiendo todo el día?... ¿con los animales que hacen contigo lo que quieren? ¿Sabes lo que hay que hacer para poder uncir a un animal bravío? Lo sabes... ¿no?...

De entre las herramientas sacó unas tijeras bastante grandes. Un poco roñosas y viejas. Las que usaban para cortar cualquier cosa que se terciase en el trabajo. Modesto las vio y se aterró hasta tal punto, que estuvo a punto de desmayarse. Pero no terminó su mente fuera de allí, sino traduciendo las palabras que seguían llegando a sus oídos. Intentó rezar, y no pudo. Las oraciones se entrecortaban en su cabeza a cada paso de Ginés, y no era capaz de enlazar una frase con otra.

—... se les hace mansos...

El cura volvió a intentar revolverse y desatarse de la escalera. De nuevo, fue inútil. Veía a Ginés otra vez andando de forma despreocupada con las manos a la espalda... y en la diestra sujetando las tijeras. Por fin, salió algo de su garganta. Un pequeño aullido de súplica que no se hubiese escuchado en la habitación de al lado. El *Jeje* seguía caminando como si estuviese de turismo, pero acercándose ya hasta la escalera. Seguía hablando.

—... y tú, *mediamierda*..., que *taspasao* la vida jodiendo a quien te viniese en gana...

Ginés llegó hasta Modesto y se detuvo frente a él. Le hablaba con la cara muy cerca de la suya, mientras el cura ya no hacía otra cosa que llorar.

—... por fin has *dao* con el que te va a amansar..., total, *pichililla*... ¡*pa* lo que tienes!...

Ginés se agachó, le cogió los testículos y los metió entre los dos filos de las tijeras. Miró hacia arriba y vio a Modesto negando con la cabeza, llorando y con los ojos cerrados. Con un hilillo de babas y sangre moviéndose nerviosas en el labio inferior. Cuando de nuevo intentó desatarse, el esfuerzo hizo que se le volviesen a escapar los mocos.

—... dime, asqueroso, ¡¿valen dieciocho mil duros?!

El cura comenzó a asentir de forma rabiosa. Incluso se le oía un flojo pero claro «sí... sí... sí...».

Ginés, ahora sí, sonrió un poco mientras le miraba... y cerró de golpe las tijeras. Incluso se sorprendió de lo rápido y fácil que le había resultado.

Los vaivenes del cura hicieron tambalearse un poco la escalera. Intentó retorcerse y no pudo, ni retorcerse ni evitar jiñarse. La mierda le bajaba por las canillas hasta los corvejones, trayendo



con ella un fétido olor que no llegó hasta la nariz de Ginés. Mientras cabeceaba él solo contra el pie de la escalera que tenía a la altura de la mollera, Ginés se los puso frente a los ojos y le gritó:

—¡Pon esto en el contrato, hijo de puta!

Modesto, aunque de manera ahogada, sí que gritó esta vez. O, bueno..., casi. Sin darle tiempo a que se prodigarán aquellos lastimeros gimoteos, y temiendo que alguien en la calle le pudiese oír, el *Jeje* se acercó rápidamente hasta el saco de las herramientas, cogió un martillo y le golpeó con él con saña hasta que dejó de moverse. Luego, todavía colérico, le clavó las tijeras cerca de la ingle y rasgó la carne hasta el pecho. Se las dejó clavadas. Mientras lo hacía, le increpaba sin parar:

—¡Tú! —Martillazo—. ¡Puto sifilítico de mierda —martillazo—... que crees que puedes venir aquí... —martillazo—, a mi tierra! —Martillazo—. ¡A mi casa! —Martillazo—. ¡Y joderme a mí —martillazo—... y a mi familia! —Martillazo—. ¡Maldito seas por siempre! —Martillazo—. ¡Hijo de puta! —Martillazo—. ¡Sube con san Pedro, cabrón...! —Martillazo.

Tiró el martillo al suelo. Cogió las tijeras y se las clavó. Le rasgó de abajo arriba.

Con el último hilo de vida, Modesto sintió cómo Ginés le agarraba del pelo y tiraba de él hacia arriba, levantándole la cabeza. Mientras el *Jeje* le miraba, le dijo, en voz baja y con rabia, justo antes de expirar:

—... y dile que te mando yo...

Le escupió. Se sentó al calor del fuego mientras le miraba, y se lio un pitillo. Tuvo que limpiarse las manos para poder hacerlo, estaban llenas de sangre; se limpió la cara con la manga de la camisa. Le fumó entero mientras le miraba a los ojos. Unos ojos vacíos ya. Vacíos de todo.

Unos ojos que no volverían a posarse sobre ningún pobre hombre.

Mientras fumaba el pitillo, no pensó en nada. Absolutamente nada. Fue al terminarlo cuando, al tirar la *teba* al fuego, miró hacia las ascuas y distinguió perfectamente el garabato de Modesto al pie del contrato. El papel ya solo era cernada, pero la tinta aún seguía impresa sobre la ceniza medio cuarteada. Se acordó de por qué había llegado allí, y la rabia volvió a inundarlo por dentro. Pensó:

«Maldito seas por siempre, cabrón, por obligarme a hacer algo así...».

## Capítulo XVI

Gabino miraba al suelo, incapaz de levantar la vista. Enfadado consigo mismo por no haber sabido cómo evitar que el *grandón* declarase aquello. Que se declarase culpable de aquel modo. Ahora sí que sabía cómo iba a acabar toda esa historia, estaba seguro: *garrote*. Tal vez no para él mismo, pero sí para quien estaba detenido con él en aquel cuartucho de mala muerte, donde el sofoco había hecho sudar a los cuatro hombres casi tanto como la narración de Ginés. Sin importarle si Alfonso le decía algo o no, se llenó el vaso de orujo y lo bebió de un trago. Podía haberse metido la botella entera entre pecho y espalda. Los guardias tampoco estaban en aquella habitación de mierda, no al menos del todo.

Fidel miraba a Ginés sin verlo. Su mente se había elevado lejos de allí, y le parecía estar en la casa donde mataron al cura, viendo perfectamente todo lo que había contado el mayor de los *Jeje*. Su narración había sido tan exhaustiva, que ahora sí que no le quedaron dudas: Ginés mató al cura. Con rabia, con saña y con premeditación, pues atarle a la escalera y saborear el momento de *jumpiarlo*, no era como haber tenido una pelea y que el cura, al caerse, hubiese podido llegar a darse un mal golpe en la cabeza. Era completamente distinto. Era de *garrote*. Bien es verdad, que cuando encontraron al cura y Fidel lo vio, no le pareció ni mucho menos un accidente. Le habían dado hasta en los recovecos de entre los dientes. Había recibido más hostias que las que hubiese podido repartir el propio Modesto, al officiar, en toda su vida. Y sí, también había visto las tijeras clavadas. Lo que no supo entonces, fue a ver con qué demonios lo habían *hostiao*. Duda disipada: con un martillo.

Alfonso miraba a Ginés. Miraba a Ginés, y no podía dejar de hacerlo. A pesar de ello, su cabeza también vislumbró el asesinato como si se hubiese producido allí mismo, al lado de la mesa. Miraba a Ginés a los ojos y le veía dando martillazos una y otra vez, hasta que se cansó y le abrió en canal, como a un gocho. Miraba a Ginés a los ojos y sabía que no le había mentido, que le había dado de hostias al cura, que le había atado a la escalera, que le había tratado con desprecio mientras se deleitaba con el golpe final, que empezó a rematar la faena cortando por lo sano, que le amartilló durante un arrebató de furia irrefrenable, y que hendió las tijeras en su carne en un éxtasis de rabia contenida y por fin expulsada. En un frenesí orgásmico de sangre, ira y furor.

Alfonso cerró los ojos cuando imaginó a Modesto morir y, por primera vez en horas, sintió alivio.

Al fin, y tras un día de lo más cabrón, había conseguido lo que tanto anhelaba. Aquello que casi le había hecho llegar a sudar sangre durante la jornada: una confesión de culpabilidad. Y con detalles que no se podían pasar por alto, como la inmensa ración de golpes que recibió el muerto. Y con qué había sido, algo de lo que no estaban muy seguros.

La autopsia practicada al cadáver de Modesto, reveló que había muerto a causa de lo que se denominó como *un fallo generalizado de las funciones vitales*. Como *pa no*. Y si bien estaba claro que una buena parte de los golpes no se habían producido con ningún tipo de arma blanca, sea una barra de hierro, una piedra o incluso un trozo de madera usado como tranca, sí que era verdad que se dejó constancia de que bien podría haberse usado también un martillo, pero sin poder asegurarlo. Había golpes más profundos que otros, golpes que eran más moratones que otra cosa, y golpes que habían resultado mortales de necesidad. Lo que no hizo falta que ilustrase en el informe, quienquiera que fuese el que estudió el cadáver, eran las tijeras: clavadas tras desgajar el abdomen y torso de Modesto. Todos los que lo contemplaron, vieron también las de cortar.

La gente que acudió cual ovejas a la casa de Modesto, en cuanto supieron que habían dado matarile al cura, no tardó en comentar el hecho como algo deleznable, terrible, atroz. Algo que les había pillado tan de sorpresa que se convirtió en una bola de nieve en solo dos días. Ni siquiera el fin de la guerra había sido un tema tan recurrente en cualquier conversación posterior, como la muerte del cura. No por su muerte en sí, ni siquiera por el hecho de que lo matasen, sino por cómo encontraron el cadáver.

Fueron muchos los que se dejaron ver por allí, ansiosos de poder saber algo más sobre el suceso. En un lugar donde lo más llamativo y comentado era saber si las lluvias llegarían a tiempo, si las heladas a destiempo o si aparecían los de los orinales en la cabeza por cualquier pueblo. El hecho de que hubiesen matado a un cura, y de aquella forma, hizo acercarse al lugar incluso a las mozas.

A más de una la dijeron que no se la ocurriría ir, que el estado de Modesto era tan lamentable que no podrían soportar ver a un hombre muerto, y con aquellas trazas. A pesar de ello, más de una se acercó. Y, efectivamente, no olvidó en su vida el estado del cuerpo del cura.

—¡Ay...! ¡Ay, por Dios...! Pero ¡¿qué le *hizon*...?! Pero ¡cómo lo han *dejao*...! ¡Qué mala entraña hay que tener, por Dios...!

—Se lo tiene merecido... ¡por cabrón!... como dicen los hombres...

—¡Ay, por favor...! ¡Ay, por favor!... *san ensaño* con él...

—Y *dijon*, a mí no me lo enseñaron... ¡que le habían *dejao* el chisme *clavao*...!

En las fuentes donde se lavaba la ropa, las mujeres tuvieron, en la muerte del cura, un monotema que parecía no acabarse nunca. Las que no habían podido verle preguntaban, a las que sí que se habían arrimado, cómo estaba. Preguntaban si habían visto algo más de lo que ya se decía: que le habían sacado en una escalera y que tenía unas tijeras clavadas. A pesar de que las gustaban los chismes de proporciones exageradas, aquello las creaba mal cuerpo a todas. Sin medias tintas. A pesar de haber sido un sinvergüenza y una calamidad de hombre, era un cura..., y todas sabían que aquello no quedaría así como así. Se buscaría un culpable. O más... si los había.

Solo unos días después del asesinato del cura, dos guardias civiles se presentaron en casa de Ginés para llevarlo al cuartelillo. Alguno comentó que fue él mismo el que se entregó a la ley. Y así fue. Y lo mismo con Gabino.

Alfonso empezó a ver a dos *Gineses*. El orujo se había vuelto cabezón, y se enfadó consigo mismo al no haber podido cumplir lo que se prometió antes de la confesión del mayor de los *Jeje*:

no beber más orujo.

El relato de Ginés le había absorbido tanto que, metido en la historia a más no poder, se imaginaba los hechos narrados mientras el grandullón hablaba. Y se llegó a ver a sí mismo metido en el pellejo del *Jeje*, mientras le pegaba al lado de la puerta, mientras le hablaba por la habitación, mientras le daba con saña con el martillo... cuando le clavó las tijeras... Y a cada cambio en el relato de Ginés, Alfonso se servía orujo, nervioso, incrédulo y extasiado, pues aquellos hechos le hacían hervir la sangre y el cuerpo le pedía beber. Ni se acordó del agua. Y ahora, mientras veía a cuatro hombres, dos y dos melgos, frente a él, se encabronaba consigo mismo por haber querido mantenerse en condiciones y no haberlo logrado. Poseía aún cierta lucidez, a pesar de estar más que bajo el agua, ahogado.

Pese al alcohol ingerido, la botella del Fuego de Andrés estaba bastante menos que mediada, y que su percepción visual de lo que tenía delante no era la más idónea, Alfonso se obligó a pensar. Se obligó a pensar para saber qué cojones podía decir tras una confesión así, pues aunque estaba contento por haber logrado lo buscado desde la mañana, le pareció ver en los sucesos narrados ciertos flecos colgando que no le acababan de dejar a gusto.

La confesión de Ginés se había alargado más de una hora, y mientras Alfonso tomaba buena nota mental entre orujo y orujo, casaba las piezas de las que ya disponía con anterioridad, con las nuevas piezas aportadas. Ginés se había confesado culpable del asesinato. Más que culpable, carne de verdugo. Pero ello no significaba que el *Jeje* hubiese contado toda la verdad. O sí, pero omitiendo ciertos pasajes, lo cual dejaba la veracidad de los hechos al buen hacer de quien tuviese que juzgar los acontecimientos. Y aquí era donde al guardia le parecía estar sentado sobre una cómoda silla, con una puta espina clavada en el culo: Ginés había confesado, pero... en toda la narración, y a pesar de los detalles aportados, ni una sola vez había nombrado a Gabino.

¿Por qué no había dicho ni una sola vez su nombre? ¿Acaso no estuvo allí? Sí, sí que estuvo... ¿no? No tenía dudas al respecto en cuanto a lo que pasó por la tarde: los *Jeje* se habían marchado de la cantina de la María y Juan, y no se les volvió a ver el pelo por allí. Creyó a pies juntillas a Gabino cuando le contó que se habían quedado solos en casa con la Herminia, tras haber echado Ginés a todos los hombres de su cocina. Y también sabía que se comentaba que la Cabra se había dejado oír desde hacía unas semanas, de nuevo, por las callejuelas del pueblo, lo que dio lugar a la corta conversación que mantuvieron los *Jeje* al salir de casa. Todo ello eran datos más o menos contrastados por lo que él mismo sabía, y por lo que pudo sonsacar a los vecinos, tras la muerte de Modesto. Pero la espina seguía incomodándole.

—Bien, Ginés, quiero que sepas que estoy satisfecho por haberte podido oír. Quiero que sepas también, que te creo cuando dices que *matastes* a Modesto...

—Lo maté..., no le quepa duda.

—... sí, no digo lo contrario...

—¿Entonces...?

—Es que..., bueno...

—¿Dudas de mí? ¿No te parece suficiente... que me haya declarado culpable? ¿Qué más quieres?

—... solo quiero la verdad, Ginés, y creo que no estás siendo del todo sincero conmigo... ¿no me querrás meter la del *toco-mocho*...?

—Alfonso, he cumplido mi parte del trato. A mí me llevas al chisquero y a Gabino lo dejas libre.

—Ese órdago te lo puedes meter por donde te quepa, ¿está claro? No nos movemos de esta habitación hasta que me cuentes toda la verdad. ¿Por qué no has mencionado a Gabino?

Alfonso pronunció estas últimas palabras mientras miraba al pequeño de los *Jeje*, y este miraba al suelo tratando de evitar la mirada del guardia. Elevó la vista y se tropezó con Fidel, que tenía cara de no tener ni idea de cómo demonios iba a acabar aquello, y del porqué de aquellas sospechas de Alfonso. Ginés habló:

—Te dije que Gabino saldría libre, ¿no? Pues no lo he *mentao* para que lo dejes en paz... y que se vaya a casa.

Era un caso perdido. No podía con él. Ginés no daría su brazo a torcer. Alfonso tendría que utilizar otra estrategia: atacaría al más débil para obtener información.

—Sí, Ginés, me lo dijiste. Pero quisiera saber, Gabino —Alfonso miró al pequeño de los *Jeje* —, si lo que ha contado Ginés es del todo verdad. ¿Tú le diste algún martillazo?

—¡Alfonso, joder...! —Ginés increpó al guardia.

Fidel dio un par de pasos hacia el *Jeje*, no fuera a cometer una barbaridad, otra para la colección, para pasar a pararse en seco ante lo que vio: Alfonso cogió su pistola y se la puso en el regazo, pero sin dejar de sujetarla con la mano. Con el dedo en el gatillo y mirando a Ginés.

—Pónmelo fácil, cacho cabrón..., o no llegas al *garrote*. O lo que es peor..., no irás solo.

—No sabe lo que está haciendo...

El que había hablado era Gabino; miraba al suelo. Alfonso ladeó la cabeza y le echó media sonrisa, mientras asentía agradecido las palabras del pequeño de los *Jeje*.

—Lo ves, Ginés, incluso él te anima a que me cuentes todo lo que pasó.

—No, don Alfonso... —mientras hablaba Gabino, Ginés sonreía para sí—, se lo decía a usted, no sabe lo que está haciendo...

—Pero ¡¿qué cojones *mestás* diciendo, coño?!...

—... pues..., eso, que debería de conformarse con lo que le ha dicho Ginés... y dejar las cosas como están...

—¡Hostia puta! —Levantó la mano y apuntó con la pistola a Gabino—. ¡Estoy hasta los *güevos* ya hoy de todo! Me vais a decir de una puta vez por todas... ¡¿qué cojones es eso que queréis callaros, eh?!

El guardia notó una mano en el hombro. Miró un poco y vio dos *polillas* que le agarraban tratando de serenarle. Fidel no fue el único que se dio cuenta de que Alfonso estaba empezando a estar sobrepasado por el orujo, pero cuando levantó el arma tomó cartas en el asunto antes de que aquello se saliese del tiesto. Solo faltaba tener que dar explicaciones por un guardia borracho, el jefe, además, que había matado a un detenido en el cuartel. No les pasaría mucho, pero habría que tapar bastante mierda. Y no, no dejaría que Alfonso matase a ninguno de aquellos dos.

—Señor, baje el arma...

—Y una mierda, chaval —Alfonso hablaba al *polilla* sin mirarle—, este canta o me lo cargo, ya estoy hartos...

—Señor, por favor, baje... el... arma...

Alfonso se giró y vio a Fidel con la mano izquierda posada sobre su hombro, y con la otra sujetando su pistola y apuntándole a la cabeza.

—Señor, deme el arma, le juro que esto quedará aquí..., pero deme el arma...

—Me cago en tu puta madre, Alicate...

—Deme... el... arma.

Si algo no vio Alfonso en los ojos de Fidel, fueron dudas. Si se le ocurría apretar el gatillo, cosa que, en honor a la verdad, no pensaba hacer, el Alicate le metería dos tiros en la cabeza. Y se acabó, sin más.

La conversación se había salido un poco de madre con tanto grito y con tanto impropio, por lo que el Joseluisto se acercó a ver lo que pasaba. Abrió la puerta, y le dio un vuelco el corazón al ver la escena: Alfonso apuntando a la cabeza al *Jeje*, y Fidel haciendo lo propio con su superior.

—¡*Cagüendios*...! ¡¿Qué está pasando aquí?!

Y no le costó mucho saber el porqué de las dos armas desenfundadas. O, al menos, intuirlo.

—¡Alfonso!..., ¡baja esa pistola, la hostia!... ¡Y tú, chaval...!

Los nuevos gritos hicieron personarse en la puerta a los demás guardias que aquella tarde estaban en el cuartelillo. Seis. Incrédulos, observaban la estampa, amontonados en la puerta, cabeza sobre cabeza, como la cebada en la era tras el verano, sin ser capaces de reaccionar. Que Alfonso hubiese sacado su arma no les era del todo desconocido en un interrogatorio, pero que Fidel también lo hiciese, apuntándole a su superior a la cabeza, les desconcertó. Se miraban los unos a los otros sin saber si entrar y actuar o esperar. Con el culo más *apretao* que si se jiñaran de verdad.

En aquella situación, fue el Joseluisto, tras Alfonso quien más mando tenía allí, y por detrás suyo en edad, quien agarró el toro por los cuernos y se acercó a la mesa. Le cogió con cuidado la pistola a su superior, y se la quitó sin reparos.

—Trae, Alfonso, trae... y guarda eso, chaval...

Con el arma ya en su poder, y la de Fidel en el cinto, se volvió hacia los demás guardias de la puerta.

—¡Vamos...! ¡Fuera de aquí!..., y que no oiga nada de esto fuera de estos muros... ¡¿está claro?! Al que cante, le meto en un barco *pa* África... ¡fuera, coño!

Los guardias salieron, cuchicheando entre ellos lo visto. Joseluisto cerró la puerta y se sentó a la mesa con los tres hombres. Fidel se puso tras Alfonso, de manera que su compañero pudiese verle por encima del superior.

—¿Me va a contar alguien qué cojones ha pasado aquí?

Fidel habló:

—Nada, señor, nada...

Pero el Joseluisto miraba a Alfonso, a pesar de oír a Fidel. Esperaba una respuesta suya. Los dos guardias de la mesa se miraban conteniéndose la mirada. Ninguno cejó. No, al menos, hasta que Ginés tomó la palabra:

—No ha pasado nada... —Joseluisto miraba ahora al *Jeje*—, la carreta... que *sa* puesto *delantelos* bueyes... y Alfonso *samontona*, pero ya se le ha *pasao*... ¿verdá?

—Sí... —contestó Alfonso—, ya está —veía dos Joseluisos—, puedes esperar fuera, estamos terminando...

—Bien. Me quedaré en el despacho hasta que acabéis aquí —miró a todos con cara de bastante mala hostia—... ¡y eso!... se viene conmigo. —Cogió las dos botellas de orujo y se marchó sin decir nada más en la mesa.

Al punto de salir por la puerta, se acercó a Fidel y le llevó fuera del brazo, apretándole el bíceps, y con un cabreo de aúpa. Le habló en voz baja:

—No está en condiciones... ¿no acabáis de una puta vez?

—Sí, señor, el Ginés ya ha *confesao*... y estamos terminando.

El Joseluisto, con las manos en jarras, miraba a Fidel poco convencido.

—¿Cuánto ha bebido?

—Bastante..., *sapasao tol día empinandol* codo.

—¿Y tú *pa* qué cojones estás aquí, eh...? ¡*Cagüenlahostia!*..., ándate al loro y vigila lo que pasa ahí dentro... y en cuanto acabéis, me llevas a Alfonso al despacho, ¿estamos?... ¡o te planto una hostia de la Virgen...! ¿Cómo has *dejao* que se nos ponga *moquita*, eh? ... ¿cómo has *dejao* que se pase siete pueblos?... te meto..., *cagüendioooooossss*... ¡te meto una hostia que te entorno!

—El Joseluisto hizo incluso el ademán de propinarle un tortazo.

—Sí, señor, no se preocupe..., lo haré...

Dos minutos más tarde, Fidel estaba de nuevo dentro del cuarto de los interrogatorios. Alfonso seguía mirando a los *Jeje*. Con el *polilla* otra vez con ellos, decidió seguir donde lo habían dejado antes de su arrebato cuasicriminal, pues aquella parada le había venido hasta bien. Se notaba un poco menos mareado, a pesar de seguir viendo al personal... desdoblado.

—Siento lo que ha pasado, pero a mí no me la dais. Hay algo que no me habéis contado y quiero saberlo. Ahora.

—Señor —Gabino estaba muy nervioso por lo ocurrido—, ¿podría... podría ir al baño?

—¡No! Me importa una mierda si te cagas los pantalones. De aquí no se mueve nadie hasta que no larguéis todo lo que sabéis. ¿Quién de los dos empieza?

—Señor —Gabino volvía a dirigirse al guardia—, ya le he dicho antes que sería mejor dejar las cosas como están, hágame caso...

—¡Hostia ya...! —Alfonso dio un puñetazo en la mesa, y el tricornio acabó rodando por el suelo. Fidel lo recogió.

—Bien —habló Ginés—, tú mismo...

—¡Ya era hora!... —dijo el guardia.

—... pero... te recuerdo —continuó Ginés—... que tú lo has querido.

—¡Desembucha ya, joder!

Y Ginés, no queriendo haber contado aquello que se había guardado, comenzó a explicarle al guardia lo que sucedió desde que salieron de su propia casa, tras la conversación en la que afirmaron haber oído balar a la Cabra, la noche anterior, y hasta que llegaron a la casa de Modesto.

Su as guardado en la manga. También él era un buen tahúr.

## Capítulo XVII

Cuando Alfonso era un guardia civil joven y arrogante, sus desmanes se habían dejado sentir en el lugar. Se alargaron en el tiempo, y se repartieron por muchas de las casas de los pueblos de los alrededores, pero en ninguna como en la casa donde vivían la María y Juan: la cantina. Allí es donde medraron de verdad.

¡La cantina! ¡Ay, la cantina!

De entre todos los sitios donde pudiesen recogerse los hombres, al terminar de trabajar, ninguno como la cantina. No había sido la primera del pueblo, pero se estaba llevando la palma en cuanto a situaciones curiosas, todas bañadas en jarras de dos cuartillas de vino; dejaba en nada las anécdotas que se contaban de las anteriores.

En una de las casas donde hubo cantina en el pasado, los *chiguitos* habían encontrado un juego de lo más emocionante: espiar al cantinero. Iban en grupo, y mandaban siempre a alguno de avanzadilla, pues no son listos ni nada los guajes cuando se trata de armar picias.

El cantinero era un hombre ya mayor, que solía sentarse a la mesa con una jarra de vino y con otros tres parroquianos, para sisarle el vino a la jarra.

—Toma, bebe tú —y servía vino en un vaso—, este otro *pa* ti —llenaba otro vaso—, este *pa* ti —llenaba otro más—... y este *pa* mí...

Con los cuatro vasos de vino llenos, la gente pimplaba... y vuelta a empezar.

—Este *pa* ti, este *pa* ti también...

Pero lo que los *chiguitos* habían descubierto espionando al cantinero por la ventana, había sido que siempre estaba solo: todo el vino se lo bebía él. Y cuando la avanzadilla reclamaba la presencia de los demás, reían en alto, no podían evitarlo, y el pobre cantinero miraba por la ventana, los veía... y salía tras ellos como alma que se lleva el diablo, teniéndose que parar, mareado, a la entrada de la casa. Mientras, los *chiguitos* corrían espiritados al saber que la habían preparado. Y también, porque sabían que si se quedaban acabarían apaleados. Luego se recreaban, riéndose de lo sucedido en la fuente, en la era o donde estuviesen, emulando al cantinero, tambaleándose, haciéndose los étlicos e imitándole:

—¡Como *sus* pille... *sus* vais a enterar!...

En otra de las cantinas que había habido en el pueblo, en casa del Serapio, un día de mucho frío se habían juntado varios hombres junto a la *hornacha*. Uno de ellos, el pobre, con cierta edad ya, y lo que es peor, con paperas, estaba arrimado al fuego como los demás. Por donde *se le salieron*, nadie lo sabía, pero los *güevos* le colgaban del borde de la silla al suelo como dos



pelotas de tenis, y con la piel del escroto tan estirada... que parecía la goma de los tirachinas de los *chiguitos* antes de disparar una piedra.

En ese estado, la mujer del Serapio se le acercó por detrás con las tenazas del hogar al rojo vivo. Se puso en posición entre él y la charpa del tiro... como para cercenarle el pellejo que le colgaba, con las tenazas, mientras miraba a los hombres. Alguno se rio bien de aquello. Otros la increparon después por lo que la vieron hacer. Y todos, lo contaban después con sorna, pero también un poco acojonados:

—Hay que joderse... ¿y si las hubiera apretado?

—¡Jé...! ¿No viste que hizo el amago de apretarlas mientras se reía...?

—¡Ay, la hostia...! ¡Ay, la hostia!... con lo *buenón* que es él...

—La que se podía haber *preparao*..., menos mal que *sachantao*...

—*Cagüendiooooooss*... que casi lo capa, nos lo desgracia *pa toa* la puta vida...

Pero eso no era nada comparado con algunas, solo algunas anécdotas, de las que habían pasado en la cantina de la María y Juan. Situaciones curiosas, con personajes curiosos, a más no poder. Una mina de carcajadas. Como no podía ser de otra forma, la bebida ganaba por goleada en cuanto a qué se llevaba la palma, si se mienta qué ocurría en la cantina, y por qué.

Un año, en san Cristóbal, el mozo mayor de Juan preparó una especie de barra de bar en el portal de la casa. No era más que una mesa colocada en el propio portal, pero con un lado cerca de la entrada a la bodega. Con ello, el mozo conseguía poder atender a los parroquianos, pues la bebida estaba casi a su alcance. Como buen cantinero, atendió a las peticiones de los que querían beber. Todos, pues era el día del santo. Entre los parroquianos se prodigaron muchos mozos y mozas, como es lógico y normal, en busca de *bebercio* y baile. Pero la fiesta, para el mozo de Juan, estaba empezando a sobrepasar las expectativas: se estaba acabando la botella de ginebra, pues si lo más demandado era el vino, sin discusión, el destilado del enebro era de lo más reclamado por los mozos que querían probar otras cosas. Para su desgracia, solo había una botella de *yin*.

—¡Eh...! ¡Ponme otro *yintoni*!...

—¡Este *sarroto*... el mío *sarroto*, oye...! ¡Mira a ver este vaso, que... que no sé qué le pasa...!

—Trae una jarra de vino... ¡y me echas otro *yintoni* a mí también!...

—¡Ya voooy... ya voooyyy! —contestaba el ocasional barman.

Bueno..., decir que para desgracia del joven camarero, no es del todo justo, ya que en cuanto se acabó la ginebra..., empezó a echar agua. Un tío listo.

Los mozos que bebían *yin*, no siempre lo mezclaban con tónica, y uno de ellos en concreto, uno que la bebía con refresco de cola, se bebió ocho desde que se acabó la botella... y cada vez estaba más borracho. Un milagro, oye.

Más..., mucho más comentado que aquello, era lo que se cocía en la cocina muchos días de vino y tute.

Dos hermanos, que siempre iban juntos a jugar a las cartas, bebían vino con los demás. Pero algo debían de tener entre ellos, que uno siempre pedía una jarra de vino a la María... y pasaba siempre lo mismo. Siempre: con la jarra de vino ya en la mano, el que la había pedido comenzaba a llenar los vasos de los demás. Dejaba a su hermano siempre el último. Y cuando se terminaba el vino... le miraba como con pena, no le había llegado para su propio hermano, y le decía:

—¿Tú querías, Lucinio...?

—¡Ná...! —le contestaba, haciendo un ademán de desprecio con la zarpa. Ni cinco minutos

después, elevaba la voz y la mano—. ¡María...! ¡Saca otra jarra...!

Se la preparó tantas veces, que los propios habitantes de aquella casa, con sorna, y cuando se reunían varios de ellos, decían siempre a quien tuviesen que servir vino en un vaso:

—¿Tú querías, Lucinio...?

Y el interlocutor, si sabía la historia, como *pa* no saberla, siempre le contestaba:

—*Ná...*

Y todos a reír.

Las situaciones curiosas siempre se han dado en cualquier sitio donde varios hombres se junten para beber, pero ello nunca ha implicado que dichas situaciones han de tener solo a los hombres como protagonistas. De hecho, las mujeres se prodigaban por las cantinas tanto como los hombres, si bien es cierto que buscando algo menos que vino y tute: la brisca. Alguna bebía, sí, pero... donde estuviese una buena partida de cartas al juego del engaño, podía apearse el vino. No era nada raro ver a muchas de ellas, de ya cierta edad, dolerse del mundo y sufriendo por parpadear... hasta que se preparaba una partida a la brisca. Dolores y sufrimientos desaparecían como por arte de magia. Realmente increíble. *Pa* mear... y no echar ni gota.

Las cantinas rebosaban de hombres durante la semana, pero el sábado y el domingo, las mujeres también se dejaban caer por allí, con más ganas de cartas que un hambriento de pan. Sin importar ni los quehaceres, ni los dolores, ni siquiera si sabían jugar bien o no, muchas jornadas se alargaban hasta bien entrada la noche. Y si dichas partidas se comenzaban a jugar después de cenar, la madrugada determinaba el fin de las mismas.

Animadas por las cartas, alguna incluso se desinhibía al hablar de cualquier cosa, como si estuviesen solas en la fuente, sin hombres cerca:

—Pues... que le dije a mi marido que estaba *preñá...* y se rio de mí...

—¿Eh...?

—¿Lo qué...?

—... sí, me dijo: «¡Anda, anda, *paeces* una oveja relocha...! ¡Qué cojones vas a estar preñada...! ¡*Pos* como no sea por haber *dejao* los pantalones *posaos* encima la cama...!».

—¡Ja, ja, ja..., no amueles...!

—Ja, ja, ja... ¡¿eso dijo?!... ja, ja, ja... ¡qué *calamidá...*!

—¡Hombres! ¡Menudos pardales están hechos...!

—¡No te quejes —decía otra—... que el mío hace una semana que me tiene a palo seco!

—¡Ja, ja, ja...!

—¡Ja, ja, ja...!

—¡*Pos* como no lo alivies pronto —contestaba alguna a la anterior—... se le va a subir la leche al *celebro*!

—¡Ja, ja, ja...!

—¡Ja, ja, ja...!

—El mío se me mete en la cama con el calzón *quitaos*... ¡con el chisme al aire! —seguía otra— ... y me dice que es porque las entretelas le están cogiendo confianza ¡y se le meten por lo desconocido!..., y yo le digo: «Calla, calla... que eso es que te quedan justos, y vas *tol* día con el paquete a un *lao*... ¡como los toreros!... ¡ja, ja, ja...! Y no es *na* más que porque se le pone dura, ¡y las calzas le aprietan el nidal!

—¡Ja, ja, ja...!

—¡Ja, ja, ja...!

—*Pos* el mío se mete en la cama... y siempre está: «Deja que me caliente la mano con la tetilla... que vengo del tute y te voy a dar yo ahora capote a ti...».

—¡Ja, ja, ja...!

—¡Ja, ja, ja...!

—No *sus* quejéis... *quel* mío cuando tiene ganas de guerra siempre está: «Anda, cielo, déjame un poco... *quesque* ya sabes que yo tengo un nivel... y si se sobrepasa lo paso *mu* mal...».

—¡Ja, ja, ja...!

—¡Ja, ja, ja...!

Con este percal, algún hombre también hablaba con los demás hombres sobre lo que las oían decir:

—A mí... *me se* amontona la imaginación... y *me se* pone más dura que un chuzo...

—¿A ver... qué dices tú...? —le increpaba alguna que le había oído—. ¡Rancio! ¡*Quieres* un rancio! ¡*Abultón!*

—¡Nada, joder, nada..., no digo nada!

—*Ná...* —comentaba otra mujer—, déjalo, ya sabes cómo son los hombres... ¡no sueltan *ná...* *too padentro!*

—¡Ja, ja, ja...!

—¡Ja, ja, ja...!

Comentarios como los anteriores, fueron muchas veces emulados por las mujeres. El juego las hacía encimarse en la mesa con los naipes, y solo estaban las seis de la partida. Los hombres, aunque estuviesen en la mesa de al lado, no existían. Al menos, si los que estaban no eran sus propios maridos, porque si no era así... el susodicho tenía que pedir al cantinero que le sirviese vino... como si le estuviese pasando droga. Y como a pícaras y resueltas no las ganaba ningún hombre, aunque fuese despabilado a más no poder, siempre había alguna que increpaba a aquel que hubiese bebido más de la cuenta...

—¡Como se lo diga a la parienta... se te va a caer el pelo...! Sí... sí, tú ríete, vete llevando una cuerda *patar* el rabo... porque te veo esta noche durmiendo en la cuadra con las vacas... ¡y se la vas a tener que endiñar a la burra!...

... lo que hacía que muchos hombres no bebiesen, al menos, hasta el punto de tratar a los demás de usted. Y es que... malo es beber..., más malo aún es que te vean las mujeres, pero peor es que se entere la parienta de que bebes, pues si la que se lo cuenta es otra mujer, y aunque el hombre en cuestión haya bebido solo un par de jarras de vino, la mujer le echará en cara que ha bebido hasta vaciar las carrales de la bodega. Eso, seguro. Manda *güevos*...

Dejando a un lado las bromas y el cachondeo, propios de una jornada de asueto dominical, lo que todos admitían sin pudor era que les encantaba reunirse en las cantinas. Sea por beber o por jugar, todos acababan en el mismo lugar. Y allí, en una mesa de cartas, o sentado en una silla con un vino o un orujo en la mano, mear sentado o de pie era lo de menos. Y la posición de cada uno tampoco era algo que mentar. Si alguien tenía el bolsillo más lleno, se arrimaba allí lo mismo que si alguien lo tenía lleno también, pero de agujeros. Todos se reunían, y a todos les gustaba. Sin excepciones. Y jocoso era para todos observar que, bien entrada la noche, los comentarios iban subiendo de tono en las diferentes mesas, haciendo que muchas mujeres, al oír comentarios de los hombres, muy subidos de tono, mucho más que los de las féminas, se rieran como tontas por todo. Ello daba paso siempre a que la cosa se animase, y como cuando se habla de sexo, se dé cuenta el hombre o no, es el único tema en el que nunca se sale discutiendo, el jolgorio se alargaba horas

enteras, haciendo que todos desearan volver de nuevo allí. Al final, beber, las cartas, las chanzas... todo una excusa para poder estar entre los demás y divertirse. Como debe ser.

Y luego... los hombres calientes por el vino ingerido o porque los niveles del cuajo sobrepasaban lo permitido, y las mujeres... porque por las conversaciones picantes alguna se llegaba a resbalar en la silla, al marcharse de la cantina y llegar a sus casas terminaban la faena en la cama, soliviantando cuajos desbordados y resbalones. El final perfecto a una jornada fabulosa, siempre que hubiesen ganado a las cartas, claro, pues si bien el hombre no pone reparos nunca a revolcarse en la cama, en la cuadra, sobre la trébede o encima de un pararrayos, las mujeres que se abrían de piernas sin miramientos, y bien contentas, eran las que hubiesen ganado la partida. Las que no..., decían a sus maridos que no se amontonaran tanto y que se entornasen *pal otro lao* y que dejasen de sobarlas. Que se diesen la vuelta, que apestaban a vino. En fin, que a nadie le gusta perder, pero las que no lo hacen casi nunca, son las mujeres. En una partida a las cartas pintan oros, copas, espadas o bastos, pero... cuando un hombre y una mujer están en la cama..., lo que pinta y manda siempre, es la chirlea de ella. La vida es así.

En aquellas reuniones en la cantina del pueblo, se llegaba a hablar de todo, incluyendo comentarios que no dejaban a los guardias civiles en una buena posición. Y de entre todos ellos, a pesar de sus desaires y de sus maneras, Alfonso no solía ser mentado. Por respeto. Por respeto a su padre muerto. Por respeto a alguien que se dejaba caer por allí todos los días: Cecilia, la Ceci. Su madre.

La Ceci, si bien quería a su hijo, y conociéndole como le conocía, sabía perfectamente cuándo Alfonso la había liado. Las miradas furtivas de los hombres no la dejaban lugar a dudas. Y ella, hábil y más lista que el hambre, y a pesar de que era su hijo, solía ser quien comentase algo al respecto, despotricando sobre su propia sangre, pues el querer a alguien de tu familia, no significa que no sepas que es una mala persona. Y Alfonso hacía más daño entre la gente, que los bichos en la cebada.

Pero los vecinos sabían de sobra que la Ceci no tenía nada que ver con su hijo, obviando que era su madre, por supuesto, y siempre la trataron bien. Mejor que bien: una más. Incluso las mujeres que solían jugar con ella a la brisca la esperaban o la iban a buscar a su propia casa, para poder reunirse los fines de semana en la cantina. Con o sin desaires de su hijo los días pasados.

Y fue con esta mujer, con Cecilia, con quien los *Jeje* se detuvieron un rato antes de acercarse hasta la casa de Modesto.

A penas un minuto después de la conversación que mantuvieron en el patio, sobre el haber oído balar la Cabra, Gabino y Ginés oyeron que alguien les llamaba. Se giraron y vieron una figura, torpe y rechoncha, que les hacía señas mientras se acercaba: la Ceci.

—Chiss... chiss... venid conmigo...

Sin esperar a ver lo que hacían, se dio la vuelta y comenzó a desandar lo andado. Ambos hombres se miraron... y la siguieron hasta que se apartaron un poco del camino y quedaron a cubierto. ¿Por qué había venido la Ceci desde su pueblo? Y ¿por qué sola y de noche? Posaron el saco con las herramientas en el suelo, y se mostraron prestos a escucharla. Pero la Ceci no estaba sola: allí, junto al camino, fumando un pitillo, cabizbajo y con los ojos con pinta de haber estado, si no llorando, casi, estaba Silvano. Sin darles tiempo para abrir la boca, la Ceci fue la que comenzó a hablar.

Silvano había ido hasta su casa, como hacía por costumbre, al ir a la suya, pues le pillaba de paso, y Cecilia le dijo que entrase un momento. Le notó triste y enfadado, y le preguntó que qué le pasaba. Silvano, reacio en un principio, acabó confesándole todo lo que había ocurrido por la

tarde en casa de Ginés y de la Herminia. Y que cuando se acabó la reunión, todos los hombres, menos los *Jeje*, habían salido del pueblo en dirección a la casa de cada uno. Silvano había subido con Juan, los dos solos y un poco más tarde que todos los demás, y se había quedado sin compañía cuando ya en el pueblo, el cantinero se fue a casa. Silvano decidió pasarse a ver a la Ceci, que estuvo un poco nerviosa todo el día, al haberse enterado de cómo se habían marchado todos los hombres por la tarde de la cantina. Se lo dijo la María.

Silvano, dolido por no haber podido ir con los *Jeje*, y sabiendo que, a pesar de ser la madre de Alfonso, se podía fiar de ella, la contó todo: que Modesto la había liado en el contrato de las tierras del *cárcabo*, y que Ginés quería quitárselo de encima. Bueno..., la expresión que usó Silvano fue:

«Mandarlo con su jefe de una puta vez...».

La Ceci no daba crédito a lo que oía, pero cuando supo por boca de quien ahora fumaba allí sentado, que Modesto quería hacerle pagar a Ginés noventa mil pesetas de más por aquellas tierras... Pidió, ordenó más bien, a Silvano que se quedase en casa. Mientras, ella se arrimaría hasta el pueblo de al lado, a ver si podía encontrarse con los *Jeje* antes de que llegaran a casa de Modesto, a hacer que el cura cascase el *güevo*. Pero como era ya de noche, no pudo evitar que Silvano decidiera acompañarla. Tras una buena discusión, salieron los dos juntos de casa. Y allí estaban ahora los cuatro, escondidos, con la Ceci susurrándoles todo aquello.

Esperaba la Ceci ver a Gabino más entero, pero lo notó bastante nervioso. Y teniendo que ir ella todavía hasta el pueblo, y dándose cuenta de su estado, Ginés la propuso que Gabino acompañase a Silvano y a ella misma hasta su pueblo. Que lo que tendría que ser, sería..., y que él se iba a quedar mucho más tranquilo si les acompañaba. La Ceci dijo a Ginés que no estaba de acuerdo, que matar al cura no era la solución, pero que podían estar todos bien tranquilos, que ella no diría nada. Tampoco la gustaba el cura. Y menos aun lo que había hecho.

*Invitar* a cualquiera de los vecinos a que le diesen algo; unos huevos, unas patatas, cobrarse sus merecidos réditos si dejaba algo de dinero a alguien..., esas eran cosas que le parecían normales. Justas, siempre dentro de unos límites. Pero noventa mil pesetas de más por unas tierras... Ella misma le hubiese lapidado si la llega a hacer algo así. Querer sacar beneficio por algo, era normal; quitar el pan de una mesa..., algo digno de haberle clavado en la pared. Por lo tanto, la Ceci no iba a ser quien se interpusiera entre Ginés y el cura. De eso nada. ¿Quién era ella para hacer ver a Ginés que tenía que callar y pagar? ¿Qué hombre puede arrebatar el pan a una familia, y creer que el cabeza de dicha familia se quedaría de brazos cruzados? Cura o no, con carné o sin él, las leyes de los hombres siempre están por encima de creencias e ideales. Y por encima de esas leyes, está el pan. Y si hay que quitar de en medio al que te lo intenta arrebatar, se le quita y punto.

Terminó la Ceci diciéndole a Ginés que tuviese cuidado, porque tal vez esa noche se dejase ver Alfonso por su pueblo, o por cualquier pueblo cercano, ya que hacía más de dos semanas que no iba a verla, y no la extrañaba que, aunque ni siquiera cenase, no solía hacerlo, se dejase ver aquella noche fuera del cuartel, camino de alguna cantina.

Ella misma medió con Gabino para que acompañase a Silvano a casa. Le dijo a Ginés que ella marcharía más tarde, que se quería pasar por la casa del *Jeje*, para ver cómo estaba la Herminia. Y que no se preocupasen de ella, pues aun de noche, conocía el camino como la palma de la mano. Era tarde, y si Silvano marchaba acompañado, ella se quedaría más tranquila. Hay que joderse..., con setenta y un años, y preocupándose de un hombre que tenía una porrada de abriles menos que ella. Una mujer de coraje, bravía, endurecida por toda una vida de trabajo en el campo, y con una

mala vejez por culpa de sufrir los atropellos de su hijo, sobre los vecinos, como propios. Una mujer con callo en el alma, grietas en el corazón y ojos de granito. Unos ojos que ahora leían el pensamiento de los tres hombres que estaban a punto de marchar.

—En cuanto vea cómo está la Herminia, me iré a casa. Y si viene Alfonso y le veo, le entretendré. Pero debéis daros prisa. ¡Vamos!..., ¡marchail!... ¡marchail pallá! Y ¡andail con cuidado no *sus* vean por ahí!...

Ginés terminó su relato, diciéndole a Alfonso que tras convencer a Gabino de que llevase a Silvano hasta su casa, él iría hasta la de Modesto. Y que detenidos ya en el calabozo, Gabino le confesó que no marcharon al momento. Se habían quedado unos minutos a esperar a la Ceci, mientras se pasaba por casa de la Herminia, para no dejarla ir de noche, y sola, hasta el pueblo.

Alfonso se derrumbó por completo. Casi lloraba mientras miraba la mesa, incapaz de terminar de creerse lo que acababa de oír: su propia madre estaba metida en el ajo. La Ceci... una encubridora del crimen de Modesto. Encubridora, y casi incitadora. Los *Jeje* le miraban: Gabino casi con pena, y Ginés de forma neutra. Y Fidel..., bueno, no habría soltado ni una gota de sangre si lo hubiesen pinchado.

Se reclinó hacia atrás en la silla, sin dejar de mirar a la mesa. Intentó ordenar su cabeza: imposible.

No era la primera vez que la Ceci había hecho lo que la venía en gana. En realidad, fue una constante en su vida, y si bien es cierto que la daba igual si su hijo era guardia o no, había cosas que no se podían perdonar.

No se trataban entre ellos como madre e hijo desde el entierro de su marido, entierro al que no acudió Alfonso; siempre le reprochó este hecho. Para su modo de entender la vida, había sido una falta imperdonable. Con o sin guerra de por medio. Un padre es un padre. Punto. Y no había nada más que decir. ¡Que se quedase con sus amigotes de los orinales, esos oficiales más puteros que otra cosa, y con sus ínfulas de seres superiores!... ¡que se quedase con ellos! Maldita recua de fotocopias los unos de los otros..., todos peinados con la raya al mismo *lao*, con el pelo como si los hubiesen parido y no los hubiesen lamido, y con esas putas carreras de hormigas que llamaban bigotes, ¡que parecían más el coño de una principianta que otra cosa...! ¡Que se quedase con ellos...! Que ella era del pueblo de toda la vida, y siempre se la respetó como una mujer de las de verdad. Una mujer de las que incluso cuando hablaba, hasta los hombres se callaban para escucharla. Y el cariño y respeto de los suyos era por ella, no por miedo al uniforme de su hijo. Por tener dos ovarios como dos cantos. Una dignísima mujer para su marido. Una vecina irremplazable.

Y si a Alfonso se le hubiese ocurrido, por algún desdichado y diabólico pensamiento, haber denunciado a su madre por aquello, el pueblo nunca se lo hubiese perdonado. Jamás. Haberse propasado toda su vida, comiendo, bebiendo y amedrentando a los vecinos con su posición, era una cosa. Aquello, no. Además..., si ya se habían cargado al cura... ¿qué le podía hacer pensar que él mismo no seguiría los pasos de Modesto si metía a su madre en medio de aquello? ¿Se atreverían a tocarle en tal caso? ¡Joder! ¡Pues claro! Si habían tenido cojones para matar a un cura... ¿qué coño más daba *jumpiar* a un cura que a un guardia?

Estaba jodido. Jodido de verdad. El orujo no se bajaba ni a la de tres de su cabeza, y las últimas palabras de Ginés le martilleaban el pensamiento, más fuerte que cuando amartillaron a Modesto. Elevó la cabeza y miró a los *Jeje*. No encontraba una solución que no pasase por

bajarse los pantalones. Pensó que, incluso, denunciar a su madre podría ser una posible salida, pero apenas pasó ese pensamiento como un ramalazo por su cabeza. No. Aunque solo fuera para consigo mismo, se portaría por una vez en su vida como un hijo. El uniforme ahí no pintaba nada. Miró a Fidel y sintió tal empatía con él, que le dio hasta rabia. ¿Qué podía hacer?

Obvió protestar la declaración de Ginés. No le había mentado, seguro. De todos eran conocidas las amistades de su madre, entre las que destacaba Silvano. Un hombre con un odio cerval a todo lo que fuese vestido de uniforme, en nombre de Dios o de la patria. Como la Ceci.

Se levantó de la silla y se tambaleó. Fidel le ayudó a que no cayese al suelo, con un tímido ademán de Alfonso con la mano para que le dejase. Sin mirar a la mesa, dijo:

—Lárgate de aquí, Gabino..., no quiero ni verte...

Salió por la puerta y se dirigió a su despacho. No hizo caso a Fidel cuando le preguntó si metía a Ginés en el calabozo de nuevo. Cerró la puerta tras entrar, y se sentó en su mesa. Abrió el cajón de su mesita y sacó la botella de mistela. Con ella en la mano, se acercó a la ventana y miró a la calle. Y durante unos minutos, no más de cinco, miró fuera mientras le daba tutes a la botella. Uno tras otro. Haciendo pasar el vino dulce por el cuello de la botella hasta terminar en el suyo propio. Escupiendo en el suelo cada poco, y de muy mala hostia por todo lo que había oído aquel maldito día en el cuartucho de los interrogatorios. Un mal día con un final peor de lo que jamás hubiese imaginado. Un final de espanto, crudo y visceral..., y lo que le resultaba más inquietante, aún por definir.

A pesar de conocer la implicación de su madre en la muerte de Modesto, y por si esto fuera poco..., su calvario apenas había llegado a la primera caída.

## Capítulo XVIII (Primera Caída)

Alfonso miraba por la ventana mientras le hervía la sangre. La misma sangre que corría por las venas de aquella que le había traicionado. Traicionado por su sangre: la peor de las desdichas humanas. Imperdonable. ¿Se habría sentido así su madre con él, cuando tiempo atrás no acudió al sepelio de su padre? Seguro. Le dio un vuelco la cabeza, llena de pensamientos, de orujo y de sucesos con su propia sangre involucrada. Esa misma sangre se notaba en sus sienes, aporreándolas sin descanso, haciendo vibrar ambas a la vez a cada pálpito de su corazón. Sus ojos miraban al vacío sin ver más allá de los cristales, ahora ya secos de goterones: la tormenta había terminado hacía un rato y, en la calle, volvía a dejarse ver el sol.

Bebió un traguito de mistela y abrió los cuarterones. De frente, no muy lejos, había un chopo con hechuras de abrigo, a la vera del cual había dejado su coche por la mañana, para que le diese un poco la sombra. No solo no sirvió de nada, la pintura, aun siendo negra, hacía relucir el sol hasta cegar, lo que le indujo a pensar que dentro se podrían freír un par de *tutos* en el salpicadero sin aceite, sino que además, y como la guinda del pastel de mierda que estaba tratando de tragar aquel día, pudo verlo lleno de agujeros y pequeños bollos ocasionados por el pedrisco de primera hora de la tarde. La luna delantera estaba rajada.

Incapaz de enfadarse, ya ni por eso y a pesar de su mala sangre, bajo mínimos como estaba, y mirando el coche como si mirase un Picasso un pastor de los que se atornillan la boina, y hablan alto a un extranjero a ver si les entiende, oyó una pequeña conversación en la calle.

El Joseluiso había salido fuera, ahora que ya no llovía ni apedreaba, y liaba un pitillo sin hacer caso a nada, hasta que un hombre bastante mayor, encorvado y *estranquillado*, se paró a su lado: el pastor que le «apaleó» el estómago cuando quiso enseñarle a montar un negocio más próspero.

Iba este buen hombre a ver al veterinario, con una pequeña cabritilla en los brazos, y se paró al guipar al guardia:

—¡Hombre! ¿Cómo usted por aquí...?

—Pooooos... ya ve, señor guardia..., voy al veterinario, ahora que ya pasó el pedrisco — levantó la palma de la mano derecha hacia arriba—... y ya solo cae este *chirimiri* que ni moja ni ná... Pinteá sin ganas...

—¡Aaaahhh, ya!... y ¿qué le pasa..., está malo?



—Je, je, je..., pero ¡qué cabrón..., no, hombre, no! La chivilla, la mi pobre, que está malita, *me se escapó* anoche del corral, y *lancontrao* hecha tabaco... ¿Oiga, le pasa algo?..., ¿mosqueo?..., ¿andancio? Le noto... *común perranco*...

El pastor, con mirada incisiva, sospechaba que el Joseluinto estaba cabreado o con mal cuerpo. No sabía el qué ni el porqué, pero lo intuyó en cuanto le vio. El guardia, no queriendo contar nada de lo que estaba pasando en el cuartucho de los interrogatorios, esquivó la pregunta:

—¿Sabe?... es usted hábil, ¿pensó alguna vez... de joven..., pues si eso..., en ser guardia?

—¡Vamos, hombre!... ¿y dejar a los buenos...?

—Je, je, je..., es usted la hostia... —El Joseluinto cambió de tema en cuanto pudo. Siempre se le dio bien hacerse el *aberolado*, pero con un hombre como aquel pastor, más que sobrado de hurmiento, debía de seguir esquivando. La cabritilla le vino de perlas—. Vaya..., pobrecita... —El guardia incluso acariciaba la pequeña chivilla—. Y ¿qué la ha *pasao*?..., parece que la haya *pillao* el lobo...

—¡Ufff...! ¡Ya podría...! —El pastor dejó que el guardia le llevase a su terreno, mientras pensaba que menudo pelele estaba hecho—. Ayer acabé la labor en la cuadra y no *lancontraba poningúnlaio*. Fui a casa, atendí a mi hermana, la que tiene perlesía..., ya sabe *usté*... —el Joseluinto asentía—, y salí de noche a *buscala*. *Lancontré* en *ca* la Tolina...

Alfonso no podía creer, una vez más a lo largo del día, lo que acababa de oír. Tenía que ser una broma. El destino estaba en su contra, no podía ser de otra forma. Se sentó de mala manera en una silla al lado de la ventana, y se le volvieron a erizar los pelos de la nuca, como cuando recordó por la mañana las historias que se contaban de la Cabra. Normal: aquello era lo mismo.

Cuando la Cabra se dejaba oír de noche por las callejuelas del pueblo, los habitantes trataban de dormir no pensando en brujas, viejas lumias y malogrados curas. Trataban de hacerlo, intentando convencerse a sí mismos, de que todo terminaría de nuevo por la mañana. De que todo formaba parte de un mal sueño, una pesadilla sin final... que volvía a repetirse, para su desgracia, una y otra vez.

Les asustaba creer que lo que oían eran voces del más allá. Devotos y creyentes como eran, rezaban acurrucados bajo las mantas, pidiéndole a Dios que, si eran seres que los trataban de amedrentar, acabase con esas molestas voces. Rezaban para que el Bicho se marchase de una vez por todas. No debían de rezar muy convencidos, o tal vez, no lo suficientemente alto, pues la Cabra, entre pitos y *cuchiflitos*, siempre volvía. Podían pasar días, semanas o incluso meses..., pero acababan resonando sus balidos otra vez, repiqueteando en las paredes de adobe, recorriendo el *pindio* camino de la fuente a la iglesia, y de la era a la escuela. No se libraba nadie. Ni de sus amenazantes sonidos... ni, y ahí estaba lo peor, de sus terribles secuelas.

Llegada la madrugada, y mientras la gente dejaba de pensar en los ecos de los muertos, lo único importante era llenar el buche de alimento. El campo no perdona, y si se quiere sisarle manduca, no queda más remedio que trabajar, y para arrear sin desmayo, nada como hacerlo con el estómago lleno. Se vestían con desgana tras haber pasado una mala noche por culpa del Bicho, y cuando bajaban a la cocina..., la Cabra... no solo se había dejado sentir durante la noche por el oído, llevando a los vecinos a rogar al Altísimo, a su madre, a su hijo, a los apóstoles... incluso a Judas, pues alguno creía que seguro que el traidor arrepentido podría interceder por ellos, sino que también, y esto era lo que acojonaba a más de uno, había llegado, incluso a entrar en... las casas.

En varias cocinas se encontraban platos, vasos, *mosqueras*, jarras y demás enseres, movidos de sitio o hechos cascotes en el suelo. Botellas de vino volcadas, cazos con leche del revés, con el blanco elemento por cualquier sitio, mandiles por el suelo y rodeas colgadas de los clavos del techo para curar el embutido. Increíble o no, ocurría.

Y los vecinos no se lo tomaban a broma.

Si las cocinas eran de especial preferencia para la Cabra, a la hora de hacer de las suyas dentro de casa, si se quedaba fuera, tampoco se iba de vacío: entraba en las cuadras y hacía que las vacas diesen unas coces bestiales en todas direcciones, mugiendo como si estuviesen oliendo los pellejos puestos a secar en la entrada del matadero, y muchas amanecían con las tetillas sangrantes. Otra cosa que, increíble o no, ocurría. Y amanecían muy nerviosas, mugiendo, jñadas y desesperadas, y no con la cantinela repetitiva de los *rebuncios* de una mañana normal. ¿Qué péfido mal haría el Bicho en las cuadras? ¿Por qué parecía ensañarse con los pobres animales? ¿Por qué a la mañana siguiente de oír a la Cabra, hacían falta por lo menos dos y hasta tres hombres, para sujetar con fuerza los *acornales* al yugo? ¿Qué las hacía? ¿Qué pasaba en las cuadras por la noche? Nada bueno, seguro. Y a tanto llegó, tan alargada era la sombra de su mal, que una vez, en la cuadra de Manuel, el vecino con problemas en los bronquios y dos pares de cojones bajo la chorra, una vaca parió un jato... ¡con seis patas! Dos de ellas sobre el lomo, cual banderillas en una faena. Otra cosa que, increíble o no, sucedió.

Pero de entre todas las cosas que se contaban en el pueblo, con respecto a los desmanes de la Cabra, había una que llevaba de cabeza a todos los vecinos: lo que ocurría en casa de la Tolina.

Para muchos, allí era donde el Bicho las liaba pardas de verdad, pues no se limitaba ni a la cocina, ni a la cuadra: mesas, sillas, bancos, muebles varios... Todo aparecía movido por la mañana de sitio, si había balado la Cabra por la noche. Y lo que es más espectral y confuso: se llegaba a oír desde fuera el ruido de los muebles al ser arrastrados de un sitio a otro, a sabiendas de que no había nadie en casa. De nuevo, increíble o no..., real.

Para rematar la faena, encima de todo lo anterior..., cuando la Cabra rondaba por el pueblo, no atacaba el lobo a ninguna oveja, no se llevaba el raposo ninguna gallina, y se podían dejar los huevos fuera del corral sin peligro, pues de la garduña... ni la sombra. Los perros ladraban rabiosos al oír los balidos y, tras un par de minutos enrabiados, se callaban y se arremolinaban en cualquier esquina. No se oía el ulular de búhos y lechuzas, aun siendo estos los depredadores alados nocturnos por excelencia, desaparecían todos los gatos de los tejados y tapias que frecuentaban, y no se los oía ni miagar. Los burros, mulas y demás cuadrúpedos no vacunos, relinchaban y rebuznaban con ganas, coceando sin desmayo, para acabar comportándose como los perros.

*Todos* los males desaparecían al despuntar el astro rey, excepto las secuelas derivadas de aquella... *presencia*. Y si bien los vecinos habían aprendido a convivir con *ella*, y preocupados como estaban de tener que ir a acarrear, volvían a colocar todo en su sitio en las cocinas, soltando comentarios de lo más mundanos sobre lo sucedido, para que los *chiguitos* no tuviesen miedo de salir de casa. Buena fe de todo ello podían dar los habitantes, así como el veterinario, cuando era reclamado para curar las tetillas de algunas vacas. Y si bien encontraron pronto el culpable para alguna de las cosas; mujeres desordenadas que tenían la cocina hecha un campamento militar, nadie... ni uno solo... pudo dar alguna explicación a lo que ocurría de noche con los animales en la cuadra, pero menos aún, con lo que se cocía a altas horas en casa de la Tolina.

Rara, más que una suela de zapato, era la persona que vivía allí, y que comentase algo al respecto de la Cabra. Ni sus desmanes, ni sus espectrales cantinelas nocturnas fueron tema

recurrente de ninguna conversación para con la gente de fuera. Bastante tenían ellos ya con padecerla. No obstante, considerar tabú un tema no quiere decir que los profanos no lleguen a saber nada sobre ello. Y por mucho que no se quiera mentar algo, al menos, por la mayoría de los vecinos, a alguno se le debió escapar lo que ocurría..., tal vez en una conversación banal, o tal vez tratando de amedrentar a algún oyente ávido de fechorías sin explicación racional. Lo cierto es que, contar aquello, de forma consciente o por descuido, tuvo consecuencias: la prensa escrita se dejó caer por el pueblo para hacer un reportaje.

Finalizando 1933, Eusterio Alario, periodista, acompañado de un fotógrafo, se acercó hasta allí y comenzó a preguntar sobre *la cabra fantasma*. Al llegar, estiró la chaqueta de su traje, se sacudió los pantalones de polvo, y le hizo señas al fotógrafo para que le siguiera. Le importaba un bledo si lo que de allí se contaba era cierto o no, pero era una historia, extraña e irracional como pocas, que bien podría llenar unas páginas. Al fin y al cabo, era su trabajo.

Y comenzó su particular investigación sobre el Bicho.

Cuando Eusterio preguntaba a aquellas buenas gentes, se hacían los orejas, pues no eran amigos de contar *sus cosas* a nadie. Armado de su inseparable libreta y sus gafas redondas, no cejó en su empeño, y gracias a la buena acogida que le brindó la maestra, doña Pilar, a quien los vecinos ya veían como una más tras muchos años en el pueblo como educadora, y queriendo ella también desentrañar el problema con el dichoso Bicho, los vecinos le comenzaron a contar aquello que sabían. Lo referente a las dos mujeres muertas y al cura asesinado encontrado en *Valdejuelo*. Pero había algo más. Aquello que el padre de Alfonso le contó a él mismo en una ocasión.

Los vecinos afirmaban que la Cabra se dejaba oír por las callejuelas del pueblo anunciando alguna desgracia, no clamando venganza por crímenes impunes. Aseguraban que eran voces del *más allá* avisando de que algo horrible estaba a punto de suceder.

Eusterio estaba confuso. La maestra, con diferencia la más culta allí, estaba de acuerdo con él en que todo eran invenciones de una pobre gente que creía en seres paranormales para poder echarles la culpa de sus desgracias. Y de las ajenas. Pero... en el tiempo que transcurrió desde que los vecinos se abrieron al periodista y respondían a sus preguntas, hasta que conformó su reportaje y se fue de allí, no vio ni un ápice de duda en lo que le contaron. Y las miradas recelosas de algunos de ellos, se tornaban miedosas cuando relataban lo que sabían de la Cabra.

Hombres, mujeres, niños... Preguntó a toda la gente que vio. Al principio le resultó fácil, pues el pueblo se revolucionó en cuanto le vieron, y supieron por qué se había acercado allí. Primero a ellas, mujeres y niñas, que estaban por las calles. Pronto salieron varias más. Cuando habló con todas ellas, incluida doña Pilar, se acercó a las tierras y preguntó a los hombres que vio: estaban todos convencidos de que la Cabra era un alma en pena. Incluso, sorprendido, mientras caminaba por las calles del pueblo para acercarse a hablar con otro vecino, se cruzó con un par de niñas que cantaban:

*Hacia ya mucho tiempo  
que la Cabra no berraba...  
y se ha vuelto a repetirse  
en las fuentes de Juanlada...*

Aquellas buenas gentes, no solo hicieron partícipe a Eusterio de todo lo referente a los balidos, sino también de las secuelas derivadas de sus visitas nocturnas. A pesar de creer que eran

todos unos pobres ignorantes, crédulos e infantiles, tomó buena nota de todo lo que le contaron, como así atestiguaron algunas partes de su extenso trabajo, publicado en la revista *Estampa*, el día de Reyes de 1934.

*Las portoneras cerradas, que a la mañana aparecían abiertas sin que nadie se hubiera acercado a ellas. Las mantas, arrebatadas fantasmagóricamente de las camas. Los platos, colocados a la noche cuidadosamente en el vasar, y partidos en cien pedazos antes del amanecer. Las vacuchas, que con plena seguridad quedaron atadas al establo, y al rayar la aurora brincaban inquietas, en el corral...*

Animados porque la prensa había acudido al pueblo, y sabiéndose localizados en el mapa, algo inaudito en un lugar tan pequeño y humilde como aquel, y animados también porque la existencia de la Cabra se había corrido de boca en boca, mucha gente, foráneos y del propio pueblo, quisieron verla. Querían determinar si el Bicho era real o habladorías de unos cuantos ignorantes.

Muchas noches, muchísimas, aprovechando las más despejadas, y, por supuesto, aquellas en las que la luna brillaba con fuerza en el cielo, se acercaban por allí para ver a la Cabra. Docenas de personas de toda índole, hacían incluso cola para intentar, al menos, otearla. La espera se producía entre empujones y cabreos por parte de los reunidos, todos contra todos, peleando por coger el mejor sitio. Nunca faltaban comentarios:

—Calma... caaaaaalmaa..., por favor...

—¡Hostia, tú..., zanguango! ¡No te me amontones!

—¡Mira quién habla! Acabas de pisarme el zancajo, y ahora protestas... qué bonito, ¿no...?

—¡No hay quién pueda con él! A mí me ha *dao* tres veces ya con la rodilla en la corva...  
*¡Pesao! ¡Quieres un pesao! ¡Tira pallá, anda!*

—¡Arrea!... ¡Que parece que te pones a remolque, joder!

—¡Ni tú que lo digas! ¡Hila! ¡Arranca por lo *segao*, mormeras..., *quieres un mormeras!*

—*Ná...* que no hacéis carrera con él, le decís que se mueva un poco, y el tío se queda ahí... más *oreao* que aquel *questaba* más... ¡como si *ná...*! ¡¿No oyes...?! *Cagiëndios...* ¡que te apando de un *hostión!* ¡Mueve el culo, joder!

—¡He *llegaol* primero... y no me muevo!

A pesar de los típicos y pequeños incidentes entre la gente, ávidos todos de noticias que contar en la fuente o en la cantina, si se era mujer u hombre, conforme pasaban las horas el silencio se instalaba en sus bocas, y ello daba paso a prestar cada vez más atención a lo que ocurría durante la noche, hasta que todos o casi todos, marchaban abatidos a casa bien cerca ya de la madrugada, y con desazón en el rostro. Noche tras noche.

Pero hubo quien aseguró verla.

No era un día cualquiera. La luna llena que saldría por la noche, animaba al más pintado a salir con los demás, a ver si veían a la Cabra, y después de cenar, un mozo del pueblo se apresuró a reunirse con los vecinos. Con las prisas, dejó el bote de colonia abierto en la entrada de casa, un frasco barato con más alcohol que perfume con el que casi se bañó, pues no faltarían mozas para ver el *alma en pena*, y fue corriendo a reunirse con dos mozos que le estaban esperando, todos bien *elegantotes*. Las multitudinarias reuniones para ver al Bicho, habían aumentado sobremanera desde que la víspera de la noche de brujas de 1933, en el capítulo de sucesos de un diario se pudo leer lo siguiente:

*Desde hace varios días circula el rumor de que el vecindario se siente alarmado, porque entre las siete de la tarde y las diez de la noche, en las afueras se oye un ruido misterioso, parecido al berrido de una cabra, y los viejos recuerdan que en una época lejana se dio el mismo caso.*

*Lo cierto es que ahora, como entonces, acuden al pueblo diariamente caravanas de gente a pie, a caballo y utilizando diversos vehículos, y ha aumentado la curiosidad por efecto de los fantásticos rumores circulados. Claro está, que todo ello es producto de exaltadas imaginaciones, no mereciendo tenerse en cuenta.*

¿Sería este escrito el que acabó con Eusterio en busca de la Cabra?

Aquella noche en cuestión, gracias a la luna llena, el mozo que llegaba casi tarde, vio volando algo que no supo identificar muy bien, pero que juró que se asemejaba a un grajo. Y que cuando se tiraba en picado al suelo, balaba muy alto y en un tono que le puso los pelos de punta, y la carne de gallina. El pobre, asustado, se marchó corriendo antes de que pudiese llegar a ver con nitidez de qué se trataba. Y jurando, cuando posteriormente le abordaban con preguntas y más preguntas sobre el Bicho, que existía. Que la había visto. Y no fue todo: una vez terminada la noche, y justo cuando abría la puerta de casa, una luz semejante a una estrella bajó del cielo, inundando todo de claridad. Temblando, se metió en la cama y no se dejó ver hasta el día siguiente. Cuando bajó por la mañana y salió de casa, el bote de colonia que se había dejado abierto la tarde anterior se había transformado en agua. Jurase o no que contaba la verdad, nunca le creyó nadie.

Bien es cierto que no todos los hombres creían por igual en la Cabra. Ciertamente es también, que los *chiguitos* bromeaban sobre *ella* muchas veces, aun sin saber muy bien de qué iba todo aquello. Y algunas mujeres, hartas de recoger la cocina y descolgar rodeas del techo, bajaban incluso de noche de su habitación para pillar al Bicho, armadas con un palo, y darle un *cachabazo*. Bueno, más bien empujaban a sus maridos de la cama para hacerles bajar a ellos. Ninguno, hombre, mujer o *chiguito*, gustaba de hablar en demasía sobre el tema. Solo se lo contaron a la maestra por considerarla una más, y por petición expresa de esta, al periodista, y si bien muchos trataron de hacer creer que no les infundía temor, aunque al decirlo les temblara la voz, la realidad era que se comportaban como los animales: mucho ruido y pocas nueces.

Pero de entre todos los hogares del pueblo, cosa curiosa, si había una casa donde la Cabra no campaba por sus respetos, era en la cantina de la María y Juan. ¿Cómo era esto posible? Muy sencillo: en la cuadra, a sus anchas, haciendo siempre lo que la viniese en gana, y marcando su territorio como no lo hubiese hecho un mastín, vivía el ser más cruel y despiadado conocido nunca por el hombre: la burra de Juan.

Para cuidar el ganado y la casa, en los hogares se prodigaban perros por doquiera se mirase. Los más chicos, pequeños pastores, reunían las ovejas en el tiempo de decir amén. Servían también de compañía a los hombres en las eternas jornadas con las ovejas, donde el tiempo, mucho tiempo, solo se mataba con el *galufo* rancio del morral, un poco chorizo, un poco queso, un poco pan... y, por supuestísimo, la botellita de vino de rigor. Y la compañía del perro pastor siempre era apreciada y querida, a pesar de las auténticas perrerías, nunca mejor dicho, que algunos mozos les llegaban a hacer.

Clavaban un poco de miga de pan en la punta de la navaja, la untaban un poco con vino, y se la ofrecían al perro. El sabueso se acercaba a comerla contento y jubiloso, y al punto de meterse la miga de pan en la boca..., los mozos giraban rápido la navaja, dándoles con las cachas en el hocico, con lo que eso jode y molesta, y los perros miraban enrabiados y confusos a sus amos,

no sabiendo cómo se habían llevado ese *hocicazo*. El segundo hijo de la María y Juan, un mozo cuyas peripecias bien podrían contarse durante más años de los que tuvo Matusalén, y al que más de uno le dijo que había sido una lástima que no dedicase su vida al mundo de la farándula y el espectáculo en cualquier teatro ambulante, practicó esto durante toda una mañana con el perro, y a pesar de pasárselo de lo lindo, por la tarde le esperaba lo mejor.

De buena mañana, de muy buena mañana, pues apenas se dejaban entrever los primeros rayos de sol, el mozo se preparó para ir a cuidar un rebaño de ovejas. Había estado durante meses cuidando las borregas que habían puesto a su cargo en El Caserío de Villaires, y de nuevo en casa, se prometió a sí mismo que madrugaría todos los días para que su padre se sintiese orgulloso. De modo que madrugó, desayunó, y se preparó para la faena. Bueno..., madrugar no le costó mucho, acostumbrado como estaba ya a que en su anterior trabajo le despertaran poco después de ponerse el sol. Cosas de trabajar de mozo fuera de casa. Se puso el desayuno, el cual terminó en el buche en un santiamén. Pero prepararse..., eso le costó algo más, ya que apenas se veía, una triste lámpara de aceite alumbraba poco y mal en la cocina, y aún no se había calzado cuando Juan se dejó caer por allí. Viendo al joven aún en casa, cosa extraña, Juan le preguntó el porqué de su tardanza a la hora de salir a faenar.

—Pero, bueno... ¿aún, así...?

—Padre —le contestó su hijo—, es que... no encuentro las alpargatas...

—Hummm... ¿has mirado en la cocina, ahí dentro?

La cocina de la María y Juan, la cantina, se dividía en dos estancias, separadas por una puerta de poco más o menos metro cincuenta. Una medida para una puerta, a la medida de quienes construyeron la casa, el padre de Juan, y que propinó más de un coscorrón considerable a quien quiso pasar por allí, y se levantaba antes de tiempo. La puerta se encontraba a la derecha de la entrada a la cocina principal, justo enfrente de un mueble esquinero, guardián de orujo y cartas, testigo de miles de partidas y melopeas, y bajo el cual el padre de Juan tuvo que meter un ciento de carros de cantos para tapar un pozo de agua que hubo allí. La estancia, tras esa puerta, un cuartucho pequeño, servía a la María de muchas formas como pequeña despensa contigua a la cocina, pero también a los demás. Hacia allí apuntaba Juan con el dedo cuando habló aquella mañana con su segundo hijo.

—Sí, padre..., he *entrao*... y no he visto nada, no están...

—¿Seguro? Hummm...

El bueno de Juan no estaba muy convencido, de modo que cogió la lámpara de aceite para alumbrarse, y entró a ver si estaban allí las dichas alpargatas. El aceite comenzó a gotear por una esquina de la pequeña lámpara, y el muchacho, al verlo, se apresuró en avisar a su padre:

—Padre..., tenga *cuidao*..., mire —le señalaba con el dedo a la lámpara—, *sesculla pol cornijal*...

Girando un poco la lámpara, sin ni siquiera mirar a su hijo, Juan entró en la pequeña despensa. Diez segundos después, salía con las alpargatas en la mano. Diez, no más.

—¡Claro...! —protestó el mozo—. *Fuendo* con el candil... ¡ya se sabe que se buscan...!

—¡*Cagüencristaaa*..., vamos! ¡Termina luego! Hay que joderse... —le recriminó Juan, a su hijo, mientras se calzaba.

Las guardaba allí dentro muchas veces, las alpargatas, porque en la habitación donde dormían, justo encima de la cocina, su hermano mayor, que dormía con él, en infinidad de ocasiones le había dicho:

—*Cagüendios*... ¡cómo te *güelen* los pies!...

Y muchas veces dejaba las alpargatas en otro sitio, para menguar el olor a queso rancio en la habitación, un olor más denso que si un queso se hubiese quedado al sol. Su hermano mayor aseguraba que el olor *se veía* flotando en la estancia. Cosas entre hermanos, alpargatas, y compartir cama. Y pies.

Un buen rato después del incidente con las alpargatas, estaba con las *relochas*. Las llevaba lejos, muy lejos: donde Cristo dio las tres voces. Y una vez allí, para pasar el tiempo, jugó con el perro.

Durante toda la mañana había dado al chucho miga de pan con vino, mofándose de él con el dichoso juegucito de la navaja, pero recompensándole al final dejándole comer el pan untado. Le acariciaba el lomo cuando se acercaba, y el pobre chucho lloraba lastimado: de viejo que era, le dolía hasta el pelo. Harto del juego, el perro se giró y se marchó de su lado, andando solo hacia una tierra donde habrían cabido cincuenta campos de fútbol. En medio de la misma había un pequeño árbol, más arbusto seco y retorcido que otra cosa, y el condenado chucho, mira si tenía sitio para andar, correr y *esparcerse*, de semejante mierda de vino que llevaba encima, se dio de lleno con el árbol. Cosas de perros y vino.

Cuando el segundo hijo de la María y Juan contaba sus vivencias con el perro, no lo tomaron por mentiroso, ya que las peripecias vividas a lo largo de su corta vida, habían hecho desternillarse a más de uno.

En una ocasión, se arrimó a trabajar a una carretera. Su hermano mayor ya trabajaba allí, y le cogieron sin dudar. Tenían siempre encima de ellos un capataz bastante cabrón, que les atosigaba sin descanso. Un día, el capataz les ordenó cargar unas carretillas hasta los topes. *Acomulgadas*. Y a la hora de llevarlas a descargar, al muchacho se le basculó la carretilla hacia un lado, y se le cayó la carga. El capataz le increpó de muy malas maneras, preguntándole por qué demonios había cargado tanto la carretilla. Ante aquella situación, muy cabreado, y sin que el capataz le dejara siquiera abrir la boca, el joven agarró un pico y le soltó con él semejante *hostiazo* en la espalda al encargado, que se partió hasta el mango. No lo mató de misericordia. Después de aquello, le conocieron ya para siempre como el Tuercemangos.

Pero de entre sus peripecias, muchas, la más retorcida e inaudita de todas tuvo lugar hacía mucho tiempo ya. Y no la hizo solo: le acompañó su hermano mayor. Ambos eran unos pobres *chiguitos*, con ganas de ayudar en lo que fuera en casa, y el día que sus padres les dejaron solos para ir a cortar unas urces, aprovecharon la ocasión. Mamá y papá estarían orgullosos de lo que iban a hacer, seguro: ayudar a que el menú variase, hartos ya como estaban de cenar sopas de ajo.

Salieron fuera de casa y metieron todas las gallinas en la cocina. Se turnaron. Primero uno y luego el otro. Y..., bueno..., pobres pipis...

Una por una, metieron a todas las gallinas un palo por el culo, para que pusiesen huevos, y a pesar de lo que les costó, con aquellas bichas cacareando asustadas y llenando la cocina de mierda y plumas, llenos de arañazos y picotazos, y quejándose de que a alguna grande y gorda no la habían sacado ni uno, pudieron juntar en una esquina una docena de huevos. Un premio maravilloso.

—*¡Hos pallá...! ¡Hos pallá...! ¡Vamos! ¡Asujetamelá...! ¡esta!... ¡y no asoples!* —le decía el uno al otro—. *¡Tente, coño!... ¡tente!*

—*¡Quesescapa!...*, tía puta..., como te coja, *¡te vasanterar!...* *¡te metolpalo polculo,* y te lo saco *polpico!* —gritaba el otro, corriendo espiritado por la cocina—. *¡Será zorra!... ¡Maruñao!* *¡Hospitalera, cómo duele...!*

Cuando la María y Juan volvieron a casa, la cocina parecía sacada de la mente de Dante, con

todas las gallinas corriendo y revoloteando, plumas hasta en el techo... y dos *chiguitos* sonriendo, con pinta de haberse revolcado en el gallinero, mientras mostraban más chulos que un ochenta y ocho, los huevos conseguidos. El castigo fue una sonora bronca y ayudar a su madre a recogerlo todo, con Juan enfurruñado todo el día con los guajes. Los niños no entendieron el enfado de su padre, que les obligó a cenar sentados en la trébede, en lugar de sentados a la mesa como Dios manda. Les dio igual. Juan se pasó la cena sin decir ni una sola palabra, mirándoles cada poco muy enfadado, con esa ceja eterna que le abarcaba casi de sien a sien, mientras la María a duras penas aguantaba la risa al pensar en las ocurrencias de los muchachos, y les miró un par de veces sonriéndoles, para que no se sintiesen mal. Al fin y al cabo, solo eran niños. Y ellos dos, sentados en la trébede, estaban más a gusto que en brazos. Como si hubiesen tenido que salir a cenar con el perro a la calle: había tortilla de patatas para cenar. Conseguido.

Los perros más grandes; mastines, labradores..., solían ser los que se ocupasen del ganado ovino, incluso protegerlo del lobo, pues no son los mastines unos chuchos que se anden por las ramas si les ordena el dueño atacar al cánido salvaje, o de proteger el hogar. Bien alimentados con sobras de la propia comida de los dueños, queridos como uno más de la familia, y tratados con respeto si los dueños eran buenas personas, hacían bien su labor.

De entre estos perros más grandes, había uno que tenía una peculiaridad rayana en lo hilarante: era capaz de quitar el bocadillo a un *chiguito* sin tocarle ni un solo dedo. Docenas de bocadillos acabaron así en su estómago, completando de este modo su dieta de sobras de los dueños. Hábil, cuidadoso y tripero como el que más.

—¡Aoummm!... y le quitó el bocadillo al guaje... —comentaban los mayores sobre él.

Pero perros aparte, y teniendo en cuenta que los animales en las casas hacían que muchas pareciesen un auténtico arca de Noé, con ovejas, vacas, cerdos, gallinas, conejos... y demás, lo que tampoco faltaba en ningún hogar eran mulas, burros y semejantes, pues no solo acarreaban con lo que se terciase, sino que también lo hacían sin desmayo: un currante ejemplar, que no podía faltar en ninguna morada.

Pero la María y Juan tenían en la cuadra una burra, la Perejiles, que a lista, hábil, puta y zorra, no la ganaba nadie.

La Perejiles.

Si la cargaban, llenaba la tripa de aire para que al terminar de prepararla, lo expulsase, con el consiguiente cincho flojo, y toda la carga se iba al suelo. Al prepararla ya para la carga, esperaba hasta que el bueno de Juan o alguno de sus hijos, la echasen encima el fardel, y al punto de hacerlo..., daba tres pasitos para delante. Salía siempre de casa andando con parsimonia, como si aquello no fuera con ella, y siempre por la mitad del camino. Pero si llevaba a alguien sobre la grupa, se acercaba a la esquina de la salida de la casa, raspando la pierna de aquel a quien llevase montado, llegando a romperle incluso el pantalón. La María no daba abasto a tejer rodilleras rotas. Si estaba en la cuadra y las vacas se ponían tontas y pesadas, soltaba unas coces hacia la que más cerca tuviese de padre y muy señor mío, y las vacas se acurrucaban las unas contra las otras lo que las dejaban las cadenas del pesebre, mugiendo suave, asustadas, dejando alguna hasta de comer. Mejor, así se lo comía ella. Si la azuzaban, iba despacio. Si la intentaban apaciguar el paso, apretaba para ver si tiraba a quien llevase. Y si conseguía dar en el suelo con los huesos de quien la había montado, galopaba. La muy puta, galopaba. Si jiñaba, lo hacía siempre, si podía, sobre lo barrido. Si hacía mal tiempo, no la sacabas de la cuadra ni a la de tres, pero si lucía el sol, rebuznaba hasta que la sacaban. Y después de haberla liado, si la mirabas el hocico... parecía



que sonreía. Hasta soltaba pequeños *rebuznitos* que recordaban a una risa humana. Vamos..., el diablo con orejas grandes.

Pero no todo, menos mal, no todo era una continua agonía con la Perejiles. Con el carácter que tenía, y sabiendo como sabía que allí mandaba ella, la María y Juan pronto se dieron cuenta de que les hacía más labor que diez mastines: con ella en casa, la Cabra ni se acercaba. Ni un mugido fuera de tono por las noches en la cuadra. Bueno, solo los provocados por la Perejiles. Ni un plato roto en la cocina al despuntar el día. Ni un solo puchero volcado. Ni una rodea colgada del techo. Ni asomo de temor en los ojos de los perros por la mañana. Ni rastro de nada semejante a sangre en las tetillas de las vacas al llegar el amanecer. Para la Cabra, por increíble que parezca, se conoce que la Perejiles era peor que la peste. La tenía más miedo que a una nube de principios de junio.

Un día, el tío Clemencio, Clemen, apareció por la cantina con un pequeño pajarillo metido en el bolsillo de la camisa. Jugueteaba con él mientras andaba distraído por el patio de la casa. Lo había encontrado en el suelo, y lo pellizcaba un poco en las canillas para que piase. Pero el pajarillo soltó un sonido que hizo que la Perejiles comenzara a soltar tal ensalada de coces en la cuadra..., a rebuznar en tres idiomas diferentes, a tirar de la cadena del pesebre hasta casi arrancarla..., se hizo incluso sangre en el cuello, rabiosa, y la María se asustó mucho. Pidió a Juan que le dijera a Clemen que se marchase, raro que la Perejiles se comportase así al ver a alguien, pues las personas le eran tan importantes como una mosca de las que le revoloteaban alrededor de la chirla en verano, ya que no quería que la burra se hiciese daño de verdad. Conforme se iba Clemen, con cara de no entender por qué no le dejaban comer en la cocina un poco de escabeche y pan, tragado con clarete, la Perejiles se calmaba. Y esta anécdota hubiese quedado en nada, si no fuese porque dos días más tarde pisó con saña a otro pajarillo que vio en el camino, cerca de la casa de la Tolina. Parecía poca cosa, menudo y asustado, pero el bueno de Juan observó cómo la Perejiles incluso buscaba la posición para pisarlo sin fallar, retrocediendo un par de pasos para tomar impulso, pronunciando tras verla:

—*Jodio bicho..., no te gustan los pájaros, ¿eh?!... Cagiüencristaaa...*

Se la llevó de allí al momento, pues en la casa de la Tolina había un palomar.

Pensando en todas estas cosas, vagos recuerdos en su *orujada* memoria, en los apenas dos minutos que estuvo sentado en la silla, Alfonso se puso de pie como pudo, le costó lo suyo, y se acercó a cerrar los cuarterones de la ventana. Ya no había ni rastro del viejo, y el Joseluito fumaba cabeceando, en desacuerdo con lo que veía, alrededor del coche de Alfonso, mientras daba patadas a unas piedrecillas.

Un buen rato más tarde, y animados por el sol, un hombre de unos setenta y pico años, y el que Alfonso supuso su nieto, se acercaban por el camino cogidos de la mano. Al verlos se acordó de su propio abuelo, y de las bonitas y eternas jornadas que solían pasar juntos. Jornadas estas, no exentas de aventuras y cuentos que el yayo recitaba sin parar. Cuentos maravillosos. Así como algunas canciones para *chiguitos*.

La que más le gustaba, y de la que se acordaba de *pe a pa*, aún bajo el agua, comenzó a sonar grotesca y deforme dentro de su despacho. Con las sílabas arrastrándose algo y sonando tétrica y fúnebre, y eso que era una canción para niños. Para niños, sí, pero pese a lo cual, se recitaba, más que cantarse, como si de un responso de homilía católica se tratase. Con vehemencia y respeto: «La cabra Cabratis».

**La cabra Cabratis:**

Leciopisto la badanaaaaa...  
La cabra coja no estaba sanaaaaa...  
porque la cogió el pastor con la truya cachabaaaa...  
... y subió a la peña de buena mañaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa...

Estando la cabra, Cabratis  
subida a la peña, peñatis  
comiendo la hierba, hierbatis  
y bebiendo agua, aguatis  
de la fuente escarlatiiiiis...  
vio venir al lobo, lobatis  
y la cabra, Cabratis  
se subió a un roble, roblaaaaaaaaaatiiiiis.

Dijo el lobo, lobatis a la cabra, Cabratiiiiis...:  
¿No bajas a comer la hierba, hierbatis,  
y a beber agua, aguatis, de la fuente escarlatiiiiis...?  
Y dijo la cabra, Cabratis:  
No bajo, no... porque si bajo me coooooooooomeees...

No te como, noooo...  
cabra, Cabratis  
baja, bajatis, de la peña peñatiiiiissss...  
... que hoy es viernes, viernatis y no puedo comer carne, carnatiiiiissss...  
... esto te juro yo por mis padres, padratis, y por mis lobitos, lobatiiiiissss...  
... y hasta el final de la primaveraaaaaaatiiiiissss...

Bajó la cabra, Cabratis del roble, roblatis  
a comer la hierba, hierbatis  
y a beber agua, aguatis, de la fuente escarlatiiiiis...  
... y el lobo la agarró de los gañonaaaaaaaaaatiiiiissss...

Dijo la cabra:  
¡Beeeeeeeeee...!  
...amigo lobo, lobatiiiiis...  
... no decías que hoy era viernes, viernatis,  
y que no podías comer carne, carnatiiiiissss...  
... no juraste, además, por tu padre, por tu madre y por todos tus pezuñooss...  
... de no comer carne de cabra ni en este mes ni en el de juuuniooooo...

Y dijo el lobo, lobatis  
pues a necesitatis no hay pecatiiiiissss...  
(aquí se daban tres golpes, por ejemplo, con el puño en una mesa).

Pero Alfonso, lo que oyó en ese momento, fueron tres golpes dados con los nudillos en la puerta de su despacho. Asustado por aquellos golpes, y por haberse producido entonces, miró hacia la puerta y la vio abierta. Fidel y Ginés le miraban. El *Jeje* llevaba *las gemelas* puestas. Intuyó que los golpes los había dado el Alicate. Acertó.

—Señor..., perdone si le he *asustao*, pero es que no me hacía caso... ¿qué cantaba? —le preguntó extrañado.

—Nada, chaval..., nada... —le contestó el superior.

—Le llevo al calabozo, señor..., ya he *dejao* a Gabino que se vaya.

—Bien..., podéis iros..., y vete preparando el informe.

—¿Señor...?

—Sí, Alicate, hazlo tú..., luego me lo traes para leerlo y firmarlo...

—Sí, señor, pero creo que...

—Vamos, chaval, pues si eso..., por... por tu madre..., hazme ese favor...

—Sí, señor, lo haré...

—Bien...

Fidel ni siquiera hizo el amago de saludarle militarmente, como correspondía tras la orden, y se giró para llevar a Ginés hasta la celda. Pero justo al querer cerrar la puerta del despacho, Ginés puso el pie y terminó la canción:

—*Si lo he jurado, ¡ya lo confeeeeeesarééé...!*

Alfonso le miró como si quisiese aplastarlo con su bota. Le temblaba el labio inferior de rabia, pero no dijo nada. Ginés le sostuvo la mirada hasta que el *polilla* cerró la puerta. Después, bebió otro trago de mistela. Apoyó los codos en las rodillas... y se echó a llorar. Un nuevo pensamiento daba vueltas ahora en su cabeza, sin parar:

El cuartucho de los interrogatorios era la peña.

Ginés había sido el lobo.

Él era la cabra.

## Capítulo IXX (Segunda Caída)

Pasaron varios minutos hasta que Alfonso se levantó por fin de la silla, y se acercó hasta su escritorio. Se sentó y se quedó mirando el cajón abierto de la mesa. Sacó la foto de su madre. Se quedó mirándola, y los recuerdos, buenos y malos, se agolparon de nuevo en su mente. Para pasarlos como Dios manda, pimplaba cada poco de la botella.

Es raro, pero mientras muchas personas apenas recuerdan nada de su niñez, otras se acuerdan de tantas cosas, que parece que las hubiesen vivido hacía unas pocas semanas, y no toda una vida. Alfonso era una de estas últimas personas. Su primer recuerdo le trasladaba hasta su pueblo, siendo un mocoso de tres años, cogido de la mano de su madre.

Subían ambos, un domingo cualquiera, por el camino que llegaba a la iglesia. Las campanas llamaban por segunda vez a misa, y los cuarterones de las ventanas se cerraban a la par que las puertas se abrían. De estas últimas salían los más rezagados, de punta en blanco, y con ganas de llegar para que el cura viese que habían asistido a la iglesia. No todos subían por devoción..., y menos aún, todas, pues husmear siempre fue un deporte al alcance de cualquiera, y si vestían faldas... más. No era nada raro reprochar a la más pintada que parecía una *güelenidos*, cuando la que la ponía verde, *golía* tanto o más que ella. *Goler* en la vida de los demás nunca fue bien visto, pero siempre fue una costumbre practicada por la mayoría. Casi tanto como ir a misa. El octavo sacramento. Eso sí, si podían... se lo *encisgaban* a otro para lavarse las manos. Como Poncio Pilatos.

En la pequeña explanada, frente a la entrada del templo, había tres corros de hombres, todos fumando, pues los hombres fumaban para relacionarse, porque les gustaba, para sentirse hombres, para sisarle unos minutos al cura de los cojones o bien para esperarle a que saliera a darles los buenos días y le dieran la mano con efusividad. Saludaron a la Ceci. En el corro en el que estaba su marido, alguno incluso le felicitó por tener un *chiguito* tan grande:

—Cualquier día espera a entrar ya aquí con nosotros...

—Sí, *paece* mentira lo *ka medrao*...

—Está de buen año además, el *jodio*...

—Sí... —contestó el padre de Alfonso—, *sentao* a la mesa parece que le entra todos los días la solitaria, no come... *enfarda*...

Y mientras hasta los hombres de los otros corrillos reían las palabras del padre de Alfonso, y todos saludaban a la Ceci inclinando la cabeza, con un más que modélico y formal «Buenos días», entraron en la iglesia.

Tras pasar el portal de la entrada, dejando a la izquierda la escalera por donde se subía a tocar las campanas, y que siempre le pareció, al menos hasta que tuvo edad de no creer en ciertas cosas, como la morada de todos los fantasmas del mundo, pues siempre colgaban telarañas hasta el suelo, estaba más oscuro y tétrico que la boca del lobo, se oían a veces ruidos extraños, y a solo unos pocos mozos y hombres del pueblo les vio entrar, se dispusieron a acceder al propio templo en sí. Como iba distraído mirando hacia la escalera, su madre se detuvo en la entrada y le recriminó. No era una de esas santas y devotas fieles de la Iglesia, pero siempre respetó a los difuntos. En aquel lugar se les despedía para siempre, de modo que la reprimenda se encaminó más a hacer comprender a su hijo que debía de ser lo más formal posible, creyese o no:

—Alfonso, hijo..., un poco de respeto cuando pases por aquí. No solo entras en la casa de Dios, sino que lo haces además pasando por una losa, debajo de la cual hay un hombre enterrado. Ten cuidado, sé respetuoso, y, sobre todo, guarda la compostura, hijo, que hay gente mirando...

Alfonso miró hacia el suelo, y observó que la entrada era una piedra colosal, rectangular, y rodeada de letras que apenas se podían ya leer.

Una vez dentro, y tras santiguarse con el agua bendita de la pequeña pila, adosada a la pared, y que sobresalía a su izquierda, su madre lo llevó hasta los primeros puestos, *los bancos de las mujeres*, llenos de plañideras, y se sentaron a esperar pacientemente a que sonasen las campanas por tercera vez, entrasen los hombres, y con el cura ya en el altar, *empoluto* de limpio, como decía su buen amigo Aga, comenzase la ceremonia.

Sentados en el segundo banco, y mientras esperaban, Alfonso miró a su alrededor, y grabó en su pequeña cabecita todo lo que allí ocurría.

Vio a dos mujeres muy viejas, viejísimas para él, que no paraban de cuchichear en un tono de voz bajo para ellas, y que allí dentro sonaban como dos moscardones cojoneros. Una joven bastante guapa se atusaba el pelo, y se pasaba la mano, como si lo estuviese planchando de nuevo, por el vestido. Miraba hacia la puerta con disimulo, como esperando que entrase alguien. Había varios mozos fumando fuera con los hombres. Una señora de la edad de su madre, no quitaba ojo al santo, san Cristóbal, y la veía mover los labios sin decir nada, con un rosario en la mano, pasando las cuentas cada poco tiempo con los dedos. Otra señora recriminaba a un muchacho algo mayor que él, por hurgarse la nariz y dejar recados verdes y pegajosos debajo del banco de madera que tenían delante. Muchas féminas acudían con lo que le parecieron unos trapos con puntillas en la cabeza, blancos o negros, y al pequeño Alfonso le pareció que se habían disfrazado. Algún hombre mayor, boina en mano, esperaba sentado y muy serio a que empezase la homilía. Dos *mocitos*, los monaguillos, ponían el altar a punto para la misa, tratando de no tropezarse con los enormes refajos que llevaban encima de la ropa, y que le hubiesen quedado enormes a un hombre de dos metros de altura. Vio a uno de ellos escupir en el cáliz, y pasar luego la manga por el escupitajo para hacer brillar la copa sagrada. Oía carraspeos sin parar, zapatos resonando en el suelo mientras la gente se acomodaba en sus asientos, y vio cómo un mozo ayudaba a llegar hasta el primer banco a una señora que le pareció que si no hubiese estado encorvada, habría medido lo mismo que medía ahora. Creyó que usaba su respingona nariz para husmear el suelo. A un niño se le cayeron unas tabas al suelo, y su madre le dio dos hostias bien dadas en la nuca, de esas que hacen que se te salgan los ojos de las cuencas y vuelvan a entrar, mientras le ordenaba, casi cuchicheándole, que las recogiese cuanto antes. Lo hizo con una mano

mientras se rascaba con la otra. Tardó un rato, pues se le desperdigaron por debajo de los bancos como si hubiesen sido caramelos y perras tirados después de un bautizo. Además, se entretuvo más de la cuenta en recoger las que estaban bajo el vestido recién planchado de la moza guapa. ¿Por qué miraba para arriba, sonriendo el pícaro de él... si las tabas estaban en el suelo? Su propia madre le intentaba poner bien un remolino del pelo que no se acababa de quedar en su sitio, pasando luego a subirle los calcetines y a estirarle el pantalón corto que llevaba puesto. Y mientras todo esto ocurría, él posó los ojos sobre la pared, a su izquierda, y miraba... y miraba... y miraba sin parar, y sin hacer caso ya a lo que ocurría a su alrededor, lo que allí estaba colocado: una piedra rectangular, grande y desgastada, con tal cantidad de letras amontonadas, que le llegaban a marear. Una lástima que no supiese leer todavía.

—Madre, ¿qué pone allí...?

—¿Qué te he dicho antes sobre lo de estar callado en misa? —La Ceci le recriminó intentando no levantar la voz.

—¡Huy!... ¡me se había olvidado...! —dijo él en voz baja, y tapándose la boca.

Lo hizo de una forma tan graciosa, que a su madre le dio un poco de lástima el haberle regañado.

—Pero... pero ¿qué pone, mamá...?

La Ceci le acarició la cabeza, acercó su boca a la oreja del *chiguito*, y comenzó a leer:

***Esta CapillaEspropiaypribatibadelos Señores  
Carvoneras,hidalgos,dehejecutoria  
presenteros entodo tiempo destecvrato  
tienenlatercerapartedelosdezms,espanlino  
yabenaydemaslegumbreshizoseaexp<sup>ed</sup>DNFran<sup>cc</sup>  
css<sup>o</sup> carboncann<sup>g</sup> dig<sup>D</sup>ypriordelac<sup>D</sup>deleonañ<sup>oe</sup> 1748***

*(Esta capilla es propia y privativa de los señores Carboneras, hidalgos de ejecutoria, presentes en todo tiempo en este curato. Tienen la tercera parte de los diezmos de esparto, lino, avena y demás legumbres. Se hizo a expensas de Francisco Carbón, canónigo y prior de la catedral de León. Año 1748).*

El pequeño Alfonso atendía las palabras de su madre. No entendía ni torta, pero era igual. Miró a mamá, que sonreía, y le atrajo hacia sí para darle un beso en la frente. Esos cálidos y reconfortantes besos que solo una madre sabe dar.

Sonaron las campanas, y el resto de la gente que esperaba fuera, hombres en su mayoría, entraron a la par que el cura. Aquel primer recuerdo de Alfonso terminaba viendo sonreír como una boba a la moza guapa del vestido, contenta, nerviosa y ruborizada, porque un mozo se había sentado dos bancos más atrás que ella. Al verla reír, Alfonso se acordó de los comentarios que había dicho un par de veces su madre sobre aquella muchacha:

«Pobre..., con lo *guapona* que es... y resulta *ques guelfa*...».

Comentario este que siempre hacía cavilar al muchacho, pues su madre le había explicado un par de cosas sobre ello: la primera, que una persona *guelfa* es aquella que enseña las encías al sonreír..., pero claro, como la segunda era que le había dicho su madre que las personas que sonreían mucho, mostrando dientes, eran muy tontas, o demasiado listas...

También vio sonreír al mozo, para observar luego cómo agachaba la vista avergonzado ante la mirada de la señora sentada al lado de aquella moza. Una señora que parecía tener muy malas

pulgas, y que obligó a la moza a mirar hacia adelante mientras pensaba que en menudo *bobofato* se había ido a fijar la tonta de su hija. Un *estranquillado* que tenía la piel fina y bonita, precisamente, por no poder laborar en las tierras como Dios manda, desnutrido y con las patas de alambre de no moverse. Y por si esto fuera poco, cada vez que miraba a su hija, le entraban esos ataques que decía su madre que eran de los nervios: le daban tics. ¿Tics? Ni tics ni leches..., hacía unos esparajismos cada vez que le daba por hacer esas muecas y esos guiños... ¡que *pa qué!* Parecía que se amontonaba él solo. Y en la iglesia, ¡parecía que les hacía burla a los santos! ¡Semejante pánfilo! Luego, por supuesto, también la moza bajó la vista al suelo, cuando la señora la miró enfadada, enfurruñada y con los morros prietos de mala hostia, y con ganas de varearla por *candajera*. A misa se iba a rezar y a comportarse, ¡por Dios santo! Pero ¡qué juventud! Y..., tras solo un par de minutos después, toda la *geripundia* allí reunida, comenzaba a carraspear y a ponerse de pie, ante la inminente entrada del cura. Buffff... pero ¡cuántas cosas interesantes pasaban en misa!

Su siguiente recuerdo, le llevaba a su cama, en casa de sus padres, un humilde lugar donde nunca faltó un cacho de pan y algo en qué untarlo. Recordaba de aquella época, que cuando la Ceci estimaba oportuno echaba vino en un vaso y lo dejaba sobre la trébede. Apenas veía en casa a su padre; llegaba por las noches y lo primero que hacía era beber aquel vasito de vino mientras fumaba un pitillo, al lado de la *hornacha*. Quien casi siempre estaba era su madre. Y no solo en casa, sino con él. Y si no le dejaba solo ni a la de tres, qué decir cuando Alfonso tenía que quedarse postrado en la cama, como cuando tuvo el sarampión.

Con cinco años, estuvo dos semanas en la cama por culpa de aquellos granos que le salieron, y aquellos calores que le sofocaban a todas horas. Vino un hombre a verle a casa. Un médico. Le atendió mientras su padre se quedó en la calle fascinado por el medio de locomoción que había llevado al matasanos hasta allí: ¡un coche! Y al igual que su padre, docenas de curiosos se acercaron a ver el carro que andaba sin burros. *Cuadradote* y con ruedas enormes. Ya sabían que el médico tenía uno, el único por aquellos lares en aquel entonces, y tenerlo allí delante aparcado, en el *majón*, hizo que se congregase más gente a verlo que el día de la fiesta. Todo un acontecimiento.

—Vamos a ver..., siéntate en la cama y descúbrete.

Mientras su madre le ayudaba a desnudarse, de un maletín, que podría haberse llamado maletón, sacó aquel señor un cachivache. Le dio algo de miedo al ver aquellas correas rematadas con unos trozos de metal. ¿Para que no se saliesen los flecos de las correas? Parecía algo, o para atar al perro, semejante a los *acornales*, o que hacía las veces de un tirachinas desproporcionado, pero el médico se lo puso en las orejas, cogió un extremo y le apuntó con él. ¡Pero bueno! ¿Qué iba a hacerle con aquello? Asustado, observó cómo se lo colocó en el pecho. Lo notó frío, pero no dijo nada.

—¿Cómo te llamas?

—Alfonso —dijo su madre—, se llama Alfonso.

—Bien, Alfonso, respira hondo, ¿de acuerdo? Respira hasta que llenes los pulmones del todo, y luego suelta el aire despacio.

Alfonso lo hizo. Mientras, veía al médico con gesto serio como si intentara escuchar algo muy lejano, entrecerrando los ojos, e incluso acercando la cabeza hasta su pecho. Él se oía a sí mismo respirar, con un pequeño silbido que le salía de dentro. Le volvió a hablar:

—Bien..., ahora... di treinta y tres.

Alfonso miró a su madre, dejándola claro que no entendía nada.

—Vamos, hijo, haz lo que te dice don Martín. —El pequeño asintió.

—Treinta y tres.

—Bien..., otra vez... —le dijo el médico mientras le seguía colocando aquella cosa por el pecho y por la espalda.

—Treinta y tres...

—Sigue, mozo, sigue...

Que le llamara «mozo», le encantó. Era la primera vez que se lo decían. Se puso bastante hueco, e hizo lo que le mandó el doctor. Ya no le tenía miedo. Es más, le empezó a caer muy bien.

—Treinta y tres... treinta y tres... —Y él solo se vino arriba—. ¡Treinta y cuatro!... ¡treinta y cinco!...

—Bueno, bueno... je, je, je...

El doctor se quitó el aparato de las orejas mientras se reía, y le pidió que sacase la lengua. Tras mirársela, era la primera vez que sacaba el pico a alguien sin que le regañara su madre, el doctor le palpaba con las manos por el vientre y la *gallarita*, detrás de las orejas y en la nuca, y miraba con atención los granos; comenzó a escribir algo en una libretita con tapas de cuero, mientras seguía riéndose. Alfonso le devolvía la sonrisa, meneando contento la cabeza. Luego le vio hablar con su madre, y se despidió:

—Nada preocupante, Alfonso, pronto irás a jugar de nuevo con los demás mozos, tu madre te seguirá cuidando hasta que estés bien... ¿de acuerdo? —El doctor miró a su madre, que asintió sonriendo, y un poco más tranquila, al guaje—. Unos días de cama y como nuevo. Ahora, descansa.

—Sí, señor... —Alfonso seguía riendo.

Al marcharse don Martín, su madre le arrebujó en la cama, le dio un beso de esos que solo saben dar las madres, y le dejó descansar. ¿Cómo no descansar a gustito y feliz en la cama después de ser considerado un mozo... y de saber que siempre, siempre, estarán ahí los ojos y los oídos de Dios para cuidarte? ¡A tomar por saco el sarampión! Ya no era importante. Ahora el importante era él. Ya le habían tratado como a los más mayores, y mamá siempre estaría ahí. De modo que... ¿dormir? No. Dormir ya no era una opción. Dejó de amurriarse, como lo venía haciendo él solo desde hacía un par de días, *reguñiendo* a todas horas con su madre por no poder salir de casa, *moino* y triste. Ahora pensaría en qué hacer en cuanto pudiese levantarse de la cama.

Se sentó en la misma, y comenzó a discurrir muy espiritado. Y... ya se sabe, cuando un *chiguito* discurre..., la Tierra cambia su eje de rotación.

Podría salir a correr a las tierras, en dirección a la fuente de los Caños, donde sabía que había un nido con aguiluchos en un árbol. Podía atropar antes unas *morugas* y llevarles así algo de comer. Les metía el dedo en la boca a aquellos *pajarines*, y le parecía ver que se atragantaban al querer comerle desde ahí. Eso sí, les daba la comida *pintina a pintina*, no fuera a ser que se les quedase entre la *gallarita* y el *garguelo*, y acabaran regurgitándolo todo. Pero tenía que ser cauto, pues no podía enterarse nadie de su tesoro escondido, y debía acercarse al árbol con cuidado, *resguilar* sin hacer ruido para no asustar a los inquilinos del nidal, mucho menos a su madre, y tras darlos de comer, *escolingarse* con cautela, para que no le oyeran y para no darse un costalazo. Así estaría completamente a salvo su Potosí, mucho mejor que aquel que guardaba en una caja de latón en el pajar de casa, escondido bajo una lastra muy bonita que cogió del río: un chisquero roto, pero con la mecha casi entera; una cola de lagartija, para ver si volvía a crecer la lagartija; un cristal redondo de color amarillo, con el que miraba a través de él y le parecía que todo el año era verano; un bote con un poco de miel, con moscas dentro para ver si se hacían



grandes y gordas; tres pitillos a medio fumar que había dejado su padre posados en la trébede, hubo cuatro, pero uno se lo fumó antes de *gomitarse* y decidió guardar el resto para otras tantas ocasiones especiales, a pesar de las toses y arcadas posteriores; unas canicas, todas ganadas honradamente con trampas; una hostia que se le cayó al cura en misa, y en la que por más que miraba no veía ni a Dios, ni a la Virgen, ni a Jesús, ni al Espíritu Santo, ni a ninguno de sus amigos y un colador como el que tenía su madre en casa, para poder coger *calandrejos* sin que le tazasen los deditos. Antes de ese colador, ya se había llevado un buen susto, susto reparado, como no, por mamá. Llegó a casa con un poco de sangre, andando como si estuviese *pimplao*, suspirando porque creía que la *vidina* se le estaba yendo por ahí, y que le daría un *jamacuco* en breve. Pero su madre le habló, asustada primero, con cariño después, pidiéndole que dejara de hacer esparajismos:

—¡*Demondres* de *chiguito*..., será cestón! ¡¿De qué arte te has hecho eso, eh?!

—Me duele..., mamá..., me duele...

—¡Anda, deja de cascar! Y siéntate aquí, que te voy a curar.

—Pero me duele...

—¡Que te calles! No me jeringues... y deja ya de miagar, leñe, que para ir a hacer picias por ahí con Aga, no das tanto la tabarra... y luego pasa lo que pasa, porque, claro..., hoy no se lo has podido *encisgar* a Aga... ¿verdad...?

Luego, con más cachaza al ver que Alfonso puso carita de *buenón*, acercó un balde con agua, le calcó un poco la heridita, le limpió la sangre, le dio un beso de madre con cariño, y le dijo:

—Sana, sana, culito de rana, si no te curas hoy... te curarás mañana.

Increíble o no, se curó: los poderes mágicos de mamá.

Podía bajar a la cocina, y proponerle a mamá que él se acercaría a la Chorca a por un botijo lleno de agua fresquita, pues sabía que ella se relamería de gusto. La traería también unas flores, de esas que tanto le gustaban..., esas amarillas..., y traería también unas de esas violetas..., juntas quedaban preciosas, las pondría en la mesa de la cocina en un jarrón pequeño. Le daría las gracias... y también un beso. Cualquier cosa por mamá. Y por sus besos.

Podía quedar con Agapito, Aga, para subir a la iglesia a tocar las campanas. Bueno..., mejor no. La última vez que lo hicieron, se revolucionó el pueblo, pues pensaron que había fuego en alguna tierra, o lo que es peor, en una casa. Su madre le dio después de aquello unos zapatillazos en el culo del copón. Y por la noche, ya en la cama, como estaba ahora, su madre se le acercó y le pidió, por favor, que no volviese a hacerlo. ¡Cómo negarle algo a mamá aunque le hubiese zurrado! Y antes de desearle buenas noches y de rezar con él arrodillados en el suelo y con los codos encima de la cama, su madre le dio otro beso. Y de nuevo, todos los males y preocupaciones del mundo se desvanecieron como por arte de birlibirloque. Peor le fue a Aga, a quien su padre le dio con el cinturón hasta que se cayó la hebilla. Estuvo un mes sin poder salir de casa, durmiendo boca abajo, y prometiendo a sus padres que se ofrecería de monaguillo.

Podía coger el tirachinas y salir a jugar con él. No era el que mejor puntería tenía del pueblo, los más mayores parecían tener un sentido especial para darle a un bote lejano o matar pájaros, pero le atraía el poder que emana de un arma para disparar. Aunque fuesen piedras. Un día quedó con Aga y salieron a practicar con él. Lo hacían bastante mal, pero un vecino del pueblo de abajo se les acercó y, cabrón como el que más, les ofreció a los dos *chiguitos* una perra chica por cada ventanal que rompieran en las casas del pueblo. Aceptaron encantados y se llenaron los bolsillos con piedras enormes, decidieron comenzar por la primera casa, la que más cerca estaba de la escuela. Aga tiraría primero. Se atusó bien las pequeñas gafas redondas que le habían tenido que

poner, veía menos que un pez por el culo, y que le costaron a su pobre padre un *güevo*... y la yema del otro. Agapito apuntó..., estiró la goma... y la piedra salió disparada hacia la ventana. Pero no dio en el cristal, sino que rebotó en la pared de adobe, con tan mala suerte que la piedra acabó dándole de lleno en la sujeción de los anteojos sobre el hueso de la nariz. Gafas rotas y para casa. Por la noche, el padre de Aga volvió a quitarse el cinturón. Él, sin embargo, entró en casa como si nada hubiese ocurrido, se sentó a la mesa para cenar, y su madre le dio un beso antes de servirle las sopas de ajo.

Era, sin género de duda, el ser más afortunado de la Tierra. Gracias a mamá.

«Bueno —pensó mientras se metía de nuevo en la cama tras la visita del doctor—, ya veré que hago cuando me cure...».

Y tapadito ya, y tranquilo, porque sabía que mamá estaba en la cocina, se durmió como un bendito.

Cuando fue un poco más mayor, con nueve años ya, todo un adulto para sus entendederas, seguía acudiendo a misa, como Dios manda, todos los domingos. Ya sabía leer, un logro comparable solo a saber sumar, pero aun así, y por más que miraba en la iglesia la piedra cuadrada llena de letras de la pared, seguía sin entender qué ponía allí. Y menos aún el porqué. Para el pequeño Alfonso, tratar de entender lo que en aquella piedra estaba escrito, era como cuando la maestra se empeñó en enseñarles a resolver una suma de quebrados. Esas cuentas extrañas, con números y rayas entre ellos, que la profesora le explicaba en la escuela, con más paciencia que el santo Job. Todavía ahora, muchos años después, sentado ante la mesa de su despacho, no tenía del todo claro cómo cojones resolver un dilema tan enrevesado. Otro de los recuerdos que llegaron a su cabeza mientras miraba la foto de su madre.

Doña Pilar se desvivía todos los días por enseñarles lo que se suponía que iban a necesitar en la vida. Eso decía ella, claro..., pero... ¿para qué demonios se necesita calcular un número para resolver una cuenta de esas tan raras? ¿Quebrados? ¡Vaya nombre! ¿No bastaba ya con saber sumar y restar? ¿No había aprendido las tablas de multiplicar, todas, y sabía perfectamente, y sin calcular, de memoria, que tres por cuatro eran *veinticuatro*? ¿Para qué calcular aquel número? ¿Y no se podía haber llamado *número*, y ya está? ¿A qué venía eso... eso de llamarlo comúnmente múltiplo del máximo, y el mínimo del divisor común? Le costó más aprender estos dos nombres que la tabla del siete, jodida donde las hubiese. ¿Para qué necesitaba saber cuánto era la sexta parte de veinticinco, o la cuarta parte de diez, más la octava parte de catorce? ¿Qué medidas eran esas? ¿No estaban ya el área, la hectárea, la fanega, el celemin, la arroba, el quintal y la vara? ¿Y qué era eso de que en una cántara cabían dieciséis litros? Una cántara es una cántara, y punto. Y todo el mundo sabe que cada semana se gasta una de vino en casa. O dos. Y ya está. ¿Para qué tanta complicación? ¡Y los más mayores decían que las pasaban canutas para resolver las raíces cuadradas y las potencias! ¿Raíces cuadradas? Mira que escarbó hasta desgastarse las uñas en busca de gusanos, grillos y demás bichejos... y todas le parecían sarmientos de los racimos de uvas. Y las contrarias de las raíces cuadradas, las potencias. Un número elevado al cuadrado. Elevado al cubo o a la sexta potencia. ¿Para qué había que subir un número a algún sitio? Y potencia era, por lo que él sabía, lo que tenían las vacas al arar las tierras, y que su padre llamaba cojones.

¿Acaso el mundo se había vuelto loco?

Loco o no, el caso era que tenía que apechugar con aquellas demenciales cuentas separadas por una raya en medio, y para sobrellevar la angustia de resolverlas..., ahí estaba mamá.

Sentado en la mesa de la cocina, Alfonso discurría con los quebrados hasta que se sentaba la

Ceci a su lado. Con paciencia, cariño y explicándole las cosas paso por paso, y de manera más fácil y entendible que por doña Pilar, Alfonso acababa resolviendo los problemas de matemáticas. Y cualquier duda, por grande que fuese, siempre tenía una explicación por parte de mamá.

Un día, Alfonso le preguntó a su madre mientras le ayudaba con los deberes, para qué servían las matemáticas.

—Para todo —contestó la Ceci.

—¿Para todo?

—Sí.

—Pues no lo entiendo...

—Las matemáticas están en todo lo que nos rodea, cariño.

—Pues no las veo. —Alfonso miraba por el techo de la cocina.

—Vamos a ver... —su madre se reía—, algo que te guste a ti... como por ejemplo: la música. ¿Te gusta la música?

—¡Pues claro!

—Bien..., espera un poco...

La Ceci se levantó, salió de la cocina, y volvió un par de minutos después a sentarse con él. Llevaba en la mano una cuerda de las de atar los fardos de paja. La cogió con fuerza con las dos manos y la estiró.

—Ahora, toca la cuerda. Como si estuvieses tocando... una guitarra.

Alfonso posó el dedo pulgar en la cuerda, y lo quitó como si estuviese tocando la imaginaria guitarra de la que le hablaba su madre. En el aire sonó un lastimero *nannnnn*.

—Muy bien. Y ahora —su madre cogió la cuerda, tensándola más o menos a una distancia de la mitad de lo que tenía antes—, vuelve a tocarla. Ten en cuenta... que la hemos dividido entre dos, ¿no?

Alfonso asintió. Volvió a posar el dedo, y a soltarlo con fuerza. Pero ahora se oía en la cocina un *nennnn*. Alfonso se quedó perplejo. Su madre volvió a coger la cuerda por la mitad de lo que la había tenido la segunda vez, y le volvió a animar a que volviera a tocarla. Esta vez sonó un *ninnnn*.

La Ceci se levantó sonriendo, viendo la cara de asombro del guaje, y recogiendo la cuerda sobre una mano. Le dio un beso de madre en la frente, y le dejó que terminara los deberes.

Inaudito. Su madre había unido las divisiones, esas cuentas de las matemáticas que aúnan sumas, restas y multiplicaciones, con la música. Jamás lo hubiese dicho. Música y matemáticas, unidas. Por una cuerda, y en aquella cocina. Y por su madre.

Pero ¿es que esta mujer lo sabía todo? Pues sí, lo sabía. No había duda. Lo mismo freía un *tuto* que hacía música con una cuerda para explicarle matemáticas. Colosal.

Con once años, Alfonso ya acudía más veces de las que quisiera a ayudar a su padre en lo que se terciase. Su padre era un hombre que no solía hablar mal. Entiéndase por mal, a soltar *palabrostias* cada dos por tres. No, al menos, delante del *chiguito*.

Cuando volvían una tarde de arar con las vacas, dos de ellas se pusieron cabezonas y no entraban en la cuadra ni pinchándolas con la vara, con el pertinente clavo en la punta. Alfonso las pinchó y las empujó hasta desinflarse. Por suerte para él, su padre salía ya de haber atado al pesebre a otras dos, y se acercó a las que no podía meter Alfonso. Metió los dedos pulgar e índice por las narices de una de ellas... y apretó. Aun mugiendo como si la matasen, la vaca entró en la cuadra como un corderito domado. Con la otra, lo mismo. Y cuando salía su padre, queriéndole hacer ver que él también era un hombre, a pesar de no haber podido meter las vacas en la cuadra,

se puso en la puerta de la misma con las piernas abiertas, la vara en las dos manos en horizontal al suelo, y dijo:

—Pero ¡qué putas!... ¡hay que joderse lo que tiran!... ¡casi me *añurgo* empujando, joder...!

Y en cuanto le oyó su padre..., bueno, se salvó de recibir una *galleta* porque apareció mamá. Le cogió de la patilla derecha y le metió en casa. Le subió así hasta su habitación. De nada servían las súplicas y los lloros de Alfonso: la seguía como las vacas habían seguido a su padre. Y sentado en la cama rascándose la patilla, su madre le dijo:

—Última vez que hablas así. ¿Estamos?

—Me has hecho daño...

—¡Más daño me ha hecho a mí...!

—Sí..., seguro...

—¿Preferirías que te hubiese *sascudido* tu padre?

—No...

—Entonces... ¿qué?

—Está bien..., lo siento, no lo volveré a hacer, ha sido sin querer...

—Anda..., ven aquí...

Alfonso se acercó. Lo hizo más enfadado consigo mismo, por no haber podido meter unas tristes vacas en la cuadra, que porque su madre le hubiese pegado por blasfemar. Y mamá, le dio un beso de los que ya no daban las madres. Era un beso de esos que solo su madre sabía dar. Y solo a él. Seguro. No podía ser de otra manera, pues aun habiéndole *subido las cabras al monte*, la expresión que usaban los mayores para definir el tirar de los pelos de las patillas hacia arriba, estaba convencido, tras ese beso, de que su madre no había querido hacerle daño. Y con tres, con cinco, con nueve, con once... o con los años que tuviese, no importaba..., los besos de mamá lo curaban todo: la patilla había dejado de dolerle. Y su hombría, también.

Alfonso se tuvo que limpiar incluso un par de lágrimas de las mejillas. Recordar aquellas vivencias pasadas, donde su madre fue siempre un bastón en el que apoyarse, más que un bastón, su madre lo era todo para él, le hizo pensar que, tal vez, si hubiese sabido las consecuencias, no se hubiese comportado como lo hizo.

No haber acudido al sepelio de su padre, le separó para siempre de su madre. Cuando por fin se dejó ver por casa, la Ceci ni le miró. Sí que le dio de cenar y le preparó su cuarto para dormir, pero ni un triste «hola». Nada. Bueno, sí..., cuando se levantó de la mesa, cabreado por el recibimiento de su madre, y se encaminó a la cama, le dijo:

—Esta, siempre será tu casa..., pero no te perdonaré jamás lo que le has hecho a tu padre. Jamás.

—Madre..., verá..., no pude venir porque...

—No quiero saberlo.

Y la Ceci se metió en su habitación sin esperar una respuesta.

Pasados los años, las aguas volvieron a su cauce, pero el río nunca es igual después de una crecida. Su madre le contestaba apenas con monosílabos, y no hubo nunca más abrazos, ni charlas... y mucho menos, besos. Aquellos besos de mamá de los que se acordaba ahora. Aquella falta de besos, aquella desazón, aquello que le apretaba el corazón, transportó su mente de nuevo en el tiempo, pero esta vez, a lo que le ocurrió tan solo unos meses atrás.

Era costumbre por todo el mundo, arrimarse a las cantinas si querían pasar un buen rato. En contadas ocasiones, esos buenos ratos, no los pasaban sentados a una mesa frente a naipes, vinos y rivaes. Acudir a las fiestas de lugares cercanos, al baile, les sacaba de las monótonas pero queridas jornadas en las cantinas. Y algunas veces, pocas, se podían permitir algo totalmente fuera de lugar, que no prohibido: ir al cine.

Para los guardias era mucho más fácil que para cualquiera de los demás. En cualquier tienda, los tenderos les pedían enseguida que les dijeran qué era lo que necesitaban, aun cuando hubiese una recua de mujeres esperando para comprar. En las cantinas, más de lo mismo: se les servía vino casi sin darles tiempo a que lo pidieran, y muchas veces ni siquiera lo pagaban.

—Deferencia de la casa, señor guardia... —decían al servirles.

—Falta de *güevos*... —decía algún otro cuando se marchaba la autoridad.

Era lo más normal del mundo, que se recibiese a un guardia casi poniéndole la alfombra. Apenas oyesen los cascos de los caballos al acercarse, o vieses una capa tocada con un orinal, hasta les abrían paso. Y si había que pagar, estaba de más hacer ver al guardia que no importaba que no llevase dinero encima, algo dentro de lo normal si estaban trabajando, y se les apuntaba en un cuaderno lo debido. Y nunca más de la cuenta, pues si algo sabían todos los guardias, como si de catedráticos se tratase, eran matemáticas: a ninguno se le vio senil al acercarse a pagar alguna deuda anterior. Y cuidado con cobrarles un céntimo de más: no ardía Troya, ardía Grecia.

Con tales costumbres, que un guardia se acercase a cualquier sitio y se encontrara *como Pedro por su casa*, formaba parte de la vida de todos. Por miedo o por verdadero respeto a quien imponía la ley, nadie les decía nada. Ni en pequeñas reuniones en una cantina, ni en la *rislera* para poder comprar fruta en una tienda, ni en sitios donde se congregara mucha gente para pasarlo bien; fuera un baile, una romería o en el cine. Y aquí, en el cine, se agolpaban docenas de personas para poder ver las imágenes que mostraban en aquella pantalla gigante. Hombres y mujeres sentados en sillas de madera, que muchas habían llevado ellos mismos, *chiguitos* con las piernas cruzadas en el suelo y mozos en la parte de atrás de la sala, pimplando de la bota y tratando de tocar pelo. No daban abasto. Gente de mediana edad se mezclaba entre todos, apresurándose a terminar un bocadillo. Y con todos ellos, y sin tener que soltar ni un real, algunos guardias para evitar que nadie se saliese del tiesto. Algún *aceituna* comentaba con el compañero, con cara seria y mostrando su mundo y su inteligencia, que había *cogido* imágenes parecidas tiempo atrás, con un *tomavistas*. ¡Toma ya!

Alfonso, no siendo de los que con más asiduidad se acercaban hasta el cine, hacía unos meses que sí que había estado allí. Le comentaron que había una película muy buena, y muy bonita, y de la que todo el mundo hablaba, de modo que se acercó. Fue una tarde de domingo.

Al entrar, un hombre muy mayor le acompañó hasta los primeros sitios, las primeras sillas plegables, y le ofreció la suya propia para que disfrutara del espectáculo. Le dijo que ya la había visto, y que le iba a encantar. El guardia, no muy convencido de ello, se sentó y esperó pacientemente a que comenzara la película: el viejo le aseguró que se asombraría de lo que iba a ver, nada más y nada menos que al mismísimo Jesús en pantalla.

Antes de la proyección de la película, comenzó la retransmisión con una voz que hablaba, no se veía por ningún sitio al narrador, y mostraba en imágenes las buenas artes y las buenas maneras del Caudillo cazando. Bueno..., eso es mucho decir, pues en realidad ya se vio al animal muerto. En pantalla salía un bicho con una cornamenta tal, que bien podría haber sido toreado en alguna plaza. Y aquel hombre pequeño, con cara de bonachón, que andaba como si se tropezase cada vez que daba un paso, lo había derribado. Luego, las imágenes mostraron al Caudillo de pie, con su

doña sentada a su lado, y a su hija, que atendía las palabras de su padre pidiéndola que dijese lo que quisiese. Y la cría, recitando lo aprendido y sin parpadear, mientras miraba a un *lao*, pidió que Dios librase a España de los enemigos de la patria, acabando su discurso levantando el brazo y diciendo:

«¡Arriba España!».

Toda la gente aplaudió a rabiar al oír hablar así a la pequeña. Incluso había quien miraba de reojo a los guardias, y se ponía de pie a aplaudir, para que pudiesen ver cómo celebraban eufóricos las palabras de la *chiguita*. Con los *aceitunas* contentos, aplaudiendo también y asintiéndose entre ellos, terminó el corto de comedia y empezó por fin la película.

La historia le pareció, a Alfonso, un poco ñoña pero entretenida al fin y al cabo, con un pobre huérfano abandonado de bebé en las puertas de un lugar muy humilde, donde unos frailes se ocuparían de él. El guardia llegó a sonreír con alguna de las trastadas que preparaba el guaje, ya de *chiguito*, hasta que llegó el momento que todos esperaban con impaciencia: la aparición en pantalla de Jesús. La sesión de cine comenzó a dejar de ser ñoña para Alfonso. Es más, se llegó a asustar cuando un par de veces se quedó sin respiración por culpa de lo que le estaba absorbiendo la película. Sintió empatía total con el guaje que veía en pantalla mientras se revolvía inquieto en su silla, sin acabar de acomodarse del todo.

La película, una vez terminada, le pareció muy bonita, sí señor, pero muy triste. Un final muy triste para una historia muy triste, pensó él. Casi sin haberse dado cuenta, se vio reflejado, aun siendo un hombrón, en el *chiguito* de la pantalla: ambos habían perdido a su madre. No importaba de qué manera había sido en la película, ni de qué manera se había producido en su propia persona. El muchacho y él mismo sentían un vacío tan enorme, un vacío solo capaz de llenar mamá, y nadie, absolutamente nadie más, que se metió en la piel de aquel muchacho, y sintió como propia la conversación que llegó a mantener con Jesús:

—Jesús: *Estás muy callado. ¿Qué piensas ahora, Marcelino?*

—Marcelino: *Que dónde estará tu madre ahora...*

—Jesús: *Con la tuya.*

—Marcelino: *Y ¿cómo son? ¿Qué hacen las madres?*

—Jesús: *Dar, Marcelino..., siempre dar.*

—Marcelino: *Y ¿qué dan?*

—Jesús: *Dan todo. Se dan a sí mismas, dan a los hijos sus vidas y la luz de sus ojos..., hasta quedarse viejas y arrugadas.*

—Marcelino: *¿Y feas?*

—Jesús: *Feas no, Marcelino... Las madres nunca son feas.*

—Marcelino: *¿Y tú...? ¿Quieres mucho a tu madre?*

—Jesús: *Con todo mi corazón.*

—Marcelino: *¡Y yo a la mía... más!*

Alfonso seguía sentado en su mesa, mirando la foto de la Ceci, llorando, sorbiéndose los mocos, sabedor de que la culpa por haber perdido a su madre era suya, y de nadie más. Martirizándose con la idea de que el *chiguito* de la película había sido mucho más afortunado que él. El niño había crecido con muchos padres, los frailes que le acogieron, y si bien fue abandonado al nacer, creciendo con la falta de *algo* que necesitaba y no sabía explicar, al final, el Señor le había dado lo que quería: le había reunido con su madre. Ni siquiera la muerte le pareció

a Alfonso un pago terrible por ello. Él, sin embargo, sí que había crecido con el amor de una madre, y la había perdido por no haber estado a la altura. A pesar de considerar, convencido como estaba, de que hubo atenuantes. El Infierno, no podía ser mucho peor de lo que sentía su corazón en ese momento.

Por más que la quiso explicar en el pasado, el porqué de no asistir al entierro de su padre, ella no quiso escucharle. Y enfadado por ello, con todos y por todo, comenzó a beber en las cantinas hasta dejar vacíos los platos de los tiestos. Y a frecuentar mujeres de vida alegre, pues los males, los hombres, no solo los intentan aplacar con alcohol: también con carne.

Pero nunca fue suficiente para él.

Comenzó a utilizar su uniforme, ese uniforme que tanto amaba, para hacer lo que le saliese de los cojones. Día sí, día también. Y no le importaba que la gente le viese como un ser despreciable. Menos aún que le sonrieran con falsedad, intentando caerle bien a la autoridad.

El que casi mejor le caía de todos ellos era el viejo Silvano. Siempre con la verdad por delante. Negándole incluso el saludo, si antes se había propasado. Mascullando siempre al pasar a su lado, y escupiendo al suelo cuando le veía. Restregándole con ello a la cara, que ser guardia podría haber elevado su posición entre los demás, pero que sin el uniforme, no merecía más respeto que una mosca cojonera en verano, de esas que vuelan entre las avispa creyendo que pueden joderlas, y que acaban con un buen picotazo.

Y llegó por ello a ver a Silvano como una avispa. Y al igual que una avispa vuela sin conocimiento de un lado a otro, y si la molestas te puede picar, Silvano era igual que el ganado que no obedece al palo, yendo de aquí para allá, intentando siempre evitarle, y sus escupitajos cuando pasaba Alfonso cerca, los sentía como aguijonazos. Llevaba tiempo, además, escupiendo cuando le veía, y no si la había preparado. Por lo menos, el viejo nunca le engañó. El resto...

Le daba igual. Podían irse todos a la mierda.

La única que le importaba era su madre, y la había perdido para siempre.

## Capítulo XX (Tercera Caída)

Cogió la botella para beber un poco, otra vez, pero ya estaba vacía. La miró con rabia y la tiró encima de la mesa sin ganas, resoplando y casi harto ya de beber. El casco se quedó dando vueltas como una brújula desesperada por encontrar el norte. La miró hasta que se paró, y le pareció verse reflejado en ella. No su imagen, sino a sí mismo: un recipiente de alcohol, vacío y desorientado.

Agachó la vista y vio de nuevo el cajón abierto. Posó con cuidado la foto de su madre encima de los informes que había leído por la mañana, y metió la mano otra vez en el cajón. Primero sacó su pistola, su STAR del 23, y la posó en la mesa. Volvió a meter la mano; encontró lo que buscaba. Sacó la caja de madera tallada que descansaba allí, y la puso con cuidado sobre el escritorio. La abrió. Dentro, tapado con un trapo y atado con un cordel, estaba lo que quería volver a ver. Quitó el cordel y el trapo, y volvió a sollozar. Casi tanto como lo había hecho un par de minutos antes por su madre. Sabía que iba a ser doloroso, pero abrió el pequeño libro con tapas de cuero. Se sorbió los mocos y pasó con fuerza el índice y el pulgar de su mano por los ojos. Comenzó a leer, pero no lo hizo por la primera página escrita:

*El honor ha de ser la principal divisa de la Guardia Civil; debe, por consiguiente, conservarlo sin mancha. Una vez perdido no se recobra jamás.*

Nada hay más grande en un hombre que conservar el honor. Nada. El honor es aquello que nadie te puede quitar. Es lo que solo tú puedes perder. Y para un hombre como Alfonso, el honor pasaba por ponderar por encima de todo su uniforme, y lo que significaba. Algo que había hecho toda su vida. Bueno..., tal vez no.

En un país como España, con miles y miles de lugares donde un hombre podía cometer fechorías y esconderse de la justicia, había que hacer algo para que los malhechores de turno no se fuesen de rositas. Y tratando de hacer prevalecer la ley y el orden se instauró un cuerpo policial, más bien militar, que abarcaría todo el territorio nacional, el primero en esto, para hacer cumplir la ley a toda la camarilla de malandrines y sinvergüenzas que hacían de las suyas por todo el país. Se copiaron las hechuras de un cuerpo similar que ya existía en Francia, intentando que los innumerables caminos y escondrijos que albergaba España, no sirviesen de abrigo a todo aquel que le diese por robar, violar o incluso matar, y no siempre por ese orden.



El resultado fue, en 1844, el nacimiento de la Guardia Civil.

Creada para proteger a los más débiles, en una España en la que las leyes eran saltadas a la torera, pronto se dejaron ver por los caminos y los pueblos del país, pues fue precisamente para proteger los núcleos de población más pequeños y alejados para lo que fue establecida en un principio.

Entrar en ese cuerpo no solo implicaba proteger a los más débiles, sino también que todas y cada una de sus actuaciones debían de ser llevadas a cabo con celeridad, diligencia y respeto hacia los civiles, para cuya protección se creó el organismo. Esto no siempre fue así. El hombre, por lo general, no supura bondad por los cuatro costados... y si le vestimos con galones, menos. Ciertamente es, que no sería justo meter a todos en el mismo saco. Pero cierto es también, que si un hombre puede hacer, al menos hasta un punto concreto, lo que le venga en gana, y si además le damos poder..., hará lo que se le antoje: buenos actos elevados a la máxima expresión, si es un buen hombre, y poco menos que atrocidades, si es vil y despreciable en el trato con los más desfavorecidos.

Desde un principio, formar parte de la Guardia Civil fue un honor para cada uno de sus miembros. Y depositar en sus manos el cumplimiento de la ley en España, algo que les hizo henchirse de orgullo patrio, de orgullo propio, y que les hizo además sabedores de un honor sin igual. No era para menos: proteger a los más débiles y hacer cumplir la ley, debería ser una máxima que todos los hombres del mundo cumpliesen a rajatabla. Y saber que en España había gente que se dedicaba a ello vestidos de aceituna, aun con un orinal en la cabeza, debería de haber sido más que agradecido por todos.

Ocurre, que, al igual que entre los hombres había indeseables, aunque solo fuera por una mera probabilidad matemática, en la Guardia Civil también los había. Gente que debería de haberse quedado saltando de un *güevo* a otro de su padre, para siempre. Y tratando de menguar hasta el máximo la existencia de estos indeseables en el cuerpo, desde bien pronto se les inculcó a los hombres que querían formar parte de él una serie de reglas a seguir, donde el honor, el honor sin fisuras, debía de prevalecer sobre todo lo demás. Le pesara a quien le pesara, algo así debería de ser tomado como ejemplo por todos. Y más en un país tan profundamente católico como España, donde por todos era comprendido y asimilado que por el propio país harías lo que fuese, pero también que... hicieras lo que hicieras... al morir habrías de rendir cuentas a Dios. Y ante Él no valía quejarse de que «se han cumplido órdenes».

Era esta idea, y no otra, la que hacía que la Guardia Civil ponderara el honor, su propio honor, por encima de todo lo demás. Y el de todos y cada uno de sus miembros. Al menos, idealmente, un espejo en el que mirarse.

Pero una cosa son los supuestos ideales... y otra bien distinta son los hombres. Y si los hombres, para tratar de conseguir un fin piensan en su propio beneficio, *su* probable beneficio, el uniforme, si lo visten, queda siempre relegado. Y con él, todo lo que significa. O casi todo, pues si un hombre puede sacar provecho de algo, y ese algo le resulta de utilidad, no dejará escapar la oportunidad. Y si para conseguirlo hay que utilizar el uniforme..., pues eso.

En el emblema de la Guardia Civil hay una espada. Una espada rendida, como representación clara y demostrativa de que se mantendrán siempre por debajo de la autoridad legalmente constituida en España. Siempre por debajo. El único cuerpo del mundo con algo así. Y autoimpuesto. De nuevo, como ideal es magnífico: algo que ponderar, y por lo que todos los españoles deberían sentirse más que orgullosos. Pero...

Pero no siempre lo cumplieron. Para la eterna vergüenza del organismo, no siempre lo

cumplieron. Es más, ha sido una constante en su existencia el apoyo a los golpes de estado. Patético.

Cuando estalló el mayor despropósito del siglo XX en España, el país estaba regido por una república, legalmente constituida y elegida democráticamente por los habitantes del país. Tras el estallido de la Guerra Civil, con un ejército tratando de derrocar la República, la Guardia Civil no actuó como manda su propia doctrina. Tal vez... tal vez... incluso Francisco Javier Quirón se revolviere en su tumba de saber que su amado cuerpo se comportó así, pues a pesar de la rectitud y celo que siempre quiso inculcar a los primeros miembros, la Guardia Civil no actuó sometida, una vez más de tantas, al gobierno vigente, a la República.

Este hecho, no es por añadidura y extensión algo equiparable a todos sus miembros, pues como la Guardia Civil está formada por hombres, y los hay de todas las clases, los verdaderos hombres de honor, aquellos que siguieron sin mácula la doctrina de *la cartilla*, actuaron en base a lo que eran en realidad, miembros de un cuerpo sumiso a la República, pues había sido elegida en las urnas, y se mantuvieron fieles al gobierno establecido. Tachados de traidores por miembros de su propio cuerpo, antepusieron su honor a todo lo demás: lucharon contra los *nacionales*.

En 1936, durante la tentativa de los *nacionales* de tomar Barcelona, los guardias civiles al mando del general de brigada José Aranguren Roldán, dieron al traste con los planes de los sublevados. Fue este general, Aranguren, quien cortó de raíz las pretensiones de los golpistas o al menos las retrasó, ordenando al comandante Antonio Escobar que saliese a la calle con sus hombres. Detenidos los insurgentes, Aranguren llegó a actuar como testigo en el juicio posterior a los generales alzados en armas. Trasladado a Valencia en 1937, se ocupó allí de la comandancia militar hasta unos años después, hasta el fin de la guerra.

José Aranguren era un hombre respetado, muy respetado. Por ello, cuando fue arrestado por los golpistas en los estertores de la guerra, no pudieron deshacerse de él sin más. La cosa era peliaguda. Mucho. Un hombre con ideales *diestros* y más católico que el papa. Con esa carta de presentación (general de brigada de la comandancia de Valencia, de derechas, y fervorosamente católico), antes de matarlo debían de revolver su imagen en la mierda: menoscabaron su fidelidad y su honor, asegurando que se había mantenido fiel a la República... por dinero: un millón y medio de pesetas. Verdadero o falso, lo cierto es que al acabar la guerra se negó a abandonar Valencia asegurando que se había limitado a cumplir con su deber.

Fue hecho prisionero a finales de marzo de 1939, sometido a un consejo de guerra y fusilado apenas un mes después, el 22 de abril. Incluso el papa se unió a las innumerables súplicas que le llegaron al gobierno para permutar la pena, la cual se hizo cumplir más por un motivo represivo que por otra cosa: varios generales de ambos bandos habían acabado en el paredón tras haber sido hechos prisioneros.

Esperando sentencia en una celda, Aranguren recibió la visita de un guardia. Se acordaba de él, un muchacho que había asistido al colegio de guardias jóvenes Duque de Ahumada, cuando el propio general había trabajado allí como director: era Alfonso.

Alfonso entró en la celda con mucho respeto, mucho. Recordaba a Aranguren como un hombre a quien él mismo se hubiese querido parecer de mayor. Y ahora iba a verle antes de que lo mataran por traidor.

Alfonso recordaba en su despacho que cuando entró a verle por última vez, se cuadró saludándole militarmente, chocando con fuerza los tacones de las botas entre sí. Llevaba *la cartilla* bajo el brazo, la que Aranguren le había dado hacía unos años ya, firmada y dedicada. Y con un punto marcado, el primero, aquel que ahora leía una y otra vez en su despacho, mientras se

acordaba de aquella conversación. Aranguren también le saludó, sin muchas ganas, riéndose un poco, y tendiendo después la mano para que se sentase un momento con él.

Comenzó Alfonso:

—Señor...

—Siéntate, Alfonso...

—Sí, señor...

—Y... ¿bien...? —Aranguren sonreía con la cabeza un poco ladeada.

—Bueno..., señor, venía... venía a devolverle esto, señor... —Extendió la mano y le ofreció al general el librito con *la cartilla*.

—¿Por qué, Alfonso?... Esa *cartilla* es tuya. Yo te la di.

—Sí, señor..., pero... verá... —Alfonso estaba muy nervioso—, yo... yo...

—No quieres verte inmiscuido en nada que tenga que ver conmigo, ¿no?

Alfonso agachó la vista avergonzado. El general había hecho diana. Y sí, podía haber tirado *la cartilla*. Haberla quemado, enterrado o simplemente haberla dejado olvidada en un cajón. Pero sentía aprecio por el hombre que se la regaló, y se acercó allí con ella para devolvérsela. Más si cabe, sabiendo que lo iban a matar. Y sí, no quería tener nada que ver con él, no ahora que lo acusaban de traidor, y no se le ocurrió otra cosa que hacer con ella. Además, prefería que acabara en manos de algún familiar del general, antes que en la basura o pasto de las llamas.

—Verá, señor...

—No —le cortó Aranguren—, atiende, Alfonso..., atiende..., te di este libro para que te lo quedases tú. Para que lo leyese y te empapases de él. Y ¿ahora me lo traes porque tienes miedo de que te puedan relacionar conmigo? Alfonso... ¿es que todavía no has aprendido nada?... ¿es que aún no sabes lo que implica el uniforme que llevas?

—Señor..., verá..., le declararán culpable y lo matarán... por traidor.

—¿Traidor? ¿Yo? ¿Eso piensas de mí?

—Bueno, señor..., yo...

Alfonso no se atrevía a mirarle a la cara. Desviaba la mirada entre el suelo y la pared, incómodo.

—Está claro que necesitas este libro más que yo. Trae acá...

Alfonso le acercó de nuevo el libro. Aranguren lo cogió y leyó su pequeña dedicatoria, la que le escribió cuando se lo regaló:

#### *Para Alfonso.*

—No voy a ser yo quien te recrimine haber estado en el bando equivocado... —Mientras hablaba, con un bolígrafo medio roto subrayaba el primer punto de *la cartilla*—. Mi propio hijo falleció en Guadalajara hace un año, y estaba con los tuyos...

Alfonso recordó el día que se enteró de la muerte del hijo del general. Mientras lo hacía, se ausentó mentalmente de la conversación unos pocos segundos.

Juan Aranguren, teniente, había fallecido el día 2 de abril de 1938 en un lugar denominado El Puntal, en la provincia de Guadalajara, sirviendo en las filas del bando *nacional*. Creyendo que se trataba del general, Alfonso pidió ser informado sobre el suceso, y días después le comunicaron que no, que había sido su hijo. Se le ascendió de manera póstuma a capitán, por méritos de guerra. Ensalzaron sobremedida sus actos, como se hacía habitualmente con los caídos. No obstante, se

presentaba como voluntario adondequiera que se necesitase gente, y que como norma solía ser en los puestos de mayor peligro.

*Su actitud antes del Movimiento, era la de un decidido y ardiente partidario del Movimiento, en el cual colaboró con bravura, celo y entusiasmo propio de su espíritu y españolismo, dejando en campaña muestras de su valor y decisión en puestos de confianza en la región y en el frente, laborando con fe y constancia elogiosas.*

Aranguren terminó con el libro, y se lo devolvió. Alfonso lo cogió mientras se armaba de valor y le miraba a los ojos. Le habló:

—Señor..., me entristece que usted acabe así...

—No estés triste, Alfonso, no estés triste..., la vida nos pone al final donde nos merecemos.

—Pero ¡a usted lo van a matar!

—Sí..., pero con la conciencia tranquila. ¿Tú la tienes..., Alfonso?

—...

—Oí comentarios..., ya sabes..., siempre se oyen cosas por ahí..., cosas de las que uno se entera aunque no quiera. Oí comentarios... sobre un hombre que cargó con otro durante horas para salvarle la vida. Eran de ambos bandos, lo que me pareció curioso..., así que... indagué un poco..., mera, llámalo intriga...

El general le traspasaba con la mirada. Alfonso volvía a perder la suya entre aquellas paredes. Aranguren siguió hablando:

—Eran de tu pueblo, ¿verdad?

—Sí... sí, señor, era..., ese hombre del que habla..., era...

—Lo sé. No sigas... —le dio unas palmaditas en el hombro. Un hombre muerto consolando a un vivo—, y sé también que no fuiste a su entierro.

—Señor..., no pude ir por tener que cumplir mi obligación con España...

—Alfonso... —Aranguren negaba con la cabeza agachada y los ojos cerrados—, no mereces el uniforme que vistes..., no lo mereces. —Le señaló *la cartilla*—. Vuelve a leerla. Hazte digno de llevar ese traje. Hazte digno de España. Necesitamos hombres íntegros..., pero en *tu España*... parece ser... que siempre habrá lugar para alguien como tú...

—...

—Y no me seas hipócrita, Alfonso, cuando te vayas de aquí..., mira *tu España*..., mírala... ¡oh, por Dios santo!... Mira en lo que la habéis convertido..., miles de *paseos* que solo han dejado dolor y viudas..., agujeros llenos de gente que solo pensaba diferente..., mírala...

—Señor, la guerra es así...

—¡Alfonso! ¡Sal a la carretera... y mira las cunetas! ¡Mira si tienes cojones a ver lo que hay allí enterrado!...

—Señor, le repito...

—¿Qué?! ¿Es eso ser español?! ¿Es eso tu uniforme?! ¡Qué vergüenza..., Dios! ¡Qué vergüenza!

—...

—Ahora..., vete. —Aranguren se calmó un poco—. Quiero estar solo.

Alfonso se levantó y se fue. Antes de salir, se giró y miró con pena al general, que miraba hacia la pared sin verla. Con media sonrisa en los labios y serenidad en el rostro. Volvió a saludarle militarmente, casi llorando, y se marchó.

Sentado tras la mesa de su despacho, Alfonso hacía saltar la vista desde *la cartilla* hasta la foto de su madre, desde la foto de su madre a *la cartilla*. Pasó un par de hojas hacia atrás, y apareció ante él la dedicatoria que le dejó Aranguren en ella, en la primera página tras pasar la tapa de cuero, dedicatoria completada cuando le visitó en la celda:

*Para Alfonso. Sé digno de ella.*

Ese «Sé digno de ella», le hizo volver a llorar. Ya no sabía si lo que tenía que hacer era echar otro trago, acojonarse de nuevo con la Cabra, soltar a Ginés, denunciar a su madre o avergonzarse de sí mismo por llevar puesto aquel uniforme.

Se levantó tembloroso y se acercó al lavabo, una pequeña estancia contigua al despacho. Se lavó la cara y se secó bien. Salió fuera, se desvistió y se volvió a vestir, componiéndose en condiciones. Se puso la chaqueta y se colocó el tricornio. Cuando acabó, se miró en un espejo y no le gustó lo que vio: un guardia civil un tanto desaliñado y sudoroso, llorando, y que a duras penas se mantenía de pie por la borrachera. Ni su apreciado bigote parecía estar a la altura.

Se giró y miró a la pared, la que estaba detrás de su escritorio. Colgaba sobre ella un cuadro. Una tela cosida y enmarcada tras un cristal, que había tenido allí desde hacía mucho tiempo. Una tela con letras bordadas. Unas letras que veía ahora como nunca antes las había visto. Unas letras que llenaban de significado aquel maldito día. Y mientras las miraba, como pedradas en su cabeza, le llegaban todos y cada uno de los recuerdos que ese día se habían vuelto a reunir con él. Y las personas que le habían acompañado:

Ginés, Gabino, Fidel, la Angelines, la muerte de Modesto..., todo coronado con la traición de su madre. ¿Traición? No, ya no. Su madre se había limitado a no comportarse con él como con un hijo, habida cuenta de que él mismo no se había comportado en el pasado como un hombre. Así de simple.

Las niñas cantando y saltando a la comba, el Chato, el Moraíta, el Chivero, el Quincallero, la Chorca, la Cabra... ¿Para tanto era su poder? ¿Cómo podía un simple animal hacerle encogerse de miedo, y llegar a provocarle tiritonas con el solo hecho de oír su mención? Pues porque su padre tenía razón, y aun creyéndoles, que lo hacía, no estaba seguro al cien por cien de que Gabino y Ginés hubiesen oído balar a la Cabra, pues recordaba perfectamente el último día que se decía que se la había oído berrear:

### **La noche del 17 al 18 de julio de 1936.**

La fecha más nefasta para toda España en el siglo XX. Baló durante toda la maldita noche. ¿Sería posible? ¿Sería realmente posible que la Cabra hubiese avisado de verdad ante la inminente catástrofe bélica?

Tampoco estaba seguro de eso del todo, pero lo que siempre le había extrañado era que de entre los culpables del *crimen del Otero*, se encontrase uno al que llamaban el Chivero... y que fue el único que escapó de la justicia. El Chivero... ¿acaso mera casualidad? ¿Que se escapara un hombre, pastor de cabras antes que malhechor, con un alias tan peculiar como el Chivero? ¿Pudo escapar por ser más listo que los demás? Porque al ser de la propia provincia, ¿conocía mucho mejor el terreno que otros...? ¿O... tal vez... ayudado por la Cabra? Alguno llegó a decir que en su huida, había sido visto en la comarca donde se encontraba su pueblo.

Hipótesis. Solo eran hipótesis. Si de verdad huyó a la Argentina, era posible no volver a saber nada de él.

Su padre y el padre de Ginés. Siempre juntos. Hombro con hombro. Para acarrear y para acudir a misa. Para hacer leña y para jugar a las cartas. Para compartir un pitillo y para dejarse entre ellos un real si se necesitase. Para beber orujo... y para salvarse la vida el uno al otro. Si se es un hombre... se tiene que ser para todo. Y ser *diestro* o *sinistro*, no debería de regir los actos de los hombres de verdad. El que se deja regir, el que se deja llevar, lo hace comportándose como una piedra que va a un lado o al otro, dependiendo de hacia dónde la arrojen. Los hombres son hombres, y los ideales no siembran las tierras; lo hacen ellos. Y como decía su padre:

«No existen los hombres a medias. Un hombre ha de pasar de *chiguito* a hombre. No existen pasos intermedios. No existen pasos posteriores. Somos lo que somos. Y recojas patatas en las tierras con la mano izquierda o con la derecha, te va a exigir sudar para poder comerlas. Poco importa qué mano uses para cogerlas».

Incluso después de muerto, su padre le seguía dando lecciones.

Su querida Guardia Civil, y don José Aranguren. Honor y honor. Y en el medio, él. Su querida España... la España de sus amores... o la España que él quería (*una, grande y libre*)... y él.

Miró hacia la mesa, giró *la cartilla*, y volvió a leer la dedicatoria del general:

*Para Alfonso. Sé digno de ella.*

Dio la vuelta a la mesa y se sentó en la silla. Se agachó y metió la mano en el cajón, justo cuando la vio encima del escritorio.

Cogió su STAR del 23, quitó el seguro, se la metió en la boca... y apretó el gatillo.

Diez segundos después entraron como una tromba los guardias que estaban en el cuartel, con Fidel abriéndose paso entre los demás. Todos los guardias, presurosos, atropellándose y asustados, contemplaron la escena. Joseluisto se puso el primero de ellos, a la par que el Alicate, y advirtieron el cuerpo sin vida de Alfonso, tumbado hacia atrás en la silla, con la cabeza colgando por detrás y los brazos a los lados. Con el tricornio al lado de la pared, cual montera señalando mal presagio en la faena. Tenía la pistola todavía en el dedo, no se le había caído. Mirando hacia arriba, vieron el cuadro de la pared, con la tela bordada y enmarcada. El cristal estaba cubierto de innumerables gotas de sangre. Sangre que goteaba grotesca, dejándose ver entre las letras bordadas del cuadro:

*El honor es mi divisa*

Ginés, tumbado sobre el camastro del calabozo, cuando oyó el disparo se limitó a darse la vuelta y a tratar de seguir durmiendo, mientras pensaba en las palabras que pronunció durante la mañana:

«No se trata de curas».

# Capítulo XXI

## Muchos años después...

Gabino esperaba el autobús impaciente. Machacaba y mordisqueaba un cigarro tras otro, con ansias. Y sin perder tiempo entre un cigarro y otro, pues desde hacía muchos años, el tabaco ya se podía comprar en el estanco liado, emboquillado y empaquetado, a un precio razonable. Increíble. Prendía uno con otro sin tener que liarlo. Ansioso. Esas ansias, le llevaron al recuerdo de Pepón, un hombre redondo que comía y bebía sin conocimiento, y al que el día antes de su muerte, por la noche, mientras cenaba con fruición unas sopas de ajo, le habían oído decir:

—¡Huy, ños...! ¡Qué ansias...! ¿No serán las últimas?

Hacía muchos años que no se sentía tan nervioso. Era un gran día.

Había madrugado y atendido a todos los bichos en casa antes de marchar. Luego se lavó, se afeitó, y se puso ropa decente para bajar al mercado. Antes de salir de casa, su mujer le pidió que le dejase unas patatas peladas para la comida, y que acercara un poco de leña de la cuadra para no tener que salir ella de casa. Lo hizo, y al encaminarse al *majón*, donde esperaba el autobús que le llevaría al mercado, sonreía pensando que ahora sí: ahora sí que había dejado a todos los bichos atendidos.

Los martes la plaza se atestaba de gente que aprovechaba ese día, el de mercado, para hacer los recados más importantes: fruta, carne, pescado..., verduras no. Las verduras, las que daban los huertos. Algunos, más de la cuenta, pues no solía faltar José con una caja llena de vainas u otra cosa, tapadas con un periódico, y a él mismo con un periódico de hacía dos o tres semanas, leyéndolo, bueno..., vigilando que cuando viniese el alguacil a cobrar por el puesto, no le pillase con el género al aire. Y es que estaban mejor los cinco duros que le podría cobrar el alguacil en su bolsillo que en las arcas del Ayuntamiento. A pesar de las peripecias para venderlas, no solía subir ninguna a casa, pues las cosas que llevaba eran siempre de lo bueno, lo mejor. Y eso que se ponía en los soportales de la plaza del Ayuntamiento, cerca de la tienda del famoso y archiconocido Qué Más, sobrenombre que le venía al pelo, aun teniendo bien poco, pues aunque fueses a comprar una triste pastilla de jabón, las conversaciones eran siempre muy parecidas:

—¿Qué más...?

—Nada, gracias...

—Tengo fruta fresca, agujas en escabeche... ¿quieres algo más?

—No, gracias..., eso es todo...

—Pan... ¿tienes pan?

—Sí...

—¿Fruta?... Mira qué naranjas... ¿Embutido...? De este salchichón ya no me queda más que esto..., pero si te lo llevas... —la punta del mismo, y que casi no se podía ya ni cortar—, te lo dejo a mitad de precio... ¿No te hace falta nada? Dime, ¿qué más...?

—Gracias, no..., ya tengo de todo, cóbreme, por favor, que me tengo que ir...

—¿Y vino?... Tengo *mortandela*..., *mu bien* de precio...

—No..., porrr favorrr..., solo el jabón...

Y si no comprabas más... hasta te miraba mal. De todas formas, siempre tenía gente, porque abría hasta los domingos. Y no era chino. ¿O sí?

Una vez se bajó del autobús, Gabino se acercó caminando hasta los soportales de la plaza de doña Urraca, la plaza Vieja, y se tomó un café en un bar para entonarse un poco. Le gustaba darse ese pequeño paseo los días de mercado, así tomaba buena nota de cómo estaba todo de gente. Una vez tomado el café, se dispuso a salir a hacer cuatro recados contados: tabaco, un poco de fruta, el pan, y a dejar la bolsa donde el Salao, un hombre de más o menos su edad, con el que tenía confianza, y que llevaba un bar en la zona de la iglesia. Bar al que muchos parroquianos acudían a comulgar otra vez, recién salidos de misa. Después, bajaría en dirección a la estación de autobuses.

Y allí era donde estaba ahora. Esperando. Nervioso. Ansioso. A punto de ponerse a saltar como un *chiguito*. Y es que era normal que se encontrase así: era el día que Ginés volvería a ser libre. Por fin. Se sentó en una mesa pequeña, encendió el primero de muchos pitillos seguidos, y se dispuso a esperar.

Tras mucho tiempo en prisión, Ginés volvía de nuevo a su pueblo. A su casa. Había pasado muchos años entre rejas, y por fin le habían soltado. Venía sentado en el asiento del autobús que estaba al lado de la ventanilla. Contento. Mirando por la ventana mientras sonreía un poco, y asombrado de lo que había cambiado todo.

Cuando entró en prisión, apenas había coches por los caminos y, ahora, los caminos eran, muchos, carreteras asfaltadas llenas de vehículos que parecían tener mucha prisa por llegar a su destino. La gente ya no vestía como él, con su boina, su camisa blanca y sus pantalones de pana, y lo hacía con unas chaquetas que denominaban *vaqueras*, algunas de ellas con chapitas relucientes que resaltaban, pantalones llamados también *vaqueros*, alguno de ellos rotos y con hilachos que colgaban (¿no sabían coser?), y camisetas llenas de letras que no entendía. Y con agujeros (¿tan mal andaban?). Vio solo a una mujer con falda en el autobús, el resto... con pantalones.

«Con lo bonitas que son las piernas de una mujer...», pensó.

Pero de entre todas esas cosas, si hubo alguna que le llamó sobremanera la atención, fueron dos de ellas:

La primera, que llevaban muchos el pelo... pintado de colores. Y no solo eso, sino que también... ¿de punta! ¿Cuánto agua con azúcar habrían necesitado para llevar el pelo de esa guisa? Y tanto ellas... como ellos. Vio alguno con la nuca y los laterales de la cabeza afeitados, y en medio, una cresta igual que el gallo que dejó en el gallinero, antes de que le llevaran al cuartelillo.

«*Pero ¿qué cojones...?*», se decía a sí mismo, extrañado, sin acabar de creerse lo que veía.

A pesar de pensar que sus ojos le engañaban, por ver esos pelos pintados y de punta, ya había oído antes un suceso bastante curioso que tenía que ver con aquellos pelos.



Una de las veces que su mujer le visitó en la cárcel, le contó que dos de las hijas de un hombre que Ginés conocía bien, se habían marchado hacía unos años fuera. No era raro que la juventud se buscara la vida en lugares como Madrid, Barcelona, Santander o Bilbao. Y cuando las mozas volvieron en una ocasión a casa, de visita, lo hicieron vestidas con aquellas pintas que veía ahora, y con los pelos de colorines y *disparaos*. El caso era que habían entrado a saludar a su padre, que estaba en la cuadra ordeñando una vaca, y todas las reses comenzaron a mugir asustadas y nerviosas, coceando y tirándole al buen hombre la herrada con la leche ordeñada, al ver a semejantes alamares. El pobre hombre se asustó también cuando las vio, y pensó que las había pasado algo. Las llegó a preguntar si estaban de *méndigas*, pues con esas ropas rotas no podrían irles muy bien las cosas.

—No, padre..., no... —le contestaron a aquel buen hombre—, es la moda...

—¿La moda...?! *Cagiendiooooooss*... ¡no me toquéis los cojones! ¿En serio que va toda la gente *asín* por *Madri*?

—Sí, padre..., todos...

—¡*Pos* vaya unos telares!

Ginés y la Herminia rieron aquello con ganas. Gente con el pelo de colorines: *pa cagarse*.

La segunda..., esa sí que le hizo apretar el *culete* a Ginés, y abrir los ojos como platos. Muchos mozos... ¡llevaban pendientes!

«*Cagiendiosssss*... en los *güevos* os ponía yo esos chismes...».

Pensaba Ginés, un poco enfadado por lo que veía, y terminaba rumiando para sí, concibiendo a estos jóvenes como aquello que se supone que era lo peor que le podías llamar a un hombre de la cordillera de los Pirineos para abajo, y de Melilla para arriba:

«¡Maricones!».

En fin. Tendría que ser así. Había visto antes, en la televisión de la cárcel, mozos que cantaban, con músicos detrás haciendo un ruido ensordecedor, que parecían mujeres. Y muy monas, además. Con maquillaje, pelo largo, cardado y exuberante, y chaquetas con hombreras de colores muy vivos. El pelo largo en un chico no le parecía mal del todo, seguro que no tenían que ir a acarrear todo el puto día metiéndose *una chaqueta* de cuidado, pero ponerse rímel..., eso de que un tío se pintase el ojillo nunca acabó de entenderlo. Una panda de moñas, seguro. ¿Se depilarían las piernas también? Incluso le llegó a preguntar a algún preso joven por esa nueva moda, esas artes y esos alamares, y le solían contestar que eran cantantes americanos.

—¿Como *Los Bitles*? —preguntó en una ocasión.

—No, hombre..., no; estos son más *guays* que los de *Liverpul*... —le dijo un muchacho—. Puntean que te cagas y los solos son geniales...

—¡Ahhhh..., ya! —contestó Ginés, sin tener ni repajolera idea de lo que le había dicho.

—Sí.

«¡Americanos! Bueno... —pensaba luego el *Jeje*—, de esa puta raza te puedes esperar cualquier cosa...».

Pero montar en el autobús, y ver a chicos que parecían querer ser chicas... Pues eso, que tendría que ser así.

Antes de que el autobús se parase, ya vio a Gabino. Cuando bajó, se miraron, se abrazaron, y no se echaron a llorar allí mismo los dos de misericordia. Se daban palmadas en la espalda, y se cogían con las dos manos la cara, el uno al otro, incapaces de hablar. Sorbiéndose los mocos y

peleando con los lagrimales para que no supurasen alegría. Intentando mostrar una serenidad que parecía diluirse. Al final, el que no pudo evitarlo fue Gabino.

—¿Estás llorando...? —preguntó Ginés.

—*Ná...* —el pequeño de los *Jeje* se frotaba los ojos—, una puta pestaña... que *me se* junta con la ceja... y no acabo de saber cuál es cuál...

—Ya...

Cinco minutos después andaban los dos juntos, con Gabino llevando la maleta de Ginés, en dirección al bar del Salao. Por el camino, el pequeño de los *Jeje* le dijo a Ginés que podían subir al pueblo cuando quisiese, pero que si esperaban media hora nada más, podrían hacerlo en la *decauve* de un vecino que también había bajado al mercado. Así, no habría necesidad de esperar al autobús. Habló con él mientras esperaba a Ginés. Al mayor de los *Jeje* le pareció bien, y cuando Gabino le dijo si quería hacer algo, le contestó:

—Ir a casa..., pero si en solo media hora nos llevan, vamos a tomar un vino mientras.

Entraron en el bar del Salao, con la intención de pedir dos vinos. Por increíble que parezca, en el bar habría unas diez personas, no más. Con la cantidad de gente que estaba fuera comprando en el mercado, le pareció raro a Ginés que no estuviese abarrotado de gente pidiendo cafés o cervezas. El murmullo propio de una tasca, se fue diluyendo a medida que avanzaban a la barra.

—¿Poca gente, no? —le preguntó en voz baja a Gabino.

—Vienen luego... cuando terminen de hacer los *recaos*.

Pidieron dos vinos, y se los sirvieron al momento. Ginés miraba el vaso muy contento, su primer vino en libertad, mientras Gabino solicitaba al Salao que le trajese las bolsas con sus compras. A la par que esto, Ginés siguió con la mirada al barman, y la posó en un azulejo que colgaba de la pared, enmarcado. Solía haber muchos como esos en los bares, y aquel en concreto, hizo sonreír al *Jeje*:

Los peores tres vinos:

Vino la suegra

Vino la cuenta

No le vino

Y aquel azulejo, estaba al lado de otro que ponía:

Recuerda:

Una comida sin vino... se llama desayuno.

Y se acordó de unas jarritas de barro que él mismo tenía en casa, y que tenían escrito frases de lo más ocurrentes e ingeniosas. Jarritas que hacía mucho tiempo que no veía:

Los huéspedes dan alegría...,  
pero cuando se van, más todavía.

El trabajo es sagrado:

No lo toques.

Las penas, con vino...

casi no son penas.

La bota llena,

la suegra borracha,  
y en mi alcoba  
una linda muchacha.

Las monjas se casan con Dios...  
porque no hay dios que se case con ellas.

Entró una mujer. Llevaba de la mano a su hijo. Se dirigió a la barra y le preguntó al Salao:

—¿Tiene un *yelo*, por favor? Es que al *chiguito* le ha salido una *iquera* en el labio...

—Tenga —el Salao la dio un hielo envuelto en una servilleta de papel—, pero *pa* otra vez es mejor que corte un ajo y le frote la *iquera* con él. Que se le empape la *iquera* con el aceitillo. Mano de santo, oiga.

—Gracias. Tomo nota —dijo la mujer.

Ginés, tras marcharse la madre con su hijo, y antes de siquiera coger el vaso de vino, sintió como si le picara un poco la nuca. Toda su vida había sentido algo así cuando se sentía observado. Se giró con el vaso ya en la mano, y miró a su alrededor. Le miraban todos. No a los dos: a él.

En el bar había diez hombres, el dueño y ellos dos. Los hombres que se encontraban ya allí antes dejaron lo que estaban haciendo; tomarse un café, una cerveza, un vino... mientras veían *el parte* en la televisión, hablaban entre ellos, echaban una ojeada al periódico... para pasar a mirarle a él. Incluso el Salao, cuando trajo las bolsas de Gabino, y tras coger un hielo para el *chiguito* y dárselo a su madre, se había quedado mirando al mayor de los *Jeje*. Y no sintió que le mirasen como las vacas al tren o de una manera desafiante, ni nada por el estilo. Le miraban con respeto. Eso fue lo que vio en sus ojos. Respeto y admiración.

Un poco incómodo, chocó el vidrio del vaso con Gabino, y se lo bebió de un trago. Lo posó en la barra y le preguntó al dueño:

—¿Qué se debe?

—Sus vinos están pagados, y aunque no hubiese sido así..., hoy, aquí..., no vale su dinero, Matacuras...

Ginés se quedó sin saber muy bien qué responder a eso, mirando al dueño, sin sorprenderse de que le llamaran así, ya se lo llamaban en la cárcel, eso, y *palenciano*, hasta que le rompió cuatro dientes a un listo, y observando como el Salao le señalaba un poco con la cabeza y los ojos a una esquina del bar, indicándole quién había pagado los dos vinos. Allí, dos muchachos jóvenes, junto a una *pantalla* grande con los nombres de los santos bajo los números, con ropa de mujer o de cantantes americanos, el pelo cardado y pendientes, bebían una cerveza que elevaron un poco en dirección al mayor de los *Jeje*. Le pareció que tenían de hombres lo que un huevo tiene de parecido a una castaña. Estos dos, serios, asintieron un poco y bebieron de sus botellines. Ginés se quedó parado ante aquello, y más aún cuando observó que el resto de los hombres del bar hizo lo propio con su bebida. Luego, asintió a todos, y salió a la calle.

«Bueno..., tal vez no esté todo perdido...», pensó esta vez mientras sonreía para sí.

Ya en la calle, el mercado bullía en todo su esplendor, con docenas de puestos donde se vendía fruta, embutido, ropa... Y en uno de esos puestos de ropa, con una gitaniña que le pareció la mar de guapa, se paró y se la quedó mirando. Le había parecido gracioso cómo reclamaba que las señoras se parasen en su tenderete:

—¡Vamos, niñas! ¡Bragas, braguitas y bragazas!... ¡para culos, culitos y culazos!

... y en cuanto le vio allí parado, se volcó con él.

—¡Rey!... ¡Mira que lencería tengo *pa* tu parienta más mona..., mira! ¡Todo a *mitá* de precio solo hoy! Anda, rey..., cómprame algo...

Otro gitano, negro *bragao* y zaíno, que pesaría *acuatrosientos* kilos a la canal, tratando de apabullar a Ginés mientras andaba, y menospreciando a la gitanilla, que empujó de malas maneras a un lado, para enseñarle a Ginés lo que traía en una bolsa de plástico, le dijo:

—¡Marqués! Aunque no te lo creas...

—No, gracias...

—Mira, hombre..., *quetenseño*...

Ginés se paró en seco, mientras la gitanilla se tuvo que dar la vuelta de la risa.

—He dicho que no. No eres sordo... ¿*verdá*?

—No... no...

—Pues a lo tuyo..., y deja que la *chiguita* venda tranquila.

La gitanilla, sonriendo y asintiéndole, le guiñó un ojo. Ginés sonrió, se giró un poco, y siguió con su camino..., no sin antes observar a una cantidad de mujeres increíble que rebuscaba en una montera de ropa que le pareció más que usada, vieja, en otro tenderete, donde otra gitanilla con más salero aún que la anterior, gritaba a los cuatro vientos:

—¡A veinte duros! ¡Vamos, niñas! ¡A veinte duros, y solo hoy! No, reina, ese no..., ese son treinta duros, pero si te llevas dos, te los dejo en trescientas pesetas... ¡Guapa!... ¡Más que guapa...!

Trescientas pesetas por dos prendas de vestir. ¡Trescientas pesetas! Ginés pensó que estaba todo por las nubes, y se acordó de una cosa que le dijo una vez Silvano, hacía mucho tiempo ya:

—Yo ya no lo veré..., pero está cogiendo un pelo todo... que algún día un triste plato de lentejas va a valer mil pesetas..., una *barbaridá*.

Y sí, si todo seguía así, con el tiempo un plato de lentejas costaría los doscientos duros. Pero ¡qué aberración!

Pasado un rato, los *Jeje* estaban esperando al vecino de la *decauve*.

—Ahí llega la *fulgoneta*. Vamos —dijo Gabino.

Cuando el joven dueño del vehículo llegó, le dio la mano a Ginés y le hizo saber que estaba muy contento de que pudiese por fin volver a casa. Montaron en la furgoneta, y se dispusieron a ir hasta el pueblo. El joven era tan ignorante como buena persona. En cuanto les tuvo montados en el coche, después de haberles hecho esperar un rato, les preguntó a los dos:

—Pero ¡*¿cuano, cuano, cuano... eumpffff*..., pero *cuano* habéis *veníu*?!

Poco después de coger la carretera que les llevaría a sus casas, se encontraron con un control de los guardias en *el agua potable*. Solían colocarse allí para enseñar a más de uno cómo había que conducir. A cambio, el conductor se llevaba una *receta pa* casa. Un buen trato, sí señor. Otras veces, los controles procuraban cazar conductores que fuesen moquitas, algo realmente necesario para evitar desgracias, no nos llevemos a engaño, y llegaron a mostrar tal celo en su empeño, que los jóvenes hacían colección de boquillas de plástico en los laterales de las puertas del coche, las que se usaban para soplar. Alguno llegó a juntar más de treinta, mientras que los que conducían bajo el agua de verdad, como se las sabían todas, regresaban a casa por las pistas, en lugar de por la carretera. Mira tú por dónde, que eso también lo hicieron sus padres: regresar del baile pimplaos, y por las pistas.

Les dieron el alto. El joven paró el coche, y se quedó mirando a los guardias. Había seis. Con el dedo, uno, sin duda el *cheri* allí, le mandó bajar la ventanilla de su puerta. Cuando la bajó, el

guardia se agachó y miró dentro del coche. Al ver al copiloto, Ginés, sonrió. Se quitó las gafas de madero malote:

Era Fidel.

No dijo ni una palabra. No hacía falta entre hombres. Solo le dedicó media sonrisa a Ginés, que asintió un poco, a lo que el guardia contestó asintiendo también. Bordeó la furgoneta, abrió él mismo la puerta de la derecha, indicándole por señas que no saliese del coche. Le ofreció la mano a Ginés, y se las estrecharon mirándose a los ojos, como se miran quienes no esconden nada. Apretando con fuerza, con la certeza de que quien te la estrecha a ti, lo hace con la firmeza de los hombres de verdad, y no como esos pintamonas que ya están soltando antes de apretar, y estrujan con menos fuerza que pesa un celemín de humo. Se irguió, cerró la puerta, se puso de nuevo las gafas de meter miedo, y bordeó de nuevo el vehículo hasta llegar a la altura del conductor. Puso cara de pocos amigos, de muy pocos amigos.

—Me ha dicho tu madre que te eche un ojo. Espero que cuando vuelvas a bajar a por unos cubalibres... lo hagas en triciclo. Y a ver si ese pie derecho tuyo no pesa tanto. Si el que te pesca soy yo, te capó. No te lo voy a repetir. ¿Estamos?

—Sí... sí, Fidel, pero verás...

Fidel se bajó las gafas sin desmontárselas. Solo hasta que el conductor le vio los ojos.

—¿Estamos?

—Sí... sí... —agachó un poco la vista—, de acuerdo...

—Bien..., arranca y sigue.

El guardia que les había dado paso para volver a salir a la carretera, se acercó a Fidel en cuanto el coche marchó. Le había sorprendido lo que había hecho con el copiloto. Y le preguntó a su superior:

—Señor... ¿quién era ese?

Apenas había pasado un minuto desde que dieron el alto a la furgoneta hasta que se marchó. Tiempo más que suficiente para que todo lo ocurrido hacía tantos años ya, volviese a la mente de Fidel. Contestó sin apartar la vista de la carretera, viendo cómo se alejaba mientras sonreía:

—Un hombre con más cojones que tú y yo juntos.

De nuevo en la carretera, mirando las tierras desde dentro del vehículo, el joven no hacía otra cosa que quejarse de lo duro que estaba resultando ese año en concreto para la gente del campo. Interminables jornadas encima del tractor, para ganar un mísero salario. Ginés ni le miró ni le contestó. Pero ¡qué panda de *milindres*, joder! Solo asentía con la cabeza, mientras pensaba que jornadas duras eran las que él mismo, Gabino, y todos los demás hombres y mujeres de su generación, habían tenido que sufrir. Sufrir de verdad. Sufrir hasta doler. Sin tractores los hombres. Cavando a mano con la azada durante horas, y con el ínfimo descanso de beber un poco del botijo cuando la sed apretaba. Arando con vacas los interminables surcos de un día, que parecía no querer acabarse ni a empujones. Con mujeres que ayudaban en el campo lo que podían, teniendo luego que ir a lavar la ropa a la fuente, como esclavas, mientras que las mujeres de la generación de aquel joven, tenían en casa el aparato más maravilloso que hubiese podido inventar el hombre a lo largo de toda su existencia. El aparato que más jornadas agotadoras había quitado de en medio sin discusión posible. Ni tractores, ni hostias... lo que de verdad había menguado el trabajo en una casa había sido la lavadora. Un electrodoméstico digno de respeto y admiración. Admiración solo sentida por las mujeres que tuvieron que ir a lavar a las fuentes con heladas, cuando llovía, cuando el sol parecía haberse parado en el cielo..., y que dejaban manos moradas,

rodillas despellejadas y dolores de espalda para toda la puta vida. Tal vez, la admiración se deba tener por las mujeres que fueron capaces de aquello y no por la lavadora. Mujeres con *güevos* bajo las enaguas. Y es que... los cojones, no son exclusividad de los varones.

Por la carretera, un par de coches les tocaron la bocina y les dieron *las largas*. El chófer les devolvió el saludo, haciendo sonar la bocina como si avisara del fin del mundo. Les dijo que eran hijos de vecinos del pueblo, nacidos también en él, que habían tenido que marchar hacía unos años a buscarse la vida fuera.

Vinieron a la cabeza de Ginés, las mozas de las que se acordaba de los pelos pintados, y como ellas, muchos otros tuvieron que marcharse también a trabajar a las grandes ciudades o cerca de ellas, para poder ganarse el pan. Para él, para el *Jeje*, había que tener realmente un par, para decidir marcharse de la tierra de uno e iniciar una vida en otro lugar.

Lo había pasado mal en la cárcel, muy mal, lejos de casa, pero aquellos mozos se habían largado en busca de un futuro lejos de su pueblo, y, salvando la comparativa con entrar en prisión, eso sí que era duro de verdad. Al fin y al cabo, a él lo habían enchironado por haber cometido un acto horrible, y lo justo era pagar por ello. Aquellos jóvenes decidieron buscarse el pan lejos del pueblo, y consideraba aquello digno de un valor sin igual. Sin ir más lejos, él no habría podido hacerlo. Y tenía la certeza de que Gabino, tampoco.

Pero para la mayoría de los que se quedaron en los pueblos, aquellos que se habían marchado en busca de trabajo fueron tratados, a partir de su marcha, de una manera un tanto despectiva. Les daba rabia que otros hubiesen tenido los arrestos de labrarse un porvenir lejos de las tierras y consideraban que ellos mismos, los que se quedaron, por haberse quedado trabajando las tierras, eran mejores y más trabajadores que los que se fueron.

Dicen que la ignorancia es la madre del atrevimiento. Es cierto.

Cuando la gente, que se tuvo que marchar fuera, volvía a su pueblo, siempre lo hacía, como es lógico y normal, en la época en la que disfrutaba de sus merecidas vacaciones. Y las vacaciones, por norma, un currante suele tenerlas de cara al verano. Y en aquellos días de vacaciones estivales, cuando los que se habían tenido que ir fuera estaban disfrutando de su bien merecido asueto, los que se habían quedado en el pueblo tenían que apretar si querían hacer un buen verano. La cosecha no perdona, y llegado el momento, hay que apechugar. Y mientras unos veraneaban, otros trabajaban. Y a los que trabajaban, se les llenaba siempre la boca hablando de las *chaquetas* que se metían todo el día, mientras aseguraban que los que se habían ido fuera vivían como reyes. El caso era que los que se habían ido fuera trabajaban todo el año, sin descanso, hasta que llegaba el verano y se arrimaban, con la misma ilusión que un *chiguito* en la mañana de Reyes, a sus respectivos pueblos. Y madrugaban sin duelo el resto del año, cosa que no se hacía para nada, como norma, en los pueblos. No eran nada raras conversaciones del tipo:

—Y ¿a qué hora te levantas? ¿Madrugas tú allá... en la capital?

—Pues sí. Me levanto a las cinco. Ducha, desayuno... y cojo el coche. Entro al turno de las seis.

—¿A las cinco? ¡¿A las cinco de la mañana?! Pero ¡¿aonde vas a esas horas?! ¡Si no están puestas ni las rayas de la carretera!

—Pues a trabajar... ¿dónde voy a ir? Pero no me quejo: descanso los domingos.

—¡¿Los sábados también madrugas a las cinco?!

—Pues claro..., todos. *Pa* cuando yo almuerzo, tú estás todavía en el tercer sueño.

—Hay que joderse... hay que joderse..., con lo bien que *sestá* en la cama a esas horas. Yo me despierto en invierno, y oigo el viento entre los cuarterones de la ventana... que hace algo así

como... sssshhh... sssshhhhhh... y me levanto, meo en el perico, *macurruco* en la cama... ¡y a dormir otra vez!

Y esas cosas no les gustaban nada a los que se quedaron en los pueblos. Que uno de los que se habían tenido que ir fuera, les hiciese ver que trabajaban más que ellos, eso nunca les gustó. Y comentarios despectivos al hilo de esto, del tipo...

—*Pos* vaya un trabajo *karán* allá en la fábrica, total... ¡*pa* darle a un botón y ya está...!

—Sí..., ya te digo..., unos zánganos es lo que son...

... eran tema recurrente en cualquier conversación. Los que se quedaron creían a pies juntillas que nadie trabajaba más que ellos, y los apretones de verdad que se daban en los pueblos, ahora que tenían maquinaria que ayudaba en la tarea, eran bien pocos. Y durante poco tiempo. ¿Tres meses al año? ¿Cuatro? No más. Grandísimos currantes, sí señor. ¿Que no?

En una ocasión, un joven que tendría veintitantos años, ayudaba en casa en lo que fuese. Sin importarle la labor. Como debe ser. Su padre, habituado a tener que trabajar de sol a sol toda la puta vida, pensó en las buenas perras que podría ganar el joven si trabajara en una empresa cercana. Para el padre, un joven tenía que trabajar el doble que cualquiera de ya cierta edad, y si no, que se hubiese metido obispo. Le costó cobrarse unos buenos favores que le debían y, enchufado o no, su hijo pudo comenzar a trabajar en aquella entidad, solo una semana después.

Quien tiene padrino, se bautiza, pero el hecho de entrar mediante la ayuda de alguien a trabajar donde sea, no exime, por supuesto, del hecho de demostrar que se tienen arrestos de sobra para acometer la labor encomendada. Si alguien tiene que dar ejemplo, es ese.

El padre le dijo al hijo el día anterior a comenzar, que tenía que ser puntual, obedecer sin rechistar, ser pulcro, atento, cuidadoso y sobre todo, dejarse los *güevos* en el nuevo curro. Por supuesto, el hijo le dijo que no tenía por qué preocuparse, que le iba a enseñar él a todos aquellos cantamañanas lo que era trabajar. Muy contento con la actitud de su hijo, el buen hombre se metió por la noche en la cama la mar de satisfecho y feliz, con su mujer orgullosa de lo que había conseguido.

Su hijo duró un día en la fábrica. El segundo, le dijo a su padre que aquellas no eran horas de levantarse, y que él donde mejor estaba era en casa atendiendo lo que se necesitase. Que allí todo el mundo le mandaba hacer cosas, y que no estaba por la labor de hacer caso a cualquier cantamañanas.

Lo cierto era que le había parecido eterno y agotador: ocho horas sin parar. Pero ¿qué se habían creído aquellos sinvergüenzas? Se metió por la noche en la cama con un cansancio que no había sentido nunca, algo no del todo extraño al realizar un trabajo diferente, y se levantó al día siguiente tarde y con unas agujetas terribles, con *las bolas* de detrás de los muslos en los hombros, y cabreado porque mucha gente le había dado órdenes sin parar.

Su padre, descorazonado, pensó que lo que le hacía falta a su hijo eran unos buenos varazos. Y su madre también, aunque tampoco le dijera nada.

Estas actitudes, por descontado, no eran cosa de toda la juventud, pues había muchos jóvenes que después de madrugar con el gallo, llegaban a casa tras de ocho horas en la fábrica, comían y se pasaban toda la tarde laborando en casa o en las tierras. Encomiable, desde luego. Y para ponerlos en un altar, claro que sí. Pero era algo menos extendido de lo que muchos querían hacer creer. Y algo generalizado entre quienes solo trabajaban las tierras, era esforzarse en hacer ver a cualquiera que sacaban adelante la labor de diez hombres, sin darse cuenta de que los que de verdad habían agachado el lomo sin descanso, y toda la vida, los tenían en sus propias casas. Y nunca o casi nunca, se quejaron por ello: sus padres.

Fue a sus padres, a estos pobres hombres y mujeres, ancianos ya, a los que sí que les tocó trabajar como hijos de puta para poder comer. Y para poder darles de comer a ellos. Y la mala baba interna que tenían muchos hombres y mujeres del campo, envidia más bien, ahora que trabajaban lo justo y ayudados por máquinas colosales, les hacía mirar con inquina a los que se fueron, pues ganaban salarios mucho mayores que los suyos. Para más inri, muchos de los hijos que se habían tenido que ir a trabajar fuera, hacían coincidir sus propias vacaciones en la época de la cosecha, para echar una mano en casa de sus padres, demostrando así con hechos y no con palabras, aquello de lo que otros presumían y carecían.

Y empezaron a tratarlos con cierto desprecio cuando volvían a sus pueblos. Los consideraban una plaga. Una plaga que invadía sus pueblos cuando a ellos les tocaba trabajar, dejándoles un regusto amargo tras su visita, aun siendo familiares. Familiares a los que llenaban de besos *iscariotes*, mientras les abrazaban y sonreían, mirándoles como si de la octava plaga de las Escrituras se tratase. Una plaga que llegaba en la época en la que ellos tenían que hacer el verano. Una plaga que se pasaba días enteros paseando (no tendrán nada más que hacer), tomándose una cerveza en los bares (menudos *borrachuzos*), echando una buena siesta o jugando a las cartas después de comer (vaya zánganos), haciendo barbacoas (qué panda de triperos), leyendo algún libro en una buena sombra (menuda manera de perder el tiempo)..., mientras ellos tenían que cosechar. Una plaga parecida a la de aquel puto bichejo que ponía los huevos en los cereales, que se alimentaba de ellos y que dejaba el grano hecho una mierda. Tanto, que ni hecho harina lo tragaban con gusto las vacas. Tampoco ellos tragaban, como si fuesen las vacas a aquella harina, a los que se marcharon fuera. Maldito bichejo este, pensaban, que tanto se parece a los que vienen de fuera a jodernos: el *garrapatillo*.

Y así llamaban a los que tuvieron arrestos de labrarse un porvenir lejos de las tierras, y a los que, aun sin ser de allí, se acercaban en verano de visita o turismo. A los que envidiaban por poder tener unos pocos días de asueto estival, cuando ellos tenían que trabajar.

Pues eso: *garrapatillos*. Pues eso: ignorancia. ¿O será más bien... envidia vestida de ignorancia, calzada de falsedad y tocada con un gorro de prepotencia?

Y a tanto llegó la mala leche, que en algunos pueblos se negaban a adelantar o retrasar la fiesta del santo, con la única intención de resabiar a los de fuera. ¿Tan difícil era hacerla coincidir con un fin de semana, para intentar que gente que venía de fuera, incluso nacidos en esos pueblos, pudiese asistir a la fiesta del santo? No. Si no se arribaba ninguno, mejor. ¿Por qué? Porque consideraban que los pueblos eran suyos. Suyos. En propiedad. Y el que se había marchado, allá él. Que se hubiese quedado, como los demás. Además..., solo se acercaban a comer lo que daba el pueblo, aun siendo casi los únicos que se arribaban a pagar una ronda en la barra del pueblo en cuestión, y ¿a tocar los cojones, no? Pues que se quedasen en sus casas, que allí estaban bien. Y cuando vinieran, que trajeran algo. Y que no se les ocurriera llevarse nada.

Pues eso: *garrapatillos*. Pues eso: ignorancia. ¿O será más bien... envidia vestida de ignorancia, calzada de falsedad y tocada con un gorro de prepotencia? *Deyaví*.

Menuda panda de tocapelotas:

Líbranos Señor de la ignorancia de los hombres,  
que de tu ira...  
ya me ocupo yo.



Ya en el pueblo de Ginés, los *Jeje* se bajaron de la *decauve*. Acompañó Gabino a Ginés hasta casa, mientras le dijo al joven de la furgoneta que le esperase, por favor, un par de minutos. Quería llevar la maleta a Ginés hasta la entrada, y ver la alegría de la Herminia. El joven que les había llevado, le dijo que no se preocupase, que le esperaría echando un cigarro.

Los *Jeje* andaban despacio, acercándose a la casa de Ginés mientras este miraba todo a su alrededor. No había cambiado mucho el pueblo. Sin llegar a entrar vieron a la Herminia, que ya estaba fuera esperándoles. Gabino, contento al ver reunidos en casa por fin a los dos, sintió que él ya estaba de más allí y, tras posar la maleta en el suelo, les dejó solos. Ninguno le contestó cuando dijo que se iba. Lo entendió, y se fue de allí con una sonrisa en los labios.

El Ginés y la Herminia se miraban sin decirse nada. Ella, casi llorando. Ginés cogió la maleta, entraron en casa, y ya dentro habló la mujer:

—He hecho un poco de arroz para comer...

La gente del campo no sabe mostrar sus sentimientos. La gente del campo no quiere mostrar sus sentimientos. La gente del campo se avergüenza de mostrar sus flaquezas y debilidades. La gente del campo cree que la vida ha de ser vivida en base al esfuerzo de cada día, a la lucha cotidiana contra el mundo, para poder aguantar una jornada más como sea. A demostrar *güevos* y coraje a *puñaos*. Pero sentir..., sienten todos. No alguno: todos. Y ver llorar a una mujer del campo es difícil, pero ver llorar a un hombre del campo es casi imposible. Un hombre no llora. Un hombre no se queja. Un hombre no se achica ante la adversidad, sino que se enfrenta a ella. Y cuando los sentimientos fluyen de su interior, lucha también contra la debilidad de mostrarlos. Hace ver a todos que es un hombre. Incluso a sí mismo. Y como tal, ha de comportarse. Y ciertos sentimientos y palabras, solo surgen de dentro entre cuatro paredes. Y nunca solos. Surgen ante aquella que decidió pasar la vida con él. Con aquellas por las que muchos morirían. Con aquellas que les hacían sentirse hombres. Con aquellas que tuvieron que obedecer en el pasado sin rechistar a sus hombres, pues así debía de ser. Con aquellas que, pasados los años, los cuidaban ahora como si de *chiguitos* se tratasen, colocándoles bien el cuello de la camisa o acabando de peinarles de una manera decente, para salir de casa como Dios manda. Con aquella que cada día hacía la comida o planchaba con pulcritud la camisa y el pantalón que llevaría él a la iglesia el domingo. Con aquella que le había dado lo más maravilloso que puede llegar a tener un hombre: hijos. Con aquellas con la que ellos eran capaces de abrirse de verdad. Con aquellas con las que nunca fueron capaces de esconder nada. Era tiempo perdido:

A ellas nunca se las pudo esconder nada.

Por toda contestación, Ginés posó la maleta despacio en la entrada, y cogió a su mujer de la mano para subirla a la habitación.

Su copita de orujo le estaba esperando junto a la botella, al lado de un pequeño fardel de tabaco, un librito, un cenicerito y un chisquero. Todo estaba sobre la vieja mesita de noche, contigua a la cama. Esta última estaba abierta.

## Capítulo XXII

Gabino se subió en la *decauve*, y le dijo por señas al joven que podía ponerse en camino hasta su pueblo. Al llegar se bajó del vehículo, dando las gracias al chófer, y se quedó mirando cómo la *fulgoneta* picaba rueda camino de la fuente.

«¡Qué aventaos estos chavales...!», pensó.

Antes de ir hasta su casa, se pasó por la antigua cantina, la casa de la María y Juan, para decirles que Ginés ya estaba con la Herminia. Al punto de llegar, y con la puerta del patio abierta, oyó al matrimonio discutir. Esas discusiones en las que solo uno, *ella*, es quien habla. Y sí, era verdad eso que se decía de que cuando uno se hacía mayor, se volvía como un *chiguito*.

—¡A ver..., *relocho*! ¡Que saques eso fuera... y lleves esta bolsa a la basura! ¿No me oyes? ¡¿Estás sordo...?!

La María gritaba a Juan por nada, increpándole por cosas de lo más mundanas, y conminándole a que se pusiese las pilas por cualquier cosa. Y Juan, ajeno a todo lo que le hubiese metido prisa a lo largo de su vida, barría la entrada a la casa con unas urces atadas mientras fumaba un pitillo, con tanta «rapidez» que cuando terminara se podría volver a barrer por el principio, que ya se habría manchado de nuevo.

Mientras la María gritaba, Juan se erguía, se quitaba la colilla de la boca, tiraba la ceniza con el dedo meñique, miraba a la María, volvía a meterse la colilla en la boca y continuaba barriendo sin prisas mientras tarareaba:

—Na, na, niaaaaaaaaa...

Vete a saber tú qué canción sería, pero la tenía en la boca siempre. Más que el cigarro.

Gabino se quedó en la puerta, y comprobó que esta vez, la María le estaba gritando mientras batía unos huevos en un plato, con esa habilidad que solo sabe dar una vida entera cocinando, con el tenedor y los huevos batidos casi en el aire. Y a la vez, gritando a Juan. Definitivamente, solo una mujer es capaz de hacer dos cosas a la vez. Y si una de ellas es gritar a un hombre, tres.

Gabino se quedó un par de minutos observando la escena, divertido.

—¡Vamos, hombre..., termina luego de hacer eso! —seguía gritando la María, mientras no dejaba posarse los huevos en el plato.

—*Cagüencristaaa...* —decía Juan, sin inmutarse por las prisas de María.

—¡Que tires esa bolsa a la basura, Juan!... ¡¿Es que no me oyes...?! No..., si es que ya lo han dicho el otro día en la tele...; que el tabaco es una droga..., si ya lo sabía yo... ¡que vas *toldía drogao* por ahí! ¡*Questás toldía* que no sabes si vas o vienes! ¡Huy, qué hombre!

Y se metió dentro con el plato y los huevos. Cuando traspasaba la puerta, Juan se había erguido un poco, y la dijo:

—¡Joder..., pero qué *ciscapedos* eres! *Cagüencristaaaaa...*

Y la María, que le oyó, se giró y le dijo con rabia mientras se trastabillaba con el banzo de la entrada:

—¡Juan..., Juan! ¡Huy, *paece* que está una como tonta, Dios...!

Y es que a Juan, que parecía darle lo mismo todo, ahora que ya tenía a sus hijos con la vida resuelta, todos casados, y que venía al pueblo a pasar todos los veranos, desde san Isidro hasta Rabanillo —se había ido con su mujer a vivir cerca de sus hijos—, solo le quedaban unas cuantas cosas que le ayudasen a pasar un poco los días: jugar a las cartas, dar un paseo, leer alguna de esas novelas pequeñas del oeste y echar un cigarro de vez en cuando. Eso, y ver alguna película del oeste que tanto le recordaban los tiempos en los él mismo tenía que uncir vacas, para luego ir a arar las tierras. Películas con hombres polvorientos, acostumbrados a tareas muy duras y siempre con un cigarro en la boca. Como él. Y que la María le increpase cada poco con el tema de fumar o no fumar, a él, que fumaba desde los dieciséis años, le había hecho soltar contestaciones del tipo:

—Fumaré lo que me dé la gana. De morir... ¡morir harto!

Juan era un hombre que no protestaba nunca por nada y al que todo le parecía bien, capaz de meterse por debajo de una puerta para no hacer ruido. Una pequeña muestra:

Un año le llevó al pueblo el nieto mayor, recién sacado el carné de conducir, sentado en el asiento de atrás de un *miriafiori*, con *acedecé* tronando en los altavoces. Cuatro horas seguidas de *acedecé*. Cuatro horas de tormenta. Y cuando el nieto le preguntaba que qué tal iba, Juan, sin inmutarse, contestaba:

—Bien..., voy bien.

Pobre...

Y es que el pobre Juan parecía irritarse solo un poco cuando le gritaba su mujer; la María alguna vez le llegaba a hartar. Toda la vida haciendo en casa lo que él dijera... y ahora, con nietos en edad de trabajar, aguantando las malas maneras de la parienta. La vida se había dado la vuelta, igual que la tortilla que estaba cocinando la María. Hay que joderse...

Gabino entró al patio por fin, riéndose, y saludó a Juan. Juan dejó las urces y le invitó a pasar a la cocina. Sin decir nada. La María quitó la tortilla del fuego en cuanto le vio, y sacó enseguida unas agujas en escabeche y un poco de clarete. No se oía ni una mosca, hasta que con el pequeño convite puesto en la mesa, convite que recordaba a todos ellos, los años en los que aquella cocina fue la cantina, la que habló fue la María:

—¿Qué tal está...?

—Bien, está bien. Yo lo he visto bien —contestó Gabino.

—Siéntate... y come algo —le dijo la María a Gabino.

Y mientras los hombres se servían una miaja de vino, sin decir nada más, vinieron a sus cabezas los hechos ocurridos mucho tiempo atrás..., hechos que nada tenían que ver con lo bien que lo habían pasado sentados en aquella cocina, con juergas descomunales, partidas a las cartas y *bebercio* aparte, como cuando entre la María y varias más, menudas son las mujeres cuando se ajuntan para liarla, quisieron mirar a Conradín a ver si tenía liendres...; hechos que nada tenían que ver con lo mucho que los guardias se habían propasado en aquella cocina bebiendo y comiendo hasta reventar, llegando a tutear y a echar los tejos a la puerta de la entrada y diciéndola que tenía que comer un poco más de miga de pan para echar tetas, y, hechos que tampoco tenían

que ver con las penurias pasadas por todos los que frecuentaban la cantina sin un orinal en la cabeza, entre las que se podía destacar que a base de pan y patatas o de patatas y pan, se había quitado el hambre un día sí, y al siguiente, por supuesto.

Gabino se había acojonado, el pobre, cuando fueron al pueblo de al lado a matar al cura. A la altura en la que solía parar ahora el autobús que dejaba a la gente por los diferentes pueblos, ya había hecho un amago de volver sobre sus pasos y regresar a su casa, a su pueblo. Pero tras el encontronazo con la Ceci y Silvano, en el pueblo de Ginés y Modesto, se vio incapaz de seguir adelante. Ginés le comprendió y le hizo entender, en el calabozo del cuartelillo, que no tenía por qué preocuparse, que era mejor así, mejor para todos, pese a lo cual, Gabino insistió en dar *su versión de los hechos*, como una manera de hacer ver a Ginés que estaba con él hasta el final. Fuere cual fuere. Ginés le dejó actuar, sabedor de que Gabino lo necesitaba, tras haberle faltado las fuerzas en el último momento para matar al cura. Pero con los hechos de una manera o de otra, el mayor de los *Jeje* ya se había encargado de Modesto, y no había que darle más vueltas al asunto. Al menos, eso decía el informe que escribió el guardia civil. Un informe redactado, dos días después del suicidio de Alfonso, por Fidel.

Para la mayoría de la gente, Modesto había muerto a causa de un arrebato de cólera de Ginés, y así debía de ser. Eso era lo que debía seguir pensando la gente. Eso era lo que ellos mismos, los tres que estaban sentados en ese momento en lo que fue la cantina, querían creer. Pero hubo algo en todo aquello, ahora que ya habían pasado tantos años, que siempre les creó mal cuerpo. Algo que solo ellos sabían y que no habían compartido con nadie. Ni siquiera con todo ya resuelto, y convencidos como estaban, de que era mejor dejar las cosas tal cual, se quitaban ese mal cuerpo de encima al recordar lo sucedido. Buen hombre o no, Modesto había muerto... y a los muertos, era mejor dejarlos en paz. A todos.

Si bien Gabino y el propio Ginés parecían ser los únicos que sabían que el pequeño de los *Jeje* nunca llegó hasta la casa del cura, algo que todos tomaron como cierto tras saber del informe escrito por Fidel, hubo algo que hizo pensar al personal. Algo que volvía a sus cabezas ahora, mientras masticaban callados el escabeche con pan. Mientras pasaban aquel mal trago con un poco de clarete fresquito: lo que ocurrió a la mañana siguiente del crimen.

La María, como una buena mujer, trabajadora e incansable, había madrugado aquella mañana, ajena, por supuesto, a todo lo que podría haber pasado aquella noche, pues Juan no la dijo nada, para faenar en la casa. Y tuvo que salir un momento a hacer algo fuera, ya ni se acordaba, y por el camino vio venir del pueblo de al lado al viejo Silvano, quien, según el informe, había vuelto a casa con Gabino y la Ceci durante la noche.

Lo hacía muy nervioso, mirando hacia atrás cada nada, por encima del hombro. Atropellándose él mismo cuando andaba, casi corriendo, y diciendo cosas inteligibles.

Y la María le vio.

Y la María quiso hablar con él, preguntarle de dónde venía a esas horas, darle los buenos días, preguntarle a ver si por la tarde vendría a la cantina a echar un vino...

Pero Silvano no la atendía. No la escuchaba. No hacía caso de nada.

Según ella, Silvano la había contestado algo, sí..., pero no entendió lo que le dijo. Le había visto muy nervioso, y viniendo del pueblo de al lado. Del pueblo donde ella misma había nacido. Del pueblo donde mataron al cura. Y solo.

Se sabía, gracias a Fidel, que las cenizas encontradas en la *hornacha* de la casa de Modesto, habían sido inspeccionadas. Se sabía también, que si bien no se podían comprobar todas ellas, no

debió quedar ni rastro del carné, sí que se pudo confrontar algo. Y ese algo, fue la firma del propio Modesto en las cenizas, así como la cifra de compra de las tierras. Para escribir, debió de usarse alguna tinta con base férrica, por lo que el fuego no había acabado con ella. No al menos del todo. Nada de ello, lógico y normal, evitó que Ginés acabara en la cárcel. Un muerto es un muerto, y es de justicia pagar por ello. Y fue Ginés el único inculpado del crimen. Fue el mayor de los *Jeje*, quien había matado al cura. Todo el mundo decidió pasar página y enterrar no solo el cadáver.

Un hecho como aquel, matar a un cura en plena dictadura, no quedaría sin su merecida atención en los medios de comunicación, y la noticia llegó a los periódicos. Sin embargo, sucesos de ese tipo no debían de ser puestos en conocimiento de todo el mundo así como así, por lo que la noticia llegó a las páginas de un diario de tirada nacional, sí..., pero en una página, donde hasta un anuncio de ropa de baño para los *chiguitos* era más grande:

«Con poco dinero, equipe a sus hijos para la playa...».

Esta noticia, propaganda, era el doble de grande y el doble de vistosa, con niños bañándose en el agua, que la que anunciaba la condena de Ginés. Por ser más grande y más importante para el Régimen, lo era hasta una noticia en la misma página, que señalaba que un médico cordobés había cumplido ciento dos años. Y es que no era plato de gusto admitir que en *esa España*, se cometían tales delitos. En España, entonces, todos eran felices. Y si no había siquiera pan en una mesa, no era un asunto que mentar. España era, en definitiva, el mejor país del mundo. Un lugar lleno de buenas cosas que contar. Y si se hacía mención a algunas malas noticias, solo era para dejar constancia de que quien se hubiese propasado, pagaría por ello. España era un lugar de cuento de hadas, donde quien se saliese de los dictados del Régimen sería castigado. Y no a todos los maleantes se les brindaban sus fechorías en radio o prensa escrita, pero en aquella ocasión, el muerto había sido un cura. Eso, no se podía pasar por alto. Y la condena debía de estar a la altura del crimen. Pero no mataron a Ginés. No fue carne de verdugo y *garrote*. El Régimen le perdonó el cuello... o casi:

Fue condenado a pagar cien mil pesetas..., y le despojaron de media vida: treinta años de prisión.

Pues eso..., un país de cuento de hadas. Un país donde si un hombre pobre intenta defender lo suyo y actúa contra el que le ha atacado, si es alguien poderoso... no tiene nada que hacer. Es cierto que el crimen de Modesto fue horrible, y cierto es también que Ginés debía de pagar por su fechoría, pero en *aquella España* la justicia no era ciega: sus ojos miraban a la *diestra*.

La muerte del cura había dejado a todos los pueblos de la comarca desconcertados. Había dejado constancia también, de que en *aquella España*, y muy a su pesar, se seguían cometiendo crímenes atroces. Crímenes que no tenían por qué tener que ver con ideales, pero crímenes al fin y al cabo. Pero solo se creyó allí, en aquella zona. Tras enterarse de que la prensa se hacía eco de aquel macabro suceso, la gente *arrampó* con todos los periódicos que pudo y, tras leerlos, comentaron lo que afirmaban casi siempre: que en las noticias solo salían *pa* lo malo.

En el resto de España, se tomó la noticia como una más de tantas historias y cuentos que habían surgido en la España de la postguerra. Y creyendo, más de uno y más de dos, que la muerte de Modesto había sido un hecho aislado o incluso algo que había germinado en la mente de gente ignorante. Gente que se habría inventado aquella historia como una manera de alargar las penalidades de la guerra recientemente pasada, y muchos lo asumieron como tal. Hubo quien llegó a creer, que lo que por aquellos lares se decía...:

«En Valcabadillo, mataron al cura con un martillo».

... era solo producto de la mente de personas que ya tenían bastante con procurarse la comida cada día, y que era una historia, una más de tantas, que germinaron en una España elevada a los altares por un águila, decían unos, una España uncida, banderilleada con flechas, decían otros.

Sin embargo, gracias a Fidel se supo de ciertos detalles, como la cernada donde se leía bien lo escrito en el contrato, y gracias a él también, se supo que en el informe de la autopsia practicada al cadáver de Modesto, se dejaba constancia clara de que lo habían matado con un martillo, de que lo habían golpeado con saña dejando marcas que bien podrían ser de puñetazos, patadas, hostias bien dadas con palos, golpes dados con cualquier otra cosa con rabia o vete tú a saber qué, de que lo abrieron en canal como a un gocho con unas tijeras..., sí..., pero también, que dicho informe terminaba con una reflexión hecha por el forense, una vez examinadas las heridas del cura muerto. Una reflexión que dio a todos mucho en lo que pensar:

**«Aquí hubo mano grande y mano pequeña».**

Terminadas las agujas y el vino, en silencio, cada cual con sus pensamientos, cada uno de los tres se dispuso a terminar sus quehaceres, y a seguir con la faena de antes de comer: Gabino hasta su casa, Juan a terminar de barrer, y la María a terminar de poner la mesa para comer.

Y mientras Gabino recogía sus bolsas fuera, las de los recados que había hecho en el mercado, sonrió mirando hacia atrás, cuando volvió a oír a la María gritarle a Juan:

—Pero ¡¿es que *entoavía* no has *llevao* la basura?!

—Ya voooooyy..., pero ¡qué *cisgulita* estás hecha...! —contestó Juan mientras se agachaba a coger la bolsa y a llevarla hasta el contenedor.

«Situaciones sencillas de gente sencilla», pensó Gabino. Propias de *chiguitos*. Era mejor así. Que la vida siguiese según lo había hecho siempre, sin dejar que ciertos acontecimientos nos atormenten. Además, todo aquello era algo que ya había pasado y no había que darle más vueltas.

Y caminó Gabino hasta su casa, cargado con las bolsas de la compra, levantando un poco de polvo al andar. El mismo polvo que había levantado Eusterio cuando llegó, muchos años atrás, a hacer un reportaje sobre un suceso paranormal. El polvo de su pueblo, que también a él se le pegaba al pantalón, como le ocurrió al periodista. El periodista que quiso escribir sobre un pueblo que ni venía en los mapas. El pueblo de la Chorca.

**El pueblo de la Cabra.**

El pueblo donde tantas situaciones curiosas, como en cualquiera de España, habían pasado. El pueblo donde para comer trabajaban las tierras. El pueblo donde en el pasado, un tal Francisco Carbón había levantado una humilde iglesia, en honor al propio pueblo y a su patrón: san Cristóbal. El pueblo de los señores Carboneras. Un pueblo tan humilde, donde parece que solo el centeno, cereal humilde y llano, parece querer medrar bien: pequeño y negro. Era lógico, por todo ello, que el pueblo hubiese cogido un nombre acorde a su propia historia. Un pueblo con un héroe, real o imaginario, que había derrotado a la Chorca: Juan Carbón. Un humilde carbonero, uno más de tantos, que hubo en el pasado. El pueblo donde antaño, tantos hombres hicieron carbón para sacarse unos cuartos. Un lugar donde se hizo carbón. Tanto carbón, tanto carbón... es normal denominar al pueblo como un lugar de carboneo. Y así se llama el pueblo, *lugar de carboneo*, situado en lo alto de la loma de La Vega-Valdavia, una de las más humildes pedanías del Ayuntamiento de Saldaña, en la provincia de Palencia. El lugar de mis antepasados, donde...

...en la cocina que antaño fue la cantina, y donde tantas veces en el pasado los portadores de orinales y sotanas se propasaron todo lo que les vino en gana y un poco más..., avinagrándome con ese recuerdo que ni siquiera tengo, endulzándome la mala hostia con otros buenos que sí que tengo, y apurando mi orujo arrimado a la *hornacha*...

...termino yo de escribir estas líneas:

**Carbonera**

# Epílogo

**H**azme el favor de leer el siguiente párrafo despacio, y asimilando bien lo que lees. Situación:

Estás solo en casa, en el salón o ya acostado en la cama, y oyes en una iglesia cercana las campanadas de la media noche. Lllaman a la puerta en ese momento con unos fuertes aldabonazos, aún con el *culete apretao*, te armas de valor, te levantas y vas de puntillas hasta la puerta. Ojeas por la mirilla... y fundida con la semioscuridad..., ves la figura de un payaso a lo Charlie Rivel... Dime... ¿qué sentirías?

No, no me lo digas. Lo sé: te apuesto lo que quieras a que no te ríes.

Durante la visita de Eusterio Alario al pueblecito de Carbonera, a finales de 1933, y mientras la gente del pueblo le trataba de convencer de que la Cabra era real, a la hora de conformar su reportaje, el periodista tomó nota de algo más de lo que le dijeron los vecinos. Hacer un reportaje con lo que le pudiesen contar, era una cosa. Poder marcharse del pueblo con la verdad, era otra muy distinta.

Durante la charla que mantuvo con doña Pilar, la maestra del pueblo, Eusterio encontró una explicación lógica a lo que allí ocurría:

## **Doña Pilar le aseguró que había desentrañado el enigma de la Cabra.**

Tiempo atrás, durante la temporada de caza, algo más que habitual en Carbonera, un vecino salió de su casa a por perdices, y en uno de sus tiros al aire, cayó un pájaro. El pájaro en cuestión, pequeño, de poco más de un palmo, con el cuerpo como si estuviese aplastado y con un pico muy grande y desproporcionado conforme a lo que era su tamaño, hizo creer a más de uno que había aparecido por el pueblo otro ser despiadado, y que ya no solo tenían allí a la Cabra. Y la maestra, en cuanto se enteró, temerosa de nuevas supercherías, pidió que la dejaran ver al pobre pajarillo muerto.

Enfrascada como estaba desde hacía tiempo en arrojar luz sobre *el alma en pena* que los atormentaba por las noches, no quiso que los despropósitos y las leyendas, los miedos y las creencias paranormales que había en el pueblo, fuesen en aumento. Y cuando tuvo el pájaro en cuestión en su poder, investigó sobre él. Fue bastante más fácil de lo que hubiese podido creer, y la respuesta le llegó en cuanto buscó en una enciclopedia:



*Es un ave trepadora, conocida con los nombres de **chotacabra**, **engañapastores** o **caprimulgus**, que por tener los órganos de la visión muy sensibles a los rayos lumínicos vive más intensamente por las noches..., parece probable que ese mismo defecto de visión haga que sus cantos, semejantes al balido de una cabra, sean tristes, prolongados...*

O sea..., que nada de curas asesinados, nada de ancianas avaras muertas, nada de curanderas, brujas o lumias enfadadas con el mundo. Nada al menos, relacionado con la Cabra. Y digo relacionado con la Cabra, porque estas muertes sí que ocurrieron.

La Cabra era un pajarillo que cantaba por las noches, con un triste graznar, y que resulta que se le solía ver siempre cerca de chivos o cabras, y no de las vacas, para poder comer. Comer, sí..., comer..., porque el animalito en cuestión, es un insectívoro que se procura el alimento cerca del ganado, lleno siempre de moscas, y que resulta que completa su dieta a base de chupar la leche de algunas chivas, ayudado por su desproporcionado pico. Si a esto, añadimos que el pajarillo que nos ocupa, como tonto, prefiere comer mariposas nocturnas, más grandes y gordas que las moscas...

... y algunas noches de verano, las más calurosas, los vecinos dejaban las ventanas abiertas y el pájaro se metía en las casas, buscando la leche que se había ordeñado. Y en esos revoloteos en las cocinas, algunos vasos y cazuelas acababan volcados, las rodeas fuera de sitio... y los animales nerviosos al haber oído ruidos extraños en la noche. Y los hombres. Todo descubierto por una simple maestra. Y todo, puesto en conocimiento del mundo por Eusterio, que finalizó el reportaje en la revista, así:

*Excelente mensajera de la cultura esta profesora que va a gustar los encantos de una gran población, después de muchos años en el pueblecito de Carbonera, donde poco a poco ha ido acabando con una leyenda absurda.*

De modo, que es el curioso nombre del pequeño plumífero, **chotacabras**, ayudado por su costumbre de estar cerca de este tipo de ganado, chivos y cabras, y sus hábitos nocturnos, junto con su particular manera de piar, lo que ha alimentado la leyenda durante décadas. Leyenda conocida en varios de los pueblos de los alrededores. Leyenda, que siempre puede llegar a tener un componente real. O más de uno.

De niño, recuerdo que en la escuela, en clase de lenguaje, nos revelaron un día lo que se puede ocultar tras una leyenda. La explicación formaba parte de un tema del libro de lenguaje, y no de algo que surgiera en la cabeza del profesor, y que quisiera compartir en su afán de formarnos.

El libro, grandote, con las tapas en azul marino y muy didáctico, presentaba los temas a tratar como si de cómics o cuentos se trataran, consiguiendo con ello que toda la clase asimilara muy bien lo que intentaba mostrar. Huelga decir, que si había algo que el profesor considerase oportuno añadir al tema en cuestión, lo hiciese. Siempre con la finalidad de formar y educar. Las jornadas lectivas eran amenas, y más si era la clase de lenguaje, gracias a aquel libro. El día que nos enfrascamos en atender lo que se suponía que eran las leyendas, abrimos el libro por donde correspondía, y la explicación era tan sencilla y tan creíble, que me dejó estupefacto. Tendría yo diez años.

El cómic que explicaba cómo podía formarse una leyenda, empezaba con una viñeta donde se veía a un noble levantándose de la cama y encontrándose una lagartija en un zapato. El criado estaba junto a él, y lo vio todo: cómo sacó la lagartija del zapato, y la mató. En la siguiente viñeta,

el criado contaba lo sucedido a otro criado, que escuchaba maravillado, pero aumentando lo que había pasado en realidad, y la lagartija se había convertido en un lagarto. Las siguientes viñetas seguían mostrando cómo la historia iba creciendo en audacia y valor, por parte del noble, mientras el boca a boca le elevaba a la categoría de héroe. En la última viñeta, el noble estaba vestido con una armadura imponente, montado en un caballo majestuoso y, espada en mano, liberaba en una cueva a una princesa secuestrada por un dragón enorme que, colérico, escupía fuego.

Y, como he dicho antes, toda leyenda que se precie, sea de una forma u otra, pero siempre alimentada, tiene un componente real...

... y volviendo al tema que nos ocupa, os diré del **chotacabras** que...

... real es, que es un pájaro que nidifica en el suelo, por lo que más de un burro, no necesariamente de cuatro patas, ha podido aplastar a alguno, mientras el pobre bichejo cuidaba sus huevos. Real es, que se dice por el pueblo de Carbonera que no se le ha vuelto a oír desde que estalló la guerra civil española. Real es, que como ave nocturna, y solo ya por el hecho de no prodigarse de día, la gente le tenga miedo. Real es, que hubiese nidificado o no alguna vez en casa de la Tolina, allí han ocurrido en el pasado cosas que nadie ha podido explicar aún. Todo lo que ocurre de noche, nos desconcierta...

... ¿y si el Chivero, en su huida, hubiese recalado en aquella casa a pasar alguna noche...? ¿Tan descabellado es pensar que hubiese podido huir al norte, por cercanía, en lugar de ir hacia el sur, en busca de algún barco que lo llevara a la Argentina?

Pues eso, que todo lo que ocurre de noche, nos desconcierta. Y más si no sabemos lo que es...

... y real es, querido lector, como la vida misma, que cuando los hijos y nietos de los que nacieron en Carbonera, en las noches de verano, en el *majón*, se reúnen y se tiran horas y horas hablando de multitud de cosas...

...aún hoy... se aprieta el *culete* y se arrima uno a casa por la noche, mirando por encima del hombro con desconfianza...

...si a alguno se le ocurre siquiera mentar a la Cabra.

Doy fe.

Y es que... aunque de lagartija a dragón malvado haya el mismo camino que de pequeño plumífero... a la voz del Mal...

... casi prefiero el payaso. Casi.

## Nota del autor

Para acabar, quisiera pedir perdón por el lenguaje que he usado durante toda la novela. Lo único que he buscado, ha sido tratar de hacer sentir la mayor empatía posible con los personajes, y con los hechos y situaciones que aparecen en ella. Si alguien se ha sentido ofendido por ello, le pido humildemente disculpas.

Creo, sin embargo, que mostrar las maneras y la vida de los que fueron nuestros antepasados, bien merece ceñirse a la realidad. Y para conseguirlo creo necesario que el lenguaje burdo, hortera, ordinario, basto... y real, es el que en estas páginas debía plasmar. Lenguaje zafio que he querido usar para contar unos hechos que mezclan realidad con ficción, personajes reales con otros imaginarios, situaciones reales con otras que no lo eran tanto. Espero que ello no haya ofendido a nadie, y si ha sido así, pido de nuevo perdón desde estas líneas. Mi única intención fue siempre la de contar una historia, nada más. Una historia que transcurre donde hunde las raíces mi familia. Vaya desde aquí mi más sentido recuerdo a los que ya no están.

Upsss.... casi se me olvida...

Mi *querido* Modesto:

Espero y deseo que allá donde esté, las páginas de esta novela le sigan martilleando sin descanso hasta el día del juicio final, pues el joven cantinero al que le vendiste un saco de cincuenta kilos de harina de trigo, y en el que solo había veinte de harina y el resto era cebada...

... era mi difunto abuelo Julián.

**Promesa cumplida, abuelo.**

**FIN**